

# Todos

Bárbara  
Lorenzo

La autora de 'El primero  
de un millón de besos',  
'Kiss me before flight' y de  
la serie 'Algún día volveré'.

## mis EX



D.J.57



Todos mis ex  
Bárbara Lorenzo

Índice

**PRÓLOGO**

**CAPÍTULO 1**

**CAPÍTULO 2**

**CAPÍTULO 3**

**CAPÍTULO 4**

**CAPÍTULO 5**

**CAPÍTULO 6**

**CAPÍTULO 7**

**CAPÍTULO 8**

**CAPÍTULO 9**

**CAPÍTULO 10**

**CAPÍTULO 11**

## **EPÍLOGO**

## Prólogo

Vuelvo a escuchar la melodía del móvil. Ver la foto de Marcus, mi mejor amigo, me saca una sonrisa sincera. Lo adoro. Es un estilista muy conocido en los círculos en los que nos movemos en Los Ángeles, tanto por su histerismo contagioso como por su buen trabajo.

—¿Qué tal, guapo? —saludo con alegría tras sacarlo del bolsillo de la falda.

Marcus hizo sus pinitos como modelo en la adolescencia. Es un tipo de esos que, cuando pasa por tu lado, te obliga a girarte para verlo de nuevo, porque no crees que sea real. Y lo mejor que tiene es que es todo corazón. Jamás se niega a nada de lo que le pido por muy excéntrico que resulte.

—*Deseando achucharte* —me dice—. *Escúchame, estoy terminando una sesión. Llegaré un poco más tarde para darte un beso de película como te mereces, pero estaré allí.* —Río ante sus ocurrencias.

—¡Ay, no sabes cómo lo necesito! —le revelo, cruzando la calle de forma despreocupada, sumida en nuestra conversación.

—*Nena, no seas idiota. Sabes que estás estupenda y muchas de treinta quisieran...*

No termino de escuchar lo que dice, porque en ese instante algo me

impide seguir caminando. Angustiada, miro al suelo para descubrir qué es.

—Joder —susurro, interrumpiéndolo al darme cuenta de que se me ha metido el tacón en el hueco de una alcantarilla.

—*Oli, ¿qué pasa?* —Noto su preocupación al otro lado de la línea al escuchar mis protestas—. *¡Oli, Olivia!*

Sin pensarlo dos veces, me descalzo en mitad del asfalto, sujeto el teléfono entre el hombro y mi oreja, y me agacho para sacarlo de ahí como sea. Tiro de él con todas mis fuerzas, pero no lo consigo. Está incrustado hasta la base.

—Mierda, Marcus. Se me ha atrancado el tacón en una alcantarilla —le cuento, agobiada, intentando rescatarlo antes de que el semáforo se ponga verde.

—*¿Dónde?*

—En mitad de Wilshire Boulevard, a la altura de Beverly Hilton — respondo con voz de esfuerzo por los tirones. Todos los viandantes me observan, perplejos, pero ninguno se acerca a prestarme ayuda.

—*¡Sal de ahí inmediatamente!* —me grita, consciente del peligro que entraña esa carretera de cuatro carriles—. *¿Estás loca? Deja el maldito zapato.*

—Marcus.....Son unos Louboutin. —Casi lloriqueo. «Esto no puede estar pasándome a mí», repito en mi cabeza.

—*Olivia...* —insiste.

No escucho nada más, puesto que el teléfono cae al suelo cuando me asusto por el estruendo de una bocina. El semáforo cambia a rojo para los peatones. Un camión de Coca-Cola se acerca. «Sabía que jamás debí reconciliarme con la marca», me recrimino a medida que este se hace más grande al aproximarse a mí. Cegada por recuperar lo que es mío, todavía lo veo algo lejano, así que tiro un par de veces más. En la última, a punto de desistir, el tacón se despegas del zapato quedándose en el hueco de la alcantarilla. Con la otra parte en la mano me levanto del suelo, eufórica, para ponerme a resguardo saltando a la pata coja. Mientras, los viandantes siguen mirando la escena atónitos.

Cuando echo a correr hacia la acera, un coche negro, que no sé de dónde ha salido, me embiste haciendo que vuele por los aires. La caída apenas dura segundos, tiempo suficiente para repasar mentalmente mi vida. Al impactar contra el suelo, todo se torna oscuro.

# Capítulo 1

*Unas horas antes...*

Mary Donald Hace 6 horas

Súper buen vídeo... jejejejeje

Responder ·

ann rose Hace 4 horas

Quisiera que me dieras unas ideas para unos botines muy puntiagudos. Porfis!!

Responder ·

ann rose Hace 4 horas

Por cierto, me encanta todo y los ponchos! Saludos desde México!

Responder ·

Vivian Hace 4 horas

Estás estupenda, Olivia!! A mí me encantan los ponchos :P un besito!

Responder ·

Kris Grey Hace 2 horas

Santa me dejó tu libro y es genial! Muy útil para sacar partido a toda la ropa. Te deseo mucho éxito.

Responder ·

Con el primer café de la mañana humeando entre las manos, leo los comentarios que mis seguidoras han dejado en el último *post* que publiqué.

Se agradece que la gente, aun sin conocerte en persona, demuestre tanto cariño y valore tu trabajo.

Me dispongo a responderlos, pero, al mirar el reloj del ordenador, me percató de que voy justa de tiempo, así que dejo el nuevo vídeo subiendo y corro a arreglarme.

Pelo indomable, mirada un tanto ojerosa. Me miro al espejo y sonrío, no está mal lo que refleja a pesar de todo. Luego doy un bostezo que, como diría mi madre, casi me vuelve del revés. Aunque llevo muchas noches sin dormir bien, puedo decir que no tengo mal aspecto. Una enorme sonrisa ilumina mi rostro. Soy una mujer de sonrisa permanente. Una superviviente en cuanto a fracasos sentimentales se refiere.

—Felicidades, campeona —me digo a través del espejo—. Hace un par de horas que has entrado en los cuarenta.

Tras una ducha rápida y casi sin maquillar —ya lo harán en el estudio—, salgo pitando al otro lado de la ciudad, donde tengo la sesión de fotos para mi libro de cocina. Estoy más que entusiasmada con la idea. Quién me lo iba a decir años atrás cuando tan solo era una joven que vivía en Wilmington, un pueblo de Carolina del Norte.

Desde niña tuve inquietudes que me empujaban a salir de allí. No sabía qué quería hacer con mi vida, pero sí tenía clarísimo que aquella ciudad se me quedaba pequeña. Mis padres no eran partidarios de que yo, sola, cruzase

el país de costa a costa. A mi hermana Karen le bastaba lo que le ofrecían allí, y por eso no entendían por qué no sucedía lo mismo conmigo. Mi insistencia por estudiar en la universidad de UCLA, en Los Ángeles, donde podría realizar mi posgrado en Odontología, jugó un papel crucial. Como hacen siempre, me apoyaron.

Llegué a la ciudad a los dieciocho años y aquí sigo. El sol, la playa, los paseos infinitos rodeados de palmeras y las múltiples opciones de ocio me hicieron pensar que había encontrado mi lugar en el mundo. Mis padres vienen a visitarme un par de veces al año; yo les devuelvo la visita en Acción de Gracias y Navidad, y todos contentos.

Perdón, que empiezo a hablar y me lío. Me presento: mi nombre es Olivia McCain y, sí, hoy cumpla cuarenta años —aunque no lo parezca—. Estoy soltera y debo agradecerse a Ben, mi último novio, que me dejó hace dos meses alegando que he perdido el control sobre mi vida. Según él, ya casi no diferencio lo público de lo privado y eso me está alejando de la realidad.

¿Os he contado que soy bloguera de moda? Hoy en día no, pero en mis inicios sonaba extraño. Sí, vivo de lo que en principio era una afición. Todo empezó como un *hobby*. Desde que tengo uso de razón me gusta la ropa y poseo un don innato para combinarla. Mi amiga Susan, que siempre me pide consejo a la hora de vestir, me regaló un blog para subirme el ánimo tras un fracaso sentimental con la intención de que me animase. Un tanto escéptica

de que mis consejos fuesen a interesarle a alguien, subía mis *looks* por no escucharla. Pasados unos meses, las visitas aumentaron de forma vertiginosa, por lo que fui dedicándole más tiempo hasta convertirlo en mi trabajo, y, casi sin darme cuenta, dejó de ser un pasatiempo para convertirse en un medio de vida.

Tras siete años compartiendo mi pequeño mundo a través de las redes sociales, estoy en lo más alto de mi carrera. Mi canal de YouTube aparece entre los diez con más seguidores de esta plataforma, y en unas semanas saldrá a la venta mi segundo libro. No os lo creeréis, pero a la gente le interesa hasta saber qué como, y, por eso, una editorial, tras ver los increíbles resultados de mi libro de moda, me lo ha propuesto.

No era consciente de la popularidad que estaba alcanzando hasta que, un día, una chica se acercó a mí para pedirme una foto cuando yo compraba en el supermercado. No me lo podía creer. Luego, todo se desmadró.

Camino por los alrededores del Kodak Theatre, con mi vaso de The Coffee Beanery en la mano, pensando en mi fiesta sorpresa de cumpleaños, que no será tan sorpresa porque a mi madre se le escapó hace unos días cuando hablábamos por Skype. Me vio un tanto tristonza cuando le reconocí que me sentía muy sola tras la marcha de Ben con mi cumpleaños tan cerca y, para animarme, me lo insinuó.

Respiro hondo frente al edificio. Abro la pesada puerta de cristal

empujándola con el hombro, porque todavía llevo el vaso en la mano, y me coloco las gafas de sol en el pelo.

—Buenos días —saludo, alegre, al entrar en las oficinas de la editorial, arrojando el envase en una papelería cercana.

—Buenos días, Olivia. Te esperan en el despacho de Marc —me anuncia una recepcionista, que luce unos auriculares con micro sobre su melena corta y negra.

Subo a la segunda planta en el ascensor y llamo a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dice una voz masculina desde dentro.

Abro y lo encuentro como siempre, pegado al teléfono. Hace una señal con la mano para que entre y cierre tras de mí. Acomodada en la silla frente a él, espero a que termine su conversación repasando las fotos que tiene en la pared junto a los famosos que han visitado las oficinas. Al colgar lo primero que hace es felicitarme.

—Felicidades, Olivia. —Abandona su asiento y rodea la mesa para abrazarme.

—Gracias —respondo, levantándome del mío y alzándome unos centímetros.

—Supongo que ya te han dicho que acabas de entrar en la mejor etapa de la mujer. —Con esa frase manida vuelve a sentarse de nuevo.

—Eso dicen.....Ya te lo contaré. —Entre risas me acomodo.

—Vamos a esperar que llegue Sophia y bajamos a plató. Queremos tener el libro para finales del mes que viene —me cuenta mientras sirve un par de tazas de café de una cafetera de cápsulas que tiene al fondo de la habitación.

—Me parece bien. Gracias —le digo al recibir la mía. Será el tercero que me tome en la mañana, lo que hará que me ponga como una moto, pero no importa porque esta noche debo aguantar hasta el amanecer.

Es algo que lleva mucho tiempo en mi lista de cosas por hacer antes de morir, y hoy pienso tacharla. Susan y Marcus se han sumado al reto de ver amanecer desde el observatorio Griffith, uno de mis sitios preferidos de la ciudad.

—Podrías decirle a Ben que te acompañase a la presentación. —Suena más a imposición que a una simple sugerencia por su parte.

—Vamos, Marc, sabes que ya no estamos juntos. —Dejo el platillo con la taza sobre su mesa, intentando restarle importancia a ese detalle para demostrar que he pasado página.

—Ya lo sé, pero supongo que no os llevaréis tan mal como para que no te haga el favor —me explica, echándose hacia delante, apoyando los codos en la madera y juntando las palmas de las manos—. Eso vende mucho, y él lo sabe. Mira lo que pasó cuando presentaste el otro libro. ¿Ya no recuerdas los millones de visitas que teníais en los vídeos que hicisteis juntos?

—No voy a pedirle nada a Ben —recalco con tono autoritario para que le quede claro y no vuelva a insistir.

—Como quieras. —Cuando vuelve a su posición y se apoya en el respaldo de la silla, sus ojos me dicen que me estoy equivocando.

La oportuna llegada de Sophia rompe ese momento de tensión.

Ya en plató, vestida con una camiseta blanca de algodón y vaqueros, una chica me maquilla mientras el fotógrafo lo prepara todo, y otras dos mujeres tratan de dar apariencia real a una falsa cocina. La sesión dura más de dos horas. He perdido la cuenta de las fotos que me han hecho: sentada sobre la encimera con una sonrisa absurda y una cuchara de madera entre las manos, cortando alguna fruta, en una pose como si cocinase... Entretanto el teléfono no ha cesado de sonar, y el fotógrafo ha dejado latente su malestar por las interrupciones con varios bufidos.

Al finalizarla, Marc, Sophia y yo nos marchamos a comer para celebrar por adelantado el éxito. Elegimos un restaurante italiano cercano al edificio de la editorial. Ambos se pasan el almuerzo hablando de las presentaciones que tendré que hacer, de las ventas que estiman realizar y de los beneficios que este proyecto nos acarreará a todos. Sophia vuelve a mencionar que sería muy buena idea la presencia de Ben, pero esta vez ni respondo. Me aburre el tema y me niego a discutir de nuevo sobre lo mismo, así que paso el rato casi ausente sonriendo con falsedad de vez en cuando o cuando se dirigen a mí

directamente. Miro en reiteradas ocasiones el teléfono por si tuviese alguna llamada suya. No hay suerte.

Nos despedimos en la calle tras el almuerzo, y cada uno tomamos un camino. Ellos se marchan de vuelta a la oficina; y yo, a dedicarme la tarde para mí. Tras la sesión de *spa*, pasaré a recoger mi vestido por una tienda que acaban de abrir en Rodeo Drive. La propietaria, amablemente, me lo ha regalado, consciente de que subiré a Instagram fotos de mi fiesta de cumpleaños llevándolo.

Tan relajada, que me parece estar flotando en una nube, salgo de la *boutique* con él puesto. Es negro, de manga sisa y un escote grande en la espalda, con el largo a la altura de la rodilla y bolsillos en la falda. El bajo está decorado con un estampado de flores de colores llamativos. Pocas prendas me gustan más que las faldas abullonadas con bolsillos. Lo he combinado con unos espectaculares y altísimos zapatos color *nude* que me he autoregalado por mi entrada en los cuarenta.

Casi es la hora de la fiesta y ni rastro de Ben. Decepcionada, lo único que siento son unas tremendas ganas de llorar. Esperaba que al menos dejase un mensaje en el buzón de voz felicitándome. Tampoco creo que sea pedirle tanto después de cinco años juntos, pero veo que ya no le importo nada. A primera hora de la mañana, sí hubo, como cada año, un ramo de rosas fucsias, mis preferidas, con una tarjeta sin firmar que decía: *Felicidades, pecosa. Esta*

*década es nuestra.*

No hace falta que ponga su nombre porque solo él, Owen Miller, me ha llamado así.

Aparentando una felicidad que no es real, me dirijo caminando al local donde se celebrará la supuesta cena familiar que en realidad es una fiesta sorpresa. Está cerca, por lo que decido ir paseando, algo que es muy raro permitirse en esta ciudad. Es tan extensa que puedes tardar un par de horas en llegar a casa de un amigo. Cuando ando por la ciudad, me gusta pensar, analizar lo que hago, idear proyectos futuros. Reflexionar al aire libre es una de las cosas que aún conservo de Nicholas, el tipo con el que salía antes de conocer a Ben. Como el optimismo es una de las cualidades que me caracteriza, pienso que tal vez no haya dado señales de vida porque va a sorprenderme en la fiesta. El cerebro es un órgano altamente manipulable, solo con eso, me vengo arriba y encaro la noche con mejor humor.

Mi teléfono suena dentro del bolsillo obligándome a desacelerar mis pasos para responder la llamada. Al sacarlo compruebo que es mi hermana Karen.

—*Oli, ¿dónde te metes?* —me pregunta con gran revuelo de fondo.

—Voy de camino, tranquila —intento disimular que hace semanas sé lo que se trae entre manos. Me da pena fastidiarle la sorpresa después de todo lo que ha trabajado.

—*Vale, te estamos esperando.*

—¿Han llegado ya papá y mamá? —Al pensar en ellos, me invaden unas ganas enormes de abrazarlos.

—*Sí, aquí están con Zack y conmigo.*

—Bien, en diez minutos nos vemos.

Cuelgo pensando en lo diferentes que somos Karen y yo. Como se suele decir, a pesar de ser hijas del mismo padre y la misma madre y haber sido educadas de igual forma, somos completamente distintas. Ella estudió Magisterio y, desde que salió de la universidad, trabaja en el mismo colegio de educación primaria en Wilmington. Yo, en cambio, abandoné mi carrera de odontóloga por una locura que podía haber salido mal, pero nunca me ha dado miedo arriesgarme; ella se casó con Zack, su novio de toda la vida, y yo no acabo de encontrar la estabilidad sentimental; Karen adora a los niños, y a mí solo me gustan para un rato.

Vuelvo a escuchar la melodía del móvil. Ver la foto de Marcus, mi mejor amigo, me saca una sonrisa sincera. Lo adoro. Marcus es un estilista conocido en los círculos en los que nos movemos en Los Ángeles, tanto por su histerismo contagioso como por su buen trabajo.

—¿Qué tal, guapo? —saludo con alegría tras sacarlo del bolsillo de la falda.

Marcus hizo sus pinitos como modelo en la adolescencia. Es un hombre

de esos que, cuando pasa por tu lado, te obliga a girarte para verlo de nuevo, porque no crees que sea real. Y lo mejor que tiene es que es todo corazón. Jamás se niega a nada de lo que le pido por muy excéntrico que resulte.

—*Deseando achucharte. Escúchame, estoy terminando una sesión. Llegaré un poco más tarde para darte un beso de película como te mereces, pero estaré allí.* —Río ante sus ocurrencias.

—Ay, no sabes cómo lo necesito —le revelo mientras cruzo la calle de forma despreocupada sumida en nuestra conversación.

—*Nena, no seas idiota. Sabes que estás estupenda y muchas de treinta quisieran...*

No termino de escuchar lo que Marcus me dice, porque en ese instante algo me impide seguir caminando. Angustiada, miro al suelo para descubrir qué es.

—Joder —susurro, interrumpiéndolo al darme cuenta de que se me ha metido el tacón en el hueco de una alcantarilla.

—*Oli, ¿qué pasa?* —Noto su preocupación al otro lado de la línea al escuchar mis protestas—. *¡Oli, Olivia!*

Sin pensarlo dos veces, me descalzo en mitad del asfalto, sujeto el teléfono entre el hombro y mi oreja, y me agacho para sacarlo de ahí como sea. Tiro de él con todas mis fuerzas, pero no lo consigo. Está incrustado hasta la base.

—Mierda, Marcus. Se me ha atrancado el tacón en una alcantarilla —le cuento, agobiada, intentando rescatarlo antes de que el semáforo se ponga verde.

—*¿Dónde?*

—En mitad de Wilshire Boulevard, a la altura de Beverly Hilton — respondo con voz de esfuerzo por los tirones que le doy. Todos los viandantes me observan perplejos, pero ninguno se acerca a prestarme ayuda.

—*¡Sal de ahí inmediatamente!* —me grita—. *¿Estás loca? Deja el maldito zapato.*

—Marcus... Son unos Louboutin. —Casi lloriqueo. «Esto no puede estar pasándome a mí», repito en mi cabeza.

—*Olivia...* —insiste.

No escucho nada más porque el teléfono cae al suelo cuando me asusto por el estruendo de una bocina que pita. El semáforo cambia a rojo para los peatones. Un camión de Coca-Cola se acerca. «Sabía que jamás debí reconciliarme con la marca», me recrimino a medida que este se hace más grande. Cegada como estoy por recuperar lo que es mío, todavía lo veo algo lejano, así que tiro un par de veces más. En la última, cuando voy a desistir, el tacón se suelta del zapato quedándose en el hueco. Yo, con la otra parte en la mano, me levanto, eufórica, con la intención de ponerme a resguardo saltando a la pata coja. Los viandantes siguen mirando la escena atónitos.

Cuando echo a correr para ponerme a salvo en la acera, un coche negro, que no sé de dónde ha salido, me embiste haciendo que vuele por los aires. La caída es de segundos, pero me da tiempo a repasar mentalmente mi vida. Al impactar contra el suelo todo se torna oscuro.

## Capítulo 2

Oscuridad. Mi cuerpo flota. Siento las extremidades laxas y, a la vez, pesadas. Si lo último que recuerdo es caminar por Wilshire Boulevard, ¿cómo he llegado hasta aquí? Distingo una luz al final de lo que parece un pasillo bastante largo. Todo a mi alrededor está borroso, como si tuviese la vista desenfocada. Es extraña esta sensación de paz.

Al ponerme en pie e intentar caminar, mi tobillo izquierdo se dobla. Me quito el zapato y maldigo al comprobar que no hay tacón. «Cuatrocientos dólares a la basura», pienso. No me queda más remedio que sacarme el otro y avanzar descalza hacia ella. «Menos mal que ayer fui a la pedicura».

Ando con ellos en la mano. Cuanto más avanzo, más claridad llega a mis ojos y más nítida se vuelve mi visión. De repente, las paredes dejan de ser negras y están decoradas con cuadros. Sin darme cuenta, me he adentrado en una especie de galería de arte en la que la única protagonista... ¿soy yo? Mire donde mire, hay una imagen mía bajo un foco que la ilumina.

Me detengo ante uno de ellos. Soy un bebé, y mi hermana Karen juega conmigo en el jardín de casa. En el siguiente, reímos en su décimo cumpleaños. Resulta enternecedor vernos de ese modo. Estoy tan sumida en mi propia vida que apenas tengo tiempo para compartirla con mi familia.

A cada paso que doy, la redescubro a modo de recuerdos expuesta en lienzos. Momentos buenos y no tan buenos. Miro de pasada el cuadro que tengo a la derecha, me asusta el hecho de que cuando intento volver atrás, no puedo hacerlo. Entonces se apagan las luces y solo se ilumina uno. Tras un tiempo observándolo se apaga, llenándose de luz el de enfrente, que tras unos minutos también desaparece de mi vista cediendo el protagonismo al siguiente. Y así todos, uno por uno, como si alguien quisiera obligarme a verlos.

Cada vez estoy más cerca del resplandor y deseosa de averiguar qué hay tras él. Cuando lo alcanzo, una puerta corredera como la de los centros comerciales se abre cegándome unos segundos con ese brillo tan potente. Es tan intenso que tengo que taparme la cara con el antebrazo, aunque algo me invita a dar un paso más. Después, normalidad. Estoy en una calle desierta, no hay nadie por ninguna parte. Veo varios comercios, todos cerrados. Tengo la sensación de haber llegado a una ciudad fantasma. Ni un solo ruido.

—Hola, ¿hay alguien? —pregunto, dando unos pasos a la derecha—.  
¡Hola! —repito al otro lado.

Nada. Abatida, me siento en el bordillo de una acera dejando mis zapatos rotos junto a mí. «¿Pero... dónde estoy?». Apoyo los codos en mis rodillas y la frente en mis manos. Un leve recuerdo me llega de pronto.

—Claro... esto es una broma relacionada con mi fiesta de cumpleaños —

susurro al aire, feliz de encontrar una respuesta.

Sí, debe ser eso porque, ahora que me fijo, el aspecto de los locales parece sacado de mi época preferida: los años 50. Me entusiasma la conclusión: mis amigos han organizado una fiesta temática.

—Vale, chicos, ha estado muy bien. Casi me lo creo —reconozco, animada, poniéndome en pie de un salto—. Ya podéis salir.

De pronto, veo a alguien en la distancia. Es un joven que camina como si tuviese prisa. Me llevo las manos a la boca, sorprendida, porque estoy segurísima de que es Adam Levine. Esta vez Mike y Susan se han superado. Realmente, va a merecer la pena cumplir cuarenta. Ahora mismo me siento como los protagonistas de ese vídeo en el que él y su grupo se cuelan en bodas para cantarles a los novios.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo cuando está cerca—. ¿Puedo darte un abrazo?

Sin esperar a que responda, lo hago. Y, sin lugar a dudas, es el momento de mayor emoción en mi vida.

—Vaya..., nunca nadie fue tan efusivo al verme. —Un tanto extrañado rodea con timidez mi cintura.

—¡Guau!, Adam Levine en mi cumpleaños. —Lo miro perpleja, tomando algo de distancia para verlo mejor.

—¿Adam? —Entorna los ojos torciendo el gesto—. Me parece que te

equivocas. Yo soy Matthew.

—Bonito nombre. Mi padre también se llama Matthew, pero todos le llaman «Matt».

Acepto la mano que me ofrece a modo de saludo y le sonrío con cara de «venga sí, voy a seguirte el juego para no dejarte mal». Alargo las presentaciones agitando nuestros brazos y mirándolo embelesada como si las palmas se hubiesen quedado pegadas. «¿Cómo puede ser tan guapo?», me pregunto. Termina por tirar de la suya para que lo suelte.

—Vamos, sé que mis amigos te han dicho que disimules, pero no cuela. Por cierto, ¿dónde están? —pregunto, llevándome la punta de los dedos a los bolsillos traseros de los vaqueros. Giro sobre mí misma y espero que salgan de su escondite en cualquier momento gritando: «¡Sorpresa!».

De pronto, me percató de que algo va mal al darme cuenta de que llevo puesta ropa diferente a la de la tienda.

—Un segundo... ¿Y mi vestido? —Tiro de la camiseta que luzco.

—No lo necesitas. Aquí vamos todos igual.

Alzo la vista y reparo en que el chico y yo vestimos la misma indumentaria: vaqueros —que por cierto a él le sientan de escándalo— y una camiseta blanca de manga corta. Ambos estamos descalzos.

—¿Qué está pasando aquí? —Una risita falsa delata mi angustia. Estoy empezando a ponerme nerviosa.

Matthew se acerca y me sonrío con ternura sujetándome por los hombros. Se humedece los labios antes de hablar como si estuviese pensando qué decirme. Me resulta un gesto demasiado provocador para el momento de tensión que estoy viviendo.

—Has sufrido un accidente hace unas horas.

—¿Qué, qué? —No entiendo nada. Tras un silencio, añado—: ¿He muerto?

—No del todo —me explica con total normalidad, pasándose la mano por la barba de dos días que luce. En ese instante reparo en su tupé. Le favorece.

Sigo recorriendo su cuerpo con los ojos y me fijo en sus brazos. Hay algo que no me cuadra y que llama mi atención: ni rastro de los tatuajes que luce el cantante, lo que me hace sospechar que puede estar hablando en serio.

—Entonces, ¿esto es el cielo? —cuestiono, mirando a ambos lados con tono de desolación. Sin duda, es muy diferente a lo que nos decían de pequeños.

—No, esto es una etapa anterior. Una especie de limbo —aclara mi nuevo y único amigo.

Lo observo con curiosidad y llena de sentimientos contradictorios. Quiero unos minutos para asimilar la situación. Me está sucediendo algo surrealista, necesito contárselo a alguien y ¿a quién tengo al lado? Al doble celestial de Adam Levine. Si esto es una broma, nadie va a creérsela cuando la cuente.

—¿En serio que no te burlas de mí? —Mi voz suena cada vez más apagada.

—Me temo que no. —La suya también es pesarosa—. Bienvenida, Ann.

Abro los ojos de par en par, casi salen de las órbitas de la emoción, al oír ese nombre. Esa no soy yo y, por segundos, la euforia de que todo sea un error me posee.

—Lo sabía. Sabía que estabas equivocado —digo, saltando como una niña.

—Espera, ¿no eres Ann? —Hace una mueca divertida. Va a terminar cayéndome bien ahora que voy a marcharme.

Se lleva la mano a la parte trasera de los vaqueros y saca de unos de los bolsillos un montoncito de pequeños *post-it* escritos con tinta verde. Busca algo entre ellos, arrugando los que lee y guardándolos en el bolsillo delantero para no tirarlos al suelo. Este tipo es un completo desastre. Es muy tierno verle rascarse la cabeza cuando parece que al fin lo ha encontrado.

—A ver, aquí estás: Olivia. Olivia McCain.

Frunzo el ceño, disgustada. Me siento como si hubiesen arrojado sobre mí una losa de mil kilos. Parece que no voy a salir con tanta facilidad como creía. Chafada por la noticia, vuelvo a sentarme sobre la acera mientras Matthew, de pie, termina de revisar sus *post-it*. Pocas veces había pensado en mi muerte o qué pasaría tras ella, pero desde luego jamás lo imaginé de esta

forma. Tenía la idea, supongo que como la mayoría, de que me encontraría con seres alados vestidos con impolutas túnicas blancas saltando entre nubes de algodón en el cielo más azul nunca visto. Pero no, estaba equivocada.

—Doctora Olivia McCain. ¡Guau! —suelta, sorprendido, apartando la vista de su nota. Ahora que estoy algo más relajada, me fijo en que tiene unos preciosos ojos donde el verde y el marrón se entremezclan—. Esta muela de aquí, me está dando problemas. —Se agacha para estar a mi altura, abre la boca y la señala con el índice.

—Cierra la boca —le ordeno con un golpe en el brazo—. Hace años que dejé ese trabajo.

Matthew, con gesto extrañado ante lo que le digo, vuelve a revisar la información que le han pasado sobre mí. Dejo mi asiento en la acera, y él me imita. Es algo más alto que yo. No sería mucho más si mis preciosos zapatos no se hubiesen roto y pudiera usarlos, claro está.

—Bloguera de moda —lee en voz alta—. ¿Eres bloguera de moda? — repite, mirándome de arriba a abajo como si no le hubiese escuchado la primera vez. De pie, asiento cruzada de brazos. Empieza a cansarme que lo cuestione todo—. ¿Qué demonios es una *bloguera de moda*?

—A grandes rasgos, alguien que da nociones de moda. Qué ponerse, cómo hacerlo... Fotografío lo que me pongo para que inspire a la gente a la hora de vestir. —Me mira, estupefacto—. Es un poco complicado.

—¿En serio alguien puede ganarse la vida con eso?

Resoplo y pongo los ojos en blanco pidiéndome paciencia a mí misma, no vaya a resultar que esto sea una prueba para ir al cielo y, por ser una borde de cuidado, me gane de cabeza el billete al infierno.

—¿Cuánto tiempo se supone que debo estar aquí? —cambio de tema. No me queda más remedio que asumir mi *supuesta muerte* a pesar del montón de cosas que me quedaban por hacer. Así que cuanto antes, mejor.

—No tengas tanta prisa —me dice Matthew con las manos en los bolsillos y con una pose de lo más relajada. Imagino que es una consecuencia de tener por delante toda la eternidad—. ¿A dónde quieres ir?

—Al cielo —afirmo, visiblemente convencida de que ese es mi lugar.

Su respuesta es una fuerte risotada que me molesta. «¿Se está riendo de mí este impostor de Adam?». Coloca sus manos sobre mis hombros y, como si hablase con una niña, me explica el funcionamiento del sitio.

—Para eso debes morir del todo. Mira. —Señala el suelo. Como por arte de magia, un agujero del tamaño de una alcantarilla se abre ante nosotros. Mi instinto me lleva a agarrar su brazo y saltar hacia atrás para alejarme por miedo a caer en él.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto, estupefacta con la otra mano sobre el pecho. Mi corazón late a mil por hora.

—Es cuestión de práctica —me explica, sonriente.

—¡Esa soy yo! —exclamo al verme tumbada en la cama de un hospital—.  
¡Uf!, ¡qué mala cara...! ¿Qué me pasa?

—Has sido arrollada por un coche en la calle cuando te dirigías a tu fiesta de cumpleaños. Se te quedó el tacón atrancado en una alcantarilla y preferiste rescatarlo poniendo tu vida en peligro en lugar de apartarte de allí.

Ahora me doy cuenta de lo idiota que soy a veces, abstraída por cosas materiales. Ben tenía razón, he perdido el norte. En lugar de abandonar el zapato y llegar cual Cenicienta a mi fiesta, intenté rescatarlo como si fuese el último tacón sobre la Tierra. Y para qué... para, en lugar de estar riéndome de la anécdota con mis amigos durante semanas, terminar el día de mi cuarenta cumpleaños en compañía de un desconocido, viendo cómo mi madre y mi hermana me acompañan mientras estoy hospitalizada en coma.

Primera lección aprendida: todas tus pertenencias se quedan ahí abajo. Nada de lo que veneras en tu vida terrenal te sirve aquí, así que aprovéchala para llenarla de momentos preciosos que sí podrás llevarte contigo como me han mostrado los cuadros de la entrada.

—Y ahora, ¿qué pasa? —Estoy un tanto desconcertada.

—Ahora nos vamos a un sitio, quiero enseñarte algo. Andando.

Matthew cruza la calle despreocupado. Total, aquí sigue sin haber nadie. Es extraño que, a pesar de ir descalza, no sienta el frío ni el calor en la planta de los pies. Ni siquiera la rugosidad del asfalto es perceptible para mí.

—¿Por qué no hay nadie? —le pregunto, tras dar una pequeña carrera para ponerme a su altura. Me he quedado mirando un escaparate.

—La entrada es progresiva. Seguramente ya haya alguien en la puerta, pero en esta etapa no nos cruzaremos con nadie. De todos modos, no todos pasáis por aquí.

—Ya veo... —Creo que voy entendiendo un poco el funcionamiento—.  
Depende de los pecados cometidos, ¿no?

Matthew responde a mi ironía con una encantadora media sonrisa.

—Más o menos. Aquí te miran las cuentas pendientes más bien.

Asiento con la cabeza. Miro, alucinada, el Ford Mustang antiguo que señala con la mano. Es de color rojo, precioso y descapotable. Un clásico en toda regla. Lo rodea con una pequeña carrera para colocarse junto a la puerta del conductor y me invita a subir.

—¿Y este coche? Es una pasada. —Paso la mano despacio por el salpicadero.

—Es mío. —No puede evitar mostrar un toque de orgullo en su cara. Sus ojos brillan.

—¿A dónde vamos? —le consulto, buscando el cinturón de seguridad.

—Al cine.

Frunzo el ceño. ¿Para qué quiere llevarme al cine? «¿Estará ligando conmigo?». Se me dibuja una leve sonrisa en los labios al pensarlo, porque

Matthew no está nada mal, pero tan rápido como lo pienso aparto la idea de mi cabeza. Seguro que tenemos cosas mucho más importantes que resolver. Aun así, no puedo evitar preguntárselo.

—¿Estás ligando conmigo? —Matthew desvía la vista de la carretera y sonrío con amplitud. Noto cómo me sonrojo y, cual adolescente con las hormonas revueltas, me fijo en sus labios. Luego, me enrosco el pelo tras la oreja. «Olivia, ¿estás tonteando con él?».

—No. Qué más quisiera yo, pero estoy en otro nivel.

—¿Cómo en otro nivel? —pregunto, ofendida. A ver si cree que puede decirme en mi cara que le resulto poca cosa.

—Me refiero a otro estado. Solo eso —aclara, volviendo a fijar la vista al frente.

No sé para qué lo hace si, desde que hemos subido al coche, no nos hemos encontrado con ningún otro vehículo. Ni siquiera, un triste semáforo encendido.

—Bueno, ¿qué me cuentas sobre ti? —Me giro un poco en el asiento para mirarlo de cara.

Conduce con una pose relajada, con el brazo apoyado sobre la ventanilla y la cabeza descansando sobre la palma de la mano, sosteniendo el volante con la otra. Por su aspecto, debió ser un rompecorazones de mucho cuidado.

—¿Qué quieres saber? —Se encoge un poco de hombros, queriendo

insinuar que su vida no es interesante.

—No sé. ¿De dónde eres? ¿Cuánto llevas aquí? Si tienes novia.

Me mira risueño ante mi cuestionario alzando las cejas con la última pregunta. Lo sé, resulta de lo más absurda, pero me mata de curiosidad su vida sentimental a pesar de que, en comparación conmigo, es un niño. Antes de que diga nada, le aclaro que yo tampoco intento ligar con él. Ha quedado cristalino que estamos en otro nivel.

—Soy de Detroit. Y llevo aquí desde 1957, en mayo hará sesenta años.

Mi mandíbula se descuelga al oírlo. Lleva aquí más tiempo del que yo he estado viva. Entonces, mil preguntas se agolpan en mi cabeza empujándose unas a otras deseando salir para ser respondidas.

—¿Qué edad tenías?, ¿o tienes? Supongo que no has envejecido.

—Morí a los veintisiete, en un accidente de tráfico. —Tras una pequeña pausa, añade—: En este coche.

Doy un salto sobre mi asiento como si tuviese fuego debajo y me hubiese quemado el trasero.

—Uf, eso ha sonado a la historia de la chica que sube a la parte trasera de tu coche y, al pasar por una curva, te dice: «Cuidado, yo me maté ahí». —Matthew se carcajea ante mi reacción y me sujeta del brazo para que vuelva a sentarme. Una extraña corriente eléctrica recorre mi cuerpo con ese contacto.

—Tranquila, eso no puede volver a pasar. No puedo morir dos veces.

—¿Cómo fue? —Una vez que he preguntado, me arrepiento de haberlo hecho. Siempre me pasa igual, mi lengua es más rápida que mi mente—. Si quieres contármelo, claro.

—Sí, ¿por qué no? Pasó hace mucho —bromea. Sigue aferrado al volante con su mano derecha—. Tenía este coche hacía solo unas semanas, quería probar su velocidad y perdí el control de él en una curva. Choqué contra un muro y salí despedido por arriba. No hubo opción a nada más.

—Vaya, lo siento —digo en voz baja al ver su cara un tanto apenada por el recuerdo. Él intenta restarle importancia negando con la cabeza.

—¿Sabes?, nunca tuve planes de futuro más allá de esa edad. Jamás me vi como un señor de setenta años rodeado de nietos. Supongo que mi subconsciente ya sabía que moriría joven. Hemos llegado —anuncia, deteniendo el coche y aparcándolo junto al bordillo.

Al bajar, mis ojos tropiezan con un edificio similar al cine El Capitán, en el que tantas películas he visto en Los Ángeles. En el cartel anunciador se puede leer con letras rojas: *Bienvenida, Olivia*. Junto a este, un *dinner* al más puro estilo de los años 50. Me pregunto si el hecho de que sea mi época preferida tendrá algo que ver con los escenarios y con que Matthew, que vivió en ella, sea mi mentor. Más tarde le preguntaré.

—¿Y esto? —Señalo la cafetería, sorprendida.

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece que pidamos algo antes de entrar al cine?

Hasta que lo ha dicho no me había percatado del hambre que tengo y de que mi estómago ruge como un león enjaulado. Asiento con la cabeza. Matthew, de forma caballerosa, me cede el paso y sujeta la puerta para que entre.

El sitio me parece espectacular y estoy como una niña en su juguetería preferida. Me gusta todo, el suelo de baldosas blancas y negras como el tablero de un ajedrez, las paredes rosas, la máquina antigua de discos de la época. Está tan conseguido que imagino que es auténtico y no una réplica.

Una joven con el clásico uniforme rosa, con delantal y zapatillas blancas se acerca a nosotros tras la barra. Se me escapa la risa cuando le pregunta a Matthew qué vamos a tomar y, seguidamente, le llama «encanto». Es muy típico de las camareras de esos restaurantes.

Leo la carta sin saber qué elegir. Ahora que no voy a engordar, puedo permitirme cualquier cosa. Matthew se decanta por un batido helado de chocolate, y yo pido lo mismo pero de vainilla.

Betty, que así se llama la camarera o al menos eso dice la chapa de su uniforme, los prepara en un santiamén y desaparece de nuestra vista a la misma velocidad. Mi amigo le da un sorbo sin más; yo, en cambio, me deleito con su cremosidad, metiendo y sacando la pajita en repetidas ocasiones. Termino por sacarla del vaso y pasar la lengua por ella chupando todo el helado pegado. Disfruto tanto del momento con los ojos cerrados que

no me doy cuenta de lo provocativo que puede resultar el gesto.

Matthew me observa riendo con su vaso en la mano. Le devuelvo la sonrisa algo avergonzada. Me cae bien, ojalá pudiese volver ahí abajo solo para decirles a mi familia y amigos que no se preocupen por nada cuando mueran, porque aquí estará él para hacerlo todo más fácil.

Una vez en la puerta del cine, deja que yo entre primero. No hemos pagado entrada, como tampoco los batidos. Pasamos a la única sala abierta que encontramos y que, no sé por qué me extraña a esta altura, está vacía.

—Elige la que quieras —me dice Matthew de espaldas a la pantalla. Mientras miro la cantidad de butacas que hay ante mí, su voz resuena—. Vamos a estar solos.

Subo los escalones hasta que me sitúo más o menos en mitad de la sala. Luego elijo los asientos centrales de la fila. Nos acomodamos y las luces se atenúan. Yo continúo bebiendo mi batido mientras espero a que empiece *mi peli*.

—Te imaginarás de qué va, ¿no?

—Supongo que de mi vida —pronuncio un tanto nerviosa por enfrentarme a mis recuerdos.

—Más o menos. Es la película de tu vida amorosa. —No puedo evitar sorprenderme con lo que oigo. Pensaba que para llegar al cielo contaban los actos buenos, no con cuántos hombres compartes tus días.

—¿Todos mis ex? —pregunto para cerciorarme.

—Sí, todos tus ex —afirma Matthew.

Me escurro en el asiento, muerta de vergüenza, aovillándome como si de esa manera pudiese evitar que él me vea. «¡Qué tontería, si conocerá la lista de principio a fin!». No sé si estoy preparada para esto, pero tampoco puedo hacer nada, así que intento relajarme bebiendo un sorbo de mi batido dispuesta a disfrutar de la película de mi vida.

El proyector empieza a funcionar. Miles de motas revolotean en la luz que sale de la pared del fondo. Matthew me guiña un ojo, y yo respiro hondo cuando empieza la música.

## Capítulo 3

La pantalla se funde en negro y, en letras blancas que cada vez se van haciendo más grandes y legibles, aparece escrito: *septiembre 1991*.

Ese año estudiaba segundo en el instituto Lincol de Wilmington.

No era más que una quinceañera curiosa que ya destacaba entre mis compañeras por mi aspecto algo más cuidado que el resto. Quería ser como una de las protagonistas de la serie de moda y madrugaba para alisarme el pelo antes de ir a clase. Mi padre nunca quiso regalarme una plancha porque decía que yo iba a estudiar, no a lucirme. El pobre, que solo sabe de béisbol, aún no se había dado cuenta de la *It Girl* —como lo llaman ahora— que estaba creciendo en mi interior, sin que yo pudiese hacer nada por frenarla. El método que empleaba no podía ser más rudimentario y nefasto para el cabello: colocaba una toalla sobre la tabla, el mechón de pelo, otra sobre este y pasaba la plancha de la ropa repetidas veces hasta que quedaba completamente liso.

—A ver qué tal andas de memoria. En 1991 tenías...

—Quince años —digo tras un rápido cálculo mental—. ¡Madre mía!, ¡cómo ha pasado el tiempo!

—Háblame de Colton —me pide Matthew, mirándome mientras apura los

restos de su batido.

Tuerzo el gesto como si eso fuese a ayudarme a recordar algo más, porque hace la friolera de veinticinco años de aquello. Muevo la boca de un lado a otro con rapidez y termino por sonreír cuando viene su rostro a mi mente. Fue mi primer novio, y vivimos la típica relación adolescente.

—Colton era el empollón de la clase. Ese tipo de empollón al que hoy llamarían «friki». Siempre pasaba desapercibido, así que no fui consciente de lo atractivo que era hasta que estuve obligada a pasar tiempo con él y me detuve a mirarlo.

»Tenía unos preciosos ojos color miel que me encantaba observar bajo sus gafas de pasta. Casi siempre vestía con camisas de cuadros y vaqueros. No le preocupaba en absoluto su imagen. Éramos la extraña pareja del instituto, todos decían que no pegábamos ni con cola. Ya por aquel entonces, yo pasaba horas mirando revistas de moda durante el almuerzo; mientras, él hacía cálculos y más cálculos sobre órbitas espaciales y distancias entre planetas.

»Le encantaba analizarlo todo. No se quedaba tranquilo hasta que encontraba una explicación racional y científica —le cuento a Matthew con una sonrisa de añoranza por aquellos años—. A tan corta edad no me di cuenta, pero Colton era un chico increíble.

—Mira ahí —me pide, señalando la pantalla con el mentón.

«24 de abril: la NASA lanza en la bodega del transbordador espacial “Discovery” el telescopio espacial Hubble», puedo leer en lo que simula ser un recorte de periódico de la época.

—¿Te suena de algo?

—Sí, Colton pasó días hablando de aquello. Le fascinaba todo lo que tuviese que ver con el espacio. —Hago una pausa, en la que me quedo pensativa recordándolo—. Quería trabajar para la NASA.

—¿Sabes que lo consiguió? —Matthew apoya los pies sobre el respaldo del asiento delantero para adoptar una postura más cómoda.

—No, no tenía ni idea —respondo con un toque de orgullo en mi voz—. ¡Qué máquina!

—Aunque no lo creas, le ayudaste mucho.

—¿En serio? —Me alegra saberlo.

—Ya verás más adelante. —Hace un gesto para que me calle, llevándose el dedo índice a los labios.

Con la vista de nuevo en la pantalla se me encoje el estómago al ver la fachada del instituto. Jóvenes entran y salen de él, y, de pronto, ahí estoy en mitad del pasillo sacando libros de una taquilla. Me alucina ver que es una verdadera película y que mi *yo* quinceañero la protagoniza.

Ladeo la cabeza con ternura. «Qué mona era...», pienso al verme con una diadema ancha de color turquesa sobre mi melena pelirroja. Un montón de

pecas, que ahora tapo con maquillaje, adornan mi nariz y mejillas. Llevo unos vaqueros de cintura alta, una camiseta del mismo color que la diadema, que deja parte de mi abdomen al aire, y calzo unas zapatillas deportivas blancas. «Quitando los calcetines a juego, tengo un *look* bastante actual», pienso orgullosa de mi buen gusto.

*Con los libros y una carpeta apoyados en el pecho, camino por el pasillo dirección al laboratorio de Ciencias, atenta por si se cruza en mi camino Carter Evans y me alegra el día. Odio la ciencia, no la entiendo y no me gusta. Para mí esa clase es un horror, así que si, al menos, entro en ella tras una sonrisa creída de ese adonis, la hora será diferente.*

*Con prisas como siempre, con su mochila colgada a la espalda, aparece en escena el empollón de mi clase: Colton Phillips. Despistado, tropieza conmigo dándome un golpe en el brazo que casi me hace perder el equilibrio. Consigo mantenerme en pie, pero no evito que todas mis pertenencias caigan al suelo. Tan pronto como se da cuenta, se agacha para ayudarme a recoger. Al menos, es educado.*

*—Perdona, Olivia —dice, subiéndose las gafas, casi sin apartar los ojos del pavimento.*

*—¿Por qué no miras por dónde vas? —le pregunto, poniéndome en pie de nuevo, abrazando mis libros.*

*Colton solo repite que lo siente mirándome de forma fugaz y vuelve a*

*correr por el pasillo. Siempre parece llegar tarde. Es un tipo extraño, tan tímido que casi no habla con nadie que no sea del Club de Ajedrez o Ciencias.*

Cuando salíamos, me confesó que se ponía tan nervioso cuando yo estaba cerca y apenas hablaba conmigo porque le gustaba. Así de simple y tierno.

*Entro en el laboratorio y ya está sentado en una de las mesas del final, lo que me hace suponer que toda la prisa que tenía era para coger ese sitio. No le hace falta ponerse en primera fila. Hay veces que pienso que podría dar la clase él y no el señor Campbell, porque el año pasado en dos ocasiones le rebatió algo y al día siguiente el profesor tuvo que reconocer su error. Alucinante, lo sé. Pero a pesar de todo eso, Colton no es el típico pedante que cree saberlo todo. Prefiere pasar desapercibido.*

*Empezamos un nuevo curso, así que, antes de sentarme, echo un vistazo a mi alrededor para buscar un sitio desde el que pasar inadvertida el resto del trimestre. Ocupo el pupitre junto a Ann, en segunda fila. Miro hacia atrás sobre mi hombro y descubro a Colton mirando por la ventana sin compañero. Nadie quiere afrontar ese reto. A él tampoco parece importarle.*

*—Buenos días. Como ya saben del curso pasado, mi nombre es señor Campbell y voy a ser su profesor de Ciencias —saluda el hombre mientras deja su sempiterno maletín de cuero marrón sobre la mesa.*

*Es un tipo alto de unos cincuenta años que siempre lleva un chaleco y*

*una pajarita. Tiene cara de bonachón, el pelo canoso y algo de barriga.*

*—Fíjense a su lado porque la persona que tienen a derecha o izquierda será su pareja de laboratorio para todo el curso —explica. Cuando lo hago, veo a Ann mirarse la laca de uñas mientras él habla. Entonces, entiendo rápido que mi única forma de aprobar la asignatura va a ser Colton.*

*El señor Campbell se gira para escribir en la pizarra, y aprovecho el momento, intentando no hacer ruido, para cruzar el pequeño pasillo entre mesas y sentarme junto a él. No puede evitar la sorpresa y rubor en su rostro al verme a allí, menos cuando le guiño un ojo. Entre susurros, le pregunto si le importa que sea su compañera.*

*—No —responde bajito y mirándome por primera vez más de dos segundos seguidos—. Va a estar bien esta nueva experiencia de poder trabajar con alguien.*

*Colton es un tipo popular dentro de su mundo de empollones. Es campeón estatal de ajedrez y presidente del Club de Ciencias. Sus amigos van a otra clase porque le gusta rodearse de gente mayor que nosotros, por lo que en horas lectivas casi siempre está solo.*

*El profesor sigue con su monólogo, y Colton toma nota de lo que dice. Cuando me doy cuenta, el timbre suena anunciando el final de la clase y la hora de marcharse a casa. El tiempo se me ha pasado volando, entre otras cosas, mirando cómo corría por la pista de atletismo Carter Evans, el*

*quarterback del equipo de fútbol del instituto, por el que todas babeaban.*

*—¿Nos vemos mañana en la biblioteca? —me pregunta Colton con la voz temblorosa—. Yo... yo... no puedo esta tarde. Tengo reunión en el Club de Ciencias.*

*Asiento con la cabeza mientras me habla, pensando para qué vamos a vernos en ningún sitio. No me he enterado de nada de lo que ha dicho el señor Campbell. Luego, veo el folio que ha estado usando lleno de anotaciones y supongo que tenemos deberes.*

*—La NASA está preparando el envío de un telescopio espacial. —Le aguanto la mirada con ganas de decirle si cree que me importa—. Lo lanzaran en un par de meses, y vamos a hablar sobre eso.*

*—¡Qué bien! Vale, no te preocupes. Mañana podemos vernos después del almuerzo, si te parece.*

*—Bien. Muy bien. Hasta mañana entonces.*

Ahora me da mucha ternura recordar cómo se trababa cuando hablaba conmigo, que no se atreviese a mirarme a los ojos cuando me explicaba alguna cosa que yo no entendía —que sucedía muy a menudo— o la forma en que temblaban sus manos cuando cogió la mías por primera vez para que abriese aquella rana muerta con el bisturí.

Colton demostró hacia mí una paciencia infinita. Me dedicó muchas horas de ayuda —aun cuando ya no salíamos juntos— por el simple hecho de

pasarlas conmigo. Me dejó petrificada cuando lo reconoció. Jamás creí que esa frase pudiese salir de su boca, como tampoco imaginé lo mucho que me gustaría oírla. Me hizo sentir importante.

—¿Tomaste tú la iniciativa? —me pregunta Matthew, que, con solo señalar con la palma de su mano la pantalla, ha conseguido que la proyección se detenga.

—Sí —digo entre risas, sonrojada como una adolescente.

—¿Qué te hizo dar el paso? Porque por lo que veo, al principio no te gustaba.

—No me gustaba en absoluto —reconozco, reacomodándome en mi butaca. Cruzo las piernas y me toco el pelo—. No tenía nada que llamase mi atención, pero era porque no me había fijado bien en él. Cuando empezamos a pasar tiempo juntos, me entró el miedo a lo que pudiesen decir mis amigas, pero, aun así, me lancé. ¿Sabes?, pensaba en él muy a menudo.

Matthew sonrío de lado ante mi explicación. Vuelve a señalar la pantalla con la palma de su mano abierta pulsando un imaginario *Play*.

*Ya han pasado casi tres semanas desde que empezamos a trabajar juntos en el laboratorio y, para sorpresa mía, me había quedado mirándolo en la distancia, embobada, un par de veces en clase de matemáticas. Confirmé que existía algo más que atracción en la práctica de Ciencias: diseccionar una rana.*

*El animal está clavado con alfileres sobre una tablilla, boca arriba, esperando, ya muerto, que yo lo abra. Me niego en rotundo. No por lástima hacia el batracio, que también, si no porque me horroriza la idea y mucho más la posibilidad de que al hundir el bisturí en aquella piel blanquecina algún líquido salte a mi ropa.*

*—No puedo hacerlo —confieso, soltando el bisturí sobre la mesa y cruzándome de brazos en señal de protesta y mirando al frente.*

*—Claro que puedes —me anima Colton, cogiendo con decisión el suyo. Lo observo con cara de asco cuando lo acercamos al animal sin que le tiemble el pulso—. ¡Eh!, tampoco es plato de gusto para mí, pero ya está muerto. Es como una autopsia.*

*Pongo los ojos en blanco con su comparación y me siento decidida a no hacer la práctica. Entonces, Colton deja sus herramientas sobre la mesa y pide que me levante. Se coloca tras de mí. Ninguno esperábamos reaccionar de esa forma. Pega el pecho a mi espalda para pasar sus brazos sobre mis hombros con el fin de coger mis manos. Al rozarlas, las suyas tiemblan un poco e intenta calmarse apretándolas sobre las mías, perdiendo toda la seguridad con la que tomó la decisión de ayudarme. Ese agarre no hace más que acelerar su corazón, que noto desenfundado contra mi espalda, y aumentar el ritmo de nuestras respiraciones.*

No fui consciente en aquel momento porque desconocía el sexo y lo que

provocaba en el ser humano, pero ahora puedo decir que fue uno de los momentos más eróticos que he vivido. Y no nos hizo falta quitarnos ni una sola prenda.

*Colton apoya su barbilla sobre mi hombro rozando su mejilla con el lóbulo de mi oreja. Me gusta como huele. Su índice, con la uña mordida, sobre el mío que, al contrario, la luce pintada de rosa claro, sujeta la cuchilla de forma correcta.*

*—Lo haremos juntos —susurra en mi oído. Me flaquean las piernas y no por el asco que me da lo que está a punto de suceder.*

*Con mis manos guiadas por las suyas, apoyo el bisturí en la dura piel y, presionando, logro cortarla. O eso creo, porque tengo los ojos cerrados. El pecho de Colton permanece pegado a mi espalda, sin soltar mis manos.*

*—Gracias —digo, algo turbada.*

*A cámara lenta Colton me libera y se separa de mí. Debo sentarme para asimilar la reacción de mi cuerpo. ¿Qué me ha pasado? Él, con la mirada perdida al frente, también necesita unos minutos para recomponerse y terminar su disección.*

*En casa no dejé de recrear la escena segundo a segundo en mi cabeza, una y otra vez, preguntándome cómo habría sido si hubiese girado la cabeza y mis labios hubieran rozando los suyos.*

Pensaba en él a todas horas y, al final, tuve que asumir que mi compañero

de laboratorio me gustaba.

La siguiente escena nos lleva a la biblioteca. Por la ropa sé que es la de nuestro primer beso.

*—Olivia, si mezclas Ácido Clorhídrico con alguna base, lo más probable es que el laboratorio salte por los aires —me explica, señalando con su lápiz los elementos de la tabla periódica que, por el bien de la humanidad, yo debo tener lejos.*

*—Uff, no lo voy a conseguir nunca —me quejo, cruzando los brazos sobre la mesa, echándome sobre la madera con la cara escondida entre ellos.*

*Tengo ganas de llorar. Cómo puedo ser tan torpe. No voy a enterarme nunca de esto.*

*Colton, que con el paso de los días parece sentirse menos intimidado por mi compañía, acaricia mi pelo con un leve roce pidiéndome que levante la cabeza. No le hago caso porque estoy muy ocupada autocompadeciéndome. Así que él, adopta la misma postura e intenta hablarme a través del hueco que queda entre la mesa y mi codo.*

*—Venga, pelirroja, que no es tan complicado. —Salgo de mi escondite cuando oigo cómo me ha llamado. Nadie lo había hecho antes. Me gusta.*

*—¿Podemos descansar? —Hago un puchero y finjo la voz de una niña para darle más pena.*

*—Vale —acepta, retomando su postura con la espalda en el respaldo de*

*la silla.*

*—¿Vas a la fiesta de este sábado? —le pregunto con una pose despreocupada, con el codo apoyado sobre la mesa y la cabeza sostenida en la palma de la mano.*

*—No, nunca he ido a una fiesta.*

*—¿Por qué? —cuestiono con curiosidad, centrándome en su pelo revuelto.*

*—No me gustan las fiestas. Y... tampoco creo que haya ninguna chica que quiera ir conmigo a una —responde, jugueteando con un lápiz.*

*Se quita las gafas y las deja sobre los folios mientras se pellizca el puente de la nariz con los ojos cerrados. Sin permiso, las cojo y me las pongo.*

*—No veo tan mal —reconozco, mirando a un lado y a otro de la biblioteca.*

*Es tarde, ya no queda casi nadie allí dentro salvo la bibliotecaria y un par de chicas de último curso que estudian en una mesa cercana a la puerta. El cansancio se nota en el rostro de Colton, que sonrío ampliamente al verme con ellas puestas. En ese momento me percató de su bonita sonrisa.*

*Estamos envueltos en uno de esos silencios no molestos, la lluvia repiquetea en los cristales. Por primera vez desde que compartimos laboratorio, Colton se atreve a mantenerme la mirada, y yo me pregunto si estaremos sintiendo lo mismo. Sus ojos en los míos, traspasándome,*

*derritiéndome tanto, que soy yo la que la aparta. «¿Qué me está pasando?».*

*—Tienes unos ojos preciosos —confieso, volviendo a centrarme en ellos. Ahora es él quien, avergonzado por lo que le he dicho, la retira—. ¿Nunca has pensado en usar lentillas?*

*—Me siento seguro tras ellas. Es como si me escondiesen. —Tras un breve silencio, las coge de mis manos. Se me ha acelerado el corazón cuando sus dedos han rozado mis palmas.*

*Me inclino sobre la mesa, su olor fresco me llena los sentidos. Cierro los ojos, me acerco despacio y pongo mis labios sobre los suyos. Son suaves y me provocan un cosquilleo en el estómago que nunca antes había sentido. Miles de mariposas revolotean en él. Nos separamos rápido, como si nos asustase lo que está sucediendo, y bajamos la mirada. Ninguno dice nada, hasta que yo rompo el silencio.*

*—Voy a terminar el problema —anuncio con un titubeo. Colton se recoloca las gafas por la patilla con un movimiento tembloroso.*

Ha sido emocionante volver a ver mi primer beso. Por un instante, he sentido esas mariposas en el estómago y casi se me han saltado las lágrimas con tanta inocencia por parte de los dos a través de la pantalla. Matthew se ha percatado y me lo ha hecho saber con una sonrisa.

*Cojo el lápiz y lo muerdo. Con el pulgar, acaricio mi labio inferior como*

*si quisiera guardar las huellas de Colton en él. Resolver las fórmulas que tengo delante es lo que menos me preocupa en este instante. Con la vista fija en el papel, deslizo la mano por la superficie de la mesa hasta que la punta de mis dedos encuentra a los de Colton. En un movimiento rápido y demasiado decidido para venir de él, la atrapa bajo la suya e, imitando lo que yo había hecho antes, me besa. Sonrío relajada al comprobar que sus sentimientos son recíprocos. Con su mano sobre mi nuca, me acerca para besarme de nuevo. Ahora ninguno se asusta de ese beso, sino que nuestros labios se funden con torpeza. Los dientes chocan y las respiraciones se aceleran. La punta de la lengua de Colton intenta abrirse paso en mi boca, algo inesperado que me sobresalta. En un intento de acercarme más a él, empujo con el brazo sin querer el estuche de lata que uso y cae al suelo provocando un estruendo en el mutismo de la sala. Un siseo nos advierte de que guardemos silencio.*

*—¿Terminamos con la química? —sugiere, deteniendo el momento, mirándome a los ojos cortando mi respiración. Él mismo ríe con el juego de palabras que acaba de hacer. Yo asiento mirándolo de soslayo, coqueta.*

*Cada dos por tres alzo la cabeza para contemplarlo y descubrir algo nuevo por lo que me gusta: su pelo revuelto, las mangas de su camisa remangadas sobre el codo o la cara divertida que pone cada vez que digo algo incongruente. Lo observo fascinada cuando me explica, me encanta que*

*lo sepa todo. Y me encanta que lo que llevo sintiendo días haya sido correspondido.*

*—¿Me acompañarás a la fiesta? —le pregunto, dejando a un lado el cuaderno con mis ejercicios. Fuera la lluvia ha cesado y las nubes parecen alejarse.*

*—Ya te he dicho que no voy a fiestas —repite, señalándome un error con su dedo índice sobre la hoja.*

*—Has dicho que no creías que hubiese ninguna chica que quisiera ir contigo. Yo quiero. —Levanto su cara por el mentón mirándole a los ojos con fijeza mientras titilan—. Por favor, Colton. No me hagas pedírtelo otra vez.*

*—Si resuelves el siguiente sin mi ayuda, iré contigo.*

*Resoplo, divertida, ante el reto. Puede parecer surrealista, pero es cierto. De que salga airosa ante un montón de nomenclaturas, números y fórmulas químicas depende que el empollón de la clase me acompañe a la fiesta del sábado. Prefiero no darle más vueltas para no resultar más patética y me pongo con ello. Resulta difícil concentrarme y pierdo la cuenta de las veces que me abstraigo contemplando a Colton observar el cielo a través del cristal de la ventana. Me pregunto qué pasará por su cabeza, cómo funcionará ese cerebro. Casi veinte minutos han pasado cuando le doy el cuaderno para que corrija. Ahora yo lo miro embobada, expectante ante su respuesta. Una sonrisa de felicidad se escapa de mi boca cuando me*

*pregunta*

*—¿A qué hora te recojo el sábado?*

*Al salir del instituto, me acompaña a casa. Nunca lo había hecho a pesar de que vivimos a solo un par de calles. Muchas veces habíamos caminado uno detrás del otro sin hablarnos. Esa tarde me encanta su compañía. Copa la mayor parte de la conversación hablando de lo que le gusta: matemáticas, el espacio y las estrellas, y yo lo escucho con atención.*

*—Perdona, a lo mejor te estoy aburriendo —se excusa, tras darse cuenta de que no ha parado de hablar. Vuelve a mirarme tímido.*

*—No, en serio. Me parecen muy interesantes todas esas cosas.*

*Sin darme cuenta, hemos llegado a mi casa. Toca despedirse, y ambos nos miramos sin saber qué hacer o decir.*

*—Nunca había besado a nadie —confieso, sintiendo el calor llenar mis mejillas. Bajo la mirada y la veo reflejada en un charco.*

*—También ha sido mi primer beso —reconoce, imitándome. Nuestras miradas se encuentran en el agua.*

*—Bueno, pues ya tenemos algo en común. —Sonríe ante el apunte.*

*Tomo la iniciativa. Me acerco a Colton y rodeo su cuello con mis brazos para encontrar sus ojos, cuando lo hago le doy un pequeño beso en los labios.*

*—Hasta mañana. Gracias por acompañarme.*

*Subo los escalones del porche y, antes de abrir la puerta, me vuelvo para mirarlo. Sigue ahí de pie, ensimismado, respondiendo a mi despedida con la mano.*

Los días siguientes, previos a la fiesta, mi vida en el instituto cambió poco, salvo que acudía feliz a clase para encontrarme con él. Compartíamos algo más de tiempo juntos. Había reemplazado a sus grupos por mí a la hora del almuerzo. A nadie le sorprendió, puesto que sabían que trabajábamos juntos en Ciencias y me ayudaba a aprobar la asignatura. En clase nos cogíamos de la mano bajo la mesa y nos mirábamos de una forma que solo nosotros entendíamos. Definitivamente, me gustaba Colton y pasar tiempo a su lado.

*Mientras el señor Campbell explica, Colton dibuja una línea recta en la mesa y me da un leve codazo para que mire. Debajo escribe: Todos los días; y sobre la línea: Hoy. Le hago un gesto arrugando la nariz para decirle que no entiendo qué quiere decir con eso, y pone al lado: Hoy te pasas de la raya de guapa. Sonrío divertida, abro el libro de pie y, escondiéndome tras él, le indico moviendo el índice que se acerque a mí. Tirando del cuello de su jersey, lo arrastro para rozar sus labios. El beso nos hace cosquillas y reímos. El señor Campbell y el resto de la clase se giran para centrarse en nosotros.*

*—A ver, ¿qué está pasando ahí atrás? —Yo bajo el libro a la que vez que*

*el profesor pregunta.*

*—Nada —respondo, sintiendo que mi cara sube de tono por momentos.*

*—Por favor, prestamos atención a la pizarra y dejamos los arrumacos para fuera de clase.*

Por supuesto, nada más salir mis amigas me arrastraron con ellas para que les contase con todo lujo de detalles qué estaba pasando entre nosotros. Cuando les anuncié que iría al baile acompañada de Colton, casi se mueren. Fueron muy pesadas e insistieron mucho con que debía darle plantón o cambiar de idea, pero yo siempre he tenido las cosas claras y no me ha importado la opinión de la gente. Por eso, no les hice ni caso.

Su bombardeo se intensificó a medida que se acercaba el día e íbamos después de clase a buscar vestidos. Pasé toda la semana aguantándolas mientras me preguntaban una y otra vez por qué estaba con él, qué veía en ese bicho raro con el montón de chicos que estarían dispuestos a acompañarme.

La película continúa con una escena en mi casa mientras me arreglo.

*Me he comprado un vestido rosa palo, estilo años 50, con mucho vuelo. Es la primera vez que me han permitido maquillarme. Un poco de rímel, algo de colorete y un pintalabios rosa de Karen que huele a fresa hacen que me sienta mayor. Llevo el pelo recogido en una coleta alta, que me ha hecho mi madre, terminando en un bucle, y calzo mis primeros zapatos de tacón en*

*propiedad. Los de ella, estoy harta de llevarlos.*

Matthew silba al verme en la pantalla. Le susurro «gracias», cuando me dice que estoy preciosa. Lo hago bajito, como si alguien pudiese escucharnos. Estoy tan metida en situación que he olvidado dónde me encuentro y que estamos solos. Vuelvo a la proyección.

*Bajo las escaleras corriendo cuando oigo el timbre con el corazón a mil por hora y, por momentos, siento de nuevo un nudo en el estómago cuando veo a Colton vestido con un traje de chaqueta negro. Está muy guapo. Los nervios aparecen solo de pensar que voy a pasar la noche mirando sus preciosos ojos mientras bailamos.*

*Saluda a mis padres y poco más. Estoy inquieta por salir de mi casa cuanto antes. Me da vergüenza que sepan que voy a salir con un chico, a pesar de que no es nada nuevo para ellos porque Karen ya tiene novio. Pero es mi primera cita.*

*—Pasadlo bien —nos desea mi madre, mirándonos con ternura—. No volváis muy tarde —añade, apoyada en el quicio de la puerta, mientras nos alejamos caminando.*

*Entra al salón, se sienta en el sofá junto a mi padre, que ve un partido de beisbol, y le dice con resignación.*

*—Se hacen mayores.*

En la sala de cine mis ojos se llenan de lágrimas al escucharla. Les quiero mucho, siempre me han apoyado en todas mis locuras y se lo digo muy poco. Ahora pienso que debería haberlos visitado más en Wilmington.

Un nudo enorme me oprime la garganta. Cuando supe que me enfrentaría a la película de mi vida, no pensé que sería tan complicado, y eso que solo es el principio. Me queda mucho por sentir y creo que no estoy preparada para ciertos capítulos. Matthew vuelve a detener la cinta.

—¿Estás bien? —pregunta, dándome un pañuelo para que me seque las lágrimas. Lo miro con cara de decir «¿de dónde lo has sacado?». Este tipo es imprevisible. Y eso, hace que ría en mitad del llanto.

—Sí, es que me he emocionado al ver a mis padres —reconozco, limpiándome la nariz.

—Hacéis muy buena pareja.

—Éramos la extraña pareja —bromeo con añoranza de aquellos años y de esa inocencia.

—El baile fue vuestra presentación en sociedad. —La expresión me suena un tanto antigua, pero supongo que se usaría en la época que vivió Matthew y por eso la emplea.

—Podríamos decir que sí. ¿Vamos a verlo?

—¿Quieres?

—Me encantaría. —Sí, estoy deseando revivir ese momento.

Matthew, con la palma de su mano, hace que de nuevo cobremos vida.

*En la puerta del gimnasio, antes de entrar, busco la mano de Colton. Está fría y le suda un poco. Esto de las fiestas es algo completamente nuevo para él y se le nota de lejos que no está cómodo. Entrelazo mis dedos a los suyos, que se aferran con fuerza, y con un leve tirón le indico que me siga. Entiendo que debo ser yo la que tome las riendas.*

*—Un segundo, pelirroja —me pide, arrastrándome hacia el pasillo. Mi cuerpo reacciona estremeciéndose cuando me llama así—. Necesito saber una cosa antes de entrar ahí. —Le noto un tanto nervioso, pero, a su vez, habla seguro. Un Colton que hasta ahora no sabía que existiese.*

*—Tú dirás. —Tomándome de frente por la cintura con ambas manos, me aparta de la zona de la entrada para que no obstaculicemos el paso de los que van llegando. La música ya suena dentro del pabellón.*

*—¿Esto es una cita?*

*El frío de la pared me cala la espalda cuando mi piel se pega a ella. Colton apoya el puño sobre mi hombro esperando una respuesta que para mí es más que evidente.*

*—Sí, es una cita —le respondo, perdiéndome en sus ojos.*

*—No me vale.*

*—¿Por qué? —La gente que llega, antes de entrar en el gimnasio, se detiene a mirarnos con cara de extrañeza. No esperaban verle allí y tampoco*

*entienden qué hago con él afuera.*

*—Porque nos van a ver juntos esta noche; y el lunes, cuando vuelva a estar solo, cuchichearán sobre qué habré hecho mal para estropearlo todo y perderte. Ni en el mejor de mis sueños salía con alguien como tú.*

*Su pulgar acaricia las pecas de mis mejillas mientras habla.*

*—No digas tonterías —le pido, abrumada, cogiendo su mano para que la baje. A cada palabra, me sonrojo.*

*—No me va a valer estar contigo solo esta noche. —Continúa paseando su dedo por mis nudillos—. ¿Quieres salir conmigo?*

*Me quedo de piedra ante la pregunta. Respiro lento y veo cómo su rostro palidece esperando que diga algo. Sigue sujetando mis caderas mientras somos ajenos a miradas curiosas, al revuelo y a la música que suena dentro del gimnasio. Para nosotros el mundo se ha detenido. Lo soñé mil veces, pero nunca pensé que sería así y mucho menos que fuese Colton Phillips quien me lo pediría —es cierto que soñé mil veces que lo hacía Carter Evans—. Lo maravilloso de la vida es que nos sorprende, y hoy soy inmensamente feliz porque lo haya hecho Colton.*

*A cámara lenta, empieza a dibujarse una sonrisa en mis labios. Colton cierra los ojos y expulsa aire con fuerza por la boca relajándose al ver mi reacción.*

*—Creía que ya salíamos —bromeo.*

*En un impulso impropio de él, coge mi cara y me besa sin importarle las miradas ajenas.*

*—¡Eh!, no podéis hacer eso —se queja una de las chicas que controla la entrada.*

*Cogidos de la mano entre risas, entramos en el gimnasio. A medida que nuestros compañeros se percatan de nuestra presencia, alucinados. Colton y yo, como si no nos diésemos cuenta de lo que pasa a nuestro alrededor, nos acercamos a la mesa de las bebidas. Los asistentes necesitan unas horas y varios bailes para dejar de mirarnos como si fuésemos de otro planeta.*

*—Tal vez no teníamos que haber venido. —Estamos sentados en las gradas, bebiendo un ponche horrible, viendo como la gente baila; es la mejor noche de mi vida.*

*—¿Te arrepientes de que ahora todos sepan que salimos? —le pregunto.*

*—No.*

*—Pues yo tampoco —digo, apoyando la cabeza sobre su hombro.*

*Colton deja su vaso en el suelo y se pone de pie ante mí ofreciéndome su mano para sacarme a bailar.*

*—Puede que después del baile, si te arrepientas de haber venido conmigo.*

*Bajo sin soltarle a la cancha de baloncesto, que esta noche hace de improvisada pista de baile. Carter Evans baila con Cindy y me mira de*

*arriba abajo al pasar por su lado. En un rincón donde pasamos desapercibidos, Colton rodea mi cintura mientras yo hago lo mismo en su cuello. Tiene la sonrisa más bonita que jamás he visto. Y unos ojos increíbles que me miran haciéndome sentir la más guapa del baile.*

*En el momento más íntimo de la canción, me acerco más a él y apoyo mi cabeza en su hombro. Casi puedo sentir los latidos de su corazón tan frenéticos como los míos mientras me mezo lentamente entre sus brazos al ritmo de la música.*

*—¿Quieres que te enseñe algo increíble?*

*Dejo de bailar para decirle que sí y, cogiéndome de la mano, me lleva a toda prisa por los pasillos del instituto hasta salir fuera, al campo de fútbol. Con su ayuda salto la verja que lo rodea. Es la primera vez que lo piso, desde dentro parece inmenso.*

*—Mira. —Colton señala con su dedo al cielo.*

*Un manto de estrellas titilantes nos cubre en una noche clara sin ninguna nube. Verdaderamente, es algo mágico.*

*—Jamás me había fijado. —Me avergüenza no haber reparado nunca en algo tan maravilloso y sencillo.*

*Colton me arrastra a su lado y rodea mis hombros con su brazo para hacerme sentir mejor. Y me reconforta.*

*—Yo puedo pasar la noche entera mirando estrellas. Quería compartirlo*

*contigo.*

*Como respuesta al regalo, le cojo de las solapas de la chaqueta para fundirnos en un beso que siempre recordaré como nuestro primer beso bajo las estrellas.*

Los días después a formalizar lo nuestro, pasamos de ser Colton Phillips y Olivia McCain de segundo curso a una pareja sobre la que todos cotilleaban. Reconozco que podía resultar —no sé qué palabra emplear— *chocante* vernos juntos. Éramos polos opuestos, pero, como aprendí de él, los polos opuestos se atraen, los iguales se repelen. Yo siempre conjuntada, y él sin el más mínimo interés sobre lo que se ponía. Él hablando de cosas trascendentales, y yo de zapatos, pero éramos felices juntos y eso no podía cambiarlo nadie. Así que las semanas pasaron llevándose con ellas el interés que despertábamos, ya que, a medida que el curso avanzaba, se iban formando nuevas parejas entre nuestros compañeros, por lo que nosotros pasamos a un segundo plano y lo agradecemos.

Mi primer novio que entró en casa fue Colton, en Acción de Gracias. Mi madre tuvo la brillante idea de invitarlos a él y a Zack, el marido de mi hermana, que por aquel entonces era novio; y ambos aceptaron. A mi padre no le hizo mucha gracia que mi hermana confesara que tenía novio, así que al correr por el instituto la noticia de que Colton y yo salíamos, fui rauda y veloz a contarlo en mi casa. Y mi madre decidió que era buena ocasión para

conocerlos a los dos.

*—Sabes una cosa, creo que algún día Plutón dejará de ser catalogado como planeta —asegura Colton, antes de morder su bocadillo. Desvío mi interés de la revista para mirarlo y con mis dedos le quito unas migas de pan de la comisura mientras mastica.*

*Estamos sentados al aire libre en una de las mesas del patio trasero del instituto. Las nevadas han dado paso a un sol radiante y el tiempo invita a hacerlo, por lo que el recinto está lleno de estudiantes buscando algo de calor.*

*—¿En serio? ¿Tú crees? —Continúo leyendo mi revista al ver a sus amigos acercarse.*

*—¿Nos vemos mañana en la reunión? —pregunta Nick, uno de los miembros del Club de Ciencias.*

*Alzo la vista para saludarlo y veo en su forma de mirarme que no le caigo bien. En realidad, no le gusto a ninguno de los amigos de Colton.*

*Mientras ellos ultiman los detalles de su encuentro, me percató de que Carter Evans, sentado en una mesa al otro lado del patio, no me quita ojo de encima. Intento hacerme la distraída con mi revista, pasando páginas y rodeando con bolígrafo las cosas que me gustan. Pero cada vez que miro en su dirección, tropiezo con sus ojos puestos en mí. Sabe cómo ponerme*

*nerviosa. Se humedece los labios, sonrío y desvío la vista sin perder la sonrisa hacia su compañero de equipo, con el que comparto almuerzo. Esa actitud tan agresiva me hace sentir incómoda.*

*Nick se marcha, y yo, nerviosa porque Colton no vea mi juego con Carter, dejo la revista sobre el libro que está leyendo y bromeo con que le he facilitado el trabajo con mi regalo de cumpleaños.*

Siempre creí que no lo vio, pero durante la película me doy cuenta de que se percató de todo y no demostró nada. No debí subestimar a Colton frente a un encefalograma plano como Carter.

La siguiente escena es el día de mi cumpleaños. Original como siempre, me llevó a hacer un *picnic* nocturno a un parque cercano a nuestras casas al que solíamos ir de noche para observar el firmamento. Perderme en el infinito es algo que aprendí con él y que todavía hago. Esa fue especial.

No se olvidó de nada, hasta trajo los *cupcakes* con *buttercream* de cereza que me vuelven loca. «Lo que daría ahora por saborear uno».

*Después de comernos mis sándwiches preferidos, de crema de cacahuete con mermelada de fresa, Colton está tumbado boca arriba sobre una manta, y yo, a su lado, con la cabeza apoyada en su pecho. Me señala con el índice las constelaciones que desde allí vemos y enumera las estrellas. Es la noche más estrellada que recuerdo.*

—Esa de ahí es la estrella Polar. Forma parte de la Osa Mayor. —Yo sigo con los ojos los movimientos de su dedo, que dibujan las formas en el aire.

—¿Y aquella tan brillante?

—Eso no una estrella, es Venus. ¿Sabías que es la segunda más brillante tras el sol?

—Ni idea. Esta noche me iré a la cama sabiendo algo más. —Aprendo un montón de cosas de él cada día.

—¿Y aquella de allí sabes cuál es? —Colton señala una estrella lejana pero brillante. Nunca me ha hablado de ella.

—Tampoco.

—Pues recuérdala —me sugiere, sacando su brazo de debajo de mi cuello para sentarse en la manta.

—¿Por qué? —pregunto, imitándole mientras le veo sacar algo que tiene escondido entre todo lo que trae.

—Felicidades.

Colton me da un sobre negro al que acompaña con un casto beso en la mejilla. Lo abro con nervios, deseando saber de qué se trata. Él me observa impaciente con sus ojos chispeantes. Saco de su interior una especie de diploma en el que leo que soy propietaria de una estrella cuyo nombre es Olivia y que está a ocho mil años luz.

*Lo miro con los ojos como platos, luego al cielo y vuelvo a él, que sonrío feliz como un niño. Poseída por una emoción inmensa, me abalanzo para abrazarlo y darle las gracias, empujándole hacia atrás, haciendo que quede tumbado en el suelo, y yo, sobre él. Despacio, recreándome en el momento y en la felicidad que siento, le beso en los labios.*

*—¿Y esto? —Nos sentamos con el papel agitándose en mis manos, aún temblorosas.*

*—Esto es lo que tú significas para mí. Me has demostrado que todos los sueños se pueden lograr por muy imposible que parezcan. Eras como una estrella, algo inalcanzable. Pero lo he conseguido. Ya sé que no hay reto que no pueda lograr.*

Ahora entiendo lo que me dijo Matthew al principio. Esa es la forma en la que lo ayudé a conseguir sus sueños. A pesar de lo mal que me porté con él, el haber estado juntos, le demostró que las cosas pasan y debía seguir luchando por lo que creía.

Soy una desagradecida, Colton me hizo el regalo más alucinante y original que nadie me ha hecho en mi vida: una estrella, y ni siquiera sé dónde guardo el diploma. Empiezo a preguntarme qué habrá sido de él. Cómo será, dónde vivirá, si se habrá casado. Al menos sé que logró su sueño de trabajar para la NASA y eso me reconforta en cierta medida.

*—Me gustaría verlo. ¿Es posible? —le pregunto a Matthew.*

—Vamos paso a paso. ¿Te parece?

No me queda más remedio que acatar sus órdenes, así que asiento.

—¿Desde aquí puedo ver mi estrella?

—Creo que sí. Cuando terminemos, te la enseño.

La dicha que siento al recordar el regalo se empaña con la siguiente escena. La reconozco por el escenario. Antes de ser proyectada, ya me deja hecha polvo. Recuerdo ese día y lo que pasó después me hace sentir fatal.

*—Mira a tu novia y sus amigas en el campo de fútbol babeando por los musculitos esos —malinterpreta Nick, asomado a la ventana del aula donde celebran las reuniones del Club de Ciencias.*

*—Yo confío en Olivia —afirma Colton sin levantarse de su asiento—. Empezamos, ¿o has venido a espiarla? —añade en tono ofuscado.*

*Mientras, yo estoy sentada con las chicas en las gradas viendo el entrenamiento del equipo. Una de ellas está completamente enamorada de Simon Beker y nos ha pedido que la acompañemos para no llamar la atención de los jugadores yendo sola.*

—¿Es necesario que veamos este momento? —Intento por todos los medios no revivirlo—. Te juro que aprendí la lección —le suplico con las manos juntas como si estuviese rezando.

—Lo sé, pero es parte de tu vida —me recuerda, clavándome el dedo

índice en el pecho.

Vuelvo a la pantalla y me veo babear como una idiota mientras Carter Evans corre alrededor de la pista. Casi se me sale el corazón del pecho de emoción cuando al pasar por donde estoy sentada, me guiña un ojo. A mí, lo sé porque sus ojos azules se clavan en los míos haciéndome perder la noción del tiempo cuando se aleja trotando con una sonrisa en los labios.

Vivía enamorada de él desde el primer día de instituto y lo que pasó es lo que suele pasar. El chico que te gusta no se fija en ti hasta que sabe que sales con otro. En cuanto me vio con Colton y confirmó que salíamos, su interés en mí creció a pasos agigantados. Jamás antes me había saludado, ya podía tropezarse conmigo, que le daba igual, apenas me prestaba atención. Sus objetivos eran otros, porque él buscaba en las chicas algo que yo en ese momento no podía darle. Lo supe mucho después, cuando ya me había comportado como una verdadera imbécil.

*—No entiendo qué hace una chica tan guapa como tú con ese panoli — me dijo esa mañana cuando nos cruzamos en el pasillo—. Cuando quieras, te enseño lo que es un hombre de verdad. «Me río yo ahora, a mis cuarenta años, de ese hombre de verdad».*

Esa fue la clave, esa frase me llevó a pensar que era demasiado buena para Colton, a pesar de que me hacía inmensamente feliz y me encantaba

estar con él. Me pudo el ansia de ir colgada del brazo del guapo del instituto, porque Carter no era más que eso: el típico guaperas que solo sabe hacer daño.

La gota que colmó el vaso esa tarde es que al final del entrenamiento Carter se acerca a nosotras y me llama para que baje al campo porque quiere decirme algo.

*—Cuando termines con el «empollón» de tu novio, avísame. No pierdas más tiempo con él —me recomienda, cogiéndome de la barbilla como a una niña.*

Tuve que agarrarme a la barandilla que separaba la grada del campo para no caerme al suelo de la emoción de que me hubiese tocado.

Esa misma tarde, mientras caminábamos hacia casa como todos los días, rompí con Colton. La conversación que tuvimos aún me resulta hiriente.

*—Creo que deberíamos dejarlo —suelto sin titubear, deteniéndome en mitad de la calle. Él, que va unos pasos por delante, se gira.*

*Sus ojos se abren como platos tras sus gafas y se pellizca el puente de la nariz como signo de nerviosismo. Es un gesto que suele repetir mucho cuando algo le preocupa.*

*—¿Por qué?*

*—Somos muy jóvenes para comprometernos de esta manera.*

*—Ya veo... —Colton mira al suelo y dibuja algo con la punta de la*

*zapatilla en el asfalto—. Te he visto esta tarde hablando con él.*

*Al escucharlo se me seca la garganta y el corazón se me acelera. Me he quedado sin palabras.*

Debí saber que tener un cociente intelectual por encima de la media le serviría para algo más que sacar sobresalientes. Me lo puso muy fácil, tanto que ahora me avergüenzo.

*—No te preocupes, entiendo que eres demasiado buena para mí. —Sus palabras suenan tan tristes como seguras.*

Ahora, cuando las veo en mi película, me hacen llorar. En aquel momento las sentí como si me quitasen una losa de encima, porque yo solo pensaba en dejarlo y que Carter lo supiera.

*—Aun así no creo que los chicos del Club de Ciencias tengan razón.*

*—¿Qué dicen? —pregunto, molesta, porque hablen de mí.*

*—Que estaba perdiendo el tiempo contigo y que solo salías conmigo para aprobar. —Colton ve el malestar reflejado en mi cara—. Yo no lo creo así. Eres maravillosa, Olivia. No lo olvides.*

*Acorta con pasos lentos y decididos la distancia entre nosotros, me da un beso en la mejilla y se marcha con su mochila a la espalda.*

La pantalla vuelve a ser negra, y yo, sentada en la butaca del cine, lloro a moco tendido. Me parece un final muy triste para esta historia.

*—Supongo que tenía que suceder para darme cuenta, ¿no?*

—Pero hasta hoy, no lo habías hecho —me reprocha Matthew con razón —, a pesar de lo que pasó entre vosotros después.

—Soy un ser despreciable —declaro, limpiándome las lágrimas de los ojos.

—No digas tonterías. Eras impulsiva, nada más. Lo sigues siendo... —La tierna sonrisa de mi nuevo amigo me reconforta.

Cierro los ojos y respiro hondo para calmarme.

—¿Esto va a ser igual con todos los tíos con los que he estado? Porque si nos remontamos a estos años... no vamos a finalizar nunca.

—Tienes que verlos todos, sí. Cuando terminemos con Ben, le encontrarás sentido a todo esto. —Ben. Siento un escalofrío al escuchar su nombre. Esto va a ser muy complicado.

—De acuerdo, sigamos.

## Capítulo 4

—¿Preparada para el siguiente capítulo? —Por su cara de circunstancias imagino que Matthew sabe que el final de esta parte de la historia no es plato de buen gusto para mí.

Conocer a Carter Evans en profundidad supuso una decepción tremenda. Yo le idolatraba. Para mí era el hombre más maravilloso del mundo y resultó ser uno de esos egocéntricos creídos que no merecen la pena, principalmente porque él pensaba que podía hacer con las chicas lo que le viniese en gana, ya que salir con él era poco más que un regalo del cielo.

—Supongo que sí —digo, enroscándome el pelo en la oreja. No me queda más remedio. Fuerzo la sonrisa. He tenido capítulos peores en mi vida. Lo de Carter fue hace muchos años y no me apetece recordarlo porque, comparado con otros, pasó de puntillas.

—¿Qué me cuentas?, así a modo de resumen. —Matthew me mira interesado, clavando sus ojos verdosos en los míos, que se dirigen al suelo intimidados por unos segundos.

—Tenía dieciséis años cuando salí con él. Estaba en tercero. Era un chico de último grado. Un súper logro. Y más siendo él —le adelanto entre risas, pensando lo absurda que se puede ser a esa edad cuando te gusta alguien.

—Vale. —Matthew sonrío—. ¿Lo vemos? —Señala la pantalla con la palma y, cuando le doy mi consentimiento, la filmación continúa.

El primer escenario vuelve a ser mi instituto, pero en esta ocasión se remonta a unos meses después de empezar el curso. Noviembre de 1992. Ese año habíamos celebrado el quinto centenario del descubrimiento de nuestro continente, y en enero los Washington Redskins lograron su tercera Super Bowl. Por su parte, Colton pasó su duelo por nuestra ruptura ocupado con el Club de Ciencias, conmemorando que las Naciones Unidas lo habían declarado Año Internacional del Espacio. Seguíamos siendo compañeros de clase, que no de laboratorio, y, cuando nos cruzábamos, me saludaba con un escueto «hola».

*Camino con dos amigas por el mismo pasillo en el que tropecé con Colton. En esta ocasión, visto el uniforme del equipo de animadoras sintiéndome importante por ello al recibir las miradas del resto de alumnos.*

*Hace una semana conseguí ingresar y me dirijo al primer ensayo. Es la forma más fácil que he encontrado para pasar tiempo cerca de Carter sin levantar sospechas de que lo persigo.*

*Nos reunimos en el campo de fútbol. A mi llegada ya están algunas de las chicas. Los jugadores, entre los que se encuentra mi objetivo, calientan corriendo alrededor de la pista. Mi plan para hacerme visible ante él no tarda en surtir efecto. Al pasar por mi lado me mira con esa sonrisa de*

*perdonavidas que me hace flaquear y guiña un ojo. Con insignificante tontería estoy contenta para lo que resta de tarde.*

—Pardilla... —susurro en el cine al verme desde fuera.

Ahora que sé lo que pasó entre nosotros, juego con ventaja y lo veo todo de forma diferente, pero en aquel momento pensé que me casaría con él. Me pregunto qué me llamó la atención de Carter. De acuerdo, estaba muy bueno y es lo único que me importó. Tenía los ojos más azules que había visto hasta entonces, el pelo castaño y muy corto, y una boca que de lejos pedía que la besara. Su espalda ancha y unos bíceps, algo marcados, hacían que no pudiese apartar los ojos de su torso cuando se deshacía de las protecciones que usaba para jugar. Era un chico con mucho carácter, nadie se atrevía a decirle una palabra más alta que otra; y a mí eso, a los dieciséis, me impresionaba.

*El domingo tendremos nuestro primer partido contra otro de los institutos de Wilmington, por lo que el ensayo se ha extendido más de la cuenta coincidiendo con el final del entrenamiento del equipo, algo que para nada me incomoda. Al contrario, me facilita las cosas. Recojo mis pertenencias rezagada para hacerme la encontradiza con Carter, pero no hace falta, cuando el entrenador da el pitido final, se saca el casco regalándome una de las mejores estampas de mi vida hasta el momento y corre con disposición a*

*mí.*

*—Hola, ¿qué tal estás? —me pregunta con el casco en una mano, pasándose la otra por la frente para apartar algunas gotas de sudor que resbalan por ella.*

*—Muy bien —respondo, intentado controlar mi voz.*

*—¿Cómo te va con el panoli?*

*—Ya no salgo con Colton. —Me molesta que se refiera a él de esa forma y puede comprobarlo en mi cara.*

*No reacciona con sorpresa cuando se lo confirmo, porque lo sabe desde que empezó el curso, pero supongo que querrá cerciorarse de que tiene el camino libre. Aunque, de no ser así, tampoco creo que le importe. No tiene pinta de respetar a la novia de nadie.*

*—No sabía que te interesarán las animadoras —comenta, señalando mi atuendo. Me sonrojo, deseando que mi acoso no le resulte demasiado evidente.*

*—Ha sido algo de última hora, por vivir la experiencia.*

*—Bueno, pues habrá que celebrarlo. —Me tiembla todo el cuerpo cuando propone eso—. ¿Te recojo a las ocho y salimos a cenar?*

*—Sí, claro —acepto cuando el oxígeno vuelve a llegar a mis pulmones, intentando no parecer nerviosa, ni ridícula.*

*Con gesto serio Carter vuelve con el equipo, pero a mitad de camino se*

*gira un poco para despedirse agitanado la mano. Quiero dar saltos de alegría. «Tengo una cita con Carter Evans», pienso mientras lo veo alejarse corriendo y entrar en los vestuarios.*

*A toda prisa, me marcho a casa para pensar qué me pongo. Tras muchas pruebas de vestuario usando ropa mía y de mi hermana, me decanto por un vestido corto y entallado azul, de manga larga y un amplio escote redondo. Por supuesto, me calzo los zapatos de tacón que compré para el baile y, para que el conjunto no resulte tan soso, añado un cinturón plateado de Karen.*

*—¿Adónde vas? —curioseas al pillarme ajustándolo a la cintura—. ¿Ha pasado por aquí un tornado y no me he enterado? —añades al ver las prendas esparcidas sobre sus sábanas.*

*Acabo de reparar en que está todo hecho un desastre. Los dos armarios abiertos de par en par y ambas camas con sendos montones de vestidos arrugados esperando ser devueltos a su sitio, pero no podrá ser ahora porque son casi las ocho. Karen comienza a doblar la suya mientras espera a que le cuente el porqué de tanto revuelo.*

*—Voy a salir. —Sin mirarla, sigo peleando con la hebilla—. ¿Me maquillas?*

*—Siéntate. —Señala un hueco despejado en su cama. Me acomodo mientras ella va al baño a por su neceser de pinturas.*

*Le encanta hacerlo. Al igual que yo paso tardes mirando revistas de*

*moda, ella hace lo mismo con los maquillajes de las modelos. Se pasa horas encerrada en el baño copiándolos y cada vez se le da mejor.*

*—No sabes con quién voy a salir. —Me hago la interesante con los ojos cerrados mientras ella pasa un pincel por mis párpados. La emoción de mi voz lo dice todo.*

*—¿Has vuelto con Colton?*

*—¡Qué dices! No te lo vas a creer. Voy a salir con Carter. —Siento que se detiene y abro un ojo para ver qué le pasa. Está de pie frente a mí. Boquiabierta y ojiplática.*

*—¿Qué pasa?*

*—Carter es un tío de último curso que ya se ha acostado con varias chicas del instituto —me advierte—. Ten cuidado, ¿vale?*

*—Sí, tranquila. Venga, termina, que aún tienes que ayudarme con la plancha —intento restarle importancia a lo que acaba de confiarme—. No se lo digas a mamá.*

*Al sonido del claxon, salgo a la calle. Por suerte mis padres no están, lo que evita tener que darles explicaciones. Esa noche han ido a la cena anual de la empresa de mi padre, así que incluso puede que vuelvan tarde y yo ya esté de regreso.*

*Me aproximo al coche con las pulsaciones a mil haciendo malabarismos para mantenerme erguida sobre los zapatos sin tropezar por los nervios.*

*Carter ha salido y me espera fuera, con una amplia sonrisa de aprobación al verme. Para saludarme, rodea mi cintura acercándose a él y luego deja dos besos en mis mejillas muy cerca de la comisura. Creo que me voy a derretir.*

*Subo al vehículo, y pone dirección a una pizzería del centro.*

*Elige una mesa al fondo, en un lugar tranquilo. Antes de que el camarero se llegue, voy al baño con la excusa de lavarme las manos, pero en realidad quiero mirarme en el espejo para comprobar que todo está en orden. Al volver sigue sentado con un par de refrescos delante en compañía de varios chicos del equipo de fútbol.*

*—No sabíamos que tenías una cita —suelta uno de ellos al verme caminar hacia la mesa. El que ocupaba mi asiento se levanta de inmediato cuando me quedo de pie junto al tablero.*

*—Venga, largaos de aquí ya —les espeta Carter, malhumorado.*

*Cuando se sientan un tanto alejados de nosotros, él retoma su maravillosa sonrisa hacia mí.*

*—Bueno, ¿qué tal está resultando la experiencia en el equipo de animadoras? —Mientras habla, desenrolla la servilleta y la coloca sobre sus rodillas.*

*—Solo llevo una semana y, de momento, no tengo queja —digo imitándolo—. No sé si, cuando acabe la temporada, estaremos tirándonos los trastos a la cabeza como cuentan las leyendas urbanas.*

—Eso suele pasar porque se cruza algún jugador de por medio. Suele ser el quarterback —comenta entre risas—. Pero este año no hay problema con eso, porque él ya ha hecho su elección —confiesa, acariciando mi barbilla en un gesto cariñoso.

Miro sobre mi hombro para comprobar si alguien se está percatando de nuestro tonto, y dos de los chicos, que hace un momento estaban aquí con él, desvían rápido la vista. Mañana lo sabrá todo el mundo, Wilmington es un pueblo.

Nos traen una enorme pizza que tomo la iniciativa de cortar para los dos.

—El domingo tenemos el primer partido. ¿Nerviosa?

—¿Tendría que estarlo? —Sirvo un trozo en su plato. Después hago lo mismo en el mío.

No sé si comérmelo con las manos o con los cubiertos. Es la primera vez que tengo una cita en un sitio así por lo que espero que Carter empiece. Para mi satisfacción y relax, la dobla por la mitad y le da un bocado gigante. Le copio con un mordisco mucho más pequeño que el suyo. Mientras mastico, no puedo evitar posar los ojos en sus labios que piden a gritos que los bese. El peor momento llega cuando tras beber, una pequeña gota se queda entretenida en ellos y es rápidamente rescatada por la punta de la lengua. Tengo un calor tremendo. Desvío la mirada rápido, carraspeo y bebo para calmar el sofoco que siento.

—Mírate, ¡qué cara de embobada! —apunta Matthew en tono bulón—.

¿Pasó algo esa noche?

—Después de la cena, me llevó de vuelta a casa. Con el tiempo me di cuenta de que lo tenía todo calculado y se comportaba como un auténtico caballero conmigo para engatusarme —le cuento—. Era el novio perfecto: guapo, saltaba a la vista; deportista; atento, cargaba mis libros cuando salíamos de clase para la hora del almuerzo; y me llevaba a casa en coche si el fin de mi ensayo con las animadoras coincidía con su salida del entrenamiento.

—¿En serio? —se sorprende, porque en apariencia no lo parece. Asiento.

—Hasta tenía un punto mimoso que solo demostraba en la intimidad, donde no temía que nadie le viese *bajo de defensas* como solía llamar a esas carantoñas. —Pongo los ojos en blanco, puesto que ya en aquella época me parecía una tontería—. De verdad, creí que estaba enamorado de mí y me gustaría continuar pensando que fue así. Siempre me quedará la duda, ya que su comportamiento conmigo era muy diferente al que tenía con otras chicas con las que había salido antes.

—¿Seguimos? —pregunta, apretando mi mano. Yo respondo que sí.

*Detiene el coche justo en la puerta y gira la llave del contacto para apagarlo. Me escurro levemente en el asiento con una sonrisa tímida y nerviosa. Llega la hora de la despedida. Carter se gira sobre su asiento y*

*coloca la mano tras el reposacabezas del mío. Se humedece los labios y me devora con la mirada.*

*—Hemos llegado. —Lo miro de soslayo.*

*—Sí, ya estás en casa. Sana y salva.*

*Me armo de valor y clavo los ojos en los suyos, que en la oscuridad de la noche son más impresionantes aún. Me muero por besarlo, mas esta vez no soy capaz de dar el paso como hice con Colton. Sé que no va a rechazarme si tomo la iniciativa, pero la mínima probabilidad de que eso ocurra me espanta.*

*—Creo que es hora de que me vaya. —Me entretengo unos segundos buscando el bolso—. Gracias, lo he pasado muy bien.*

*Agarro la maneta de la puerta para abrirla cuando la mano de Carter coge mi antebrazo provocando que mi piel se erice por completo. Al volver la vista atrás encuentro sus ojos llenos de deseo. Parece que quiere comerme con la mirada, algo nuevo para mí.*

*—¿Te vas sin darme un beso de despedida? —indaga con una pícaro sonrisa y voz ronca.*

*Me suelto. Él no lo hace hasta que vuelvo a estar sentada enfrente. Sin mediar palabra, cuela sus dedos bajo mi pelo y, agarrándome por el cuello, me arrastra en un movimiento tan rápido que tengo que apoyar las manos en su pecho para no chocarme. Posa sus labios sobre los míos, todo mi cuerpo*

*vibra con el roce. Pierdo la noción de lo que sucede alrededor cuando el beso toma más intensidad y su lengua atrapa la mía. Un placentero escalofrío recorre mi espalda desde la nuca.*

*Ese beso me aleja del mundo por un instante, pero al recordar dónde estoy me separo de Carter, no sin dificultad, y, acalorada, alego que en cualquier momento pueden venir mis padres.*

*—Tengo que irme. —Siento mis labios hinchados palpar.*

*—Está bien. Nos vemos el domingo. —Sonríe arrebatador.*

*—Hasta el domingo —me despido, agitando la mano, ya fuera del coche.*

*Al cerrar la puerta de casa, escucho el sonido del motor arrancar y alejarse. Después, silencio. Permanezco unos segundos en el hall con la espalda apoyada contra la puerta, maravillada con lo que he vivido. Frente al espejo de la entrada, acaricio mi boca con la yema de los dedos repitiéndome a mí misma con incredulidad que sí, puedo creermelo que Carter me haya besado.*

La película continúa con el partido.

*El ambiente es inmejorable. Al ser el primero de la temporada, todo el mundo en el instituto se ha volcado con el equipo, que ya el año pasado consiguió ganar la liga. Los chicos salen al campo y, mientras cada uno toma su posición, todas las miradas están centradas en el quarterback,*

*Carter Evans, que busca, concentrado en la distancia, la línea de anotación.*

*Desde mi sitio en un lateral fuera del césped, a pesar de llevar el casco puesto, lo veo humedecerse los labios con una sonrisa de estar encantado con la situación antes de alzar los brazos para saludar a la muchedumbre allí congregada. Todo el pueblo está con ellos y resulta emocionante.*

*El partido empieza bastante reñido. El rival, tras los resultados del año pasado, venía prevenido y no le está poniendo las cosas fáciles. Se suceden una serie de golpes y placajes que me duelen hasta a mí, que estoy viéndolo desde fuera. En más de una ocasión, me llevo las manos a la boca o cierro los ojos para no ver cómo el central del equipo contrario carga contra el nuestro e intenta derribarlo sin éxito.*

*Definitivamente, no me gusta este deporte. Mi padre, que ha venido al campo para acompañarme en mi debut, tiene razón. Es mucho mejor el béisbol. Al menos, no tan agresivo. Está sentado en la grada junto a mi madre y Karen, en primera fila para no perder detalle. Les saludé al principio del partido y vuelvo a hacerlo poco después para comprobar que siguen allí. Al cabo de un rato, cuando dirijo la vista otra vez a sus asientos, mi padre ha sido sustituido por Zack. Mi madre, haciendo el gesto de batear al aire con un falso bate, me explica en la distancia que se ha ido al partido con su equipo. Yo le respondo que todo está bien alzando el pulgar.*

*En el segundo tiempo la cosa cambia y nuestro equipo toma el control de*

*la situación dejándolos apenas pasar de la mitad el campo. En unas de las jugadas finales Carter repite la acción que ha hecho varias veces y, tras recibir el balón por parte del central, da un pase largo para que Simon Baker corra el campo con él en los brazos anotando un último tanto antes del pitido final. Los chicos se abrazan entusiasmados, sus protecciones chocan; y nosotras saltamos celebrando la victoria. El entrenador sale al campo para felicitarlos, dándoles fuertes golpes que no llegan a sentir en su cuerpo por el plástico que les cubre los hombros y parte del pecho.*

*El público, entre ellos mi familia con prisa por ver el partido del equipo de mi padre, empieza a abandonar sus asientos. Carter se acerca corriendo, quitándose el casco a mitad de camino. Antes de decir nada, se levanta la camiseta para limpiarse la cara, llena de sudor y barro, regalándome así una imagen desconcertante de sus abdominales cincelados. Jadeante, sonrío sin poder hablar.*

*—Enhorabuena. —Me adelanto. Sin borrar la sonrisa va recuperando la respiración.*

*Simon Baker, que se dirige a hablar con otra de las animadoras, le da una botella de agua al pasar por su lado. Del primer trago bebe más de la mitad. Del segundo, la termina y la arroja vacía a un lateral del campo en el que están las pertenencias del equipo.*

*—Gracias. Venía a preguntarte si te apetecía que lo celebrásemos.*

*Conozco un sitio donde sirven unos perritos increíbles.*

*—Claro —titubeo por los nervios que siento al pensar que Carter me esté pidiendo otra cita—. Celebrémoslo.*

*—Genial. A las ocho. —Rápido echa a correr al darse cuenta de que sus compañeros ya están dentro. Antes de alejarse del todo, añade—: En tu casa.*

*Yo asiento y le despido agitando la mano cuando ya ha desaparecido del campo.*

Al ver que el protagonista de la escena sigue siendo Carter, carraspeo levemente. Al entrar en los vestuarios tengo claro que voy a descubrir algo nuevo para mí, por lo que recoloco mi postura sobre la butaca.

*—¡Eh!, ¡los hemos machacado! —Eufórico, Simon, en ropa interior, se acerca a Carter y choca ambas manos con él.*

*—No esperaba menos de vosotros, chicos —dice con una mirada general al vestuario tras quitarse la camiseta.*

*—¿Salimos a celebrarlo como se merece? —les propone otro de los jugadores.*

*—Yo no —responde rápido—. Tengo una cita... —Alza las cejas.*

*Un «uhhh» general se corea en el interior.*

*—Déjame adivinar. ¿Vas a dar otra oportunidad a esa pelirroja de segundo? —curiosear el mismo chico.*

—Exacto. No pienso dejar que se escape sin rematarla. Hace mucho que no añado ninguna en mi lista —reconoce Carter, riendo antes de entrar en la ducha.

—Sí, sería muy triste que ese «panoli» lo hubiese conseguido, y tú no —se mofa a gritos Simon para hacerse oír con el agua.

—No creo que le haya tocado ni un pelo. No sabría ni por dónde empezar. —Los chicos ríen con el comentario mientras se visten con ropa de calle para marcharse a casa—. Para eso, necesita a un hombre de verdad. Y aquí estoy.

Miro la pantalla con ceño fruncido, asqueada por lo que acabo de ver, reconfirmando lo que ya sabía. Carter era un completo imbécil.

—Mejor no comentamos nada al respecto, ¿verdad? —me consulta Matthew al oído sin apartar la vista de la película para no perdernos nada.

—Mejor no.

*Los perritos es cierto que están increíbles, y buena cuenta de ello pueden dar los chicos del instituto que hay en el local. Entre ellos, Simon y la animadora que, al vernos, se acoplan con nosotros sin pensarlo.*

—La idea era pasar la noche tranquila con mi chica —bromea Carter cuando Simon coge la silla que hay a su lado y la retira para sentarse.

*Mi corazón bombea tan rápido como cuando corro en clase de Educación*

*Física, pero a la vez experimento cierto placer y felicidad en cada uno de sus desenfrenados latidos al escuchar que se ha referido a mí como su chica.*

*—La mía también —responde Simon, alzando la mano para llamar la atención del camarero—, pero resultaría raro que estuviésemos los dos aquí y nos sentáramos en mesas diferentes, ¿no crees?*

*Al principio pienso que no será buena idea, porque poco tengo en común con esa chica de último curso, pero al final pasamos una noche muy divertida. Nunca había cruzado una palabra con ellos y me han caído muy bien.*

*Al llegar a casa, Carter me besa por segunda vez. En esta ocasión no me coge tan de sorpresa por lo que disfruto más que la primera. Un murmullo en la calle hace que me separe de él. Se resiste a hacerlo, sujetando mi rostro mientras da pequeños besos en mis labios.*

*Descubro en el retrovisor a Karen y Zack que van caminando por la calle cogidos de la mano. Aunque él tiene coche suele acompañarla a pie, porque vive a unas casas de la nuestra. Se detienen al darse cuenta a quién pertenece el vehículo aparcado junto a la acera. Karen intenta no mirar hacia dentro, pero Zack, que ahora rodea sus hombros con el brazo, sí lo hace y dirige un vistazo de pocos amigos a Carter. La sonrisa irónica de este último me lleva a pensar que hay algo entre ellos que yo no sé.*

*Carter los ignora, cogiéndome de la barbilla me pide un nuevo beso. Yo*

*intento centrarme en él, pero no lo logro. De hecho, en dos ocasiones lo interrumpo para mirar de soslayo hacia la puerta. En ambas, Zack aparta los ojos curiosos de Karen imitando el gesto de Carter conmigo, cogiéndola de la mandíbula.*

*—Lo... lo siento —me excuso, enlazando mis dedos de forma nerviosa.*

*—No pasa nada. Ya tendremos tiempo de estar a solas —susurra, mordiéndome el lóbulo de la oreja. La situación me está poniendo histérica —. ¿Te veo mañana?*

*—Supongo que sí.*

*—Que descanses. —Cierro la puerta y me vuelvo para decirle adiós con la mano. Carter sonríe a través del cristal de la ventanilla del copiloto.*

*—¿Qué pasa? —Mi hermana y Zack me miran como si fuesen mis padres —. ¿Vosotros no os besáis? —añado, girando la llave con absoluta naturalidad.*

*—Sí —dice mi hermana, súper cabreada—, pero no en la puerta de casa.*

*—Ten cuidado. Carter siempre busca más que besos —me advierte Zack cuando ya estoy en el recibidor.*

*Se conocen bien, porque comparten aula desde la enseñanza elemental, pero yo no creo que sea para tanto.*

*Los rumores vuelan y, al igual que sucedió con Colton tras la fiesta, el lunes por la mañana a primera hora todo el mundo en el instituto sabe que*

*salgo con Carter. Por si algún despistado no se ha enterado, él se encarga de confirmarlo dándome un beso de película en la puerta del comedor cuando nos vemos a la hora del almuerzo. Comparto mesa con el equipo y algunas chicas que los acompañan. Conmigo viene Betty, encantada porque, por primera vez en su vida, está a centímetros de Simon Backer a pesar de que ya le he contado que sale con alguien.*

*Al fondo veo a Colton y su grupo. Está sentado dándome la espalda, pero eso no quita que nuestras miradas tropiecen las dos ocasiones que mira de reojo cuando uno de sus amigos le advierte de que estoy allí atrás.*

*Entre los ensayos de animadoras y las salidas con Carter, he suspendido los dos últimos exámenes de Ciencias. Ha sido marcharse Colton de mi vida y caer mis notas en picado. Necesito que me ayude con el próximo, pero no sé cómo pedirselo para que no piense que soy una aprovechada.*

*Al finalizar el almuerzo, los chicos se marchan al entrenamiento, y yo, que aún tengo media hora libre hasta el ensayo, me quedo en el comedor con algunas de las animadoras y Betty. Minutos después Colton y sus acompañantes recogen sus mochilas para abandonar la sala, imagino que para su reunión del club. En ese momento decido abordarlo para preguntarle si me ayuda, tragándome mi vergüenza y orgullo.*

*—Colton, espera —le pido, caminando deprisa tras él. Se gira con las manos en las tiras para ajustar las asas de la mochila. Sus amigos hacen lo*

*mismo. Me siento intimidada bajo tantas miradas—. ¿Podemos hablar un momento? A solas —termino por añadir al ver que ninguno de los chicos tiene intención de moverse.*

*—Ahora os alcanzo. —Hace un gesto con la mano para que se marchen.*

*—¿Qué tal? —No se me ocurre una mejor forma tonta de romper el hielo entre nosotros —. Verás, me gustaría pedirte un favor. —Colton recupera su postura con las manos en las cintas y me observa con gesto serio—. He suspendido los dos exámenes de Ciencias y me preguntaba si...*

*—Sí, te ayudaré. —Esboza una leve sonrisa interrumpiendo lo que tanto me está costando rogarle.*

*Siento que me relajo, mi rostro se ilumina y mis labios se curvan hacia arriba.*

*—Gracias. —De manera espontánea, le beso en la mejilla. Se queda de piedra.*

*—Si te viene bien mañana, podemos vernos a esta hora antes de que me reúna con el Club de Ajedrez. Tengo el campeonato estatal este fin de semana.*

*—De acuerdo. No te quitaré mucho tiempo. Lo prometo —le aseguro antes de alejarme de él—. Gracias de nuevo.*

*Siguiendo sus pasos, me marchó al gimnasio.*

La película muestra imágenes de mi día a día centrándose en la parte en la que estudio con mi ex en la biblioteca, acompañadas de la canción de *Girls just wanna have fun* de Cyndi Lauper.

*Tras dos F, me presento eufórica en casa con una A enorme dentro de un círculo que resalta en rojo en la esquina derecha de mi examen. Aprobarlo era una de las condiciones que imponían mis padres para salir con las animadoras y el equipo al partido en el pueblo vecino.*

—¿Cómo has conseguido ese sobresaliente? —Mi hermana me mira con cara de sospecha mientras se toma un bol de cereales con leche en la cocina.

—Colton —confieso, sentándome a su lado y sirviéndome otro.

—¿No te da vergüenza?

—¿Por qué tendría que dármela?

—No sé. Porque lo has dejado por otro tío, por ejemplo.

—Colton y yo somos amigos.

—Ya... —rápido cambia de tema. Mi madre entra en la habitación.

—Supongo que podrás ir a ese partido este fin de semana —sugiere esta con cierto soniquete.

—Gracias, gracias —repito, abrazándola con fuerza.

*Dejo el bol y la cuchara en el fregadero y subo las escaleras corriendo para llamar a Carter y contárselo. Toda la emoción que siento se desvanece al escuchar un saludo que no era el que yo esperaba.*

—¡Hola! ¿A que no sabes qué? —Tumbada boca abajo en mi cama, jugueteo con el cable del teléfono.

—Déjame adivinar... ¿Que has estado viéndote con el «panoli» de tu ex?  
—Su actitud es muy ofensiva.

—Eh, solo hemos estado estudiando Ciencias —me justifico, molesta por su comentario y el tono empleado.

Colton es mi amigo y tengo claro que Carter ni va a elegirlos ni me va a decir con quién puedo o no hablar por mucho que me guste y me descoloque su sonrisa.

—Vale —me corta con voz de no creérselo—. ¿Qué te parecería que yo quedase mañana con Cindy para estudiar? Ella también es mi amiga.

Guardo silencio y barajo esa posibilidad. Desde luego, no me gustaría nada.

—Necesitaba ayuda. Si no aprobaba el examen de Ciencias, no iba al partido de este fin de semana. Y... —titubeo un poco— me hace mucha ilusión pasarlo contigo.

—A mí también. —Con sus palabras se me dibuja una sonrisa bobalicona en la cara—. Pero la próxima vez, al menos, avísame, que no tenga que enterarme por nadie. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—Lo siento, nena. No me gusta discutir contigo, pero se me ha quedado

*cara de tonto cuando me lo han dicho.*

*—¡Eh!, yo soy tu chica. —Sonríó al pensar mis palabras—. Pues ya está, no le demos más vueltas.*

*—Me muero de ganas de verte. —La voz ronca de Carter al confesarlo me activa los sentidos—. De besarte, de estar contigo en la fiesta del sábado.*

*—Y yo —respondo siguiendo su juego.*

La siguiente escena tiene como escenario el autobús. Durante el día, recordé varias veces a Colton y su torneo de Ajedrez. Deseaba con todas mis fuerzas que fuese bien, sabía lo importante que era para él.

—Ahí empezó mi dilema sentimental entre ellos —le susurro a Matthew, que rápido detiene la cinta—. Ahora sé que los sentimientos encontrados hacia ambos jugaron un papel muy importante en el hecho de que dejase de tener claro de la noche a la mañana y de desear que mi primera vez fuese con Carter.

—¿Y eso? ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Días después de estudiar en compañía de Colton seguía pensando en él cuando repasaba mentalmente la tabla periódica. —Río—. Lo veía con su camisa de cuadros remangada sobre el codo, mordiendo el capuchón del bolígrafo, nervioso, mientras se la recitaba de memoria o pellizcándose el puente de la nariz cuando el cansancio hacía mella; y me moría por estar con él. —Matthew sonrío con ternura a lo que le cuento—. Pero luego pensaba en

Carter, en su sonrisa de anuncio, en sus profundos ojos azules traspasándome, en sus abdominales... y llegaba a la conclusión de que no sabría a cuál elegir. A mis cuarenta años, y con ambas historias tan recientes gracias a esta película, llego a la conclusión de que lo de Colton era pura química y lo de Carter solo atracción física.

Con mi atención de vuelta me centro en la escena.

*El equipo de fútbol, los entrenadores y las animadoras viajamos en el mismo autobús. A nuestra vuelta nos espera una fiesta en casa de Simon, que pasa el fin de semana solo.*

*Observo cómo los árboles desaparecen a la velocidad del rayo por el cristal de la ventanilla. Carter escucha música con los ojos cerrados. Mis dedos enlazados con los suyos y ambas manos apoyadas sobre su muslo, que mueve arriba y abajo al ritmo de la canción. No puede ser más perfecto. Me saca de mi ensueño un leve golpe en el hombro para pasarme unos de los auriculares con la intención de compartirla conmigo. Jamás la olvidaré: «Every breath you take» de Police.*

*El partido sale como era de esperar y por la tarde volvemos a casa, cansados y eufóricos con la segunda victoria para el equipo. El autobús nos deja en el instituto y desde allí nos dirigimos a casa de Simon en el coche de Carter.*

*Lo primero que llama mi atención al entrar es la ingente cantidad de*

*alcohol que hay sobre una mesa auxiliar del salón. Al parecer, lo ha dejado todo preparado para nuestra vuelta: botellas de diferentes licores, refrescos, zumos y vasos de plástico al alcance de cualquiera. En la de al lado: ganchitos y patatas, que Simon abre y vuelca en un bol mientras los invitados se acomodan. Algo de música anima a los presentes y empiezan a servirse las bebidas. Carter me ofrece un vaso que tomo sin saber qué es, olvidando la norma de toda madre de «no bebas nada que no abran delante de ti» o «no sueltes el vaso en toda la noche».*

*Lo que sea sabe horrible y más si tenemos en cuenta que es la primera vez en mi vida que pruebo el alcohol. Con ellas en la mano salimos a sentarnos en el jardín, en un balancín. Carter no tarda en abalanzarse sobre mí. Poco a poco la intensidad de sus besos va en aumento obligándome casi a tumbarme en el asiento. Me besa con desenfreno a pesar de que estamos rodeados de gente. A mí tampoco me importa mucho, desinhibida por el alcohol.*

*—Subíos a una habitación si queréis. —El ofrecimiento de Simon y la naturalidad con la que lo hace me deja descolocada. Rápido capto que no es la primea vez que sucede algo parecido en su casa.*

*—No hace falta —respondo, sentándome derecha. Estoy roja, lo sé.*

*—Por mí no hay problema. —Ahora está sentado con nosotros en el balancín—. Ya es hora de que le des a este hombre algo más que besos, ¿no*

*crees? No está acostumbrado a períodos tan largos de abstinencia y lo tienes subiéndose por las paredes.*

*En lugar de reprocharle el comentario, Carter sonríe, deja su vaso sobre la mesa y me quita el mío de la mano. Luego la coge para que me levante y le siga. Estoy muy cabreada con lo que me acaban de decir y, si no tenía pensamiento de subir con él a ningún sitio, ahora, tras saber que sus amigos saben todo sobre nosotros, mucho menos. Salimos al salón, y me dejo guiar para ver cuáles son sus intenciones. Cuando pone un pie en el primer escalón, suelto su mano y le pido que me lleve a casa.*

*—Vamos, ¿qué te pasa? —pregunta con el rostro contrariado. Cree que estoy bromeando.*

*—No voy a acostarme contigo, Carter. —Prefiero no dar rodeos.*

*—No tenemos porque hacer nada si no quieres, pero podemos estar más tranquilos arriba a solas. —Baja del escalón. Aun así, me saca varios centímetros de altura.*

*—Estoy enfadada. Por favor, llévame a casa o me iré yo sola —le ordeno haciendo gala de todo mi carácter.*

*Sin mediar palabra y sin despedirse de nadie, abre la puerta y me cede el paso. De un fuerte portazo cierra tras nosotros.*

*Al día siguiente, me llama por teléfono en un par de ocasiones. Le pido a mi hermana que le diga que no estoy. La segunda vez, le sugiero que añada*

*que he salido a estudiar con Colton.*

*—¡Qué se joda! —suelto al pensar cómo se va a poner. Mi hermana no lo hace porque cree que podemos meterlo en un lío sin venir a cuento.*

*La historia continúa a la mañana siguiente con él esperándome en la puerta del instituto.*

*—¿Dónde te metiste ayer? —Me persigue por el pasillo.*

*—Estuve por ahí —contesto con la vista al frente.*

*—¿Por qué no me llamaste? —Me agarra del codo para girarme, vociferando. De repente, somos el centro de atención.*

*—Baja la voz, ¿quieres? Nos mira todo el mundo.*

*—Me importa una mierda quién nos mire —grita aún más, lo que hace que los espectadores capten la indirecta y vuelvan a lo suyo—. ¿Puedes decirme qué te pasa?*

*—Pues me pasa que no me gustó nada que le contases a tus amiguitos qué hacemos o dejamos de hacer —le espeto, golpeándole el pecho con el cuaderno y el libro que necesitaré en la próxima clase al sacarlo de la taquilla. Carter lo coge con fuerza arrebatándomelo de las manos—. Dame eso —le ordeno.*

*—Te acompaño. —Empieza a relajar el tono.*

*Camina pisándome los pasos hasta la clase. En la puerta, me giro y extendiendo la mano con la palma hacia arriba para que me devuelva mis cosas.*

*—Gracias —expreso con falsedad. Entro en el aula y suelto la puerta sin mirar si le golpea o no en la cara.*

*La sujeta a tiempo y me detiene con un nuevo tirón del brazo.*

*—¿Almorzamos juntos? —Ahora muestra una sonrisa de pacificación. Lo noto nervioso por ser el centro de atención de todos mostrando por primera vez su vulnerabilidad en público.*

*—No, he quedado con Colton para estudiar. —El protagonista nos mira desde su asiento al fondo de la clase.*

*Carter enarca una ceja y frunce el ceño mirándolo como si quiera desintegrarlo. Resopla y fuerza otra sonrisa.*

*—Muy bien, pues cuando se te pase el mosqueo, me lo dices. Ya sabes dónde estoy. —Da unos pasos para marcharse de allí, pero lo piensa mejor y se gira para darme la puntilla—: Lo mismo si tardas mucho, me consuelo con Cindy. Tú verás.*

*Y sin que me dé tiempo a reaccionar tras su advertencia, besa mis labios delante de todos.*

*—Aún eres mi chica.*

*Sin nada más, sale con gesto de chulería.*

*—No me gusta ese tío —reconoce Matthew, torciendo el gesto—. ¿Por qué lo perdonaste?*

*—Tras unos días en los que apenas hablamos, Carter vino a casa con un*

ramo de flores y una tarjeta en la que decía: «Lo siento. ¿Crees que merezco otra oportunidad?». No pude resistirme y, por supuesto, se la di. Como también acepté su propuesta de estudiar juntos. Supongo que quería demostrar que él también podía prestarme ayuda en ese terreno si yo la necesitaba.

—Imagino que si lo llegas a saber ni vas.

—Si lo llego a saber... no hubiese hecho muchas cosas con él... —revelo, sabiendo que es imposible dar marcha atrás al tiempo, pero feliz porque de todo se aprende.

*Es la primera vez que voy a estudiar a casa de un chico. Carter abre la puerta sonriente y me saluda con un fugaz beso en los labios. Lo noto más contento que de costumbre. Me invita a pasar y su madre, al verme tras la cristalera del salón, entra desde el jardín para conocerme.*

*Ahora entiendo por qué es tan guapo. Se parece tremendamente a ella, que podría ser la versión moderna de Farrah Fawcett, la actriz de los «Ángeles de Charlie». La señora me cuenta que está arreglando el jardín, uno de sus hobbies preferidos y, de forma educada, me invita a tomar algo.*

—No, muchas gracias —declino, un tanto nerviosa.

*Ella vuelve fuera a su tarea, y Carter me indica que lo siga por la escalera que da acceso a la planta de arriba. Sube los escalones de dos en dos.*

*Me quedo en el quicio de la puerta estudiándolo todo antes de entrar. Lo esperado: pósters y fotos de jugadores de fútbol americano y actrices; una estantería con trofeos y tres cascos, de los cuales, uno llama mi atención por su tamaño. Cogiéndome de la mano, me invita a pasar.*

*—¿Y ese casco tan pequeñito? —le pregunto, señalando uno blanco con una línea roja que lo cruza de arriba abajo.*

*—Es el primero que tuve. —Lo baja de la madera para que pueda verlo. Dejo mis libros sobre una mesa cercana y lo sujeto con ambas manos.*

*—Es una monada. —Me enternece su tamaño—. ¿A qué edad empezaste a jugar? —le hago la pregunta con curiosidad.*

*—A los ocho años —cuenta, indicándome una foto en la pared.*

*La miro con detenimiento y lo descubro entre un grupo de niños, porque tiene la misma sonrisa pícaro y seductora que ahora. El pelo más claro y más largo, y esos potentes ojos azules que resaltan en el tono algo apagado de la imagen por el paso del tiempo.*

*Carter devuelve el casco a su sitio y despeja la mesa en la que estudia poniendo todas las cosas que la llenan sobre una silla cercana. Todavía no me he alejado de los trofeos cuando me aplasta contra la pared y me besa como si la vida le fuese en ello. Intento separarlo haciendo presión con mis manos sobre su pecho, provocando un gruñido por su parte. Logro alejar antes nuestros cuerpos que nuestras bocas.*

*Ríe ante lo que cree es un juego mientras cierra la puerta de la habitación con pestillo. Ese gesto hace que el estómago se me encoja de pura angustia más que de otra cosa.*

*—He venido a estudiar —anuncio, dejando mis libros sobre la mesa.*

*—Vamos, nena. Tenemos tiempo de todo. —Avanza despacio como un león hacia su presa con unos movimientos sensuales que, tras la conversación del otro día en casa de Simon, me asustan un poco.*

*Coge un mechón de pelo escapado de mi coleta, lo coloca tras mi oreja y se entretiene en acariciarla con la punta de los dedos deslizándolos con parsimonia por mi mandíbula y deteniéndolos en mis labios. El escalofrío que agita mi cuerpo es incontrolable y por lo tanto imposible de disimular.*

*—Relájate —me sugiere con un susurro, deslizando su mano por mi nuca. De modo instintivo, cierro los ojos.*

*Los labios de Carter rozan los míos, su aliento rebota en ellos mientras me repite una y otra vez que me deje llevar. De pronto, recuerdo que su madre está en casa y que podría subir a la habitación de un momento a otro y le pido que pare, aunque suena más a una orden que a una petición.*

*Carter me mira a los ojos con dureza, intentando disimular su enfado bajo una falsa sonrisa.*

*—Está bien. Vamos a estudiar. —Se sienta en una de las dos sillas y señala la de enfrente para que la use con gesto de resignación en el rostro.*

*Me acomodo. Abro el libro, el cuaderno y, sonriéndole antes de centrar la vista en ellos, me dispongo a estudiar. Carter me imita, mesándose su corto pelo mientras finge hacerlo.*

*Pasada una hora, decidimos hacer un descanso. Tan rápido como se fue, regresa con una bandeja con limonada y un par de sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada de fresa. Mientras los comemos, charlamos tranquilos. Su actitud me engaña haciéndome pensar que por hoy piensa desistir en su intención. Pero nada más lejos. Tras merendar, se sienta en la cama tendiéndome la mano para que lo acompañe. Me mueve con tal maestría que quedo tumbada entre sus brazos.*

*Sus ojos azules chisporrotean al mirarme de cerca de una forma tan intensa. Sus rápidas manos viajan a mi trasero, apretándome con ganas contra él. Entonces, yo lo beso dejándome llevar por mis instintos; lo que le anima a creer que estoy dispuesta a llegar más lejos con ese juego.*

*Mete sus manos bajo la tela de mi camiseta, que ha alzado y ha dejado arrugada sobre mi pecho, y tiemblo al sentir el roce de sus dedos sobre ellos. Estoy tan aturdida, que ni siquiera me he dado cuenta de cuándo las ha colado bajo el sujetador. Como si fuese una marioneta entre sus brazos, Carter hace y deshace conmigo. Haciendo frente a mi resistencia, a la vez que yo lucho contra mi cabeza que me ordena lo contrario a mis deseos, aparta mis dedos de su pelo y los arrastra hasta su entrepierna. Siento su*

*excitación sobre la tela de los slíps dentro de los vaqueros. Es la primera vez que toco el sexo de un chico. Entre besos, sonrío al sentir allí mi mano y lleva la suya dentro de los míos.*

*—Para, para —le ordeno, separándome de él al notar sus dedos sobre mi ropa interior.*

*—No pasa nada. Así no puedes quedarte embarazada, si es lo que te preocupa —dice, agarrándome de la cinturilla del pantalón para que vuelva al sitio en el que estaba mientras juega con su hábil lengua en el hueco de mi cuello.*

*—No, no es eso. —Me incomoda por la situación. Carter hace caso omiso a mi petición y sigue, ahora, deslizándola por mi pecho—. Tu madre está abajo.*

*—¿Y qué? No va a subir. Nunca lo hace. —Continúa acariciándome sobre el pantalón—. Vamos, relájate...*

*Con decisión me lo quito de encima como puedo. De pie, le doy la espalda mientras recoloco mi camiseta.*

*—Tengo que irme. ¿Puedes llevarme a casa?*

*—¿Qué te pasa? —Carter, que todavía sigue sentado en su cama, me atrapa de la cintura y me coloca sobre sus rodillas como si fuese una niña. Respira hondo e intenta tener paciencia—. Vamos, no seas infantil. Te aseguro que te va a gustar... —afirma, rozando la punta de su nariz por mi*

*cuello.*

*Tengo que hacer un serio ejercicio de autocontrol para que mi cuerpo no reaccione a sus caricias. Coge mi mandíbula y me besa de nuevo. Por unos segundos, me pierdo en sus labios, pero vuelve a la carga intentado abrirme el sujetador por encima de la camiseta.*

*—Por favor, tengo que irme.*

*—Te estás comportando como una calentabraguetas. No voy a aguantar mucho más así, tengo mis necesidades —increpa con dureza. Luego, intenta suavizar sus palabras y el tono de su voz añadiendo—: Pero supongo que podré esperar un poco más.*

*Tras una tierna sonrisa, con la que pretende arreglarlo todo, me da un rápido beso en los labios, y salimos de su habitación.*

*En el coche, camino a mi casa, sucede lo que esperaba desde que entré en el instituto y tropecé con él, haciéndome olvidar todo. Me mira durante unos segundos en los que siento mis mejillas arder.*

*—En un par de semanas será el baile de primavera —anuncia, apartando la vista unos instantes de la carretera—. Vendrás conmigo, ¿verdad?*

*La pregunta suena a música celestial en mis oídos. Casi creo que le rodea un aura de luz y todo mientras me mira expectante de una respuesta por mi parte.*

*—Claro —respondo, feliz como una niña.*

*Poco más hablamos durante el trayecto. Una vez en la puerta de mi casa antes de bajar, me hace una nueva proposición.*

*—Estoy pensando que podías decirles a tus padres que esa noche te quedas con alguna amiga a dormir. —En mi cara se ve lo poco que me convence su propuesta. Insiste demasiado con el tema de acostarnos—. Así podríamos estar juntos sin prisas por volver, ver amanecer... y hacerla especial. ¿Qué me dices?*

*—De acuerdo. Suena bien.*

*Le doy un beso antes de bajar del coche y me marcho con una necesidad imperiosa de hablar con mi hermana para que me ayude a deshacer el lío que tengo en la cabeza.*

*A pesar de ser muy diferentes, no debo pensar mucho si quiero encontrar algo que tenga en común con Karen: dormir poco. Podemos pasarnos leyendo gran parte de la noche y eso es lo que hacemos ahora. Cada una en su cama, alumbrada por una lámpara en la mesita.*

*Yo no puedo concentrarme en el mío y cada frase tengo que releerla. No dejo de darle vueltas a lo que ha pasado en casa de Carter y en su propuesta para la noche del baile. No me siento preparada para acostarme con él. Me muero solo con la idea de quedarme desnuda. Ya ha estado con muchas de las chicas del instituto. De hecho, hasta que ha tropezado conmigo no le ha sido difícil dar con alguna dispuesta a ello, de ahí el sobrenombre de «el*

*Desvirgador»*, que lleva con tanto orgullo.

—Karen. —Gruñe como respuesta sin apartar los ojos del libro—.

*Karen...*

—¿Qué, qué? —protesta, apoyándolo abierto sobre el pecho.

—¿Cómo sabías que estabas preparada para dar el paso?

—¿Qué paso? —indaga, intentando retomar la lectura.

—Ya sabes... sexo... con Zack.

*Sin mediar palabra, Karen coloca el marcapáginas, cierra el libro y lo deja sobre la mesa. Por tanta ceremonia intuyo que la conversación va a ser larga.*

—¿Te ha insinuado Carter hacerlo? —Noto cierto horror contenido en su expresión. Mi hermana mayor, siempre tan protectora.

—Digamos que sí —contesto tras un rato sopesando la respuesta.

—¿Y tú qué opinas? ¿Te apetece? —Alza las sábanas de su cama, invitándome a meterme dentro con ella.

*Me levanto y, de puntillas porque estoy descalza y el suelo está helado, me cuelo junto a ella. Por un momento volvemos a ser niñas, solo que está vez en lugar de juegos compartimos intimidad.*

—¿Y bien? —recalca Karen, haciendo ver que no ha olvidado mi pregunta.

—Estoy en un dilema. Hasta hace unos días estaba segurísima, pero

*ahora, no tanto.*

*—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? —Karen aplasta el edredón por su lado y luego hace lo mismo por el mío, pasando su brazo sobre mi abdomen.*

*—No me mates cuando te lo diga, ¿vale? —Mi hermana asiente intuyendo lo que voy a decir. Tras un breve silencio me atrevo a reconocerlo—: Colton.*

*Una vez confesado, agarro el edredón por la parte de arriba y me tapo la cabeza. Karen tira de él hacia abajo con fuerza, pidiéndome una y otra vez que lo repita. Segundos después, asomo mi rostro hasta la nariz.*

*—Siento curiosidad por probarlo. Hasta el otro día tenía claro que quería que Carter fuera el primero, pero estas tardes que he estado estudiando con Colton lo ha cambiado. Estoy hecha un lío.*

*—Entonces no hagas nada de lo que puedas arrepentirte luego. ¿Qué prisa tienes?*

*—¿Cómo se sabe que estás preparada?*

*—No sabría explicártelo. —Se queda pensativa buscando una buena respuesta—. Es algo que se siente.*

*—Espero sentirlo algún día. —Hoy lo veo todo negro.*

*—Seguro que sí.*

*Con un beso de mi hermana en la mejilla me duermo en su cama.*

*Durante las dos semanas previas a la fiesta mi rutina continúa, salvo que*

*dedico las tardes a buscar vestido con mis amigas. En esas largas horas que vamos de tienda en tienda, hablamos sobre la propuesta de Carter de pasar la noche juntos y hacerla especial. Todas me animan a aceptar por una serie de motivos: el simple hecho de que alguna vez tendrá que ser la primera; que Carter está buenísimo y tiene experiencia, cosa que consideran importante; y tercero, y para ellas fundamental, no puedo llegar a la universidad siendo virgen. Es un problema que yo no veo como tal, pero me han convencido y he terminado comprando un conjunto de ropa interior por si acaso.*

*Por su parte, Carter sigue comportándose como el novio perfecto. Comparte conmigo la hora del almuerzo, me hace carantoñas cuando nos encontramos en el pasillo en algún cambio de clase o me lleva a casa si me quedo al entrenamiento. En realidad lo único que pretende es adularme y vigilar que la ayuda que Colton me presta, durante estos días para que apruebe los exámenes, no vaya más allá.*

*—¿Has pensado lo que te propuse la otra tarde sobre el baile? —me pregunta, sentado en el comedor aprovechando la intimidad que nos brinda el hecho de que sus compañeros empiecen a levantarse de la mesa.*

*—Sí, me gusta la idea —reconozco con una sonrisa bobalicona.*

*Llevo varios días pensándolo y, sí, creo que Carter es el chico con el que quiero experimentar el sexo por primera vez. Por lo que percibo a mi alrededor, eso une, pues no hay más que fijarse en mi hermana y Zack, que*

*desde que se entregaron a sus pasiones están más contentos que nunca.*

*—Genial —dice, cogiendo mi cara entre sus manos para besarme. Tras el beso, me cuenta sus planes—: Te compararé un ramillete para la muñeca, iremos a cenar, bailaremos y pasaremos la noche en un hotel. ¿Qué te parece?*

*—Suena muy bien. Me muero de ganas porque llegue el sábado.*

*Carter sonríe satisfecho, y yo me derrito.*

*—Ya tengo vestido —le cuento con alegría, mientras él bebe agua. Alza las cejas al oírme y se limpia la boca con el dorso de la mano.*

*—¿De qué color es? —No esperaba esa curiosidad de él.*

*—No puedo desvelártelo. Es una sorpresa.*

*—Solo el color, para llevar una pajarita a juego.*

*—Rojo.*

*—Me gusta. Serás la más guapa del baile y vas a ir conmigo.*

*Me elevo sobre las puntas de los pies para ganar algo de altura y besarle antes de despedirnos. Él se marcha al entrenamiento; y yo, a la biblioteca con Colton.*

*—Cuidado con ese «empollón». Recuérdale que eres mi chica. —Un escalofrío de placer me recorre la espalda con la frase.*

*—No digas tonterías, sabes que es un encanto.*

*Carter no verbaliza una respuesta, pero se lleva los dedos índice y*

*corazón a los ojos y me señala con ellos para recordarme que estará vigilando. Por si le queda alguna duda, corro de nuevo y lo beso.*

La escena que se proyecta hace que la película parezca el día de la marmota.

*De nuevo, mi madre me peina para el baile. Esta vez con el pelo suelto lleno de ondas con una raya lateral. Ha recogido un lado tras la oreja con una horquilla de piedras que brillan.*

*Estoy nerviosa y se demuestra en la forma en que se mueve mi mano mientras me maquillo los ojos. Mi madre da los últimos retoques al peinado de Karen y sale de la habitación dejándonos solas.*

*—Veo que al final has decidido dar el paso —comenta mi hermana, metiéndose el vestido por los pies. Es una pasada, llevaba meses ahorrando para comprarlo, ya que es su último año de instituto y, por lo tanto, su último baile.*

*—¿Por qué lo dices? —pregunto imitándola.*

*—Le has dicho a mamá que duermes en casa de Betty, ¿no? ¿Y ese sujetador nuevo tan insinuante?*

*—Ah, sí —respondo, intentando hacerme la despistada para restarle importancia a la incómoda situación—. Me gustó y lo compré. Cuando quieras te lo dejo.*

*A mi hermana no le gusta Carter, y mucho menos desde que salgo con él. Zack conoce de primera mano todas sus conquistas y lo que hace con ellas, porque es de los que las airea el lunes por la mañana al llegar a clase. Ya tuve oportunidad de darme cuenta en casa de Simon. Fue Zack quién me contó lo de su apodo.*

—Aun así a mí me encantaba y estaba feliz de salir con él —le cuento a Matthew mientras la película continúa, comprobando en cada escena lo ilusa y perdida que se puede estar en la adolescencia—. Lo sé, fui una idiota. Yo misma me abofetearía hoy por un comportamiento así, pero todos hemos tenido esa edad y no le hemos visto ningún defecto a nuestro novio. Y más si era el chico guapo por el que todas suspiraban.

—Tranquila, todos hemos hecho locuras.

—Ten cuidado, ¿vale? —me advierte Karen con una mirada a través del espejo, más propia de una madre.

—Tranquila, todo está bajo control —miento. Estoy hecha un flan.

*El timbre suena y bajo las escaleras a toda prisa consciente de que es Carter puntual. Mi madre sale al hall con una sonrisa de oreja a oreja, ajena a las intenciones de ese chico conmigo. Por su cara de «yerno perfecto» sería imposible averiguarlas.*

*Tras un saludo educado con un beso en la mejilla, me coloca en la*

*muñeca una espectacular orquídea blanca que trae en una caja transparente.*

*—Estás preciosa. —Me mira a los ojos fugazmente. Imagino que la presencia de mi madre le coarta, igual que a mí.*

*Tras una sesión de fotos con hermana y Zack, por fin salimos de mi casa y entramos en el coche de Carter con dirección a un restaurante muy elegante en el que cenaremos a solas.*

*Tras la cena nos marchamos al baile. Nuestra llegada causa gran expectación, sobre todo si tenemos en cuenta que es un secreto a voces que él será elegido rey. El gimnasio está completamente cambiado. Han hecho un gran trabajo decorando las esquinas con columnas de globos azules y amarillos, los colores del instituto; y cintas del mismo color recorren el techo de un lado a otro. El inicio de la noche se presenta bien. Conversamos en corrillos con sus amigos, bebemos ponche y hago realidad mi sueño cuando saco a bailar al nuevo profesor de literatura, tras apostar con Simon que no era capaz. Por supuesto, no hay rastro de Colton ni ninguno de sus amigos, cosa que me entristece.*

*Apenas hemos bailado dos canciones cuando Carter me está pidiendo marcharnos de allí.*

*—Pero si acabamos de llegar y ni siquiera han nombrado a los reyes —expongo, mientras me aparta a una esquina del gimnasio.*

*—Me muero por estar contigo a solas —revela, tocándome el trasero*

sobre la tela del vestido—. Salgamos un rato y volvemos luego. Todavía queda mucho, ¿de acuerdo? —La sonrisa con la que me lo pide y esa pajarita roja a juego con mi vestido hacen que no pueda negarme.

Andamos cogidos de la mano hasta el parking. Una vez en el coche nos sentamos en el asiento trasero. Carter se quita la chaqueta y la pajarita, y las arroja sobre el del conductor. Luego se desabrocha los dos primeros botones de la camisa dejando ver el inicio de sus pectorales. Trago saliva y, tras una estudiada sonrisa, él se acomoda en la parte central y con un ágil movimiento me sube a horcajadas sobre él.

Mi frente sobre su frente, vuelve a sonreír y yo lo imito. Acaricia sobre el vestido mi cuerpo hasta llegar a las caderas. Con el único sonido de fondo de nuestras respiraciones acelerándose y el eco de la música proveniente del gimnasio comienza a besarme, muy despacio, como si quisiera recrearse en ese beso. Su lengua recorre cada rincón de mi boca mientras sus manos hacen lo mismo en mis piernas. Con habilidad, abre la cremallera del vestido y lo baja a hasta la cintura.

—Guau —logra articular tras unos segundos con los ojos muy abiertos al ver el sujetador negro que estreno. Acto seguido, posa los labios en el inicio de mi pecho, que sube y baja sin control. La humedad, que ha empañado los cristales, impide que desde fuera se pueda ver qué pasa dentro.

Me siento bloqueada y desprotegida ante la situación, pero, aun así,

*consigo acariciar su pecho a través de la camisa cuando lleva mis manos allí. Reacciono en el momento que cuele las suyas por debajo de mi vestido intentando sacar mi ropa interior. No quiero que mi primera vez sea así.*

*—No, no, espera —le pido, levantándome un poco. Sin querer me golpeo la cabeza con el techo.*

*—¿Qué pasa? —pregunta entre besos.*

*—Para. No puedo. No puedo hacerlo —confieso, subiéndome el vestido para taparme el pecho.*

*—¿Cómo que no puedes? Entonces, ¿por qué me calientas? —Los ojos de Carter muestran su gran enfado.*

*—No voy a hacerlo por primera vez en un coche —niego, buscando una excusa rápida.*

*—Bien, vayamos entonces al hotel —propone mientras acaricia mi mentón.*

*—No, Carter. No estoy preparada para hacerlo. Lo siento —me disculpo, sentándome a su lado en el asiento trasero e intentando subirme la cremallera. Él se tapa los ojos con el brazo mientras su respiración se regulariza. Ni siquiera me mira mientras se abrocha la camisa.*

*Sin hablarnos, volvemos a los asientos delanteros. Ninguno tiene ganas de regresar a la fiesta, así que arranca y pone dirección a mi casa. Rompe el silencio del camino solo para soltar varios reproches.*

*—Eres una frígida infantil. —Me cuesta un mundo tragarme las lágrimas que provocan esas palabras—. Pero desde luego, no voy a quedarme con este dolor de huevos porque tú no sepas lo que quieres. Me tienes hartado.*

*Pasa todo el trayecto bufando y conduciendo a una velocidad demasiado acelerada que en algunos momentos me hace sentir miedo. Está muy enfadado, lo demuestran sus ojos llenos de rabia. En los míos las lágrimas luchan por salir, pero, por primera vez en mi vida, el autocontrol que tanto me servirá a partir de ahora en estos casos aparece para que no le dé el gusto a este gusano de verme llorar.*

*Deseo hacerlo para desahogarme, porque me siento muy mal. No por haberle dicho que no y pararle los pies. Tengo claro que no estoy preparada para alcanzar ese nivel ni con Carter ni con ningún otro, y no voy a hacerlo. Quien esté conmigo tiene que respetarlo. Lo que quiero es llorar, porque me da pena el pensar que lo único que busca de mí fuese eso y que todo lo que me ha dicho en estos meses haya sido para regalarme el oído y conseguir que me bajase las bragas a la primera de cambio.*

*—Puedes dejarme aquí —le digo con voz segura, sin mirarlo cuando llegamos a la entrada de mi calle. Él tampoco lo hace. Prefiero caminar hasta que se me pase el mal rato. Seguramente mi madre esté esperando a que llegue Karen y no quiero que se percate de que me pasa algo, porque no sabría cómo explicárselo.*

*Carter detiene el coche con un frenazo brusco. Me quito el cinturón, cojo mi pequeño bolso y salgo. Me apetecía darle un portazo en las narices, pero cierro con delicadeza. Casi sin esperar a que cierre, acelera rompiendo el silencio de la noche con el ruido de los neumáticos chirriando sobre el asfalto.*

Viéndome desde fuera resulto absolutamente vulnerable y desprotegida.

*Yo, en cambio, me siento sucia. Aparecen los primeros sollozos y con ellos las lágrimas mojando mis mejillas. Abrazándome a mí misma por el frío, camino hasta la siguiente manzana con la intención de alejarme. Me siento en la acera y lloro hasta que me canso.*

*Una conversación a mis espaldas llama mi atención. Tres chicos avanzan calle abajo, una de esas voces me es familiar. Los miro sobre mi hombro y los ojos de uno de ellos se abren de par en par al encontrarme allí. Es Colton con dos compañeros del Club de Ciencias.*

*—Pelirroja, ¿qué haces aquí? —pregunta, agachándose ante mí—. Estás helada. —Sí, puede ser que lo estuviese, pero el escalofrío de mi cuerpo al sentir las manos de Colton sobre mis brazos no es la causa de la baja temperatura. Entonces lo supe, tenía que ser él.*

*Rápido, se saca su clásico jersey de rombos por la cabeza y lo mete por la mía ayudándome a pasarlo por los brazos. Se lo agradezco con un esbozo de sonrisa. Lo aprieto contra mi cuerpo para que me dé calor y ese olor*

*infantil, que siempre lo trae a mi cabeza, colma mis sentidos.*

*—Id bajando vosotros. Ahora os alcanzo —les insta a los chicos, que hasta el momento me miraban con recelo. Si antes no les gustaba, después de dejar a Colton para salir con Carter, menos.*

*Cuando se han perdido en la lejanía, se sienta a mi lado buscando en el cielo lo que miro. Apoya los codos sobre sus rodillas y enlaza los dedos de sus manos.*

*—Estoy bien, Colton. Ve con tus amigos. Gracias —le digo sin apartar los ojos del firmamento.*

*—Íbamos a estudiar estrellas. Puedo hacerlo también desde aquí. Además estoy junto a mi favorita.*

*Sonrío sin mirarlo, no me atrevo a hacerlo, centrándome en mi brillante Olivia que me saluda a miles de millas. Él también la observa. Pasamos mucho tiempo en un dulce silencio.*

*—Me ha llamado «frígida infantil» porque no he querido acostarme con él. —Tras mi confesión, lo veo de reajo tragar saliva con dificultad, cerrando los ojos y crujiéndose los nudillos de una mano contra la palma de la otra—. Lo intentó la otra tarde en su casa mientras estudiábamos. Yo le dije que no estaba preparada y respondió que tenía ciertas necesidades.*

*—¿Estás bien? —se preocupa, mirándome a los ojos con los suyos brillando y las pupilas dilatadas. Yo asiento en silencio desviando la vista. A*

*su lado, me siento pequeña.*

*Me sorprende su reacción. No hay reproches hacia mí ni insultos hacia Carter. Ni siquiera un «lo sabía o eso te pasa por salir con tipos como él». Nada. Es lo suficientemente inteligente para saber qué es lo último que necesito en este momento. Con sus manos temblorosas acerca mi cuerpo a su pecho y me rodea por los hombros con sus brazos. Yo escondo la cabeza en su cuello y entonces le siento besarme el pelo. Así de sencillo. Ese reconfortante abrazo era lo único que necesitaba.*

*—Ha sido el peor baile de mi vida —confieso al cabo del rato medio en broma.*

*—Ven —me pide, poniéndose en pie y cogiendo mi mano.*

*Acompañados por los ruidos de la noche comenzamos a bailar bajo las estrellas. Al principio, me parece absurdo y me resisto, pero insiste.*

En la sala de cine suena *Marvin Gaye* cantada por Meghan Trainor y Charlie Puth, y me emociono al ver a esos dos adolescentes mecerse lento al ritmo de esa música. Aquella noche no la hubo, pero tampoco la necesitamos.

*Las manos de Colton descansan sobre mi cintura, y yo, todavía con su jersey, rodeo su cuello con mis brazos. Sonrío y le susurro un «gracias» que hace que cierre los ojos para saborearlo. Apoyo mi cabeza en su hombro y me dejo llevar.*

*—Tu estrella tiene demasiado brillo. No dejes nunca que nadie la apague, ¿entendido?*

Y tras estas palabras de Colton y un primer plano en el que mira al infinito con los ojos empañados, la pantalla se funde a negro cerrando el segundo capítulo de esta historia.

## Capítulo 5

Matthew y yo nos miramos en silencio cuando la pantalla se oscurece. Nos sonreímos, pero ninguno dice nada. Él espera que hable yo, aunque no lo hago.

—Triste final, ¿no? —comenta, tocándose el bajo del pantalón.

—Sí. —No sé si lo es más por lo de Carter o por la mirada que acabo de descubrir en Colton—. En realidad es triste para una niña de dieciséis años, pero quedan capítulos peores.

—Lo sé —responde Matthew a mi anuncio—. ¿Qué pasó luego?

—¿Esa noche? —Asiente—. Colton me acompañó a casa y supe después que Carter regresó al instituto y fue nombrado rey junto a Cindy. —Sonrío con amargura—. Luego disfrutaron juntos de la habitación de hotel —añado entre risas.

—¿Y después? ¿En el instituto?

—Fue duro. Menos mal que solo quedaban unos meses de curso. Carter me hizo la vida imposible cuando intentó volver conmigo, y yo no quise. Opté por dejar las animadoras y centrarme en estudiar para sacar la nota para UCLA.

—¿Y lo conseguiste! —Matthew alza la mano para que choque la mía y lo

celebra como si fuese un logro conjunto.

—¡Sí! —afirmo, orgullosa de mí misma.

—¿Y allí conociste a Cameron?

—Sí, señor. Mi tercer novio —contesto en tono ceremonioso para darle un toque burlón a la seriedad que estaba tomando nuestra conversación.

—Vale, pero antes quiero que me cuentes qué pasó durante tu último verano en Wilmington.

Me muerdo el labio y lo miro suplicando no tener que hacerlo.

—Creía que la parte de Colton había finalizado —bromeo.

—La película sigue un orden cronológico, por lo que vamos a verlo, aunque tú te dejes detalles.

—De acuerdo. Como te he dicho abandoné las animadoras y me centré en estudiar para sacar la nota de admisión en UCLA. Ya sabes que pasé esas horas de estudio con Colton. —Matthew me escucha con absoluta atención —. Tras la noche de la fiesta, retomamos nuestra amistad sin que pasara nada entre nosotros. No por falta de ganas, más bien porque no quería quedar como una cualquiera ante la gente del instituto.

—¿Continuamos? —pregunta, señalando la pantalla con el dedo índice.

—De acuerdo.

*Stand by me* de Oasis acompaña a las imágenes de esas horas de estudio de las que acabo de hablarle a Matthew. En la biblioteca, en mi casa, en la de

Colton y una vez más, vuelvo a darme cuenta de los ojos con los que me mira gracias a ellas. Cómo me alegro de haber tomado aquella decisión.

No sé bien qué sensación me produce al visualizarlas de nuevo. Era una adolescente. Reía feliz, bromeaba y me divertía en compañía de mi mejor amigo. Hasta que conocí a Ben no había vuelto a tener esa complicidad con un hombre, exceptuando a Marcus que no cuenta, porque también estaría dispuesto a tener algo con Ben. Cuando lo vives de seguido no te das cuenta del paso del tiempo pero viéndolo ahora, el año que pasó desde que lo dejamos convirtió a Colton un chico más maduro, más hombre.

*La música deja de sonar y observo cómo corro hacia su casa con la ansiada carta de la universidad. Recolocándome el pelo antes de llamar, intento calmarme con la mano sobre el pecho apaciguando mi respiración ante la puerta.*

*—Hola, Olivia —saluda su hermana mayor tras la madera.*

*Colton era el menor de los tres, el único chico y el rey de su casa.*

*—Hola. ¿Está tu hermano? —pregunto agitada, porque las ganas de contárselo me comen.*

*—Sí —dice, apartándose y cediéndome el paso—, debe estar en su habitación.*

*—Gracias. —Subo los escalones agarrada a la barandilla. Cuando escucho un grito.*

*—¡Einstein! Me voy a pasar el día a casa de Janet. Si llama mamá, díselo.*

*Antes de que llegue, la puerta de su habitación se abre y tropiezo con él en el pasillo. Lleva la camisa abierta, lo que hace que no pueda evitar sorprenderme al descubrir lo que guarda debajo.*

*—Vale —titubea al encontrarme allí—. ¿Qué haces aquí? —quiere saber mientras se abrocha los botones.*

*Con una sonrisa de oreja a oreja, le enseño el sobre que contiene la carta y lo agito ante sus gafas. Él me lo arrebató con rapidez y saca el papel para leerla.*

*—Nos complace comunicarle que ha sido admitida en nuestra universidad... —lee en voz alta y no acaba, porque se acerca a mí y me abraza con todas sus fuerzas.*

*—Te lo debo todo a ti —reconozco, arropada por sus brazos.*

*—De eso nada. Lo has conseguido tú —me alienta, apoyando el índice en mi pecho.*

*—Vamos a estar muy cerca. —Su sonrisa lo delata—. Al final, he elegido Stanford.*

*De un salto me echo a sus brazos, feliz con la noticia.*

*—Mientras todos nos comíamos las uñas en espera de saber si éramos aceptados en la universidad que queríamos, eran las universidades las que*

esperaban respuesta de Colton para conocer si les interesaba el programa de estudios y la beca que le ofrecían.

—Increíble —comenta Matthew tan asombrado como yo al pensarlo ahora.

Vuelvo a mirarlo en la pantalla y sigue resultándome alucinante. Bajo su aspecto de chico normal y corriente, más bien tímido, escondía un cerebro prodigioso y estaba loco por mí.

*—Habrá que celebrarlo, ¿no? —propongo una vez que me ha dejado en el suelo.*

*—¿Te apetece que comamos aquí? —Al rodear mis hombros con su brazo, me tenso porque no soy capaz de aguantar ese contacto sin lanzarme sobre él—. Mis padres están de viaje en Miami y mis hermanas han salido. Estoy solo en casa. ¿Pedimos unas pizzas?*

*—Buena idea.*

*Comemos entre risas planeando nuestro primer año de universidad. Colton me sigue gustando, pero no sé si él continúa sintiendo lo mismo por mí o ha derivado en una amistad. Tengo miedo de preguntárselo y perderlo, más ahora que en unos meses cada uno tomará su camino. No me siento con el derecho de exigirle nada después de lo mal que lo hice con él cuando salíamos. Me niego a que crea que es segundo plato al romper con Carter.*

*Prefiero tenerlo como amigo y guardar mis sentimientos.*

*—Estoy súper contenta. —Le paso los vasos para que los friegue mientras yo recojo la mesa.*

*—No es para menos, aunque sabía que lo conseguirías —indica, concentrado, mientras los limpia.*

*Me acerco por detrás y, de forma espontánea, rodeo su cintura con mis brazos. Su vientre se contrae bajo mi agarre, pero ya es tarde porque estoy besando su mejilla. Lo suelto y va al otro extremo de la cocina a buscar un trapo para sacarse las manos. Lo noto nervioso.*

*—A veces me pregunto por qué lo has hecho. —Sin pensarlo me lanzo a la piscina para salir de dudas.*

*—¿El qué? —finge no saber de qué le hablo, apoyándose sobre la encimera.*

*—Ya sabes. ¿Por qué me has ayudado a aprobar Ciencias, Colton?*

*Me mantiene la mirada tras los cristales de sus gafas, se humedece los labios y esboza una sonrisa.*

*—¿Sabes por qué me ponía tan nervioso los primeros días cuando me dirigías la palabra? —Niego con la cabeza—. Porque me gustabas. Por eso mismo te he echado una mano con Ciencias. Porque me gustas y, aunque salieras con otro, valía la pena por poder pasar tiempo contigo.*

*Me mantengo de pie, pero siento mis piernas temblar, mezcla de los*

*nervios y la emoción por lo que acaba de decirme.*

*—Yo... yo... —titubeo—, no sé qué decirte —confieso a medida que se aproxima.*

*Me cuesta respirar cuando las manos de Colton acunan mi rostro y lo elevan para que lo mire.*

*—Mejor no digas nada, porque voy a besarte.*

*Cierro los ojos y mi vello se eriza con el roce de esos labios que tanto he añorado sobre los míos. Apenas una caricia, tan deseada que dos pequeñas lágrimas mojan mis mejillas. Los pulgares de Colton las apartan con suavidad.*

*—¿Tan mal beso? —pregunta, poniendo su boca de nuevo sobre la mía. Yo niego y, entonces, me dejo llevar dándole acceso a mi boca.*

*Algo dentro me pide que no me quede en ese simple beso, porque necesito más de él. Llevo las manos al borde de su camisa y las cuelo debajo pasando las yemas de los dedos por sus costados, subiéndolas hasta la espalda dibujando formas sobre su piel.*

*Gimo cuando una de ellas desciende por la parte delantera de mi cuello y se detiene en mi pecho. Colton se separa un poco para ver mi reacción, que no es otra que cogerla y guiarla bajo mi ropa hasta el sujetador. Traga saliva al ver lo que expreso sin palabras. Karen tenía razón, cuando llegase el momento lo sabría.*

*—No me gustaría que nuestra primera vez fuese sobre la mesa de mi cocina —reconoce con su frente sobre la mía.*

*—A mí tampoco.*

*Enlaza sus dedos con los míos invitándome a seguirlo. Una vez dentro de la habitación, nos estudiamos sin saber qué paso dar. Soy yo la que me acerco y comienzo a abrirle los botones de la camisa mientras mira. Luego, me quito mi camiseta y me giro para que desabroche mi sujetador. Noto sus manos moverse con torpeza en mi espalda y un suspiro de alivio cuando lo consigue.*

*Con miedo y vergüenza, nos exploramos de cintura para arriba entre tímidos jadeos y besos. Acaricia mis pechos con delicadeza y mimo. Veo erizarse su vello cuando paso las yemas de los dedos por su abdomen, acercándome a la cintura de su pantalón. A las prendas que ya hay en el suelo, le siguen mis shorts y sus vaqueros. Por último, nuestra ropa interior.*

*Sonrojada por estar desnuda por primera vez ante un chico, pero sin miedo, me dejo caer en la cama aferrándome al cuerpo de Colton sobre las sábanas. Él, tan inexperto como yo, intenta en todo momento ser cariñoso conmigo.*

*Usa los codos para sostener su peso mientras nuestras pelvis se buscan. La temperatura de nuestros cuerpos aumenta.*

*—No te lo vas a creer, pero no estoy preparado para una situación así —*

*me explica, jadeante, separándose un poco de mí.*

*—No te entiendo. —«¿Acaso se ha arrepentido?», me digo con temor.*

*—Pues..., que... como nunca he estado con nadie ni pensaba hacerlo, no tengo un condón.*

*Su explicación me saca una sonrisa que me lleva a preguntarme cómo puede ser tan mono e inocente. No puedo evitar responder con un beso.*

*—Yo tampoco he estado nunca con nadie y hace dos días que terminé con la regla. Creo que podemos seguir adelante —afirmo, apartando de mi mente los riesgos que nuestra situación puede acarrear.*

*—¿Segura? —Me pierdo en sus pupilas con la pregunta. Ahora me parecen mucho más bonitas que antes, sigo pensando que debería dejar de esconderse y usar lentillas.*

*—Segurísima —susurro, cerrando los ojos.*

Con nuestros cuerpos desnudos y abrazados, la etapa de Colton llega a su fin.

## Capítulo 6

Aparto la vista de la pantalla y sonrío con amplitud.

—¿Lo sabías? —le pregunto a Matthew, golpeando su pecho con total confianza. Él ríe, encogiéndose en la butaca y llevándose la mano a la zona donde acabo de pegarle.

—Lo sé todo —reconoce con un tono que me transmite tranquilidad—. Pero es mucho más emotivo verlo, ¿no crees?

—No lo había olvidado, pero sí, es muy bonito.

—¿Por qué decidisteis no seguir juntos? —Se mete un puñado de palomitas a la boca y me mira atento.

—Llegamos a la conclusión de que sería complicado viviendo cada uno en una ciudad. No fuimos valientes —confieso, bajando la mirada al suelo.

—Ha llegado el turno de Cameron. ¡Nos vamos a Los Ángeles! —Se muestra eufórico—. ¿Año? —cuestiona, señalándome con el índice y poniendo a prueba mi memoria.

—Uf, espera —bromeo divertida. Cada vez estoy más a gusto con su compañía—. No lo recuerdo, pero puedo decirte la edad. Dieciocho o diecinueve.

—¿Vemos qué tal esos dos años?

—Adelante. —Aprovecho para recolocar mi postura.

Mulholland Drive, la panorámica de Los Ángeles que sale en todas las películas. La mía no iba a ser menos. Playa, sol, las palmeras de Venice Beach, Santa Mónica, el cartel de Hollywood... y, cuando sale mi imagen dentro del taxi que me lleva desde el aeropuerto a la residencia de estudiantes recorriendo la ciudad con la canción *California Girls* de Katy Perry, ya me he venido arriba del todo.

*Con la maleta a mis pies y una bolsa de viaje sobre el hombro aparto las gafas de sol de mis ojos para colocarlas sobre mi pelo. Alzo la cabeza para descubrir la magnificencia del edificio que alberga la residencia de estudiantes, en la que pasaré los próximos cuatro años.*

*—¡Ey! ¿Qué tal estás? —Este es el recibimiento que tengo al abrir la puerta de mi dormitorio compartido—. Encantada, soy Susan —se presenta, la cual es un perfecto ejemplo de la típica chica californiana.*

*Tiene buen cuerpo, la piel bronceada —lógico estando a finales de verano— y el pelo largo y rubio peinado con unas ondas naturales que dan la sensación de recién llegada de tomar el sol.*

*—Hola, soy Olivia. —Le tiendo la mano tras dejar mis cosas en el suelo. Estoy exhausta después subir dos pisos por la escalera cargando con ellas.*

*—¿Ese color es natural? —indaga con diversión.*

—Sí, soy una zanahoria desde pequeña —afirmo, echando un vistazo alrededor. No está mal.

Dos camas, una a cada lado de la estancia, la cual tiene vistas al campus, un ropero que parece amplio, una mesa de estudio con dos sillas y un baño similar al de los hoteles.

—No digas eso. Yo creo que te queda muy bien. Te da personalidad. — Mientras habla, abre el armario para ver su interior—. ¿Te importa que me quede esta cama? Tengo fobia a que alguien pueda entrar por la ventana. — Es lo más extraño que he oído en mi vida—. A cambio puedes elegir el lado que más te guste para guardar la ropa.

La vitalidad que desprende y su sonrisa hacen que acepte la propuesta. Con una amena conversación empezamos a deshacer las maletas y a colocar nuestras pertenencias.

—Bueno, Olivia. ¿De dónde eres?

—De Wilmington, Carolina del Norte.

—Vaya... —se asombra, cargando varias cajas de zapatos—. ¿Y qué te trae hasta el otro extremo del país?

—Salir de ese pueblo y conocer el mundo —le explico.

—¿Es la primera vez que estás en Los Ángeles? —me pregunta con gran entusiasmo. Esta chica irradia energía positiva por los cuatro costados. ¡Me gusta!

*—Jamás he salido de Wilmington —confieso, adquiriendo cada vez mayor confianza con ella.*

*—Eso vamos a solucionarlo ahora mismo. Te voy a llevar a comer a un sitio increíble en Newport Beach que ni siquiera conocen algunos que llevan toda la vida viviendo en la ciudad.*

*—Tú, ¿de dónde eres?*

*—De aquí. No me he movido nunca de Los Ángeles, pero buscaba un poco de libertad.*

*—Te entiendo. —Lo mismo me lleva a mí a cientos de millas de mi casa.*

*Paseando por Newport Beach, Susan me va poniendo al día de todo. No para de hablar durante el camino ni el almuerzo, pero es agradable escucharla y saber algo más sobre ella.*

Siempre recordaré el Grap Cooken, el primer sitio en el que comí en Los Ángeles. No he olvidado el menú que tomamos: sopa y unos cangrejos. Luego, recorrimos en su coche —aquí es imprescindible tenerlo por lo extensa que es la urbe— las calles de Beverly Hills. Me moría de ganas por ver *in situ* aquellas casas. Llamó mi atención una de estilo moderno con la fachada blanca. Sobre el enorme césped de la entrada había un cartel de una inmobiliaria indicando que estaba en venta. La fotografié fantaseando con poder comprarla algún día sin sospechar que, en menos de tres años, viviría en ella. Para acabar el paseo subimos al observatorio Griffith. Con la ciudad a

mis pies tuve tres cosas claras y no me equivoqué en ninguna: era capaz de todo, había encontrado mi sitio en el mundo y Susan sería alguien muy importante en mi vida.

Aprovechamos el domingo para terminar de instalarnos y el lunes comenzaron las clases. Mi nueva amiga no estudiaba Biología como yo, pero sus horarios eran parecidos, lo que nos permitió pasar mucho tiempo juntas.

Primer día de curso, y ahí estoy luciendo modelo en la gran pantalla en los jardines de UCLA. Ese año pasa sin pena ni gloria en lo sentimental. Algunas citas con Colton que me visitó un par de veces y poco más. Por eso, en mi película casi se pasa por alto con una serie de imágenes acompañadas de la canción *Let's talk about sex* de Salt-N-Pepa. Se centran en el día que todo cambió. Supe que era él en cuanto lo vi. Hasta sentí una punzada en la pelvis, señal de atracción sexual, de la que había hablado con Susan la noche anterior.

*Tiene la espalda apoyada en la pared con un gesto brutal de autosuficiencia mientras habla con una chica. Mi corazón late a mil por hora en mi garganta y no puedo evitar mirarlo de soslayo una vez que he rebasado la altura del lugar en el que están. Casi no respiro cuando compruebo que me ha seguido con la vista. Tiene el pelo oscuro bastante despeinado, los ojos azules —de un azul muy claro—, y una boca que me encantaría probar sin pensarlo. Viste unas bermudas color beige y una*

*camiseta negra, en la que la marca Quicksilver destaca en el pecho con letras rojas bordeadas en blanco. Sujeta un cuaderno de pastas amarillas con aire despreocupado en la mano derecha.*

—¡Ahí estáis! —exclama Matthew con una sonrisa al vernos.

—Durante el resto de la semana me tropezaba con él en todos sitios —le cuento, un tanto emocionada.

—Suele pasar, conoces a alguien y te lo encuentras en todas partes. —Asiento, porque tiene razón.

—Yo, encantada —reconozco, avergonzada—. Aunque que me mirase con tanto descaro, me inquietaba un poco.

*Es domingo. Susan y yo estamos dispuestas a pasarlo con su hermano en el Farmer Market. Me gusta ese entramado de tiendas y restaurantes de madera. Sin duda, es uno de los lugares más cosmopolitas de Los Ángeles. Entre sus bares, hay uno al que somos muy asiduos por su famosa «hora feliz» de cerveza fría, el Bar 326.*

*Al entrar, comprobamos que gran parte de la ciudad ha tenido la misma idea que nosotros, porque está atestado. Nos hacemos hueco cerca de la barra y, en cuestión de segundos, Jeff llega con tres jarras heladas.*

*El primer sorbo nos sabe a gloria. No hay más que ver a Susan pasarse la lengua por el labio superior con los ojos cerrados para quitarse los restos*

*de espuma.*

*El segundo y tercero me resultan agradables por el ambiente y la música, pero el cuarto casi se me atraganta al cruzar los ojos con mi guapo desconocido, que alza la suya y me sonríe en la distancia.*

*—¿Qué te pasa? —Susan me golpea la espalda cuando se da cuenta de que estoy atragantándome.*

*—Está ahí —le digo en un susurro como si él, que está apostado con sus amigos al otro lado del local, fuese a escucharme entre el estruendo de la música.*

*—¿Dónde? —Mi amiga, discreta como la que más, se pone de puntillas para buscarlo entre el gentío.*

*—¿Qué haces? —Le doy un tirón del brazo para que vuelva a poner los pies en el suelo.*

*Mientras tanto, su hermano Jeff ha desaparecido, como suele hacer siempre que salimos.*

*—Está increíble. Y me ha saludado —dice, devolviéndole el gesto—. Vamos, acércate a hablar con él —me anima, recolocándome el pelo.*

*—No hace falta. —Doy la espalda a la posición del chico para evitar mirarlo.*

*—Tienes razón —reconoce Susan antes de beber—, porque viene para acá.*

*Al girarme, me topo con él en todo su esplendor. Trago saliva, me imita. Sonríó tímidamente y entonces rompe el hielo.*

*—Hola, tú estás en mi clase de Biología molecular, ¿verdad? —Suena típico, pero agradezco que lo haya hecho, porque yo no habría sido capaz de dar el paso.*

*—Sí, creo que sí. —Nos miramos a los ojos. «Vamos, di algo», me presiono a mí misma—. Soy Olivia.*

*Coge con fuerza la mano que le tiendo, sin soltarla tras el saludo. Un escalofrío me recorre la piel al sentir su pulgar dibujar mis nudillos.*

*—Cameron —se presenta al fin.*

*No hablamos mucho más, puesto que Susan divisa a las chicas a lo lejos y me arrastra, literalmente, para marcharnos con ellas a otro local.*

*—Lo siento. Nos vamos —me despido de él, soltándome de su agarre—. Nos veremos por ahí.*

*—Seguro que sí. —Se muestra muy seguro de sus palabras.*

Ahora la película nos muestra un bloque de imágenes de esa noche con la canción *Another Night* de Real McCoy. Era el último fin de semana previo a los exámenes, así que salimos hasta el amanecer. Añoro esa etapa, las risas con ellas por motivos absurdos, las confianzas, los primeros amores serios... y esos perritos calientes de madrugada antes de volver a la residencia. Suspiro en mi butaca y solo aparto la vista de la pantalla cuando

siento la mano de Matthew sobre la mía. La aprieta para reconfortarme.

La biblioteca de la universidad es el siguiente escenario, en el que comparto mesa con Susan y otras dos amigas mientras estudiamos para un examen.

*Las pocas veces que he ido por allí en esos días, no me he encontrado a Cameron, por lo que ignoro si volveré a verlo. ¿Decepcionada? Sí, bastante. Me gustaba ese juego que se había creado entre nosotros.*

*Necesito consultar un libro, anoto en un trozo de folio las referencias que me indica el ordenador de la sala y voy hasta la planta de arriba para buscarlo. Recorro los pasillos fijándome en todas las mesas por si él estuviese. Entro en el estrecho hueco formado por dos estanterías. De pronto, me arrebatan el libro, me empujan contra las baldas sujetando mis manos sobre mi cabeza para que no pueda moverme y me besan con ansia. No tengo apenas tiempo de reaccionar cuando una lengua cálida invade mi boca. Entonces el beso baja de intensidad y esos labios, que desde el primer momento me resultaron tan apetecibles, se pasean por los míos con mimo. Los muerde y estira, y yo sin entender por qué me dejo. ¡Mentira! Sí lo sé. Desde que lo conocí, deseaba que lo hiciese. Cuando decide que tiene suficiente de mí, se separa y pega su frente a la mía.*

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunto a Cameron, fingiendo un

*enfado que no siento. Al contrario, la punzada que sentí la primera vez que lo vi ha sobrepasado los límites esperados.*

*—No quería arriesgarme a que escapases de nuevo. —Su aliento rebota sobre mi piel aún erizada.*

*Entrecierro los ojos y apoyo mi mano sobre su pecho para separarlo. Su corazón late tan deprisa como el mío.*

*—No vuelvas a hacer eso. ¿De acuerdo? —le exijo, saliendo al pasillo, haciéndome la ofendida.*

*De reojo lo veo de pie observando cómo me alejo con una sonrisa satisfecha en el rostro. Cuando no me ve, yo también sonrío y me muerdo el labio inferior.*

Durante las semanas siguientes, en las que todavía estábamos de exámenes, volvimos a nuestra rutina de principio de curso. Tropezarnos en el pasillo, en la cafetería, pero ahora, además de mirarme, Cameron me saludaba. Yo, resistiéndome, apenas susurraba un escueto «hola».

—Eres un poco dura con él, ¿no crees? —me indica Matthew.

—¿Eso crees? Quería darme importancia, y que no creyese que, por dos caídas de ojos y unas cuantas sonrisas estudiadísimas, iba a caer rendida en sus brazos como le pasó a Carter.

—¿Me cuentas lo del trabajo juntos? —«Madre mía, lo sabe todo», confirmo.

—El profesor de Bioquímica decidió que, mejor que un examen, debíamos hacer un trabajo sobre uno de los temas del curso. —Mathew asiente atento—. Era en pareja. Él hizo la asignación y yo tuve la inmensa suerte de que me tocase con Cameron —comento entre risas con ironía.

—Y fue bien, ¿no?

—Sí. —Lo observo durante unos segundos. Me muero de curiosidad por saber algo y me lanzó a preguntárselo—: ¿Por qué me escuchas con tanta atención si ya conoces toda la historia? —Muestra su bonita dentadura.

—Porque me gusta mucho más la forma en que tú la cuentas. —Este chico sabe cómo hacerme feliz.

*Llevamos dos días trabajando, durante los cuales hemos compartido muchas horas. Al principio, estaba un poco reacia a abrirme a él y conocerlo, pero ahora puedo decir que, además de gustarme físicamente, me fascina su peculiar personalidad y el orden con el que se mueve dentro de su particular caos.*

*Estoy agotada. Mañana muy temprano tenemos que entregar el proyecto, así que estamos echando el resto. Muevo el cuello a los lados para destensarlo y vuelvo al folio intentando descifrar unas nomenclaturas en un momento de máxima concentración. Cameron hace rato que decidió tomarse un descanso y no deja de contemplarme con la espalda apoyada en el respaldo de la silla y los brazos cruzados sobre el pecho.*

—¿Sabes que complicas mucho que me concentre si sigues mirándome así? —Parece importarle poco.

Mientras yo continúo, él bebe con calma un smoothie. Acerca la pajita a mis labios sin que yo aparte la vista del libro. En otro de sus juegucitos comienza a alejar el vaso de mi boca, y yo, sin ser muy consciente, lo sigo sin dejar de mirar mi tarea. Cuando me doy cuenta, mi boca se detiene contra la suya. Me sonrojo y aparto la vista del papel.

—Por fin. —Se alegra cuando lo miro descolocada.

—¿Y esto?

—Llevo dos días queriendo besarte, pero parece que no entiendes mis señales —dice, dejando el vaso en el filo de la mesa.

—Puede ser —me excuso, echándome hacia atrás en la silla—. Estoy tan cansada que ya no sé ni lo que hago.

—Yo sí sé qué vamos a hacer. Terminaremos este martirio —explica, poniendo el índice sobre la pila de folios que nos separa—, lo entregaremos mañana a primera hora y después nos vamos a San Diego a celebrar el fin de los exámenes. ¿Qué dices?

Dios, ¿qué iba a decir? Me volvía loca con esos ojos brillantes, ese pelo revuelto, esa sonrisa de anuncio, esos bíceps marcados dentro de la manga de la camiseta... Y acepté casi sin pensarlo porque, tras dos fracasos, podía salir bien.

Era el chico ideal, mezclaba el encanto y la belleza exterior de Carter y la inteligencia de Colton. Apoyé las manos sobre la mesa para sacar el cuerpo sobre ella respondiendo al beso que me había dado hacía un rato.

*Apenas hemos dormido cuatro horas, pero entregar el trabajo en el despacho del profesor ha sido un chute de energía. Me siento liberada. Cogida de la mano de Cameron, bajo a toda prisa las escaleras tras él. Susan, tan perspicaz como siempre, mientras hacía la maleta la noche anterior, me ha advertido de que Cameron le parece demasiado perfecto y, por esto, piensa que debe esconder algo. He decidido dejarla con sus indagaciones, si eso le hace feliz, y centrarme en disfrutar de mi viaje a San Diego.*

*Cameron arranca. Cubro mis ojos con las gafas de sol, me recuesto en el asiento y coloco los pies descalzos en el salpicadero.*

*—Tú no te cortes y ponte cómoda, ¿eh? —«Hotel California» suena en la radio del coche cuando iniciamos nuestro camino.*

*Tras dos horas de carretera, en las que hemos cantado todos los éxitos de Oasis, un cartel dándonos la bienvenida nos recibe.*

*—¡Guauu! Esto es alucinante. —Me incorporo para ver la ciudad a través de la ventanilla.*

*Quiero sentir el calor en mi rostro y descubrir a qué huele, así que bajo el cristal y me apoyo en ella para no perder detalle.*

*—Me alegro de que te guste. —Cuando me giro para prestarle atención a Cameron, lo descubro observándome con una sonrisa de oreja a oreja—. A mí me encanta. Pero no tanto como tú. —Tras eso, coge mi mano y besa el dorso. Sonríe.*

*—¿Dónde vamos a quedarnos? —Ahora me percató que me he subido al coche sin reparar en ese detalle.*

*—Mi hermano Bob vive en un barrio de las afueras con su novia. Ambos trabajan en el zoo, así que podremos visitarlo gratis.*

*—No sabía que te gustasen los animales.*

*—Soy un enamorado de los delfines. Si te atreves, podemos nadar con ellos.*

Bob y Jasmine nos recibieron encantados en su pequeño apartamento. Él era muy parecido físicamente a Cameron, aunque unos centímetros más alto; y ella, un perfecto ejemplo de chica latina: piel morena y ojos oscuros rasgados, acompañados de una larga y sedosa cabellera. Aquella puertorriqueña desprendía sensualidad por todos los poros de su piel.

A nuestra llegada, pasamos poco tiempo con ellos porque debían marcharse al trabajo, pero nos emplazaron a la noche para una cena. Mientras, Cameron se encargaría de enseñarme la ciudad.

*—¿Te gustó San Diego? —curioseó Matthew, arrugando el gesto.*

*—Sí, mucho —reconozco—, aunque no es de mis preferidas.*

—Yo la visité con unos amigos y no encontré nada que me llamase la atención.

—Imagino que el de los años 50 era algo diferente al actual —le reprocho con ironía.

—Cierto. —Se queda pensativo unos segundos—. Ahora lo veré —dice, señalando la pantalla.

—Al menos, me darás la razón de que es infinitamente mejor que Detroit.

—Para mí, no hay ningún sitio como ese. —Por mucho que lo intenta, no puede evitar que la nostalgia de aquella época inunden su bonita mirada.

Pasamos la tarde recorriéndola entre risas y algún que otro arrumaco. Tal y como quedamos, nos vemos con Bob y Jasmine en un restaurante del centro para cenar. Cuando llegaron, Cameron y yo ya los esperábamos leyendo la carta.

A pesar de que la primera impresión fue contraria, Jasmine me resulta algo más tímida de lo que imaginaba, y es Bob el que controla la conversación durante la velada.

Aparentemente, Cameron y él se llevaban bien, aunque hay una leve tirantez entre ellos. No tardo mucho en intuir que se debe a su faceta de casanova. Pero me equivoco, y me pregunto a qué se referirá cuando Bob insinúa creer que su hermano no tenía tiempo para perderlo conquistando chicas.

Por lo demás, el resto de la noche fue perfecto.

Al día siguiente fuimos al zoo, con la intención de nadar entre delfines.

—¡Oh!, ¿has nadado con delfines? —Matthew se muestra entusiasmado cuando aparece nuestra imagen en pantalla esperando al filo de la piscina con un traje de neopreno negro.

—Es genial. Deberías probarlo —le cuento, agarrándole del brazo. Mi amigo tuerce el gesto y puedo leer en su mirada «¿estás hablando en serio?»—. Lo siento, lo siento. —Tapo mi boca con mis manos, reprochándome ser tan bocazas.

Matthew se ríe con ganas.

—Hubiese estado bien hacerlo —reconoce antes de volver la vista a la película.

En la escena Cameron y yo ya estamos dentro del agua, acompañados por un amigo de Bob, que me anima a acercarme más a los cetáceos.

Creo que ha sido una de las experiencias más maravillosas de las que he disfrutado en la vida. Si tuviera que calificarla con palabras lo haría con felicidad y libertad.

Todavía, a día de hoy cuando los veo, recuerdo aquel día y me veo nadando entre ellos en compañía de Cameron.

Al salir del zoo nos fuimos a la playa, donde comimos y pasamos la tarde. Por la noche, Bob y Jasmine fueron a un concierto con unos amigos, por lo

que tuvimos la casa para nosotros solos.

*—Ya puedes salir. —Cameron me ha tenido un buen rato encerrada en la habitación de su hermano y Jasmine, que tiene televisión, para preparar una sorpresa.*

*Sonrío con nerviosísimo al ver la mesa puesta para una cena, con velas y todo.*

*—Si me lo hubieses dicho, me habría arreglado para la ocasión. —Meto un mechón de pelo tras mi oreja, sin poder ocultar que estoy algo nerviosa.*

*—Entonces no habría sido una sorpresa —aclara, acercándose a mí con parsimonia—. Y tú estás perfecta siempre, porque lo eres —susurra en mi oído.*

*Acaricio su mentón mientras juega con sus dientes en el lóbulo de mi oreja y giro la cara para buscar su boca y perderme en ella.*

*—Si llego a saber que poder besarte iba a ser tan fácil como organizarte una cena a la luz de las velas, lo habría hecho mucho antes —bromea.*

*Sin poder apartar la sonrisa de mi rostro, me acomodo en la silla frente a él y espero a que me sirva vino. Puede que Susan tenga razón y sea demasiado perfecto, pero yo no voy a preocuparme lo más mínimo en averiguarlo, al menos, esta noche. Cenamos relajados, intentando conocernos un poco más, y yo debo reconocer que me siento muy a gusto en*

*su compañía y que, cada vez, el vértigo, que sentía por salir con alguien de nuevo, se va quedando más lejos.*

*Tras el postre, me mira con lujuria. Al tomar mi mano para que deje mi asiento y lo siga a la habitación, sé lo que viene y decido dejarme llevar.*

*Mientras yo he dejado los platos en la cocina, él la ha decorado con velas, que dan un ambiente muy cálido y romántico. A pesar de la penumbra puedo ver su deseo, y él, mi rubor.*

*—¿Estás nerviosa? —Me rodea con suavidad en mi cintura—. ¿Es tu primera vez?*

*—No, pero no te creas que soy una experta. —Con esa broma intento relajarme. Para ello, me digo a mí misma que no tiene que ser tan diferente a hacerlo con Colton.*

*Me pierdo en él y en su sonrisa a medida que me va quitando prendas. En silencio nos retamos a seguir con cada mirada cada vez que las yemas de uno rozan una parte del cuerpo del otro, y yo le sigo, imitándolo. Cuando apenas nos queda la ropa interior, Cameron no puede resistirlo más y desvía sus ojos a mis labios. Entonces, enredo mis dedos en su pelo y lo beso.*

En la intimidad siempre fue romántico. Templado, dulce, mimoso. Me susurraba lo mucho que le gustaba y el regalo tan grande que le había hecho estando con él. Por eso, me chocó tanto lo que me contó Susan a mi vuelta.

Llegué a la residencia el domingo a última hora. Exhausta pero encantada de haber aceptado la oferta de Cameron. Era cierto que, por unos días, me había olvidado de toda la presión de las clases y los exámenes, y venía con energías renovadas, a pesar de no haber dormido mucho.

Mi amiga había pasado el fin de semana en casa de sus padres, porque su abuela estaba de visita. Vivía en Palm Beach; pero, al menos, una vez al mes se quedaba unos días en casa de su hija, la madre de Susan. Cuando la conocí, entendí a quién se parecía ella.

La llamé cuando vi que no estaba en la habitación. Fue una decepción, porque me moría por contárselo todo. Me dijo que no llegaría hasta el lunes por la mañana a primera hora, así que hasta después de clase no la vi.

*—¿Qué tal el fin de semana de amor con Don Perfecto? —deja claro con su tono que Cameron no le gustaba lo más mínimo.*

*—Muy bien —respondo, guardando mi ropa en el armario e intentando no entrar al trapo.*

*—¿Te ha contado ya que pertenece a Alpha? —Susan me mira, tumbada desde su cama. Si yo creía que con mis escuetas respuestas me dejaría tranquila, estaba muy equivocada.*

*—¿Alpha? —No puedo ocultar que me ha sorprendido. Las dos sabemos que es una de las hermandades más elitistas, en la que tienes que superar*

*una serie de pruebas bastante duras para que te acepten—. No, no me ha dicho nada —titubeo.*

*—Tu querido novio es uno de los mejores amigos de Jason Steven, el líder —me informa con retintín. Le encanta saberlo todo y dejarme con la cara de panoli que acabo de poner.*

*Me siento en la cama, pensativa. Ya sabía yo que no podía ir todo tan bien. Como siempre pasa, Susan tiene razón y lo que esconde Cameron es muy grave. Jason y sus secuaces fueron acusados el curso pasado de «excederse» en las novatadas. Algo de lo que no se deja de hablar en el campus, aunque haya pasado casi un año de aquello.*

*—¿En serio no te ha dicho nada? —Susan ha abandonado su cama y está sentada junto a mí.*

*—Te lo juro —confieso, mirándola a los ojos—. El Cameron con el que yo he pasado el fin de semana es muy diferente al tipo de chico que está metido hasta el meollo en una hermandad.*

A medida que pasaban los meses, mi relación con Cameron iba afianzándose y, aunque observaba con más detenimiento cada uno de sus movimientos y con quién se relacionaba, nunca le pregunté si lo que Susan decía era cierto. Aunque, por supuesto, creí totalmente a mi amiga —jamás he cuestionado nada que venga de ella porque lo último que querría sería hacerme daño, y me lo ha demostrado en estos veinte años de amistad—,

seguí saliendo con él.

Me importaba bien poco lo que pudiese haber hecho en el pasado. Tenía claro que la universidad era una etapa pasajera y muchos chicos usaban ese tipo de hermandades como trampolín para el futuro. Me pareció lógico si tenía la posibilidad, puesto que no todo el mundo era aceptado en las fraternidades.

A mí me trataba bien, muy bien, y era lo primordial. No le molestaba mostrarse cariñoso en público y dejaba patente en cada gesto que estaba completamente enamorado. Me confesó que su mundo empezaba y terminaba en mí. Ha sido lo más romántico que me han dicho jamás; por eso, me apena tanto nuestro final. Nuestros compañeros afirmaban que éramos los típicos que se casan nada más acabar la universidad y encontrar trabajo. Seríamos los primeros, y Cameron no descartaba nunca la idea, lo que me hacía más feliz todavía.

En el primer y único verano de nuestra relación pasó una semana en Wilmington para conocer a mis padres. Fue idea suya, porque quería hacer las cosas bien. Después, yo estuve con los suyos. Quizá todo demasiado formal para tener solo veinte años.

En contadas ocasiones hemos vuelto a hablar de Cameron en mi familia, más que nada, porque después llegó Owen y esa sí que fue una relación de verdad, duradera en el tiempo. Por lo que, para mis padres, Cameron quedó

como un *noviete* que nos engañó a todos con su comportamiento, no solo a mí.

A la vuelta de vacaciones había cambiado. Continuaba igual conmigo, pero se había vuelto algo más frío en el trato a los demás.

Matthew detiene la película con la intención de explicarme algo. Cameron y yo nos quedamos congelados en su habitación de la residencia, a punto de tener nuestra primera discusión.

—Aunque no lo creas, vamos a pasar algo por alto —bromea con gracia, a pesar de que quiere darle un toque de seriedad para hacerme ver que, aun así, es importante.

—Vale. ¿De qué se trata? —Lo he captado a la primera. Lo que sea que va a decirme es significativo, pero no como para perder tiempo viéndolo.

—Como bien te percataste al inicio del semestre, Cameron no era el mismo que tú conociste, y ese cambio de actitud se debió a que su amigo — enfatiza la palabra— Jason Steven le hizo una visita antes de volver a UCLA.

—¿Una visita? No te entiendo.

—Jason se reunió con él para advertirle que los de la fraternidad no iban a tolerar durante ese curso que repitiera su comportamiento del anterior. —Lo miro alzando las cejas, él asiente—. El Cameron enamorado de ti, ni les gustaba, ni les servía. Podía seguir contigo, pero si no cambiaba de actitud, estaba en la calle.

—Vale. Ahora lo entiendo todo. —Pensativa, reconstruyo la historia en mi cabeza—. Podías haber estado conmigo ahí abajo para explicarme muchas cosas. Me hubieras ahorrado grandes disgustos, porque hay sucesos que jamás entendí y ahora voy descubriendo aquí contigo.

—Si yo hubiese estado abajo, no podría haber hecho nada por ti porque sería un simple mortal, y tampoco entendería nada. —Sonríe. Sonríe, y desvío los ojos a sus labios—. Hubiese sido un placer compartir tiempo finito contigo. —Esa confesión hace que mi piel se erice y tenga que bajar la vista.

—¿Seguimos? —Matthew alza la mano, y volvemos a movernos.

En octubre, cuando mi amiga y yo empezábamos a pensar que ya podría estar fuera de *Alpha*, me invitó a una de sus fiestas.

*Acabo de salir de clase y camino con Susan por el campus en dirección al comedor. Le voy contando que noto a Cameron extraño y que falta demasiado a clase. Me comenta que su hermano Jeff le ha visto de nuevo con Jason, pero ella no creyó que fuese relevante.*

—Por fin te encuentro. —Cameron, respirando agitado por la carrera para alcanzarme, se acerca y me besa rápido en los labios—. ¿Qué tal, Susan? —Ella levanta la mano a modo de saludo. No tiene reparos en demostrarle que prefiere guardar las distancias.

—¿Qué te pasa? —pregunto, poniendo la palma sobre su pecho para que se calme. Su corazón late deprisa. Sonríe, por unos escasos minutos, siendo

*el de siempre.*

*—El viernes los de Alpha organizan una fiesta de Halloween. Quiero que vengas conmigo. —Espera a que diga algo. Susan y él me miran—. Tú también puedes venir —le insinúa a mi amiga. Tal vez piensa que de esa forma sea más fácil que me anime.*

*—Ya tengo planes, gracias —responde con rapidez, mientras yo me siento observada por ambos, sin poder evitar en mi rostro la sorpresa que me produce que Cameron me hable de Alpha tan abiertamente.*

*—Bueno, ¿qué opinas?*

*—Sí, está bien. Te acompañaré. —No estoy del todo convencida.*

*El viernes por la noche, ataviados con nuestros disfraces, asistimos a la fiesta. He elegido uno de bruja, pero me he maquillado como cualquier día. Tal vez un poco más, me niego a ir fea.*

*—Nunca creí que me encantaría estar en compañía de una bruja —me halaga Cameron, rodeando mi cintura con posesión, justo en la puerta de entrada.*

*Hasta el exterior del edificio ha sido decorado para la ocasión: telas de araña colgando de las ventanas; lápidas de cartón piedra en el césped que muestran un fingido cementerio; muñecos que imitan zombis; y una fila de calabazas iluminadas a cada lado del camino de entrada.*

*Dentro, más de lo mismo.*

—Se ve que habéis dedicado mucho tiempo para dejar el salón principal así.

—Para eso tenemos a los novatos —me explica con mofa al ver cómo miro a mi alrededor. Me chirría, y sonrío con falsedad.

Nos acercamos a una de las mesas en las que están las bebidas. Entonces, el famoso Jason hace acto de presencia. Aunque no he cruzado jamás una palabra con él, sé quién es. Alto, delgado de cuerpo atlético y con actitud de sobrado, me recuerda en demasía a Carter.

—Ahora entiendo que hayas dejado a un lado tus obligaciones con nosotros. —Clava una mirada lasciva que me sobrecoge.

—Jason, esta es Olivia —nos presenta Cameron, acercándome un vaso del que bebo rápido para tener la boca llena y no decir lo que pienso de él.

—Encantado, Olivia. —Coge mi mano y, sin apartar los ojos de los míos, la besa—. Espero que os divirtáis. —Por su sonrisa, sé que ese deseo encierra algo que no tardaré en descubrir.

«Hold me, thrill me, kiss me, kill me» de U2 suena propiciándole un toque más tétrico al ambiente, si cabe. Sin soltar su agarre me saca a la pista y, a pesar de que no es la mejor canción para un baile lento, pega su cuerpo al mío sin que entre nosotros pueda caber una gota de aire.

Por encima de su hombro veo gente que se mueve al ritmo de la música, que se besa en algún rincón y, sobre todo, que bebe y disfruta de la noche.

*Desde lo alto de la escalera que da acceso al piso superior, Jason, sintiéndose el rey de todo aquello, nos observa con gesto satisfecho. Durante semanas se hablará en el campus de esa fiesta.*

*Un grupo de chicos, que imagino son novatos, se pasean en ropa interior por la casa, atentos a que a ninguno de los invitados les falte nada.*

*—¿Por qué los miras así? —La risa burlona de Cameron me exaspera.*

*—No le veo la gracia a tenerlos aquí casi desnudos. —Puede notar mi disgusto por la situación porque incluso me paro.*

*—Vamos, Olivia, es divertido. Reconócelo.*

*—A mí no me lo parece. Explícamelo —le exijo, cruzada de brazos, clavando una dura mirada en sus ojos. El resto de asistentes continúan ajenos a la conversación que mantenemos.*

*—Todos hemos pasado por ahí —reconoce mucho más serio que antes. Y en silencio, pretende intimidarme con su gesto, como si me quisieran decir «es lo que hay y punto, te guste o no»—. Yo mismo tuve que ir en ropa de interior a clase. —Esboza una media sonrisa, con la que cree que me voy a ablandar.*

*—Pues me parece una estupidez que hayas hecho algo así para entrar en un sitio como este.*

*—Vale, lo que tú digas —me da la razón como si fuese idiota, cosa que me cabrea más aún, y me coge la mano.*

—¡Eh, no me trates como si fuese una niña! —le grito, pretendiendo que mi voz sobresalga entre la música. Cameron tira de mí con fuerza para llevarme a la planta superior. Por el camino, recibo varios empujones de gente que ya ha bebido demasiado.

Abre al azar la puerta de una habitación y la cierra al ver que hay una pareja dentro. Tras abrir la siguiente, me hace entrar y cierra el pestillo. Lo miro con el ceño fruncido. «¿Qué pretende?».

—Tranquila, no voy a hacerte nada —anuncia para que me relaje—. Solo quiero que hablemos a solas.

Avanza unos pasos hacia mí, los mismos que yo retrocedo, tropezando con el colchón de una cama y cayendo de espaldas sobre ella. Cameron apoya la rodilla junto a una de mis piernas y se deja caer sobre mí, sujetando su peso con los antebrazos para no aplastarme, pero lo bastante cerca para que tampoco pueda moverme y escapar.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —me halaga, arrastrando los ojos de los míos a mis labios—. Pero también, demasiado ingenua. A veces, en la vida tenemos que aceptar cosas que no nos gustan para conseguir el éxito. — Siento sobre mi pecho el ritmo acelerado de su corazón.

—No creo que mofarte de los demás sea el camino para conseguir nada. —Mis palabras y mi forma de mirarlo resultan demasiado duras. Apoyo las manos en su pecho para evitar que se acerque más, pero, aun así, emplea su

*fuerza y me besa.*

*—Siento que te haya disgustado este lado mío, pero esta es mi vida. Si vamos a seguir tan en serio, creo justo que lo supieras.*

*—¿Y no pudiste decírmelo al principio? ¿Cuándo no estuviese tan implicada en esta relación? —Sin pensarlo, lo abofeteo. Es la primera vez en mi vida y me siento realmente bien.*

*Cameron, aturdido por mi reacción, se lleva la mano a la cara. Momento que yo aprovecho para empujarlo y quitármelo de encima. Me siento más segura de mí misma que nunca.*

*—Me marcho —anuncio con confianza en mi voz.*

*Al abrir la puerta, escucho que alguien se queja en la habitación de al lado. Salgo para descubrir qué es pero, cuando estoy dispuesta a girar el pomo de la puerta, la mano de Cameron se posa sobre la mía, apretándola hasta hacerme daño.*

*—Ni se te ocurra —me ordena.*

*—Alguien necesita ayuda —le reprocho como si no se hubiese dado cuenta.*

*—Créeme que lo último que necesita es eso.*

*—No, no, para, por favor. —No tengo que oír nada más para girar la manilla y descubrir a Jason acorralando a una chica de primer curso contra la pared.*

*Ella ha bebido más que suficiente por esa noche, y seguramente la emoción de sentirse elegida por él y el alcohol la han llevado a esa situación de la que minutos después se ha arrepentido. Sin percatarse de mi presencia, continúa besándole en el cuello.*

*Me acerco con decisión e intento separarlo, pero es tan grande que lo único que consigo es que, de un manotazo, me envíe al otro lado de la habitación. Cameron capta a la primera mi mirada de súplica, ya que la novata lo hace de la misma forma. Si yo estuviese en su lugar, agradecería que alguien me ayudase.*

*—Vale, Jason, se acabó la fiesta por hoy. —Sujetándolo por el cuello, Cameron logra moverlo. La muchacha al verse libre, me mira a los ojos, susurra «gracias» y sale huyendo, recolocando su ropa.*

*—¿Por qué has hecho eso? —se encara con Cameron, señalándolo con el índice, sin poder casi tenerse en pie. Este no responde, solo lo observa con rigidez—. Esto te va a costar caro.*

*Jason intenta golpearlo, pero Cameron se agacha y lo esquivo dejando su puño en la nariz del otro. De forma asombrosa, cae desplomado sobre la cama. Muerta de miedo porque le haya pasado algo, me llevo las manos a la boca. Al escapar un ronquido, Cameron ríe.*

*—Tranquila, mañana estará bien y no se acordará de nada. —Con una toalla empapada en agua que ha traído del baño, le limpia los restos de*

*sangre de la cara.*

*—No es la primera vez, ¿verdad? —Cameron niega con la cabeza.*

*—¿Y nunca has hecho nada por evitarlo? —Estoy indignada.*

*—No siempre puedo estar para pararle los pies. —Gira la cabeza y me analiza sobre su hombro—. Yo nunca he hecho algo así. Que compartamos fraternidad no significa que seamos iguales. —Le sostengo la mirada.*

*—Quiero marcharme, por favor —le pido—. Creo que ya he visto suficiente por hoy.*

Después de aquella noche nada volvió a ser como antes entre nosotros. No rompimos, pero nos distanciamos. Cameron, liberado, porque al fin yo sabía cómo se actuaba en su círculo, dejó de interpretar su papel y se mostró como verdaderamente era. Yo me negaba a creer que fuese así. Me había dicho cosas maravillosas que yo sentí muy hondas y que me tocaron el alma. Puede que fingiera ser quién no era con los demás pero no conmigo. No en vano habíamos pasado horas y horas haciéndonos confesiones en el monte Lee con la sola compañía de una bolsa de patatas y unos refrescos. Con la ciudad a los pies, y tan cerca del cartel de la fábrica de los sueños, nos sentíamos capaces de todo, de comernos el mundo. Cómplices, amigos y amantes. Allí siempre fue Cameron.

Me amó de verdad, para él fui importante y estoy convencida porque, por mucho que quieras, no se pueden fingir las caricias, ni los besos ni las

miradas. Cuando lo pillaba observándome furtivamente, se me ponía el vello de punta por la forma en que sus ojos recorrían mi cuerpo, demostrando verdadera devoción. Jamás antes un chico me había mirado así. Hizo que me sintiera especial, y estoy segura de que, si no se hubiese dejado arrastrar por Jason, habríamos superado nuestra crisis. Lo creo de verdad, a pesar de la forma en que todo se terminó, Cameron me quería. Y jamás nadie va a sacar eso de mi cabeza, a pesar de lo doloroso que me resulte recordar la escena que estamos a punto de ver.

*Presiento que la conversación de esta noche es importante. Cameron lleva unos días en los que parece haber recobrado, también conmigo, esa parte de su personalidad que tan poco me gusta: cortante, chulesco... He culpado a los últimos exámenes, pero el hecho de que me haya propuesto venir al monte Lee me hace pensar que hay algo más que se me escapa. Espero sentada en el suelo, cerca del cartel de Hollywood, como siempre que tenemos algo trascendental de lo que hablar. Para mí, desde que lo visité por primera vez en compañía de Susan, esas gigantescas letras blancas representan los sueños de muchos que vienen a Los Ángeles a probar suerte en sus carreras, y significa estar un poco más cerca de los míos.*

*Advierto su llegada por sus pisadas sobre el suelo arenoso. Acaricia mi cabeza a modo de saludo y se sienta junto a mí, con la vista perdida al frente al igual que yo. No nos atrevemos a mirarnos. Guardamos silencio durante*

*unos minutos. Cameron, con la cabeza agachada, coge una ramita que ha caído de un árbol y comienza a dibujar sobre la tierra.*

*—Me han ofrecido una beca en el Instituto Oceanográfico de Hawái — confiesa con gesto serio—. La he aceptado —añade tras un silencio.*

*—¿Por cuánto tiempo? —pregunto, incrédula por enterarme ahora. «¿Desde cuándo lo sabe?», intento tirar de mi autocontrol para dejar que se explique.*

*—Por un año. —Su respuesta es parca, volviendo la vista a sus dibujos.*

*—¿Has aceptado irte a Hawái un año sin decirme nada? —grito, enfurecida.*

*—Es mi vida. No creía que tuviese que consultarte qué hacer con ella. — Su mandíbula se aprieta por la ira y desvía la mirada a un lado.*

*—¿Y no te has planteado en ningún momento llevarme contigo? —Al verme ahora en el cine, me siento estúpida.*

*—Tú tenías otros planes. —Ya ha sacado a pasear su mejor faceta, la de darle la vuelta a la tortilla hasta hacerte creer culpable.*

*—Perdona por pensar que éramos una pareja que planeaba una vida en común. —Cameron lanza una piedra, que choca contra la Y de Hollywood. Resuena un eco metálico en el atardecer.*

*—Ni siquiera lo he consultado con mis padres. ¿Por qué iba a hacerlo contigo? —se defiende.*

*—Porque soy tu novia, por ejemplo.*

*—No te pongas así. —Vuelve a mirarme—. Un año pasa antes de que te des cuenta. Lo dejamos por un tiempo y luego vemos qué pasa. —Me resulta pasmosa su actitud pasota. En serio, no puedo creer que sea el mismo chico que me decía que siempre estaríamos juntos.*

*—Yo ya sé qué pasa si te vas. —Clava una dura mirada en mis ojos—. A mí me pierdes.*

*—Me parece muy egoísta que me hagas elegir —me reprocha, acercándose.*

*—A mí me resulta egoísta que ni siquiera me lo hayas contado.*

*—Tal vez, esto deba terminar aquí. —Después, escribe en el suelo The End, entre sus zapatillas.*

*—Tal vez...*

Cameron se levantó, sacudió con parsimonia la tierra de su pantalón y se marchó por donde vino. Yo me quedé sentada en el suelo mirando al infinito. Me destrozó y no le importó. Jamás volvió a llamarme, ni siquiera para cambiar ese mal sabor de boca con el que nos quedamos tras esa fría ruptura.

*—¿Y ya está? ¿Sin más? —enfatisa Matthew con las cejas alzadas.*

*—Se fue y si te he visto no me acuerdo.*

*—Que sitio más apropiado para terminar con un «The End». —Asiento*

—. Ese chico no te merecía.

—Pero me quiso. Lo sé. Y con eso me basta.

## Capítulo 7

Una vez terminada mi historia con Cameron, si Matthew no me hace el favor de saltárnosla, es el turno de Owen.

Puede que sea la parte de mi vida amorosa a la que tengo más miedo de enfrentarme. Fue muy duro romperla del todo. Me costó mucho aprender a vivir sin él, —tampoco me lo puso fácil, todo sea dicho—. Necesitamos, una gran fuerza de voluntad por mi parte, y muchas millas de distancia por la suya para lograrlo. Y aun así, hasta que conocí a Ben, seguía enganchada a él por mucho que lo haya negado siempre.

Me muero de vergüenza por tener que verla con Matthew. A pesar de lo que dice Susan, yo sigo opinando que la primera etapa de lo nuestro estuvo basada en un noventa y cinco por ciento en sexo. Owen creía que yo le traía suerte, por eso me quería a su lado. Pero lo que en realidad precisaba era alguien que le diese un poco de cariño y le amara solo por ser él. Fueron cuatro años muy intensos.

De él sé algo más. Hasta hace poco, todavía se me cogía un pellizco en el estómago al ver imágenes suyas en televisión. Se retiró hace un par de años del béisbol y, si no me equivoco, seguía soltero. Salió con un par de mujeres, pero ninguna cuajó.

—¿En serio es obligatorio que recordemos la parte de Owen? —le pregunto a Matthew con cara de angustia.

—Ya te he dicho que tenemos que pasar por todos —repite con calma, queriendo darme confianza.

—Es que... —Busco una excusa, roja como un tomate. Lo último que me apetece es descubrirme como una estrella del porno frente a un desconocido.

—Es que qué. —La cara de Matthew refleja que ya sabe por dónde voy.

—Hay mucho sexo —comento bajando de forma considerable el tono de voz.

—No más que con Jack o Ben. —Matthew pretende restarle importancia. Y yo pongo los ojos en blanco comprobando que va a ser imposible pasarlas por alto.

«Joder, no se pueden tener secretos con este tipo», me frustró aovillándome en el asiento con resignación centrada en la proyección. Él es quien manda aquí y punto.

—Era la primera vez que me iba a la cama con un tío al rato de conocerlo — explico, justificándome sin mirarlo—. Eso no era propio de mí. De hecho, no he vuelto a hacerlo.

—Te preocupa solo por el sexo o ¿hay algo más? —Me ha leído la mente.

—Preferiría saltarme el final —reconozco tras un largo silencio, cambiando mi voz por otra llena de dolor.

—Ya sabes las reglas. Te prometo que, aunque duela, merecerá la pena. Cuando acabemos, entenderás muchas cosas. —Se acomoda en la butaca y con la mano quiere saber si estoy preparada. Yo asiento—. Allá vamos. La primera secuencia es en la habitación de la residencia universitaria.

*Doblo ropa limpia mientras Susan lee una revista tumbada en su cama. Ayer terminamos los exámenes y, con ellos, el curso, por lo que en dos días volveré a casa para pasar las vacaciones de verano.*

*—Todavía no me puedo creer que Cameron me dijese que se marchaba a Hawái y que ya hablaríamos a su vuelta. —Han pasado más de dos meses y yo sigo hecha polvo.*

*—A ti lo que te hace falta es salir y olvidarte de todo —me recomienda mi amiga sin abandonar su entretenimiento—. ¿Y sabes qué vamos a hacer? —La invade un repentino entusiasmo—. A ti te gustaba el béisbol, ¿verdad?*

*—Sí, con mi padre no me quedó más remedio. En mi casa, o te gusta el béisbol o te gusta el béisbol. No hay más opciones —le cuento, provocando su risa.*

*—Pues vamos a ir al partido de los Dodgers —anuncia con total seguridad, cerrando la revista y dejándola sobre la cama.*

*—Claro. Hoy se juegan la final, ya no hay entradas, y tú y yo como no nos colemos —le digo, entrando en el baño, pensando que está loca.*

*—¡No me subestimes tan rápido! —grita desde la puerta—. Mi hermano*

*fue al instituto con Owen Miller y tiene entradas para esta tarde. Voy a hablar con él.*

En la actualidad me hace gracia ver cómo, mientras guardo mis pertenencias en la bolsa de aseo, Susan sale al pasillo para llamar desde el teléfono público. En aquella época ninguna de los dos teníamos móvil, aunque yo tardaría poco en acogerlo en mi vida —quién me lo diría— para no dejarlo ir nunca más. Al rato volvía con una sonrisa de oreja a oreja.

*Asomada al quicio, me ordena*

*—Cámbiate, nos vamos a ver a los Dodgers.*

*Poco después, Jeff y un amigo nos recogen en la residencia y, en su coche, vamos al Dodgers Stadium. Según nos cuenta durante el trayecto, ha tenido que telefonar a Owen para conseguir nuestros pases. Así que, según él, le debemos un favor enorme. Tengo mis dudas de que vaya a resultar tan fácil, pero me callo para que no me tachen de aguafiestas.*

*Mi sorpresa es mayúscula cuando al acercarnos a la taquilla, el hermano de Susan reclama un sobre que Owen Miller ha dejado a su nombre y la taquillera se lo da sin más. Con ellas buscamos nuestros asientos de segunda fila en la grada.*

La película continúa con varias jugadas espectaculares y una última

carrera de nuestro anfitrión que le da a su equipo la victoria y la Liga Nacional.

Recuerdo haberme pasado el tiempo cuchicheando con Susan que, aunque el uniforme de los jugadores era horrible, a Owen no le sentaba mal. Tenía su punto, como apuntaba ella. También me vino en varias ocasiones a la cabeza mi padre, que hubiese disfrutado como un niño de esa experiencia.

*Tras el partido, cuando el equipo lo celebra en el campo con el público, nosotros nos apostamos en la calle con la intención de que los chicos feliciten a Owen, agradecerle el detalle de las entradas e irnos a tomar unas pizzas. La espera se hace más larga de lo que creíamos, pero, cuando Susan y yo estamos a punto de desistir y marcharnos, los jugadores comienzan a abandonar el estadio.*

*El primero en hacerlo es uno de los jardineros centrales seguido por un lanzador. El tercero es Owen, que viste unos vaqueros oscuros y una camiseta roja a juego con las rayas de sus zapatillas. Ya lo consideraba un tipo muy guapo, pero la televisión y las revistas no le hacen justicia a cómo es en persona. Sin palabras. Jeff y su amigo lo llaman a gritos para hacerse oír entre el gentío. Al verlos Owen le pide a las personas de seguridad que les permitan el paso, pero uno de ellos se niega.*

*—Joder, que son amigos míos —le reprocha.*

*Ni por esas. Así que se acerca, salta la valla y los tres se funden en un abrazo.*

*—Gracias, tío. Ha sido increíble —manifiesta uno de ellos.*

*—De nada —responde el jugador, poniendo los ojos en nosotras, unos pasos atrás.*

*Va a resultar que es cierto eso que él mismo declara en las entrevistas de que le resulta muy complicado controlar que la vista no se le vaya detrás de las chicas.*

*Con un tímido saludo con la mano y una pequeña sonrisa le agradezco las entradas. No me sale la voz porque me tiene absolutamente intimidada con su forma de mirarme. Se humedece los labios y repasa de arriba abajo mi cuerpo antes de desviar la vista de él.*

*—Vamos a ir a celebrarlo a Viper Room. Venid.*

*—¿Qué os parece, chicas? —consulta el hermano de Susan, girándose hacia nosotras.*

*—Por mí no hay problema —asegura mi amiga, me deja a mí la elección. Me hace creer que tengo la última palabra, y nada más lejos. Si ella ha decidido que iremos, no hay más que hablar. Siempre acaba por convencerme.*

*—¿Y tú? —Owen clava sus pupilas directamente en las mías. Tengo que parpadear un par de veces y ralentizar mi respiración para controlarme.*

*—No sé... —Dudar en la respuesta me vale un golpe de Susan con su hombro en el mío para que espabile.*

*—Os espero —recalca, señalando a los chicos con el índice—. Te espero. —Y no cabe duda de que se dirige a mí.*

*Susan entra en nuestra habitación como una exhalación, directa a abrir el armario. Yo me siento en la colcha, mirándola y sopesando si es buena idea. No pintamos nada allí.*

*—Creo que no deberíamos ir. —Ella mueve las perchas como poseída.*

*—Claro, mejor nos metemos la dos en tu cama a llorar porque Cameron ha decidido hacer su vida e irse a Hawái. Levanta —me manda con autoridad.*

*No tiene que añadir nada más, ha quedado claro que asistiremos a la fiesta y lo pasaremos en grande.*

*—No sabía si volvería a tener la oportunidad de codearme de nuevo con gente como la de esa noche. Ingenua de mí —reconozco a Matthew, riendo.*

*—Esa noche cambió vuestras vidas.*

*—No sabes cuánto. Susan conoció al hombre de sus sueños y yo... —No sé cómo seguir.*

*—Tú conociste a alguien que te hizo muy feliz durante muchos años. Te tenía en un pedestal, que ya era hora. Te lo merecías. —Sus palabras hacen que me sonroje.*

—Yo creo que deberías ponerte esto. —La sugerencia de Susan es un vestido blanco, demasiado corto para mi gusto, que me lanza a la cara.

—Preferiría no parecer una fulana. Si no te importa, claro. —Sonríe con falsedad ante mi ironía.

Termino optando por uno negro de tirantes cruzados a la espalda. Con el pelo recogido en una coleta alta, me maquillo y termino justo a tiempo. El claxon del coche nos alerta de que debemos bajar.

Por si no estaba nerviosa tras el encuentro con Owen a la salida del estadio, Jeff me confiesa que le ha llamado dos veces para asegurarse de que iría.

—Oye, que a lo mejor hablaba de tu hermana. —Ante todo quiero restarle importancia al tema.

—Lo dudo, lo ha dejado muy claro. La pelirroja amiga de Susan —afirma, alzándose un poco sobre el asiento para mirarme a través del retrovisor y observar mi reacción. Todos ríen con mi mueca.

—Bueno, menos mal que la fiesta estará llena de tías espectaculares y se va a olvidar de mí rápido —pretendo ocultar mi posible interés en Owen, y, de paso, convencerme a mí misma de que no va a hacerme ni caso. De esta forma, la decepción será menor.

—No creas —desmiente Susan—, si no recuerdo mal, Owen es muy

*insistente.*

*El nombre de Jeff, junto con una anotación a bolígrafo de que irá con tres acompañantes, aparece entre los invitados de la lista que tiene el portero. El tipo que viste un traje oscuro, al igual que su camisa y corbata, nos abre la puerta de buena gana y pasamos al local. A pesar de que es temprano, ya hay bastante gente allí congregada. Los componentes del equipo, previamente, han ido a cenar con sus familias.*

*En uno de los reservados que rodean el escenario que hay al fondo, Owen mantiene una charla animada con dos chicas, una de ellas luce un vestido similar al que Susan quería endosarme. Justo ese aspecto es el que yo pretendía evitar. A su provocativo atuendo hay que sumar sus gestos descarados y la forma en que se le insinúa con cada movimiento. Hasta a mí me queda claro que esa noche podrá hacer con ella lo que quiera. Un camarero, portando una bandeja, nos ofrece algo de beber. Cojo lo primero que veo y, al darle un sorbo, compruebo que es whisky. Mi cuerpo se agita descontrolado, sin poder evitar la cara de haber bebido matarratas.*

*A pesar de los constantes sobeteos a los que lo someten sin pudor alguno, Owen no nos quita ojo de encima. Especialmente a mí. De pronto, deja a sus acompañantes en los sillones, con cara de no entender nada, y se aproxima a nosotros. Nos saluda uno por uno celebrando que estemos allí. En todo momento, yo intento quedarme en un segundo plano, pero, por su manera de*

*buscarme entre la gente, veo que no me lo va a permitir.*

*—Podéis beber lo que queráis, amigos —dice, chocando su mano con la del Jeff, antes de irse a la barra.*

*Regresa con un vaso. Con un gesto me pide que le dé el mío. Extrañada, obedezco, y lo deja sobre una mesa alta junto a una columna.*

*—Esto te va a gustar más. —Su forma de sonreír me resulta arrebatadora. Estoy segura de que ensaya ese tipo de sonrisas frente al espejo, y lo peor de todo es que le funcionan, porque yo estoy casi rendida a él.*

*Coqueteando, bebo mirándolo por encima del filo sin apartar los ojos de los suyos. Entra al juego y me aguanta la mirada. Lo mantenemos hasta que un compañero de equipo lo reclama, y entonces se excusa prometiéndome que volverá en un minuto.*

*Ese minuto se alarga a gran parte de la velada, pero no me importa porque paso la noche bailando y bebiendo con Susan. Creo que esto último más de la cuenta. Estoy inmersa en esa fase en la que río por cualquier cosa y todo me da igual. Nuestros acompañantes se marcharon hace rato, pero mi amiga, que ha ligado con el becario de un diario deportivo, y yo hemos decidido quedarnos, ya que estamos disfrutando.*

En la sala de cine veo a Owen observarme cuando bailo con uno de sus

compañeros. Un par de tipos enchaquetados —uno de ellos su padre, al que conocí tiempo después— lo retenían muy a su pesar o, al menos, eso leí en sus ojos. Se moría de ganas por ser él quien estuviese en su lugar. Esta película, en la que veo las cosas desde fuera, con otra perspectiva, me enseña detalles que en aquel entonces pasaron desapercibidos.

—El jugador apoyó la cabeza en mi hombro e hizo amago de besar mi cuello —le adelanto a Matthew, un poco antes de que lo veamos.

El intento fue frustrado gracias a que, con los pocos reflejos que me quedaban alerta, pude alejarme lo suficiente. Al segundo, como un mago en un truco de escapismo, tenía a Owen detrás cruzado de brazos. Le bastó un movimiento de cabeza para que su jardinero central entendiese que debía desaparecer de allí.

—Cuando la canción terminó, Susan, también bastante afectada por el alcohol, se abrazó a mí y me cotilleó al oído: «Te advierto que Owen se tira a toda la que se le pone por delante».

Matthew suelta una carcajada tremenda y se lleva la mano al abdomen.

—¿Y qué respondiste?

—Que esa noche iba a ser yo. No sé ni cómo pensé aquello. —Siento mi rostro arder entre risas.

—*Toda mujer debería acostarse, al menos, una vez en su vida con un tío con unos abdominales como esos —susurro en el oído de mi amiga.*

*Reímos al unísono compartiendo mi afirmación. De pronto, alguien tira de su brazo haciéndola desaparecer de mi lado. Cae en brazos del periodista con el que bailaba, que resulta ser Mike, y se despide feliz diciéndome «adiós».*

*Unas manos grandes se posan con fuerza en mi cintura obligándome a girarme. Al hacerlo y alzar la mirada, los ojos azules de Owen se clavan en los míos ocasionándome un vuelco en el corazón. Estamos tan cerca que nuestras narices se rozan y su respiración acaricia mis labios. Ese calor sobre ellos provoca que mi piel se erice poco a poco. Él lo nota al rozar sus yemas por mi piel. Las desciende hasta mi trasero, da un paso a delante y encaja su pelvis con la mía. Siento lo excitado que está y reconozco que me encanta ser el motivo.*

*—Mira cómo me he puesto solo de verte bailar. —Con cada palabra me pega más a él.*

*—¿Solo con eso? Entonces de besarnos ni hablamos, ¿no? —le vacilo, y finge estar molesto.*

*—No imaginas lo que te haría ahora mismo aun a riesgo de que me echen a patadas de aquí.*

*Juego con mis dedos en su cuello, a escasos milímetros de su boca, mientras le insinúo cosas que sé que le van a hacer perder el control en segundos. Así es, atrapa la mía buscando con desesperación mi lengua. Es el*

*beso más intenso de mi vida. Por momentos, nos olvidamos de dónde estamos y nos sentimos solos, aumentando la pasión a medida que vamos sumando caricias. Un cambio brusco de música nos hace volver a la realidad.*

—¡Eh! —Matthew llama mi atención con un grito cuando sale la imagen del vocalista en pantalla—. Ese tipo se parece demasiado a mí. —Lo mira con los ojos abiertos de par en par.

—Es Adam Levine, el chico con el que te confundí al entrar —le explico—. Por aquel entonces cantaba en un grupo llamado Kara's Flowers. No les fue bien con la discográfica y, unos años después, resurgieron con el nombre de Maroon 5.

—¿Y son famosos? —pregunta, alzando la ceja.

—No te imaginas cuánto...

—Hacéis muy buena pareja. —Matthew apura su batido.

—Siempre dices lo mismo —me quejo, dándole un golpe en el brazo que deja ver la confianza que estamos adquiriendo.

—No, Carter no me gustaba nada. Esta vez es de verdad. —Su mueca me hace sonreír—. ¿Fuiste a su casa esa noche? —curioseas, volviendo a centrarse en Owen.

—Al ver mi cara de sorpresa cuando me lo pidió, rogó que no le dejase a medias. Dudé unos segundos, pero decidí que con veintidós años debía hacer

lo que me pidiese el cuerpo —le justifico con naturalidad—. Así que en un abrir y cerrar de ojos estaba subida a su Porsche 911 a toda velocidad por la autopista.

—Esa es la casa a la que hiciste las fotos el día que llegaste a Los Ángeles y fuiste con Susan a Beverly Hills. —A pesar de conocer toda la historia de principio a fin, ahora el sorprendido es él.

—Era habitual que fuese a ver los escaparates. Soñaba con poder comprar en las tiendas de Rodeo Drive algún día. —Recordar aquella etapa me pone un poco melancólica y tengo que tomarme mi tiempo para seguir hablando—. Por eso, me llamó tanto la atención ver su casoplón. Me parecía mentira que el propietario de aquella desproporción fuese un chico de veintitrés años que vivía solo.

*Owen abre la puerta que da acceso a la vivienda desde el garaje y la cierra empujándome contra ella, presionado mi cuerpo con el suyo. No tengo intención de escapar, pero de querer hacerlo, tampoco creo que pueda.*

*—Desde que te he visto entrar en la fiesta, me muero de ganas de follarte. En ese instante mi ropa interior se moja.*

Después, me ha dicho cosas mucho más fuertes. La frase ahora no me sorprendería, pero esas palabras susurradas fueron más que suficientes para ponerme a mil aquella noche mientras me mordía el lóbulo de la oreja.

*Debido a mi escasa experiencia sexual no sé qué responder, así que me lanzo a devorar su boca mientras le desabrocho los botones de la camisa, para que no quepa duda de que también es lo que yo quiero. Sin preguntar, Owen me sube el vestido a la cintura y me alza en brazos ayudándose de la pared para sostenerme.*

La escena está muy lejos del clima romántico de velas y música lenta al que yo estoy acostumbrada, pero reacciono pidiendo más.

—¿Aquí? —Me extraño entre jadeos al sentir sus dedos apartar mi ropa interior. Está claro que mi cerebro y mi cuerpo van cada uno por su lado.

—No voy a aguantar mucho más —murmura, abriéndose a toda prisa el pantalón, que deja caer a los tobillos—. Tranquila, luego subimos a mi habitación. No tengas prisa, esto es solo el principio. Voy a hacértelo una vez por cada carrera de esta temporada.

—¿Y son? —Lo siento dentro de mí de golpe. Todo es tan rápido, que ni siquiera me he dado cuenta de cuándo se ha puesto un condón.

—Cuarenta y siete. —Con la voz entrecortada por el esfuerzo, me aplasta contra la madera.

—¡Ay, Dios! —gimo encantada con su respuesta, aunque sé que es humanamente imposible. Con la promesa de una noche llena de desenfreno me dejo ir.

*Me levanto a media mañana con un dolor de cabeza horrible sin saber*

*bien dónde estoy. La cegadora luz del sol entra por las inmensas cristalerías de la habitación, ofreciéndome un reconfortante calor sobre el rostro. Necesito unos minutos para ponerme en situación, recordar lo sucedido en la madrugada y asimilar que el brazo que descansa sobre mi cadera es el de Owen Miller, que me ha ofrecido la noche más alucinante sexualmente hablando en mis veintidós años. Tras el tercer asalto perdí la cuenta de las veces que entraba en mí y caí rendida entre sus brazos. Ahora, vuelvo a ser la Olivia pudorosa de siempre y lo único que quiero es vestirme y volver al mundo real. Y si puede ser sin que él se despierte, mejor.*

*Busco por la habitación mi ropa moviéndome de forma sigilosa para no hacer ruido, pensando que ese dormitorio es tan grande como el salón de la casa de mis padres. De pie junto a la cama, le observo mientras duerme, aun así es guapo. El conjunto de su rostro: pestañas espesas, mandíbula cuadrada, nariz recta y labios carnosos, hacen que sea casi perfecto. Me siento al borde del colchón para ponerme el sujetador cuando algo me hace cosquillas en la espalda. Seguidamente, recibo un mordisco en la cadera.*

*—¿Huyes? —me escudriña, tumbado boca abajo como su madre lo trajo al mundo. Desde luego, nuestro nivel de pudor dista mucho el uno del otro. Me acaloro solo con ver su trasero desnudo, lo que me alerta de que si no salgo de allí rápido volveré a caer en sus brazos.*

*—Tengo que irme a la residencia. Debo hacer la maleta —le explico,*

*calzándome de nuevo los tacones que llevé a la fiesta.*

*Siempre he odiado pasar la noche fuera de casa de forma imprevista y tener que volver con lo mismo. No puedes ocultar que eres una trasnochada. Owen parece que advierte mi incomodidad al mirarme en el espejo con fastidio, porque se levanta y abre una puerta corredera que deja al descubierto un vestidor. Me quedo boquiabierta al ver que allí dentro hay más camisetas que en cualquier tienda de un centro comercial. Descuelga de la percha una camisa de cuadros tipo leñador y me la pasa.*

*—Te quedará grande, pero supongo que te encontrarás más cómoda — me dice, quedándose de pie frente a mí, desnudo. No quiero mirarlo, pero tampoco me lo pone fácil. Por fin, decide dejar de exhibirse y va a uno de los cajones para ponerse los bóxers.*

*El gesto natural de ofrecerme algo me lleva a pensar que ha estado en esa situación mil veces y habrá más de una rondando por la ciudad, lo cual me alerta de que no debo sentirme especial. Me la pongo dejando un par de botones desabrochados en la parte de arriba, remangando las mangas sobre el codo y anudándola por encima de mi cintura.*

*—Oye... te queda bien. ¿Cómo lo has hecho?*

*—Gracias. Se la daré a Susan para que su hermano te la devuelva — propongo, recogéndome el pelo en una coleta frente al espejo.*

*—Preferiría que lo hicieras tú —reconoce, enviándome una mirada*

*morbosa a través del cristal.*

*Aunque no estoy a gusto en esa situación, intento demostrar lo contrario con una conversación banal y gestos relajados. Mi trato indiferente le desconcierta.*

*—No hace falta que sigas. No voy a pedirte una relación seria.*

*—¿Desayunamos y después te llevo? —me oferta, poniéndose un pantalón de chándal. Actúa como si no hubiese escuchado lo que acabo de decirle.*

*—De verdad, no hace falta que me montes ninguna película. Preferiría irme ya, tengo mucho por recoger.*

*Me encantaría ser valiente y decirle lo que realmente pienso: «Que ha estado muy bien, pero que soy más que consciente de que esto se termina aquí». Es una historia de una sola noche y yo lo sabía desde que subí a su coche. Lo asumo y no voy a suplicarle nada más.*

*—De acuerdo. —Se cubre el torso con una camiseta, con lo que me parece cierto tono de decepción ante mi insistencia.*

*Salimos al salón, donde toma las llaves y me cede el paso en la puerta. Antes, pasa por la cocina para coger una manzana. Me ofrece un mordisco que yo rechazo. La muerde con ansia. Para evitar peinarse, coge una gorra negra del perchero de la entrada y se la pone con la visera para atrás.*

*—¿No tienes otro coche? —indago, camino del garaje al percatarme de*

*que ha cogido las llaves del Porsche.*

*—¿Qué le pasa a mi Porsche?*

*—Bajarme a esta hora en el campus de un coche como ese, con esta pinta, es escribirme en la frente yo solita: puta de lujo.*

*—No digas tonterías. —Niega con la cabeza, abriendo la puerta del vehículo.*

*Hacemos el trayecto en silencio hasta que Owen lo rompe cuando estamos llegando, sin el efecto del alcohol me intimida su compañía. Su pregunta me hace desviar por primera vez los ojos del paisaje de palmeras que veo a través de la ventanilla.*

*—¿Qué haces este fin de semana? —Me sobresalto—. ¿Te apetecería venir el sábado al partido? Es el último —me explica de carrerilla para que no le interrumpa—. Luego podemos ir a cenar los dos solos.*

*—Me marcho mañana a casa de mis padres para las vacaciones. Ya he terminado el curso.*

*—Ya veo... ¿Y cómo se llama ese sitio al que vas?*

*—Wilmington, en Carolina del Norte. Es el típico pueblo pequeño donde todos los vecinos se conocen. Mi padre es muy famoso por ser el entrenador del equipo infantil de béisbol —le confío entusiasmada, porque lo adoro y sé lo que disfruta de esa faceta.*

*—¿En serio? —Mientras hablo, desliza los dedos con suavidad por el*

*cuero del volante, luego los lleva a la palanca de cambio y más tarde a mi pierna. Tantea el terreno y, al ver que no lo rechazo, acaricia mi muslo.*

*—Yo creo que una de sus tristezas en la vida es no haber tenido un hijo para que jugase al béisbol. —Hago un leve movimiento para que no siga subiendo, porque estoy al límite de mi autocontrol.*

*—Me gustaría volver a verte. —Me descoloca, creía que ya había quedado claro que esto no se volverá a repetir.*

*—Vamos, sabes que no es posible. —Me muestro despreocupada.*

*Owen detiene el vehículo en la entrada del edificio de mi residencia, sin duda, el mejor sitio para pasar desapercibida. Abro la puerta con la intención de salir, pero me lo impide cogiéndome del brazo para seguir insistiendo. Una corriente eléctrica lo recorre.*

*—¿Por qué? —pregunta, decepcionado y no conforme con mi argumento.*

*—Porque tú juegas en otra liga. Te rodeas de otro tipo de tías —le dejo claro, a mí no me va a engatusar para acostarse conmigo un par de veces más y darme la patada cuando se canse.*

*—Te equivocas. Tú puedes jugar en la liga que quieras. —Su voz es contundente, parece que es la primera vez que alguien le habla tan claro y le ha molestado.*

*—Sabes que no. —Ambos nos estudiamos en silencio—. Gracias por traerme.*

*Bajo del coche sin volver la vista atrás ni darle un beso de despedida, aunque me muero de ganas, pero si lo hago, no podré separarme de él. Para convencerme de que he tomado la decisión correcta, me repito una y otra vez al subir la escalera hasta mi habitación que su interés es pasajero y que me hará daño. Ahora está como un niño con un juguete nuevo, pero yo no soy el tipo de chica que él busca. Con ese pensamiento me apoyo en la puerta tras cerrar, dejándome caer hasta sentarme en el suelo.*

Esa misma tarde recogí todas mis cosas, me despedí de Susan y me marché a Wilmington. El sábado vi el encuentro de Owen en casa con mi padre.

*Mi progenitor está sentado en su sillón frente al televisor, y yo en el sofá con una revista de moda entre las manos. De vez en cuando, los gritos de mi padre llaman mi atención. Desvío la vista al juego y lo único que veo es a Owen desnudo o susurrándome cochinadas.*

*Es su turno de bateo, se prepara adoptando la postura para ello. El realizador de televisión nos ofrece un primer plano de su rostro y sus ojos. Ahora que está concentrado, tienen un bonito color azul marino a pesar de estar ocultos bajo la sombra de la visera del casco. Miles de chicas en el país suspiran por ellos, y yo he tenido la suerte de que me devorasen llenos de lujuria y deseo mientras me anunciaba que aquello solo era el principio. Cómo me hubiese gustado creerlo. Al prestar atención de nuevo, lo veo*

*correr de base a base. Como era de esperar, ha golpeado la bola y consigue una carrera.*

*—¿Te das cuenta, mi vida? —Mi padre, eufórico, casi salta de su asiento —. Esa forma de pegarle a la bola no se aprende. Un buen bateador nace, no se hace. Y ese chico es lo mejor que he visto en mucho tiempo.*

*—Ajá —reacciono, pensando en qué diría si supiese las cosas que me hizo ese bateador la otra noche. Me dan ganas de contarle que yo, en otros aspectos, también es lo mejor que he probado nunca.*

Los días pasaban despacio en mi ciudad porque había poco que hacer en comparación con Los Ángeles. La mañana del 4 de julio salí con Karen a comprar unas cosas que nos encargó mi madre para hacer una barbacoa con los vecinos. A nuestro regreso, encontré una sorpresa que jamás hubiese esperado.

En el salón, compartiendo sofá con mi padre, me esperaba Owen. Casualmente, yo vestía unos vaqueros cortos y una camiseta blanca sobre la que llevaba puesta su camisa. Al verme en su boca se dibujó una sonrisa de oreja a oreja. En cambio, yo me quedé paralizada de pie, mirándolo como si fuese una aparición. «¿Qué hace en mi casa?». La cara de emoción de mi progenitor era digna de ser vista.

—Hola, ¿qué haces aquí? —indago sin moverme del sitio. Todavía no he asimilado su portentosa presencia.

—He venido a verte —responde, levantándose. Me da la impresión de que está un tanto nervioso. Duda si acercarse o no, y termina por meter las manos en los bolsillos traseros de su pantalón.

—Mira que eres maleducada. —Mi hermana me da un empujón en la espalda que me hace avanzar hasta él—. Vamos, salúdalo. Ya era hora de que salieras con alguien.

—Yo no... —quiero justificarme, pero Owen me lo impide besando mis labios con un leve roce. Me sonrojo y, para relajarme, me rodea por los hombros consiguiendo lo contrario.

—Llevamos juntos poco tiempo. Es como si no nos lo creyéramos aún —declara.

Lo miro y no sé qué hacer, si abofetearlo por la visita sorpresa o lanzarme a sus brazos. Está increíble con unos vaqueros claros y una camiseta gris. Me arrima un poco más a él y mis fosas nasales se llenan con su olor. Sí, huele muy bien...

—Id saliendo al jardín, y vas encendiendo la barbacoa —mi madre le sugiere a mi padre.

Cada uno coge algo de la cocina y lo deja en la mesa bajo el porche del jardín trasero. La mujer ha tenido la brillante idea de invitarlo a comer, en

*lugar de que lo hagamos los dos solos en la calle.*

*—De eso nada, es 4 de julio. —Ha sido su respuesta, tras la cual le ha dado a Owen una fuente con carne de hamburguesa para que la saque afuera.*

*Yo me quiero morir por lo descabellado de la situación, más cuando lleguen mis vecinos, pero a él se le ve encantado con la escena familiar. Tras la tristeza en la que me vieron sumida cuando Cameron me dejó, parece que mis padres están locos porque alguien ocupe su lugar. Owen me ayuda a poner la mesa intentando en cada movimiento rozar nuestras manos.*

*—¿Por qué has venido? —le susurro. Mi padre, desde el otro lado del porche, nos observa con una sonrisa boba afeitado en su tarea de encender el fuego.*

*—Me apetecía verte. ¿No te ha gustado la idea?*

*—No sé qué decirte —respondo, colocando los vasos sobre la mesa.*

*En ese instante entra al jardín Zack, el novio de Karen, al que ella ha avisado para que no falte nadie en la familia por ridiculizarme. Lo saluda con una efusividad que pareciese que fuesen viejos conocidos.*

*El momento más divertido lo protagoniza mi vecino que, tras un rato mirándolo, le pregunta si nunca le han dicho que se parece a ese jugador guaperas de los Dodgers. Owen se limita a sonreír dudando si aclararle la verdad.*

*—Arthur, es él —le desvela Zack con un golpe en la espalda, riendo a carcajadas por el hecho de que no lo haya reconocido.*

*Entonces el hombre se levanta de la silla y lo abraza de nuevo.*

*El almuerzo resulta divertido y a Owen se le nota muy a gusto, tanto que ha terminado sentado en el balancín con mi cuñado y uno de los hijos de Arthur charlando de forma distendida. Todos se han comportado con él como si fuese cualquier chico del pueblo y no una estrella, y creo que lo ha agradecido. Mi padre no ha perdido el tiempo, y ya le ha comprometido para ir a visitar a los pequeños de su equipo esa misma tarde en el entrenamiento. Owen no ha podido negarse.*

*Terminada la sobremesa, nos disponemos a dar una vuelta a solas para hablar con tranquilidad. Mi madre remata invitándolo a quedarse.*

*—Te quedas a dormir, ¿verdad? —se interesa, sentada junto a mi padre, que cambia el gesto.*

*—Sí, puede hacerlo en la habitación de invitados —añade Karen.*

*El rostro de Owen se ilumina, y yo digo que ya lo pensará mientras paseamos. Le recuerdan su cita con los chicos antes de marcharnos. Tiro de su mano para que me siga, se me contrae el vientre al sentir su agarre fuerte. Al dar la vuelta a la esquina, me apoya contra la pared y me besa igual que la otra noche.*

*—Me moría por hacer esto —confiesa, mirándome a los ojos. Por unos*

*instantes, me quedo sin respiración.*

*Paseamos por el embarcadero, pero, cada dos por tres, alguien nos interrumpe para pedirle un autógrafo, por lo que decido buscar algo de intimidad en una heladería de la avenida principal. Nos acomodamos al fondo en un rincón, y soy yo la que se sienta de cara a la calle para que él pase más desapercibido.*

*—Te sienta muy bien esa camisa. —Su comentario hace que me ruborice.*

*—¿Cómo me has encontrado?*

*—Dijiste que te marchabas a Wilmington. Una vez aquí no ha sido difícil encontrar la casa del entrenador McCain. Y menos, para un jugador de beisbol. Ahora medio pueblo piensa que va a fichar por la Liga Nacional — bromea, jugando con un trozo de servilleta de papel entre sus dedos.*

*—¿Cómo se te ocurre contarle a mi familia que salimos juntos?*

*—¿Hubieses preferido que le contase que nos conocimos la otra noche en una fiesta y terminamos en la cama?*

*—Ya... —Su comentario me saca una media sonrisa—. ¿Por qué has venido?*

*—Ya te dije que me apetecía volver a verte. ¿No puedo? Me gustas mucho.*

*—Busca a otra, Owen. Hay cientos de tías en Los Ángeles dispuestas a darte lo que quieras.*

—¿Quién te ha dicho qué es lo que quiero? —Espera ansioso mi respuesta, cogiendo mis manos—. ¿Yo?

—Tú eres así. No hace falta que lo haga nadie.

—Te equivocas. Me conoces por lo que la prensa habla de mí, lo que ellos quieren que se sepa.

—Debo ser maravillosa en la cama para que hayas cruzado el país de costa a costa —ironizo—. O tal vez, ya no te queda nada que probar en Los Ángeles. —Mis palabras suenan demasiado duras y ofensivas.

—Ese no es el verdadero Owen.

—No sé por qué, pero no te creo.

—Deja que te lo demuestre. Desde que estoy aquí, creo que me he comportado y no te he tocado un pelo. Y no por falta de ganas.

—No quiero que me rompas el corazón —admito abriéndome totalmente a él de forma sincera.

—No voy a hacerlo.

Al ver en la pantalla sus pupilas brillantes al asegurarlo, lloro como una niña con la imagen. Es cierto que nunca lo hizo, se encargó su padre y nunca se lo dije, yo se lo rompí a él. Matthew suspira con la escena.

—Tú puedes jugar en la liga que quieras. Vales mucho, Olivia. Solo tienes que darte cuenta —vuelve a repetirme.

Movida por un sentimiento inexplicable que me pide que confíe en él,

*entrelazo sus dedos con los míos y lo miro a los ojos.*

*—Por favor, dame una oportunidad —casi ruega.*

*—De acuerdo. —Ni yo misma creo que esté pronunciando esas palabras.*

*Alza nuestras manos y besa mis nudillos.*

*—Y sí, eres maravillosa. —Mi sonrisa es todavía más grande cuando añade—: En todos los sentidos.*

*—La cosa no quedó ahí y me soltó una nueva bomba para la que no estaba preparada. —Matthew me escucha con mucha atención—. Sin saberlo, en ese instante, mientras saboreaba aquella cucharada de helado de vainilla con *cookies*, se producía el punto de inflexión de mi vida. —Respiro hondo al percatarme de cómo cambié a raíz de conocer a Owen. Me tomo mi tiempo para continuar—. Quería que fuese con él de vacaciones a Maldivas. Le contesté que necesitaba pensarlo.*

*—Pero fuiste, ¿verdad?*

*—Ahora lo veremos. No seas impaciente. —Matthew se muestra encantado con mi buen humor y el cambio momentáneo de papeles.*

*Ya es tradición en el equipo de mi padre hacer una merienda con las familias de los chicos el 4 de julio. Les ha avisado de que esa tarde habría una sorpresa, y los pequeños están expectantes. No tiene precio ver sus caras cuando Owen entra en el campo, les saluda dándoles la mano, pregunta sus*

*nombres y en qué posición juegan.*

*Al principio, lo noto nervioso. Tal vez, no está acostumbrado a tratar con niños, pero en cuanto comienza el juego se relaja e incluso creo que disfruta de la experiencia. Me siento en las gradas con algunas de las madres, entre ellas la mía, que no se han animado a jugar. Me enternece ver cómo corrige a uno de los ellos que no consigue batear ni una sola bola. Owen se coloca a su lado.*

*—Mira, tío —le dice con absoluta naturalidad—, prueba a cogerlo un poco más abajo. —El chico, por supuesto, obedece y cambia la posición de las manos sobre el bate—. Y ahora, levanta un poco más este codo —continúa Owen, tocándole el brazo derecho—. ¡Genial! Ya lo tienes.*

*Milagrosamente, manda al otro lado la bola que mi padre lanza, dejándonos a todos con la boca abierta. Entusiasmado, en lugar de correr por el campo para conseguir la carrera, lo hace hacia Owen con los brazos abiertos. Este lo alza al aire para celebrar su triunfo, recorriendo las bases con él sobre los hombros. Para finalizar, posa con paciencia y, sin perder la sonrisa con cada uno de los asistentes que se lo pide, firma todas las gorras, pelotas, guantes y bates que le ponen por delante.*

Tenía mis dudas, pero verlo jugar con los niños del equipo y divertirse como si fuese uno más, mientras que suena *As long as you love me* de Back Street Boys, me hizo dar el paso de desear conocerlo y abrirme a él por

completo. Con el tiempo y la convivencia vi que era un niño al que nadie obligó a crecer, ni le explicó que los caprichos son solo caprichos, ni que el dinero no puede conseguirlo todo. Al menos, él se fue dando cuenta de que la fama no sirve para nada, y menos cuando los que te rodean te quieren solo por ella. En muchos momentos, llegué a pensar que era la única que lo amaba como el Owen que era cuando cerraba la puerta de casa, sin más.

Convencimos a mis padres y nos marchamos juntos de viaje con la promesa por ambas partes de conocernos durante esos días. A solas, sin nadie que nos pudiese interrumpir.

Los primeros días, los pasamos encerrados en la habitación del hotel quitándonos el estrés; yo, de los exámenes; él, de la temporada. En menos de tres días, había cumplido su promesa de hacérmelo una vez por cada carrera de la temporada. No quedó un rincón en aquella *suite* donde no diésemos rienda suelta a la pasión poniendo nuestros cuerpos al límite de su resistencia. Llegaron a llamarnos de recepción para comprobar que estábamos bien y seguíamos vivos tras un día y medio sin salir ni para comer.

Al cuarto día, le comenté a Owen que de esa forma lo nuestro no iba por el camino correcto. Nunca funciona una relación basada en el sexo, así que decidimos tomarnos con más calma eso de explorar nuestras anatomías y fuimos a hacer turismo por la isla.

Para una chica de Wilmington como yo, visitar aquel paraíso quedaba

muy lejos de sus posibilidades, y mucho más hacerlo sin pensar en los gastos. Todavía me da ternura la joven inocente que era, cuando recuerdo las lágrimas que me caían el día que Owen me dio una tarjeta de crédito a mi nombre y me dijo: «Puedes comprar lo que quieras. No hace falta que me preguntes». Ahí, sucumbí al mundo del consumismo. Mi vida cambió de forma radical y empezó a fraguarse la Olivia que soy hoy.

Y lo entendí en la siguiente escena.

*Owen y yo volvemos extenuados de una excursión. Al entrar en el hall del hotel, una de las recepcionistas me advierte de que tengo un mensaje de Karen McCain. Lo primero que siento es una terrible preocupación por si ha sucedido algo, Owen puede comprobarlo en mi rostro.*

*—Telefonearemos desde la habitación, gracias —responde por mí, cogiéndome de la mano para guiarme al ascensor.*

*Me siento en la cama y marco el teléfono de mi casa con un nudo en el estómago que crece con cada pitido de la línea.*

*—Diga. —Es la inconfundible voz de una somnolienta de Karen.*

*—Soy yo. ¿Me has llamado? ¿Va todo bien?*

*—Sí, perfecto. —Respiro relajada. Owen, al verme tumbarme boca abajo en la cama para continuar la conversación, cambia su gesto de preocupación y entra en el baño.*

*—¿Para qué me has llamado entonces?*

—¿Qué para qué? Pedazo de... No sé qué palabra usar. Tienes que contarme con pelos y señales todo. ¡Te he visto paseando en barco!

Al oír eso, el corazón me da un vuelco. «¿Cómo lo sabe?», y eso mismo le pregunto.

—¿Cómo sabes lo del barco?

—Mamá trajo esta mañana una revista con las fotos, casi se cae de culo en la peluquería cuando se la enseñaron. —Mi hermana, entusiasmada, no me deja hablar y sigue con su monólogo—. Oli, estás espectacular con ese bikini verde. ¿De dónde lo has sacado?

Yo no la escucho, me he quedado en las imágenes publicadas que ha visto mi madre y en averiguar cómo son, porque en ese barco pasaron muchas cosas.

—¿Puedes decirme cómo eran, Karen?

—Espera, tengo la revista aquí. Dice «Las románticas vacaciones de Miller». Luego, un textito que explica con pelos y señales quién eres, qué estudias, cómo os conocisteis y que papá es entrenador de béisbol infantil en Wilmington. Vamos, que solo les falta dar la dirección de casa.

Cierro los ojos queriendo desaparecer de la tierra.

—Las fotos, Karen. ¿Cómo son? —Owen sale del baño con una toalla rodeándole la cintura y mira preguntándome qué sucede. Yo le hago un gesto con la mano para que espere.

—Es preciosa, Oli. Owen está sentado en la parte trasera del yate con los pies dentro del agua. Tú apareces detrás, con la mejilla apoyada en su espalda y los brazos rodeándole el pecho, pasando las piernas por su cintura. Él tiene cogidos tus pies entre sus manos.

—¿Solo esa? —La impaciencia me va a matar.

—Bueno, hay otra más en la que estáis tumbados al sol en la cubierta. Besándoos, supongo, porque hay una toalla blanca que os tapa la cabeza, pero por la forma en que vuestros cuerpos están entrelazados...

—¿Solo esas?

—Sí, solo esas. —Me relajo al oírla.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —Tardo un rato en expresar por primera vez en voz alta lo que siento.

—Sí, me encanta.

Converso con ella, que se muere por saberlo todo, un poco más. Owen, aburrido de esperar, sube mi camiseta y comienza un reguero de besos por mi espalda. Tengo que colgar.

—¿Qué pasaba? —curioseas, desabrochándome el bikini.

—Hemos salido en una revista.

—Eso va a pasar mil veces. Lo siento, pero no puedo hacer nada. —La forma en que me lo dice es completamente sincera y angustiada.

Le resto importancia negando con mi cabeza. Cierro los ojos y me dejo

*llevar por la placentera sensación de su boca sobre mi piel.*

Tras las maravillosas vacaciones volví a casa de mis padres a pasar lo que quedaba de verano, y Owen, a sus entrenamientos. Por suerte para mí, el mundo pensó que yo no sería más que un rollo de verano, por lo que volvieron a fijar su atención en él esperando su próxima conquista. Antes de marcharse a Los Ángeles, me regaló un teléfono móvil para que pudiésemos hablar todas las noches. Me fascinaba quedarme dormida escuchando su voz. Luego, volví a la universidad y a mi residencia con Susan, en la que solo duré dos semanas.

Tras el tercer partido de liga salimos a cenar a un caro y elitista restaurante en el que, como le reconocen, se desviven por atendernos.

*—¿Te gusta? —me pregunta mientras coloca la servilleta sobre sus rodillas. Yo hago lo mismo, asombrada por la suavidad de la tela.*

*—Sí, es muy chulo. —Observo la decoración, toda blanca—. Pero también me gustan los restaurantes de comida rápida. No hace falta que me traigas a estos sitios.*

*Owen me contempla embobado por mi respuesta.*

*—Por estas cosas me encantas. Nunca nadie me dijo algo así. —Coge mi mano y la besa.*

*—Soy sincera. Yo lo que quiero es estar contigo, el lugar es lo de menos.*

—Al oírme, aprieta los ojos y se dibuja en su cara una expresión de paz y satisfacción que jamás antes vi.

Cenamos entre risas. Algunas, demasiado elevadas para el protocolo que exige el local. Antes del postre, Owen se levanta y me pide que cierre los ojos. Le obedezco, un tanto inquieta. Se coloca tras de mí y echa mi melena sobre uno de mis hombros. Aprovecha el contacto para pasar la punta de los dedos por mi cuello, haciendo que me remueva sobre la silla y suelte una mezcla de carcajada y jadeo que llama la atención de la pareja de la mesa de al lado.

Noto algo frío sobre la piel de mi escote y, seguidamente, sus manos moverse en mi piel como si estuviese abrochando algo.

—Ya puedes abrirlos. —Veo en su mirada la ilusión de un niño.

Llevo las manos al pecho y compruebo que se trata de una cadena fina de oro blanco de la que cuelga una llave, pero no una simbólica, si no de verdad.

—¿Y esto? —le pregunto, mostrándosela sobre mi palma.

—Es la llave de mi casa. Espero que desde esta noche también sea la tuya.

Miro la llave, después, lo miro a él y arrojó la servilleta al suelo para correr a abrazarlo entre las miradas de los empleados del local.

—Supongo que eso es un sí —me susurra al oído, abrazándome por la

*cintura.*

—*Con todas las letras.*

Me trasladé a casa de Owen, y durante los cuatro años que duró lo nuestro fue mi casa. Día a día me acomodé a su ritmo de vida, a su desenfreno, a trasnochar, a viajar, por lo que poco a poco fui dejando de lado mis estudios. Nuestro primer año y medio juntos fue una auténtica locura. Cuando los medios comentaban que Owen salía más de la cuenta, por recomendación del mánager del equipo, dejamos de frecuentar todas las discotecas de Los Ángeles para seguir disfrutando de la noche en la intimidad de nuestro hogar con nuestros amigos. Estaba completamente integrado en mi familia, venía a pasar con nosotros las vacaciones, y nunca se olvidaba de ir a entrenar con el equipo de mi padre. Allí era un chico diferente, parecía relajarse de su carga diaria. Wilmington le sentaba muy bien. Le daba paz.

A mitad de la segunda temporada sucedió algo que nos hizo reflexionar y echar el freno.

*Hemos salido a tomar algo después del partido para celebrar el cumpleaños de uno de los compañeros. Estamos en un reservado, en la planta alta de uno de los locales de moda, pero, aun así, un grupo de chicos consigue colarse. Owen no está de buen humor porque no ha conseguido batear una de las bolas, perdiendo así la carrera. Me ha costado*

*convencerlo, pero creo que es buena idea que se relaje.*

*Un chico moreno, casi tan alto como él, no deja de observarnos con descaro. Nosotros intentamos bailar y disfrutar al margen, pero Owen se está poniendo nervioso. Le pido por favor que lo deje estar, que no le haga caso, y le explico que lo que busca es llamar su atención.*

*—¡Eh!, mírame a mí. ¿De acuerdo? —le ordeno, cogiéndole por la mandíbula. Lo repito en un par de ocasiones, pero no hace caso. Noto lo tenso que está por la fuerza con la que se resiste a girar la cabeza.*

*—Era muy fácil darle a esa bola —insinúa el joven desde la barra. Tengo que sujetar a Owen ante el comentario—. Hasta un niño le daría.*

*Sin que pueda detenerlo, se suelta del agarre de mis brazos y se lanza en su busca, que palidece cuando lo tiene encima. Lo coge por el cuello de la camisa y lo estampa contra una pared cercana.*

*—¡Eso me lo vas a decir ahora a la cara! —le grita, perdiendo los nervios y convirtiéndose en el centro de atención. Un par de compañeros del equipo se acercan a separarlos, pero no lo consiguen.*

*Owen la emprende a golpes con él, que, para zafarse, le da un cabezazo en el hombro con tal fuerza que se abre una brecha en la frente. Ambos gritan de dolor, Owen se lleva la mano a la zona.*

*—Hijo de puta —le increpa, sujeto por otro chico del equipo—. Como me jodas la temporada te voy a buscar hasta ma... —Le tapo la boca con la*

*mano y no le dejo acabar la frase.*

*En urgencias nos dicen que la cosa ha tenido graves consecuencias para él porque no podrá jugar los cinco partidos siguientes.*

Por la mañana, la noticia salió en todos los medios. Mike, que ya trabajaba como redactor deportivo en una gran cadena de televisión nacional, gestionó muy bien el tema cuando le pedí ayuda a Susan. Desde entonces, Owen y él mantienen una gran amistad.

El padre de Owen y su mánager vinieron a casa para conocer su versión de la historia. Me pidieron que les dejase a solas en el jardín, aunque yo los observaba desde la cristalera de nuestra habitación. Owen, con el brazo inmovilizado pegado al torso, parecía un niño al que le echaban la bronca por sus malas notas. Con el ceño fruncido y la vista baja aguantaba la charla. Nunca supe de qué hablaron, solo los vi gesticular. Me entero de la conversación en el cine junto a Matthew.

*—Déjala. —La orden de su padre es clara.*

Y al oír eso, me encojo en la butaca del cine.

*—Prueba con otra cosa, papá. Pero a Olivia no la menciones —responde con cierta chulería.*

*—Estoy de acuerdo con tu padre. Sácala de tu vida y céntrate en jugar, es*

*lo que tienes que hacer. —Ahora es el mánager del equipo el que opina.*

*—He dicho que no. —Los ojos de Owen, inyectados en sangre, dan miedo por la furia que desprenden.*

*—Ella no te beneficia —vuelve a insistir su padre, sin mencionar mi nombre.*

*—Te repito que estar con Olivia no es negociable. ¿Algo más?*

*—Owen, estás nervioso —le dice su mánager—. Tómame estos días de recuperación para pensar las cosas. ¿De acuerdo?*

*—No, no estoy de acuerdo. Dejaré de salir. Vendré del entrenamiento a casa y punto, pero con Olivia en ella.*

*—¿Tan buena es en la cama? —Las risas de los dos hombres tras formular la pregunta me parecen dantescas—. Vamos, déjate de caprichos cuando sabes que hay cientos de fulanas que estarían a tus pies.*

*Owen se levanta de un brinco e intenta coger de la chaqueta a su padre, llegando a desestabilizarlo, pero el cabestrillo se lo impide y este le agarra el otro para evitarlo.*

*—Estás perdiendo la cabeza, Owen. Si no das el paso tú, lo haré yo —le amenaza, señalándole con el índice cerca de la cara.*

*—Atrévete y se acabó tu máquina de hacer dinero.*

Ahora me cuadra todo. Tras la lesión de Owen iniciamos un cambio de vida que nos vino muy bien a ambos. Él se centró en su juego, y yo retomé

mi posgrado en Odontología. No salíamos apenas, pasábamos juntos el resto del tiempo en casa. Eso nos sirvió para conocernos aún mejor y descubrir que teníamos mucho más en común de lo que habíamos visto hasta el momento. Por aquel entonces, Owen me mimaba en exceso y evitaba que estuviese a solas con su padre. Ahora comprendo la razón.

Desde el principio, quise saber por qué quería estar conmigo. Una noche tranquila, sentados en el sofá frente a la chimenea, se lo pregunté.

*Owen me tiene arropada con el brazo libre, el lugar donde quiero pasar el resto de mis días.*

*—¿Por qué yo? —Alzo un poco la cabeza para mirarlo. Él se lo piensa, humedeciéndose los labios antes de hablar.*

*—Me impactaste a la salida del estadio. Ese pelo naranja, esa sonrisa sin artificios, las pecas de tus mejillas —enumera despacio—. Eras natural, preciosa. Más tarde, en la discoteca, me confirmaste que eras diferente. No babeabas detrás de mí, eso te hizo muy interesante. —Ríe recordando el momento mientras yo juego con su mano—. Luego, estuvo tu reacción la mañana siguiente. Al contrario de las demás, que hacían cualquier cosa para demorarse en mi casa, tenías prisa por marcharte.*

*—Sigo pensando qué ves en mí.*

*—Lo que me hizo decidirme fue la visita en Wilmington. Tenías todo lo que yo quería. Una familia normal, una vida tranquila, anonimato, poder*

*pasear por cualquier sitio... Pensé que teniéndote a mi lado, todo se volvería tan cotidiano como deseaba.*

*—¿Y ha sido así? —Me siento junto a él para estudiarlo. Para mí es una respuesta muy importante.*

*—Sí, de puertas para dentro todo es perfecto. Esto es lo que quiero el resto de mi existencia. Sentarme contigo a ver una película, comer en el jardín, llenarlo de niños... follar como locos... —susurra, echándose sobre mí, apoyándose en un solo brazo, porque el otro continua lesionado, obligándome a tumbarme en el sofá.*

*Me mira a los ojos con una expresión que me sobrecoge. Mezcla de ternura y pasión. Acaricio sus labios con mis dedos como si quisiera grabar sus palabras en ellos.*

*—Tú eres lo único que quiero, Olivia. No paro de repetirme que esta locura de fuera no es más que una etapa para poder darte lo mejor. Tendrá un final y entonces, lo que nos rodee, sí será perfecto.*

Aparentemente, la relación con su padre mejoró cuando, tras recuperarse de la lesión, su juego también lo hizo. Volvió hecho una bestia y los Yankees se fijaron en él haciéndole una oferta que, por supuesto, el señor Miller aceptó sin contar con él. Viajamos a New York para la firma del contrato en un *jet* privado que nos puso la marca deportiva de la que Owen era imagen. Pasamos unos días en la ciudad aprovechando para visitarla, porque yo no la

conocía. Paseando por ella, planeábamos nuestro futuro allí, que vendría lleno de cosas buenas para ambos.

A la vuelta tuve un encuentro bastante tenso con su padre. Lo defino como tenso porque, todavía hoy, es difícil encontrar una palabra para hacerlo. Aparezco feliz en las imágenes del vuelo planeando la mudanza. Así es como me sentía, muy dichosa. Owen, con sus dedos enlazados con los míos, acaricia mi mano. Cuando lo miro, sonrío con amplitud. El traslado a Nueva York no solo era una mejora sustancial en su carrera, sino que también serviría para dar un paso gigantesco en la mía. No tuve apenas tiempo de disfrutar de aquella sensación. La misma tarde que aterrizamos en Los Ángeles, su progenitor me dejó claro que el hecho de que yo le acompañase a su nuevo destino no estaba entre sus planes.

El día que lo conocí, en un almuerzo que organizó Owen para presentarme a sus padres, me pareció un señor de lo más educado y correcto. Gestionaba de forma brillante su carrera mientras la madre lo único que hacía era comprarse ropa de marca. Al inicio de nuestra relación, él y el mánager del equipo estaban encantados. Mi llegada suponía que por fin centraría la cabeza, y eso le daría pie a fichar por un equipo más grande todavía. Salir conmigo, una estudiante completamente desconocida, borraba de un plumazo su imagen de mujeriego juerguista. El señor Miller me engañó completamente, porque pensaba que me tenía aprecio o, al menos, eso

demostraba en público.

Pero se equivocó, ya que conmigo a su lado Owen no se calmó, sino que me arrastro a mí a esa vorágine haciéndome perder la cordura también. Viéndolo con distancia tras el paso del tiempo llego a entenderlo. Teníamos poco más de veinte años y una cuenta bancaria con muchos ceros, así que lo único que nos preocupaba era disfrutar de la vida. Su familia no podía pedir otra cosa a un hijo al que no habían puesto control ni límites jamás.

*Desde el aeropuerto, Owen se marcha al centro a hacer unos recados, y yo, a casa. Subo a nuestra habitación para darme una ducha tras el viaje. Estoy descalzándome cuando su padre, que ha salido de la nada porque nos hemos despedido de él en el parking, entra y cierra con pestillo para que nadie pueda interrumpirnos.*

*—Deja de mamársela a mi hijo y desaparece de su vida, ¡ya! —Tengo grabadas las palabras a fuego en mi mente, una por una.*

Aquel día me tragué las lágrimas para no parecer vulnerable. Hoy, viéndome tan frágil en la pantalla, no lo hago y lloro sin consuelo. No era más que una niña de veintiséis años. En mis cuarenta años, nadie me ha hecho sentir tan sucia como aquel hombre. Todo lo que mi novio me repetía que valía, él lo borró de un plumazo.

—¿Perdona? —Necesito tiempo para asimilar lo que estoy oyendo, porque me parece increíble.

—Ya me has escuchado. —Sus ojos irradian odio.

—No voy a dejarlo. —Le hago frente sin saber de dónde sacar la fuerza. Me sostiene la mirada, flaqueo y doy un paso atrás. Es mi perdición, porque sabe que ha ganado.

—¿Cuánto quieres por desaparecer esta misma noche? —me increpa con una sonrisa malévola. Para él, todo se arregla con dinero.

—Yo no estoy en venta. No tengo precio. —Ríe con una carcajada sarcástica.

—Te lo pusiste la primera vez que te metiste en esa cama —me suelta con desprecio—. Haz las maletas y lárgate antes de que mi hijo regrese.

—¿Puedes darme un solo motivo para hacerlo? Sí lo tienes, me iré sin decir nada. —Entretanto me responde, meto las manos en los bolsillos de mi vestido para que no vea cómo tiemblan.

—Owen está descentrado por tu culpa. ¿No te has dado cuenta? Le perjudicas.

—Está bien. Dame unas horas para recoger mis cosas —le pido con un hilo de voz.

—Te quiero fuera antes de que él vuelva.

El hombre sale de la habitación con su porte y falsa clase, dando un

*fuerte portazo. Durante unos minutos me quedo de pie mirando a mi alrededor, petrificada, sin poder moverme. Temblorosa. Cuando por fin reacciono, me dispongo a empaquetar, pero en realidad no quiero nada de lo que hay allí que me recuerde a Owen y que me haga sentir como una mercancía.*

*Todo me da vueltas. Llora en silencio con una angustia que me impide respirar. Espero en la habitación a que Owen vuelva, en penumbra, sentada sobre la cama. No tarda en hacerlo, aunque a mí me resulta una eternidad por las ganas que tengo de abandonar esa casa.*

*—Hola, pecosa. —Me besa la coronilla, puesto que tengo la cabeza agachada—. ¿Qué haces aquí a oscuras? —pregunta, encendiendo la lámpara de la mesita de noche.*

*—Tengo que hablar contigo —le confieso aún con la vista fija en el suelo.*

*—Yo también quería decirte algo. —Se sienta al otro lado para descalzarse, dándonos la espalda. De soslayo, puedo ver en el espejo sus ojos chispear—. Tú primero.*

*—Tenemos que dejarlo. —Ni siquiera lo pienso, porque si lo hago, no podré decirlo.*

*Owen se levanta despavorido y corre a agacharse entre mis piernas, alza mi cara apoyando su índice en mi barbilla.*

*—¿Qué te ha pasado? —indaga, consternado al ver mi rostro*

*desencajado y mis párpados hinchados por el llanto.*

*—Esto se acaba, Owen —baluceo. No quiero hacerlo, pero no tengo otra opción si quiero salvar mi dignidad.*

*Lo que jamás creí que sucedería, sucede. Cierra los ojos y veo dos lágrimas recorrer sus mejillas.*

*—Pero... ¿por qué? ¿He hecho algo? ¿No quieres ir a Nueva York?*

*Se sienta en el suelo a mis pies, abrazando mis piernas con sus brazos en un último signo de posesión. Yo cuelo mis dedos entre su pelo y juego con unos mechones en silencio, que se convierte en el protagonista, solo interrumpido por nuestros llantos.*

*—No es por ti ni por mí. Es por nosotros. No podemos estar juntos —le explico, intentando convencerme de mis palabras a medida que salen de mi boca.*

*—¿Cuándo has tomado la decisión? —Levantándose, repentinamente, huye de mi lado. Ahora sus ojos tristes se clavan en los míos con dureza.*

*—Hace unos días. No quise comentarte nada hasta que firmases el nuevo contrato para no preocuparte —le miento, sacando a la actriz que llevo dentro.*

*Mesándose el pelo, Owen da dos pasos al frente. Nuestras narices casi chocan.*

*—¿Tú sabes lo que vale para mí ese contrato sin ti a mi lado? —Guardo*

*silencio, porque sé que es una pregunta retórica de la que él mismo me dará la respuesta—. ¡¡Una mierda!! —grita con todas sus fuerzas.*

*Aguanto estoicamente el chaparrón, me he prometido no decirle nunca nada sobre lo que sucedido esa tarde. Con tenerlo a su lado manejando su vida ya tiene bastante desgracia.*

*—Toma —susurra, arrojando sobre la colcha una pequeña caja negra que saca del bolsillo de la chaqueta—. Esta noche quería pedirte que te casases conmigo, pero ya...*

*Ahogo un quejido de dolor entre mis manos sobre mi boca. Owen se quita la chaqueta en un movimiento lento, tirándola sobre la almohada. Casi sin mirarme, entra en el baño con el rostro lleno de frustración.*

*—Puedes quedártelo —anuncia con voz seca desde dentro—. Sigue siendo para ti, aunque no signifique lo mismo.*

*Sin mediar palabra, salgo de la habitación y de esa casa, dejando el anillo donde está.*

Al oscurecerse la pantalla, Matthew pone cara de circunstancias. Debo resultar tan patética que me agarra la mano con fuerza mientras todavía hipo por el llanto. Esta última escena me ha hecho revivirlo todo, y duele tanto como aquel día.

—Su padre sabía que iba a pedirme matrimonio, por eso tenía tanta prisa para que me marchase esa misma tarde.

En ese instante tienen respuesta todas las preguntas que me he hecho a lo largo de los años. Acabo de sentir en mis propias carnes eso que dicen de que cuando mueres, se te revelan todas las verdades.

—¿Nunca hablasteis de aquello?

—No quería que se pusiera a pelear con su familia, aunque, si no me equivoco, unos años después rompió los vínculos con ellos.

—¿Tampoco entonces? —se interesa Matthew con interés, aún aferrado a mí.

—Yo me sentía la peor persona sobre la Tierra. Hace un par de años su padre murió, y yo ya lo había superado gracias al psiquiatra, salía con Ben... Ya no merecía la pena.

—¿Cómo te sientes?

Antes de responder cierro los ojos y respiro profundamente.

—Si aquella noche me sentí mal, imagínate ahora que lo sé todo —reconozco, clavando mi triste mirada en la suya—. Le hice polvo, y yo me quedé igual. Necesité años de terapia para reconocerlo.

—¿Te gustaría hablar con él?

—Menudo susto iba a llevarse si aparezco así en su casa. —Intento reír, Matthew me acompaña sonriendo—. Ya no vale de nada, pero me gustaría decirle al menos que lo quise mucho y que nunca le hubiese dejado si no me hubieran obligado a hacerlo. Siento todo el daño que le causé. En fin... —

Resoplo con la vista perdida al frente.

—¿Por qué no lo hiciste años después cuando os volvisteis a ver?

—¿Cómo lo sabes? —Este Matthew es increíble, no hay un detalle que desconozca.

—No era el momento. Ya sabes...

—Tal vez algún día tengas la oportunidad —me anima.

Como respuesta me encojo de hombros.

## Capítulo 8

—Bueno, ya casi estamos en la mitad —anuncia Matthew, poniéndose de pie para sacar del bolsillo de su pantalón su lista—. Es el turno de... —En voz baja revisa los *post-it*.

Tanto desorden me lleva a pensar que alguien debería regalarle una libreta para que no vaya por ahí perdiéndolos.

—Jack. El siguiente debe ser Jack —me adelanto, mirándolo desde el asiento.

—Sí, aquí está. —Lee los datos que tiene en el papelito—. Guauuu, ¿has salido con un ejecutivo de Coca-Cola?

—Sí, pero no me llevo muy bien con la marca. —Acabo de acordarme de que uno de sus camiones con su bocina me asustó, provocando que ahora esté aquí.

—Hablar de eso me ha dado sed. ¿Salimos a buscar unas palomitas y algo de beber antes de continuar con la proyección?

Al levantarme de mi asiento, agradezco estirar las piernas. Ya me empezaba a doler el trasero de estar ahí sentada. Nos vamos acercando al final, y me inquieta conocer cuál va a ser mi próximo destino, pero antes tengo que pasar el trago de revivir lo mío con Jack.

—Te felicito —manifiesta Matthew mientras caminamos al puesto de golosinas de la entrada—. Es una de las películas más interesantes que he visto en mucho tiempo. Hay quien desperdicia su vida, pero tú, a pesar de que te has llevado grandes disgustos, la has aprovechado y has disfrutado de todo.

—Gracias. —Me siento un poco más reconfortada—. Sin embargo, refrescando el pasado, cambiaría muchas cosas —reconozco con un atisbo de tristeza por no poder hacer nada.

En la tienda no hay nadie, pero, aun así, nos esperan dos paquetes de cartón con palomitas recién hechas y sendos vasos de refresco con unas pajitas. Matthew me pasa uno. Luego, hace igual con las bebidas. En el camino de regreso al cine curioseas sobre Jack.

—¿A qué edad conociste a Jack? —Me resulta muy divertido reparar en como las coge con la lengua porque tiene las dos manos ocupadas y no puede esperar a estar dentro para probarlas. Karen es igual.

—Lo conocí a los veintiocho. Él tenía treinta y cuatro. Estuvimos juntos dos años. Tras dejar a Owen pasé el peor año de mi vida. No quería salir con nadie. Ni mi hermana ni mis amigas conseguían sacarme a la calle. Iba de la universidad a la residencia y vuelta. Me centré en mis estudios y era lo único que me interesaba —le narro la misma historia que tiempo atrás a mi psiquiatra—. Se dieron cuenta de que estaba realmente mal cuando fui una tarde en chándal a la compra.

—¿Y Owen?

—Owen se mudó a Nueva York y la temporada resultó nefasta para él. Susan, que estaba al día de todo a través de Mike, me contaba que lo estaba pasando fatal, pero yo no quería escucharla. Me cerré en banda a saber nada de él. Su padre lo presionaba y... Creo que poco después sus padres se divorciaron, y él rompió la relación con su familia. Entonces, todo cambió y se convirtió en la estrella del equipo. Ha sido un jugador muy famoso.

—Lo sé. Aquí somos muy fans de los Yankees.

Volvemos a entrar en la sala y optamos por las mismas butacas de antes. Colocamos nuestros vasos en el hueco del asiento que hay para ello. Matthew me pregunta si puede empezar. Yo asiento. Las luces de la sala se atenúan.

—Pues, allá vamos —anuncia con la palma de la mano hacia la pantalla.

En el año 2003 el actor Arnold Schwarzenegger era elegido gobernador de California. Por otro lado, a consecuencia de un terrible incendio, un gran número de familias de Los Ángeles tuvieron que ser evacuadas de sus casas.

Respecto a mí, hacía dos años que había dejado a Owen y, tras acabar el postgrado, me dedicaba en cuerpo y alma a mi trabajo.

Aparezco en la consulta del doctor Martins, donde empecé como aprendiz de odontóloga y me instruí sobre ello. Un año antes, recién terminados los estudios, trabajé en una clínica en Wilmington. No obstante, mi madre me envió de nuevo a Los Ángeles meses después alegando que, igual que mi

hermana era feliz allí, ese no era mi sitio en el mundo. Le agradezco que tomase aquella decisión por mí cuando yo más lo necesitaba y menos podía hacerlo. Quedarme en mi pueblo hubiese supuesto mi decadencia total.

*Recojo el material que he usado con la última señora antes de marcharme a casa. La chica de recepción llama a la puerta.*

*—Olivia, hay un paciente del doctor Martins. Viene de urgencia y, como él se ha marchado, quería saber si tú podías atenderlo. Es muy guapo — añade en voz baja.*

*—Dile que pase. —Me río a solas, pensando que es en lo único en lo que se fija. No me molesta quedarme un poco más, ya que no tengo nada que hacer esta noche.*

*—Hola. Gracias por atenderme —saluda una voz varonil a mi espalda. Al girarme quedo impactada por el hombre que tengo delante y creo que él lo nota.*

*—De nada. Espero que no le importe que sea yo la que lo haga.*

*—En absoluto. Tal y como me duele, me pongo en manos de quien sea. — Se aprieta la mandíbula con la palma. Su forma de mirarme hace que me tenga que agarrar con disimulo al filo del mueble donde está el material. La definición de mi compañera se queda corta. Eso es enamorarse a primera vista y lo demás son tonterías.*

*De primeras le da cierto aire a Cameron, pero más hombre, más maduro.*

*Tiene el pelo algo ondulado, lo que hace que parezca despeinado, unos ojos azules claros que parecen transparentes y una boca muy grande, al sonreír muestra hasta el primer molar —deformación profesional absoluta—. Viste traje oscuro y me cuenta, mientras se deshace de la chaqueta y afloja la corbata, que viene del trabajo.*

*Le invito a que se tumbe, momento que aprovecho para terminar de colocarme los guantes. Me siento en el taburete, tumbo el sillón del paciente y lo alzo para tenerlo a buena altura para trabajar. Me sobresalto cuando sonrío tan cerca de mi rostro y creo que se está dando cuenta.*

*—Pues tú dirás —profiero antes de colocarme la mascarilla, intentando calmarme.*

*—Llevo todo el día con un dolor tremendo aquí. —Señala una muela de abajo. Enciendo la lamparita para verla mejor, tocándola con el índice.*

*—Esto tiene mala pinta. Voy a intentar salvarla haciendo un empaste, pero creo que terminarás teniendo que hacerte una endodoncia.*

*—¿Y eso duele? —Lo miro con cara de circunstancias ante la pregunta e intento ser lo más profesional posible cuando lo que me dan es ganas de soltar una carcajada.*

*—Tranquilo, no duele nada. —Su cara de alivio es inmediata—. ¿Te lo empasto para que puedas aguantar hasta la vuelta del doctor?*

*—Vale, lo que tú digas.*

*Me levanto y preparo la anestesia en el banco de trabajo. Al volverme, le pillo mirándome el trasero, lo que me saca una sonrisa después de mucho tiempo. Vuelvo a sentarme junto a él. Antes de pinchar, le aviso.*

*—Molesta un poco, pero no duele, ¿vale?*

*Jack intenta responderme, pero con la boca abierta le resulta complicado, así que opta por alzar el pulgar de su mano derecha. Pincho un par de veces y espero a que la zona empiece a dormirse. Me fijo en sus dientes, blanquísimos y perfectamente alineados. Se nota la mano de un buen ortodoncista.*

*—¿Cuánto tiempo llevaste ortodoncia? —le pregunto mientras limpio la muela y así lo mantengo entretenido fuera de mi trabajo. Sé que es molesto que alguien te esté trasteando en la boca.*

*—Un año —contesta cuando aparto las manos—. Eres muy buena, te has dado cuenta rápido.*

*—Es mi trabajo —respondo con la mejor de mis sonrisas, satisfecha.*

*Antes de lo que él esperaba, he terminado. Apago la lámpara e incorporo el respaldo del sillón y lo bajo para que él pueda poner los pies en el suelo. Se queda unos minutos sentado con la mano sobre la mejilla.*

*—No puedes comer ni beber nada en un par de horas —le advierto de espaldas, recogiendo el material.*

*—Entonces..., de invitarte a tomar algo esta noche mejor no hablamos,*

*¿verdad? —Al girarme ante su frase, lo encuentro con la vista clavada en mí.*

*—No, mejor que no.*

*—Bien. —Se pone en pie algo compungido. Sin prisa, recoge sus cosas—.*

*Muchísimas gracias, doctora...*

*—Olivia. Puedes llamarme «Olivia».*

*—Bonito nombre, Olivia. —Sonríe, tendiéndome la mano a modo de despedida—. Jack. Tú también puedes llamarme solo «Jack».*

*Sale de la habitación con la chaqueta colgando del brazo; mientras, yo sigo recogiendo todo para esterilizarlo antes de dejar la consulta. No me molesta quedarme cuando surgen estos imprevistos, porque tampoco tengo nada mejor que hacer. No salgo con nadie desde que terminé con Owen y me he prometido a mí misma no hacerlo en diez años.*

Aunque me gustó que Jack me insinuase ir juntos a dar una vuelta, por el tema de alimentar mi ego, también me pareció bastante descarado, ya que ni siquiera sabía si estaba soltera. Tenía pinta de ser el típico que iba tirando la caña por todos lados a ver qué pescaba y, por desgracia, no me equivoqué, a pesar de que lo comprendí tarde.

Me marché a casa sin sospechar que en menos de una semana estaría allí de nuevo, esta vez preguntando por mí. Lo hizo tres veces más antes de que yo aceptase salir con él. Dije que sí, porque me resultó gracioso su argumento de que iba a dejarse el sueldo de ese mes en el dentista.

La última vez, como ya no le quedaban excusas, vino para hacerse una limpieza bucal. Casi me da la risa, porque tenía los dientes más limpios y blancos que había visto en mis años de profesión. Era el hombre de la sonrisa de anuncio.

*—Bueno, pues esto ya está —advierdo, quitándome la mascarilla y bajando el sillón. Después de tantas visitas en dos semanas, tenemos algo de confianza—. Tienes la dentadura más perfecta de Los Ángeles.*

*—Es que he encontrado una dentista muy buena que tiene unas manos increíbles —ronronea, cogiéndolas entre las suyas. Me sobresalto al sentir el contacto con ellas.*

*—¿Vendrás conmigo mañana al partido de los Dodgers? —indaga, soltándolas, y yo las guardo rápido en los bolsillos de mi bata queriendo atesorar el calor que me ha transmitido.*

*—Lo siento, pero odio el béisbol y hace tiempo que me prometí a mí misma no volver a pisar nunca más un estadio.*

*—Entonces, ¿te gustaba? —curioseaa, contrariado—. ¿Qué pasó?*

*—Tuve una mala experiencia. Simplemente. —Le dejo entrever que no voy a darle más explicaciones sobre mi vida.*

*—¿Fútbol americano? —Niego con la cabeza y arrugo la nariz. Tampoco me agrada la idea—. ¿Y al baloncesto? —Ruega con la mirada. Es tan insistente que me llevará a cualquier cosa que me agrade—. En la oficina*

*nos han dejado entradas para los Lakers. ¿Quieres? —insiste de nuevo con cara de niño.*

*—Está bien. Pero te advierto que nunca he ido, así que no tengo ni idea.*

*—Yo te lo explico. —Su cara demuestra gran entusiasmo—. Te recojo mañana a las seis aquí.*

*—De acuerdo. Hasta mañana —le despido en la puerta.*

Ahora aparece Jack solo en su despacho, sin chaqueta, con los pies sobre la mesa y lanzando una pequeña pelota a una canasta situada en la pared de enfrente mientras habla por teléfono. Ya imagino que es una de esas secuencias reveladoras en las que voy a conocerlo un poquito más.

*—Pasa —dice, tapando el auricular y haciendo un gesto con la mano. Brandon, su mejor amigo, entra en la habitación—. De acuerdo, al final de la semana lo hablamos. Adiós. —Cuelga.*

La misma expresión de golfo que tenía el día del hotel Beverly aparece en su rostro. Se me pone el vello de punta y, de forma instintiva, acaricio mis brazos.

*—¿Para qué las quieres? —indaga su compañero, dejando las dos entradas de los Lakers sobre la mesa.*

*—Voy a llevar a la dentista —anuncia, guiñándole un ojo.*

*—Por fin accede. —La misma sonrisa se dibuja en el rostro de su amigo.*

*—Sí, ha costado, pero estaba seguro de que al final... —No me gusta*

*verlo tan seguro de sí mismo al hablar de mí—. Esta noche va a ser una de las grandes... —Ambos ríen con fuerza.*

*—Cabrón con suerte —le suelta Brandon antes de levantarse para salir.*

Miro a Matthew incrédula, aunque no sé de qué me sorprende si ya sabía que Jack era así.

—Me alegro de haberlo dejado con las ganas después del partido —le susurró.

Él acerca su cabeza a la mía para que le explique. Ninguno apartamos los ojos de la pantalla.

—Yo, también.

Continuamos con una divertida escena en la que aparezco en mi dormitorio con Susan decidiendo qué ponerme. Aún faltaban casi tres horas para que Jack me recogiese, pero yo no dejaba de probarme prendas porque no me decidía. Creo que había perdido práctica con las citas. Mi amiga seguía saliendo con Mike y vivían juntos en un apartamento cercano al mío.

*Mientras me coloco el quinto conjunto de la tarde, me cuenta algo que me hizo darle una oportunidad a Jack.*

*—Los padres de Owen se divorcian —me comenta, doblando la ropa que he descartado ponerme.*

*—Me da pena por él. Porque ellos... no esperaba otra cosa —respondo con cara de asco. Cada día que paso lejos de Owen, odio más a su padre y a*

*mí misma por no haber sido valiente.*

*—Está fatal —me revela con tristeza por él—. ¿Tal vez podrías...?*

*—No, no puedo —le interrumpo sin saber lo que pretendía. Da igual lo que sea, necesito olvidarme de él.*

*—Solo iba a pedirte que lo llamasess. Nada más. —Tras nuestra ruptura, Susan lo está pasando también mal. Mike es muy buen amigo suyo, y sé que a ella no le gusta vernos a los dos sufrir—. ¿Sabes quién es Chelsea Davis?*

*—La súper modelo, ¿no? —Presiento que no me va a gustar lo que sigue en esta conversación.*

*—Se conocieron la otra noche en los Premios del Deporte y...*

*—Muy bien. A ver si el resto del mundo también empezáis a tener claro que hemos pasado página. —No debería pagarlo con Susan, pero me ha dolido solo con imaginarlo.*

*En silencio cojo unos jeans, además de unas Converse blancas, y comienzo a vestirme.*

*Las entradas son muy buenas. Estamos tan cerca de la pista que desde mi asiento puedo olerle el sudor a Kobe Bryant. Antes de entrar, hemos comprado unas bebidas y unas gominolas. A pesar de mi advertencia de que son lo peor que se puede comer: dulce y pegajoso, Jack ha insistido y se ha echado a reír.*

*—¿Qué te parece? —Cree haberme sorprendido con nuestras butacas*

*vip. Por primera vez lo veo vestir de modo informal con unos vaqueros azules y una camisa blanca remangada sobre el codo. Es la prueba de fuego para descubrir si, una vez que se quita su particular uniforme de traje y corbata, me sigue atrayendo. La forma de vestir refleja la personalidad.*

*—Estoy impresionada —reconozco antes de darle un sorbo a mi bebida, sin apartar la vista del juego. Está resultando ser más emocionante de lo que esperaba—. ¿Puedo saber cuál es esa empresa tan chula que te regala pases para cualquier deporte?*

*Jack señala mi vaso, y yo lo giro para mirarlo porque no lo entiendo.*

*—La misma que patrocina las vallas publicitarias y sale en las pantallas.*

*—¿Coca-Cola? —curioso, extrañada, creyendo que se trata de un error.*

*—Sí, soy ejecutivo de Coca-Cola. —Alarga la mano como si nos presentásemos de nuevo.*

*Al abandonar del estadio, tenemos nuestro primer contacto físico intencionado. Jack posa sus manos sobre mi cintura y, de esta forma, me dirige a la salida aprovechando la marea de gente con la excusa de no separarnos. Al principio me tenso, pero con solo una frase me relajo.*

*—Hueles muy bien —susurra en el hueco de mi cuello, que está despejado porque llevo una coleta alta. Antes de apartarse, lo besa haciéndome sentir un escalofrío brutal de placer.*

*Mi cuerpo me alerta de que llevo demasiado tiempo de abstinencia.*

*Me propone tomar algo en un local cercano, acepto porque realmente tengo mucha hambre. El sitio es muy original, un dinner decorado con temática de los Dodgers. Al abrir la puerta, el corazón me da un vuelco. Un poster gigante con Owen, agachado en posición de recibir la bola, preside la pared del fondo. Se me escapa una sonrisa al ver esa manía suya de sacar un poco la lengua para concentrarse.*

*Jack se percata de que algo me pasa, porque me he quedado parada obstaculizando la entrada y me tiemblan las piernas.*

*—¿Sucede algo? —consulta, aturdido, cuando al fin reacciono dándome la vuelta para salir de allí.*

*—Preferiría ir a otro sitio. Si no te importa.*

*—Claro. —Extrañado, sujeta la puerta para que yo salga—. Ahí enfrente hay uno de perritos y pizza...*

*—Genial. —Tomándolo de la mano, gesto al que él responde riendo, echamos a andar.*

*Nos sentamos en unos taburetes en la barra, pedimos un par de cervezas y unos perritos. Mientras nos los comemos, charlamos un poco de todo. Sé que Jack tiene curiosidad por conocer qué ha motivado mi despavorida salida del dinner e indaga de forma muy sutil.*

*—¿Puedo preguntar por qué ni béisbol ni fútbol? —Me mira sobre el filo del vaso entretanto bebe. Yo me limpio la boca con una servilleta antes de*

contestarle.

—En el instituto salí con el quarterback del equipo de fútbol. Entre otras muchas lindezas, me llamo «frígida infantil» por no querer acostarme con él la noche del baile de fin de curso. —Jack asiente y frunce el ceño—. Y el béisbol, porque hasta hace dos años estuve saliendo con un jugador.

—¿Profesional? —No puede ocultar su curiosidad.

—Sí, Owen Miller.

—Vale, ahora entiendo el porqué de tu reacción al entrar en el otro dinner —dice con una enorme sonrisa—. Lo siento, no tenía ni idea, pero no volverá a suceder. Desde ahora, solo baloncesto.

—No te preocupes, no podías saberlo —le excuso antes de morder mi perrito.

—La cosa es que tu cara me era familiar. Supongo que será de verte con él.

—Puede —respondo, encogiéndome de hombros.

Después de la cena, Jack me lleva a casa en coche. Cuando me bajo del vehículo, él me imita para despedirse. Nos damos un pequeño beso en los labios, «¡qué rápido intenta profundizar con la intención de ir a más!».

—Lo he pasado muy bien —agradezco, separándome de él—. Gracias por la cena.

—Supongo que no podré subir a tomar algo, ¿verdad? —cuestiona,

*mirándome a los ojos con una pícaro expresión que delata por completo sus pretensiones.*

*—Démosle emoción. Así te aseguras que haya otra cita. —Ríe, echando el aire con fuerza por la nariz.*

*—Está bien. Te llamaré —se despide de mí con un movimiento de la mano.*

*Yo busco las llaves en el bolso. Cuando creo que va a meterse en el coche para marcharse, corre hacia mí, me empuja contra la pared y me besa sin darme tregua.*

*—Lo siento, pero me moría por hacer esto —susurra sobre mi cuello—. La próxima vez, no te escapas —advierde entre risas.*

*Con esa promesa, arranca y se aleja.*

La palma abierta de Matthew detiene la película.

—Era efusivo, ¿no? —me pregunta alzando las cejas.

—Después de la escena del despacho, me alegro de haberle parado los pies aquella noche. —Guardo silencio unos segundos—. Aunque supongo que te imaginarás el motivo por el que no le invité a mi apartamento.

—Ilústrame —me pide Matthew.

—Tenía miedo de que cuando estuviese en la cama con Jack, fuese la cara de Owen la que viniera a mi mente —le confieso con una sensación que mezcla tristeza y vergüenza—. Aunque yo sabía que, poco después de

romper, había vuelto a las andadas con mil chicas, yo no podía. Estuve dos años sin acostarme con nadie.

—Lo sé. —La mano de Matthew nos devuelve a la historia.

Empezamos nuestra relación poco a poco. Jack entendió fácilmente que no debía atosigarme y lo hizo muy bien en ese sentido. Me fue ganando en cada cita hasta que, sin apenas darme cuenta, nos habíamos convertido en una pareja normal y corriente.

Nuestro viaje en el tiempo nos lleva a seis meses después de empezar a salir.

*Jack conoce mis gustos y, después del cine, vamos a cenar al mismo dinner que la primera noche que salimos.*

*—Yo... quería decirte una cosa. —Con un carraspeo se aclara la voz antes de seguir. Lo observo mojando patatas fritas en kétchup. Algo muy poco glamuroso para lo que tenía que proponerme—. Me gustaría que lo nuestro fuese en serio.*

*Abro los ojos de par en par, sorprendida con sus palabras. Jack ladea un poco la cabeza y sus labios se curvan en una pequeña sonrisa al percatarse de mi asombro.*

*—No te asustes, ¿vale? —continúa, y va acercando un poco su taburete al mío—. Pero yo estoy cansado de relaciones vacías con fecha de inicio y fin. Busco a alguien para compartir mi vida. Casarnos y tener hijos. Y tengo*

*claro que quiero que seas tú.*

*—¿Qué me estás pidiendo, Jack? —Es lo único que logro articular tras su parrafada.*

*—Me gustaría que te vinieses a vivir conmigo, Olivia. Desde esta noche.*

Dormí en la que fue mi casa desde ese día. Estoy segura de que las declaraciones de Chelsea Davis sobre su deseo de ser madre junto a Owen tuvieron mucho que ver en mi decisión. Jack se había convertido en mi tabla de salvación de cara a la galería. Era perfecto, porque todos pensaban que tenía superado lo de Owen y era feliz junto a él. Todos, menos Susan.

*—Cuando te apetezca, organizo una cena en mi ático para que hables con Owen, y los dos dejéis de hacer el idiota —me reprocha, agitando su copa de vino en uno de nuestros restaurantes preferidos, al que nos escapamos una vez en semana para comer y ponernos al día.*

*—No hace falta que planees nada, puesto que yo soy muy feliz junto a Jack —le respondo, aun sabiendo que no se lo cree.*

*—Olivia, no me hagas reír —ironiza, apoyándose sobre la mesa para estar más cerca de mí—. Lo vuestro no me lo trago. —Retoma su postura, apoyada en el respaldo, bebe un sorbo y prosigue—: Puedes engañar al mundo pero no a mí. El día que vuelvas a tener a Owen delante caerás rendida en sus brazos.*

*—¿Qué te apuestas a que te equivocas? —le reto, muy segura de mí*

*misma.*

*—Un fin de semana en Las Vegas. —Con un apretón de manos, acepto la apuesta.*

*—Me da pena desilusionarte, pero vamos tan en serio que esta semana voy a conocer a su madre y a su hermana. —Susan pone los ojos en blanco y vuelve a beber.*

La película nos lleva a la escena de la primera vez en la que vi a aquellas dos mujeres. A simple vista, la madre de Jack me pareció una estirada, al igual que su hija. Ambas caminaban completamente rectas, como tensas, y tenían esa cara de parecer que todo huele mal a su alrededor. Jack era muy diferente a ellas.

La noche fue mucho peor de lo que pensaba. No les caí bien, y en ningún momento lo ocultaron. Me hicieron sentir incómoda con sus constantes comentarios hirientes sobre mi interés en la buena posición social de Jack para encontrar más contactos, o que yo no estaría a la altura de la familia por ser una chica de pueblo.

La mujer era la típica protectora que teme dejar volar a su hijo. Tal vez, por eso se desmadraba tanto en su día a día alejado de ella. Su padre murió cuando era un niño, y siempre le llevaron a pensar que era perfecto, por eso a ojos de su madre ninguna mujer era suficiente para él.

Me disculpé para levantarme e ir al baño. Necesitaba ese momento de

descanso mental. Frente al espejo me refresco la nuca. El escenario cambia a la mesa donde los tres tienen una conversación.

—*Qué mona, ¿no?* —ironiza su hermana antes de llevarse el tenedor a la boca. *En sus ojos se adivina que desea oír la reacción de su progenitora.*

—*Sí, es como una muñequita. Solo sirve para exhibirla.*

—*Mamá...* —se queja Jack ante su comentario.

—*No pensarás en serio que es una chica para ti.* —Se muestra escandalizada—. *Por favor, a saber dónde queda ese pueblo del que dice que viene y quiénes son sus padres.*

—*A ver que yo te entienda.* —Se enfada Jack—. *¿Quieres o no que siente la cabeza?*

—*Claro que sí, hijo. Pero no con cualquiera.* —La hermana de Jack sonríe, encantada.

—*Aunque no lo creas es perfecta cara a la galería, y eso es lo que te importa, ¿no? Pues ya está.*

*De vuelta del baño, al sentarme en la mesa, hay un sospechoso silencio, de esos que delatan que hablaban de ti, y la tensión puede cortarse con un chuchillo.*

Imágenes de nuestro día a día se suceden acompañadas por *Crazy in love* de Beyoncé. Jack y yo en el coche, cenando en casa, en Wilmington de vacaciones, saliendo con Susan y Mike... y, al final de la tanda de buenos

momentos, unas que me asquean especialmente. Yo sola en casa viendo la televisión en pijama, y Jack, con sus compañeros de trabajo en un club.

Cojo a Matthew por la muñeca y le obligo a que lo detenga poniendo su mano en dirección a la pantalla. Luego respiro hondo. Necesito un segundo de calma.

—¿Podemos dejarlo aquí? —pregunto, siendo consciente de que la respuesta va a ser negativa.

—Sabes que no.

—Paremos aquí la historia de Jack, por favor. No tengo ningún problema en ver a Nicholas ni a Ben, pero no me obligues a seguir viendo esta parte de mi vida.

—Lo siento. —Baja la vista, apenado—. Yo soy un mero intermediario, pero piensa que todo ya es pasado...

—Aun así, duele sentirse tan estúpida. Lo veo y vuelvo a pensar cómo no me di cuenta antes. Toda esa farsa de la campaña del año y las miles de reuniones con la agencia de publicidad. —Río con falsedad y aprieto los puños frustrada.

—Tranquila —me anima Matthew, sonriendo mientras aprieta mis mejillas con sus manos—, eso solo demuestra que no era el adecuado.

Enfadada, resoplo. Y la película sigue.

El día de mi treinta cumpleaños, Jack me regaló una sesión de belleza

completa para tener la casa libre para él solo y preparar una cena romántica.

Cuando llegué, encontré un camino de pétalos de rosas y velas que me marcaban la dirección a la terraza. Era una noche de abril que acompañaba y allí tenía montada una mesa espectacular.

*Me arrojo a sus brazos, emocionada por la sorpresa. Jack me alza del suelo, y yo, apoyada contra la pared, rodeo su cintura con mis piernas mientras lo beso.*

*—Si sigues así... vamos a tener que empezar por el postre —me susurra al oído.*

*—¿Tienes algún problema?*

*—Ninguno, pero me gustaría antes darte mi regalo. —Despacio, me baja al suelo.*

*—Tú ya eres lo mejor para mí —le halago, mientras él entra al salón.*

*Me sirvo una copa de vino, me descalzo y me dejo caer en una silla para picotear algo, mientras Jack vuelve. Sonríe ampliamente, lo que me hace sospechar que se trae algo importante entre manos.*

*—Ponte de pie, por favor. —Dejo la copa sobre la mesa y le obedezco cuando me toma de la mano.*

*—Voy a decirlo todo del tirón porque si me interrumpes, no creo que pueda seguir. —Resopla y mueve el cuello a un lado y a otro, destensándose. Se arrodilla, y yo contengo la respiración—. Este ha sido el mejor año y*

*medio de mi vida, y me gustaría que el resto de ella fuese igual, por eso, quiero pasarla a tu lado. ¿Quieres casarte conmigo?*

*—Sí, sí, sí. —Me agacho para darle un beso. Estoy flotando en una nube. Soy la mujer más feliz del mundo y siento que nada puede estropear este momento.*

*¡Ja, ja, ja!*

Toda mi familia aceptó con entusiasmo la noticia de mi boda. Mi madre y Karen lloraron de emoción con la noticia al verme tan contenta; la de Jack, de rabia al ver que su hijo no seguía sus consejos. Todos se volcaron con los preparativos, como se ve en esta escena.

Tras la prueba del menú, mis padres y mi hermana se marcharon a ver las flores que encargué la semana anterior. Yo había quedado con Susan en la prueba del vestido. Una escena nueva para mí se desarrolla.

*Antes de entrar en la floristería, Zack coge a mi hermana del codo con la intención de detenerla, para que mis padres entren y así hablar a solas.*

*—¿Qué haces? —pregunta ella sin entender nada. Los viandantes les esquivan, pensando que la mitad de la acera no es el mejor sitio para tener una conversación.*

*Mi madre se asoma a la puerta al ver que no les siguen.*

*—Danos un segundo —le pide mi cuñado, señalando con los dedos un pequeño espacio de aire.*

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No me gusta —suelta—, rascándose la parte baja de la cabeza.

—¿Qué no te gusta? ¿El menú? —Karen no entiende nada. Se ve en su mirada.

—Jack —reconoce, bajando el tono—. Hay algo que en ese tipo que me da mala espina.

—No me vengas con esas ahora, cielo. —Karen se lleva las manos a la cara, desesperada. Sabe que su marido para eso tiene un sexto sentido—. Estamos a un mes de la boda...

—Por eso, te lo digo antes de que sea demasiado tarde. —Zack aparta las manos de Karen de su rostro y, con la mirada, le suplica que charle conmigo.

—No, ni hablar. Tú mejor que nadie sabes lo mal que lo ha pasado y cuánto le ha costado dar el paso.

—Pero Karen...

—Solo te pido una cosa. Cállate, por favor.

*Sin más palabras, ambos entran en la floristería.*

Al verme vestida de novia y subida sobre una plataforma mientras me observaba en los espejos que llenaban las paredes de aquella habitación en la tienda de novias, un nudo enorme se me coge al estómago.

—Estás preciosa... —dice Matthew, apartando un momento la vista de la pantalla.

—Gracias —susurro, echando mano a su bebida para refrescarme la garganta.

*Mis hombros bronceados resaltan bajo el vestido blanco roto, ceñido hasta la cintura resaltando mis curvas y con una pequeña cola de sirena. Me he negado a comprarme uno clásico como el de Karen, porque no me sentiría cómoda, y creo que eso es lo principal en ese día.*

*Susan me observa desde un sillón dorado en una esquina de la sala. No le importa lo más mínimo que una de las dependientas nos acompañe para decirme lo que piensa sobre la boda.*

—Owen se casa —suelta, poniéndose de pie y colocando una revista con la noticia ante mis ojos.

—Yo, también —me burlo, apartando la foto—. Por si no te habías percatado —añado, deslizando las palmas por el vestido.

—¿En algún momento pensáis cesar de hacer el idiota? —La situación la desequilibra totalmente. Nos quiere a los dos y sufre por la situación. Mike está cansado de explicarle que deje que las cosas sigan su curso, pero ella se empeña en no hacerlo.

—Susan... —No me permite acabar la frase.

—No, escúchame tú. Solo quiero tu felicidad —me aclara, tomando mis manos—, y sé que no está junto a Jack.

*La dependienta, mientras me coge el bajo, carraspea por si nos hemos*

*olvidado de que sigue allí. Miro al frente, perdiendo la mirada en mi propia imagen reflejada en el espejo.*

*—Necesito hacerlo, Susan. —Estoy a punto de llorar.*

*—Solo explícame por qué lo dejaste y no volveré a nombrarte a Owen. Lo juro. —Hace una cruz con sus dedos índices y la besa, arrancándome una sonrisa en medio de tanta tensión.*

*—Le importa disculparnos un segundo —me dirijo a la dependienta.*

*—Claro, avísenme cuando terminen.*

*La mujer sale dejándonos a solas. Es el momento de enfrentarme a la verdad. Respiro hondo posando mis manos sobre mi vientre para sentir cómo se llena de aire.*

*—La tarde que volvimos de Nueva York, el padre de Owen me ofreció un cheque en blanco para que le abandonara. —Susan da unos pasos hacia atrás y busca a tientas el sillón.*

*—Maldito cabrón...*

*—Me echó en cara que estar conmigo no le beneficiaba a Owen. Según él lo tenía desconcentrado.*

*—Habrá comprobado lo equivocado que estaba con la primera temporada en los Yankees. —Susan cruza los brazos y apoya la barbilla en ellos, pensativa—. Pero ¿por qué nunca se lo has dicho a Owen?*

*—Es su padre, a fin de cuentas. No me atreví.*

*—Todavía no entiende qué hizo mal contigo. Se quedó destrozado.*

*—Por lo que más quieras, Susan, no se lo confíes. Jamás le cuentes a nadie que hemos tenido esta conversación —le suplico, mirándola a los ojos. Hemos compartido muchas cosas juntas, y sabe leer en ellos mejor que nadie que es cuestión de vida o muerte.*

*Mi mejor amiga se pone de pie y me limpia las lágrimas con los dedos. Luego me abraza con fuerza y me promete algo que cumplirá.*

*—Jamás, pecosa.*

Imagino de sobra la siguiente escena y antes de que empiece, me siento estúpida y me pregunto de nuevo cómo no me di cuenta de nada.

*El escenario es la clínica. La recepcionista me llama entusiasmada para que salga porque un mensajero ha dejado allí algo, pero no quiere desvelarme qué es. Salgo con las manos en los bolsillos de la bata y veo un colorido ramo sobre el mostrador de recepción.*

*—¿Y eso? ¿Quién te manda flores? —curioso junto a mi compañera, acercándose para olerlas. Aunque no hace falta porque su perfume ha inundado la sala.*

*—No son mías. Son para ti. —Se pone en pie, rodeando su mesa para salir.*

*—¿Bromeas? —Estoy asombrada. Es la primera vez que alguien me*

*envía rosas al trabajo—. Supongo que serán de Jack —anuncio, sacando un sobre de entre ellas.*

*—No lo sé. Me he contenido para no leerla —reconoce entre risas—. ¿El señor Coca-Cola no tiene un hermano para mí?*

*—Me temo que no. Solo tiene una hermana.*

*—Si es como él, no es una opción que descarte en la vida.*

*—No te lo aconsejo, créeme. —Ansiosa por descubrir el remitente, apoya la barbilla en mi hombro para leer la nota.*

*Abro el sobre y saco un papel en el que leo: Me gustaría almorzar contigo. Hoy en el Regent Beverly Wilshire. Nos vemos a la una. Es muy importante.*

Nadie la firmaba, pero yo di por hecho que el artífice de ese maravilloso detalle era Jack. «Ingenua de mí», me digo ahora. Atendí a los dos siguientes pacientes pensando únicamente en mi encuentro y deseando que llegase la hora para salir.

El hotel, el mismo donde se rodó la película *Pretty Woman*, está situado en Rodeo Drive, a unas manzanas de mi clínica. A pesar de la cercanía, decidí coger un taxi, porque no quería hacerle esperar. Entré en el *hall* sintiéndome protagonista, como en aquella escena tras la que Vivian viene de compras. Creía que sería el inicio de mi propio cuento de hadas, pero no fue más que el comienzo de una larga y horrible pesadilla.

Días antes, le había confesado a mi hermana por teléfono que por fin veía la luz y que mi vida no podía ser más perfecta. Ciertamente, estaba al máximo de su perfección y desde esa cumbre cayó en picado, dándome la bofetada más fuerte que jamás había recibido.

*Al verme entrar, una joven rubia, con un ceñido vestido fucsia calzando unos tacones de vértigo, se acerca con paso seguro a mí.*

*—Eres Olivia, ¿verdad? —me pregunta, cortándome el paso. Es una chica espectacular de poco más de veinte años con todo muy bien puesto en su sitio, para qué negarlo.*

*—Sí, soy Olivia. ¿Y tú eres? —Miro a mi alrededor, esperando que en cualquier momento salga Jack y este encuentro, que empieza a olerme mal, no sea más que una coincidencia.*

*—Soy Tracy. Te envié las flores esta mañana. —Me ofrece su mano y sonrío con dulzura, pero me resulta una sonrisa demasiado ensayada.*

*—Ya... —Comienzo a estar un poco nerviosa. ¿Quién es esta mujer y qué tiene que decirme?*

*—¿Te gustaría tomar algo?*

*—No tengo ganas de formalismos. Tienes algo importante que decirme, ¿no? —Mi tono es de chulería, aunque solo pretendo defenderme—. Pues adelante.*

*—Sentémonos al menos —me pide, señalando el mismo club que ocupaba*

*ella hasta mi llegada.*

*Tomo asiento frente a la chica con una postura incómoda. Ni siquiera pego la espalda al respaldo del sillón. Sentada al filo del asiento, me fijo en sus interminables piernas, que ahora tiene cruzadas, en las que no hay ni gota de celulitis. Espero en silencio a que ella hable mordiéndome el interior de la mejilla.*

*—Imagino que te habrá sorprendido que quisiera verte. —Pretende aparentar una timidez que no tiene.*

*—Imaginas bien —respondo, mirando la hora en mi reloj y queriendo demostrarle que no tengo mucho tiempo para ella.*

*—Seré rápida. —Se da por aludida. «Chica lista», pienso—. Quería hablarte de Jack.*

*Se me atraganta la saliva en la garganta y se me seca la boca en cuestión de segundos. Por su aspecto creí que iba a hacerlo sobre Owen. Había perdido el control de su vida y ese era el prototipo de chica con el que le gustaba divertirse.*

*Le insto con la mirada a que siga mientras continúo mordisqueándome el interior del carrillo.*

*—Verás —carraspea un poco—, sé que vais a casaros, pero creo justo que sepas que tiene una relación paralela con una de mis compañeras.*

*El mundo se detiene a mi alrededor, los ruidos del hall comienzan a sonar*

*muy lejanos. La chica sigue hablando, mas yo solo me fijo en cómo se mueven sus labios sin saber qué dice. El corazón me palpita en la sien y todo empieza a volverse borroso.*

*—¿Estás bien? —Cuando recupero la consciencia, encuentro a la chica acuclillada ante mí con un hielo derritiéndose entre sus dedos.*

*—¿No me habré desmayado, verdad? —le suplico, aún temblorosa.*

*—No, te has quedado en shock. He cogido esto y te lo he pasado por la nuca para refrescarte —me explica, volviendo a dejarlo en el vaso.*

*—¿Estás bien? —indaga con una mirada y un tono compasivos.*

*—Sí, creo que sí. —Me recuesto en el asiento, aturdida. Al notarme más relajada, ella ocupa de nuevo su asiento frente a mí.*

Si saber que Jack jugaba a dos bandas fue doloroso, lo que continuaba la historia fue, como poco, humillante. La noticia me cayó como un jarro de agua helada.

*—¿Desde cuándo están juntos? —pregunto con un hilo de voz.*

*—Hace poco más de un año. —«¿Un año? Lleva todo ese tiempo con esta doble vida», me cuestiono para mis adentros—. Se conocieron una noche en el club.*

*Mis ojos se abren como platos al oír esa palabra.*

*—¿Cómo que el club?*

—El sitio de striptease donde trabajamos.

No puedo aguantar nada más. Me apoyo los codos sobre mis rodillas y escondo la cara entre mis manos. Mil preguntas acechan mi mente. Todas empiezan con un por qué: ¿por qué me ha hecho esto?; ¿por qué Tracy me lo cuenta?; ¿por qué tengo que creerla?; ¿por qué no puede estar tendiéndome una trampa? Es evidente que necesito muchas respuestas que voy a buscar, aunque sea lo último que haga.

—¿Cómo se llama ese club? Quiero comprobarlo por mí misma. —Mi tono está lleno de altivez.

—No hace falta que vayas a ningún sitio. Si te quedas aquí un rato más, los verás bajar de la habitación. Vienen a este hotel todas las semanas.

Palidezco, y lo sé porque siento el frío en mis manos y la rigidez en mi cuerpo. «¿Y ahora qué hago?».

—Yo me marcho. Ya sobro aquí —anuncia Tracy, poniéndose de pie y colgándose un pequeño bolso del hombro—. Si puedo hacer algo, me encontrarás en el Paradise.

Alzo la mirada. Está de pie ante mí, y encuentro comprensión en su mirada. Antes de girarse para marcharse de allí, me dedica una sonrisa que me recuerda a Karen. Me susurra que tenga suerte y se aleja contoneándose sin pudor, provocando que varios tipos se hipnoticen con ese movimiento.

Me quedo desmadejada en el sillón trazando un plan. Lo primero que

*hago es ir a recepción y comprobar si Jack tiene una suite a su nombre. «Cómo puedes ser tan simple», mascullo entre dientes al confirmarme una de las recepcionistas que está allí alojado. Claro, jamás pensó que la tonta de Olivia se enteraría de nada.*

*Busco un asiento situado justo frente al ascensor para que, en cuanto se abra la puerta, pueda gritarle «¡sorpresa!» a ese cabrón. Lo siguiente, es llamar a la clínica con la excusa de que me ha surgido un imprevisto y necesito que anulen todas mis citas de la tarde.*

*Paso allí sentada más de dos horas, que se hacen eternas y complicadas de llevar por los nervios. Cuando empezaba a desesperar, la puerta del ascensor se abre y aparece ante mí la sonrisa de Jack. Le acompaña una chica muy parecida a Tracy, de pelo rubio oxigenado a mitad de la espalda y una delantera bastante considerable. Es algo más baja que él a pesar de la altura de sus zapatos que, de lejos, se ven que son malos al igual que el vestido. A él no parece importarte, porque rodea su enjuta cintura con propiedad clavándole los dedos en la cadera. Viene tan ensimismado haciéndole arrumacos que aún no ha reparado en mi presencia.*

*Me pongo en pie y camino con seguridad hasta ellos. La sonrisa de Jack se borra de un plumazo al verme. La chica parece no entender nada.*

*—¿Celebrando la despedida de soltero con un estriptis privado? —  
espeto, cruzándome de brazos ante ellos con un aplomo que no sé de dónde*

*saco pero que agradezco.*

*—Olivia —tartamudea—, ¿qué haces aquí? —añade, soltando a su amiguita.*

*—Eso creo que debería preguntarlo yo. Te falta mucho para ser Richard Gere, ¿no crees? —Sin darme cuenta, he subido un poco el tono de voz y las personas que nos rodean nos miran con disimulo.*

*—Hazme el favor de no montar ninguna escenita —me ordena, cogiéndome del brazo para apartarme a un lado. Ella nos sigue.*

*—Suéltame, no me toques después de haberte tirado a esa puta.*

*—Eh, disculpa —me reprocha la joven, a la que ignoro por completo. Se aleja cuando Jack, sin mirarla, la aparta de un manotazo en un gesto muy feo hacia ella.*

*—Tenemos que hablar, cariño —me pide con cara de compungido. Comprueba observando a nuestro alrededor que nadie nos preste atención, cosa que, por supuesto, no sucede.*

*—Yo creo que está todo bien claro —le aseguro, forcejando para sacar la alianza de mi dedo. Jack intenta impedírmelo con sus manos sobre las mías, pero las aparta con rapidez al ver mis ojos salirse de las órbitas cuando me toca por segunda vez.*

*La chica, que sigue de pie junto a nosotros, parece haberse borrado de su memoria porque actúa como si ella no estuviese allí. Siento un alivio*

*indescriptible cuando logro sacarla y, más aún, cuando se la arrojo a la cara y me doy la vuelta para marcharme.*

*—¡Olivia, espera! —me grita, corriendo tras de mí.*

*Mi cerebro y mi sentido común me conceden un último empujón de cordura y autocontrol que agradezco. Me acerco a él y, señalándole con el índice, le silabeo para que no le quepa duda:*

*—No-te-a-tre-vas-a-pro-nun-ciar-nun-ca-más-mi-nom-bre. No-vuel-vas-es-ta-no-che-a-ca-sa. No-me-bus-ques. Pa-ra-ti-he-de-ja-do-de-e-xis-tir.*

*—¡Muy bien dicho! —me anima una señora, que fisgoneaba desde el principio de la discusión.*

*E, intentado contonearme como Tracy y con la poca fuerza que me quedaba dentro, me subo a un taxi, en el que por fin, tras mucho aguantar, rompo a llorar.*

La pantalla vuelve a negro y la filmación se detiene. Me rasco la cabeza y coloco bien mi pelo bajo la comprensión de Matthew, que espera que me pronuncie.

*—¿Sorprendido? —Finjo con una leve sonrisa.*

*Mi amigo alza las cejas dejándome ver que sí.*

*—Tranquilo, ya está superado —intento restarle importancia al hecho de que todas mis relaciones salgan mal—. Creo que debí quedarme en Wilmington y seguir con Colton, como hizo mi hermana con Zack. Ahora*

sería más feliz.

—Si te hubieses quedado con Colton no sería tu vida y no habrías llegado a donde hoy.

—¿Tú crees? —No lo tengo del todo claro en estos momentos.

—Por supuesto. Sería diferente.

—Ya queda poco —anuncio, deseando acabar—. Nicholas y... Ben —susurro el nombre de este último.

—¿Tienes ganas de llegar a Ben? —quiere saber, mirándome a los ojos de un modo que resulta un tanto intimidante.

—Más bien tengo miedo —reconozco—. Pero como tú has dicho: «pasito a paso». Vamos a por Nicholas.

## Capítulo 9

Relajada, mastico palomitas mientras Matthew comprueba sus notas. Lo peor de mi vida amorosa ya ha pasado y, después de no sé cuánto tiempo aquí encerrados, me siento encantada con su compañía. Lo miro divertida, parece estar algo perdido. Termino por arrebatarse los *post-it* de las manos y arrugarlos.

—Conocí a Nicholas a los treinta y uno, un año después de que Jack me rompiera el corazón —le explico—. ¿Qué más quieres saber?

Matthew sonrío con mi aclaración, me mira a los ojos y dice:

—Cuéntame lo que te apetezca. —Mete la mano en mi paquete y se lleva un puñado a la boca.

Carraspeo para darle un toque de humor a la situación antes de introducir mi historia. Esta es la parte menos dolorosa y de la que más cosas positivas puedo sacar, por lo mucho que me ayudó Nicholas.

—Meses después de romper con Jack, como siempre me gustó la moda y he tenido algo innato para desarrollarla, Susan me regaló el blog como *hobby* para llenar mi tiempo libre.

—¿Cómo es eso? —pregunta, con la pajita rozándole los labios, antes de beber.

—Sí, ella lo abrió y me dijo: «Nena, deja de lamentarte y comparte tu talento con el mundo» —bromeo, imitando su voz—. Susan es increíble. Me encantaría que la conocieras. Bueno, no. —Matthew alza las cejas ante mi cambio de opinión—. A ver, no en estas circunstancias. Ya me entiendes...

—Sí, lo comprendo. Y así nació *Cool City* —asegura Matthew.

—Exacto. Comencé subiendo fotos de mis *looks*, de algunas prendas que me gustaban y de cómo podían combinarse. De la noche a la mañana, las visitas y los seguidores empezaron a subir. Las marcas me enviaban ropa y la gente me reconocía por la calle.

—Debió ser una locura.

—Lo fue. —Tras un silencio, prosigo—: Una vez hice una combinación con una chaqueta que al día siguiente se agotó en las tiendas. —Mathew me mira con asombro—. Ni siquiera con Owen la popularidad fue así.

—¿Qué hiciste?

—Dejé mi trabajo en la clínica y me centré cien por cien en el blog. No obstante, se desmadró todo y al mundo ya no solo le interesaba qué me ponía sino todo sobre mi estilo de vida. La situación llegó tan lejos que las chicas pasaban horas en la puerta de casa para verme al salir.

—Entonces decidiste visitar a un psiquiatra.

—Sí, arrastraba varios traumas —me refiero así a mis rupturas con Owen y Jack—. Y, para colmo, no sabía gestionar esa fama, así que acudí a la

consulta de Nicholas, recomendado por una conocida de Susan.

—¿Lo vemos? —pregunta Matthew, y yo digo que sí con una enorme sonrisa.

*Nerviosa, repiqueteo las uñas pintadas de burdeos sobre la pantalla de mi teléfono móvil. Dos personas más me acompañan en absoluto silencio en la sala de espera. Una de ellas lee un libro del que no puedo ver la portada porque la tiene forrada con papel de periódico; la otra, observa con melancolía el horizonte a través del cristal de la ventana. Cierro los párpados, dejándome llevar por las notas de música clásica que flotan en el ambiente y pensando si estar allí es buena idea cuando la recepcionista dice mi nombre.*

—¿Señora McCain? — nombra al aire, barriendo con los ojos la habitación.

—Soy yo —respondo, saliendo de mi trance.

—Acompáñeme por aquí, por favor.

*Sigo a la mujer por un largo pasillo adornado por esos cuadros que se usan para las pruebas psicológicas en las que te preguntan «¿qué ves aquí?». Para mí todas son mariposas, no sé si será bueno o malo.*

*Golpea la puerta con los nudillos antes de abrirla, sin que nadie le indique que lo haga, me cede el paso y cierra tras de mí. De pie, echo un*

*vistazo rápido a la habitación. Es grande, con dos ventanales que le proporcionan mucha luz. Unas estanterías blancas repletas de libros, un diván color crema y una silla de director, en la que el reputado psiquiatra me espera sentado escribiendo algo en un cuaderno de hojas amarillas que sostiene sobre sus rodillas.*

*—Pase y siéntese —me pide, poniéndose de pie. Me acerco a él y me detengo de repente al ver su rostro. Intento ocultar la mueca que, de modo inconsciente, ha aparecido en mis labios.*

*Es tremendamente atractivo. Rondará los cuarenta y cinco años, pelo castaño claro, una leve barba de dos días y los ojos turquesa. Me recibe mostrándome su perfecta y blanca dentadura, y al darme la mano siento una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Con un gesto me invita a tumbarme en el diván, yo prefiero sentarme.*

*—Buenas tardes, señora McCain —me saluda, apoyando el tobillo sobre la rodilla contraria, mostrando unos calcetines de rayas de colores que me gustan. Me relajo—. ¿Cuál es su nombre?*

*—Olivia.*

*—Muy bien, Olivia. —Muestra una irresistible sonrisa—. Yo soy Nicholas. Si te parece bien, vamos a tutearnos.*

*—De acuerdo —digo, cruzando las piernas.*

*—Cuéntame por qué estás aquí.*

*¡Uff!, si piensa pasarse la hora mirándome de esa forma, va a ser muy complicado que yo pueda relatarle nada.*

*—Vengo empujada por dos amigos. No han querido acompañarme pensando que si entran, no saldrán de aquí porque están más locos que yo.*

*—Sonríe de medio lado con la explicación.*

*—No hace falta estarlo, como dices, para venir al psiquiatra. De hecho, en mis años de carrera nunca he conocido a uno.*

*—Bueno, ellos creen que necesito ayuda de un profesional. Estoy teniendo ciertos problemas con el mundo en los últimos meses.*

*—Ya veo. —Toma notas por primera vez—. Vayamos al principio. ¿A qué te dedicas?*

*—Hasta hace poco era odontóloga. Ahora gestiono un blog de moda.*

*—¿Vives de él? —Es la primera persona que no pone cara de asombro cuando lo escucha. Asiento a su pregunta—. Interesante.*

*—¿Cómo empezaste?*

*—Tras la ruptura con Jack tenía mucho tiempo libre para matar, y mi mejor amiga me animó a hacerlo. Juro que todavía no sé cómo he llegado a donde estoy —le confieso entre risas. El tono distendido de la conversación y el ambiente relajado me infunden seguridad. Tanta que, cuando me he dado cuenta, estoy tumbada charlando de forma animada sobre mi vida con ese completo desconocido que me inspira más confianza que alguna gente de mi*

*entorno.*

*Una hora después estoy de camino a un bar donde he quedado con Marcus para contarle mi experiencia. Iba asustada, pero tampoco ha sido para tanto. Hemos hablado sobre el blog y mi infancia, sin entrar en temas personales.*

*Descubro a mi amigo sentado en un sofá al final del local trabajando con su portátil. Me acerco y le susurro por la espalda*

*—Pasaba por la puerta, y he visto a un tío tan estiloso que he tenido que entrar para verlo de cerca. —Ríe con falsedad, pero en el fondo le encanta que se lo diga.*

Marcus es estilista de una famosa firma de ropa. Lo conocí en una sesión de fotos a la que me invitó la marca para su catálogo de Navidad. Congeniamos desde el principio a pesar de que cuando está en el estudio es tan perfeccionista que se pone histérico y le contagia su estado a todo el que se encuentra a su alrededor. Resulta bastante complicado trabajar con él, pero es el mejor en lo que hace, por eso está en lo más alto.

*—¿Qué tal te ha ido? ¿Te ha curado las fobias? —bromea, cerrando el portátil mientras me quito el abrigo.*

*—No hemos hablado de eso.*

—¿No? Entonces de qué, ¿del Nasdaq? —ironiza, poniendo los ojos en blanco mientras da un sorbo a su copa de vino blanco.

—Me ha preguntado cómo empecé con el blog y algunos datos sobre mi infancia.

—Ya... Bueno, y lo más importante: ¿qué tal está? —Se acerca a mí con su habitual curiosidad. Es lo que más le interesa.

—No está mal —afirmo, sin querer darle importancia. Pero me conoce tan bien que la leve risita que asoma en mis labios hace que salte del asiento de la emoción.

—¡Te gusta! ¡Oh, lo sé! Vas a terminar liada con él. —Se lleva las manos a la cabeza.

—No lo creo. Parece un tipo muy profesional —reconozco con tono ceremonioso, alzando su copa para darle un trago.

—Me dijo Susan que estaba muy bien, ¿es cierto? —Tuerzo el gesto, moviendo la boca de un lado a otro fingiendo que pienso en algo.

—Mejor que bien —respondo tras una de esas pausas, que sé que lo ponen de los nervios—. Se da un aire a... cómo se llama el actor ese... —Marcus va a matarme de un momento a otro, porque sabe que conozco perfectamente el nombre—. Bradley Cooper.

—¡Dios mío! —grita, pareciendo no recordar que estamos en un lugar público—. Creo que voy a necesitar en breve unas sesiones de terapia.

Esperé mi segunda visita al psiquiatra con el entusiasmo de una niña ante la llegada de Santa. ¡Quién lo diría! Antes no quería oír nada sobre ellos y luego me pasaba todo el día hablando de él a boca llena como si hubiese estado años tratándome con uno.

Aquel día lo encontré espacialmente atractivo. La camisa azul oscura que lucía le sentaba muy bien, haciendo un perfecto complemento con el color de sus ojos. A simple vista me pareció un hombre de gustos sencillos al vestir.

*Me invita a tumbarme en el diván y, antes de retomar la charla anterior, me pregunta qué tal ha ido la semana. Esa forma de trabajar me gusta, porque resulta más una conversación distendida que una terapia.*

*—Han sido unos días muy ajetreados —apunto, cruzando las manos sobre mi abdomen, mirando al techo. Tal vez así sea más fácil hablar con él —. He estado adelantando vídeos y fotos, porque el martes viajo a Nueva York. Una marca de zapatos me invita a la inauguración de su tienda.*

*—Alucinante —balbucea más para él que para mí.*

*—Espero que no me dé un ataque de pánico al ver a tanta gente. —Mi broma le da pie a iniciar sus preguntas.*

*—¿Tienes problemas con eso? —Espera mi respuesta con el ceño fruncido.*

*—Un poco. Bueno, muchos —rectifico, tras pensar que no gano nada con*

*engañarle, ya que su intención es ayudarme—. Por eso estoy aquí.*

*—Bien. Cuéntame cómo empezó todo.*

*Le narro con pelos y señales mis inicios como bloguera y cómo, de pronto, un día alguien me reconoció en el supermercado y todo cambió en mi vida.*

*—No te lo vas a creer, pero he tenido chicas esperando en el portal de mi casa para seguirme por mi ruta de tiendas.*

*Nicholas me mira muy atento y parece no saber qué decir, así que yo sigo con mi monólogo. Mientras, él, de vez en cuando, toma notas.*

*—La cosa ha cambiado mucho. Cuando yo salía con Owen —le explico como si lo conociese de toda la vida—, los seguidores le abordaban en cualquier sitio, pero esperarlo en la puerta de casa y seguirlo, no.*

*—¿Quién es Owen? —Muestra interés, como si previese que va a sacar algo interesante.*

*—Mi ex. Bueno, uno de ellos. Tengo tantos que cualquier día pierdo la cuenta. —Siento que Nicholas sonrío para que me sienta segura y continúe—. Lo conocerás seguro, juega en los Yankees. Owen Miller. —Giro por primera vez la cabeza hacia él.*

*—Vale, sé de quién me hablas —reconoce, jugando con el dobladillo de su pantalón en su habitual postura. Al contrario que al resto del mundo, parece no impresionarle.*

—Pues lo que te explicaba, que él era famoso y no nos molestaba que se acercasen a pedirle un autógrafo o una foto. Supongo que será la edad.

—¿Hablamos sobre él? —Hace un pequeño carraspeo tras formular la pregunta.

—No. Lo dejé hace mucho. ¿Qué necesitas saber? —Me encojo de hombros, como si mi ruptura con Owen no fuese uno de los principales factores que me han llevado a estar entre esas cuatro paredes.

—Lo que tú quieras contarme. Lo dejaste. ¿Puedo saber por qué?

—Su padre me pidió que lo hiciese. Me llamó cosas muy feas y me acusó de estar descentrando a su hijo. Me marché de casa la noche que pensaba pedirme matrimonio. —Nicholas asiente a mi explicación y mi voz rota—. Fui tonta, solté sobre la cama aquel pedazo de anillo con una piedra... —Le muestro el imaginario tamaño con los dedos. Nunca lo vi, porque jamás toque aquella caja.

Nicholas esboza una pequeña sonrisa. Sabe que lo único que intento es darle un toque de humor a una de las situaciones más tristes que he vivido, queriendo evitar las lágrimas.

—¿Te arrepientes?

—¡Acabo de decirte que fui tonta por no llevármelo! —Paso las yemas bajo mis ojos para contener el llanto.

—Me refiero a Owen.

*Me tomo mi tiempo para responder, respirando hondo en un par de ocasiones.*

*—Sí, mucho. Sé que habríamos sido muy felices juntos, pero luego me autoconvencí de que si él hubiese querido habría hecho lo imposible por volver a verme.*

*—Tienes razón.*

*—Lo intentó, pero yo se lo negué.*

*No aguanto más, y las lágrimas escapan de mis ojos con absoluta libertad por mis mejillas. Nicholas carraspea y me ofrece un pañuelo de papel que ha cogido de un paquete que hay sobre una mesa auxiliar junto a su silla. Mientras me seco las mejillas, se pone en pie diciendo que le parece suficiente por hoy.*

*—Lo siento —me disculpo, todavía limpiándome el rostro—. No suelo llorar, pero me has tocado la fibra sensible.*

*—De eso se trata. De sacarlo todo. —Y con esa forma de clavar sus pupilas en los míos hace que las piernas me flaqueen.*

Me gustaba Nicholas. Le mentí a Susan diciéndole que no había más que atracción física, pero no, lo que empecé a sentir iba más lejos. Me atraía la forma en que me escuchaba, la manera que usaba para ayudarme a abordar mis problemas y cómo me miraba mientras le hablaba. Más de una vez, le pillé deslizando sus ojos de los míos a mis labios y me excité.

Era la primera vez que me seducía un hombre con el que tenía una diferencia de edad de casi catorce años. Y reconozco que me resultaba muy morboso solo imaginarlo. Más allá de lo físico, y de preguntarme cómo sería el sexo con él, necesitaba en mi vida la paz y tranquilidad que me aportaba. Comencé a sentir hacia él una especie de admiración que no sabría bien cómo definir. Pensaba en él a todas horas y confieso que me moría de ganas por experimentar qué se sentía cuando un hombre así te rodeaba con sus brazos.

*Es mi tercera visita, y en ella Nicholas me ha pedido que le hable de Jack. Tras escucharme con atención, ha llegado a la conclusión de que, a pesar de que yo diga lo contrario, no lo he superado si le sigo llamando «gusano folla stripers».*

*—Lo tengo absolutamente olvidado —alego con seguridad, ofendida por su conclusión—. Me quedé en paz conmigo misma cuando le tiré el anillo de compromiso a la cara delante de esa zorra.*

*—Ese tono... —me advierte al ver que estoy de los nervios.*

*—Que por cierto, era una mierda de anillito —bromeo con retintín—. Nada que ver con el de Owen. Luego, recogí todas sus cosas y las puse en la puerta de casa para que no volviese a entrar.*

*—¿Con eso te quedaste tranquila? —Escribe mientras habla.*

*—No, el mayor gustazo fue cuando bajé a la cocina y vacié en el fregadero todas las latas de Coca-Cola que había en el frigorífico.*

—¿Qué tiene que ver eso con Jack?

—Jack era ejecutivo en Coca-Cola. No he vuelto a probarla.

Nicholas me mira sin poder ocultar un atisbo de sorpresa en su gesto. Nuevamente, toma nota de algo en su cuaderno, lleno de desorden.

—Entiendo que te sintieses dolida por la infidelidad.

—Con una estríper —recalco, casi levantándome del diván. Todavía me enervo cuando lo pienso.

—Veo que te ha dolido más con quien fue que la traición en sí.

—Mírame. —Me pongo en pie frente a él, con un vestido de rayas blanco y negro de manga larga, que se ajusta a mi cuerpo como un guante y unos zapatos de tacón rojos—. ¿Tú crees que yo soy comparable a una vulgar estríper? —añado, pasando las manos por mis caderas.

—Aquella chica no tenía por qué ser vulgar. —Nicholas aprovecha mi posición para mirarme de arriba abajo. Me da la impresión de que traga saliva. Eso me sube un poco el ánimo.

—No viste su pelo teñido con un tinte de supermercado y su vestido de saldo —afirmo volviendo al diván, esta vez para sentarme—. Las fulanas con las que salía Owen tenían más estilo.

—¿No crees que eres un poco injusta con ella? —Se acerca a mí, echando su cuerpo hacia delante apoyando los codos en sus rodillas, copiando mi postura. Esta proximidad hace que mi corazón lata deprisa.

—Yo no salgo con hombres que tienen pareja. Jamás lo he hecho — susurro, mirándolo a los ojos.

—Ya veo... ¿Estás segura de que ella lo sabía? —me hace sentir cuestionada. Alcanza a leer en mi rostro contrariado que me ha pillado—. ¿Puedes pensar durante unos minutos qué es lo que más te dolió?

Guardo silencio mientras lo hago. Intento apartar todas las distracciones de mi cabeza y centrarme en lo que Nicholas me pide. Me mira demasiado, lo que hace que cada dos por tres me desconcentre y termine por cerrar los ojos. Permanezco así unos segundos, rodeada de silencio, roto a veces por nuestras respiraciones e inundada del maravilloso olor que ese hombre desprende.

—¿Y bien? —vuelve a preguntar, sacándome del trance. Me acaricio los brazos para disimular que su voz me ha erizado la piel.

—Da igual que hubiese sido ella o una chica de Harvard. —Tardo en responder, echándome un poco hacia atrás. Necesito un poco de distancia—. Lo que me hiere es que hubiese otra. Que necesitase estar con alguien más. Siempre tendré la duda de por qué no fui lo suficientemente buena.

—Tal vez eras demasiado para ese hombre. —Una sonrisa melancólica escapa de mis labios cuando él también recupera su postura.

—Eso me lo decía Colton, mi primer novio. «Eres una estrella, no dejes que nadie apague tu brillo» —repito parafraseándolo.

—Pues deberías recordártelo más a menudo. —Los ojos de Nicholas se clavan en los míos proyectando una mirada muy alejada de la del profesional. Brillan llenos de deseo y, sentirme deseada por él, me gusta.

Salgo demasiado afectada de la terapia, con sentimientos encontrados, así que nada más poner un pie en la calle llamo a Marcus para vernos. Está terminando una sesión de fotos, por lo que me sugiere que vaya al japonés que nos gusta y le espere allí.

Aprovecho el tiempo respondiendo e-mails y comentarios del blog en mi portátil mientras bebo una botella de agua con gas.

—¿Qué tal te fue hoy con el Doctor Amor? —indaga Marcus, burlón, tras besarme con fuerza en la mejilla.

—Hemos hablado de Jack —le comento, cerrando el ordenador y dejándolo a un lado de la mesa mientras él se desabrocha la americana y se sienta frente a mí.

—¿Y no han saltado las alarmas? —bromea antes de pedirle al camarero una copa de vino blanco y algo para comer.

—Muy gracioso. También de ella. —La nombro echándome un poco sobre la mesa, como si fuese un secreto—. Marcus, quiero verla.

—Definitivamente, estás loca, cariño. —Apoya la espalda en el respaldo del asiento cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué? Marcus, necesito hablar con ella para despejar ciertas

*dudas. Por favor...*

*Marcus me mira, y yo le mantengo una mirada suplicante para hacer presión. Se toma su tiempo, aunque estoy segura de que su respuesta será afirmativa. Si no es así, iré a buscarla yo sola. Huele el vino, lo prueba y paladea, matándome de los nervios con tanta parsimonia. Luego, me dice que pida la cuenta antes de que se arrepienta.*

*Salimos del restaurante y subimos a su coche sin saber qué dirección tomar para llegar al club Paradise. Vemos en la calle a un grupo de chicos que me recuerdan a Jack y sus amigos, por lo que saco la rápida conclusión de que alguna vez han visitado un sitio así. Avergonzada, le suplico a Marcus que les pregunte.*

*—Oli, ¿tengo yo aspecto de ir buscando un club de striptease femenino?*

*—Río, ya que tiene razón—. Vamos, tengo más pinta de querer ligar con el de la chaqueta negra.*

*Bajo el cristal de la ventanilla y llamo su atención con la mano. Uno de ellos se acerca.*

*—Disculpa, ¿sabrías decirme dónde queda el club Paradise?*

*—¡Oye! Tú eres la tía esa de la ropa, ¿no? —Reacciona abriendo los ojos como si fuese una aparición. Nunca me habían definido así—. Mi novia está loca contigo. ¿Podrías recomendarme algo para regalarle en su cumpleaños?*

*Busco la mirada cómplice de Marcus dentro del coche que, con la muñeca apoyada sobre el volante y las cejas alzadas, tampoco se lo cree.*

*—En serio, ¿conocéis el club?*

*—¿Paradise? —repite el chico, volviéndose hacia sus amigos para consultarles—. ¿Qué hay del regalo?*

*—Unas gafas de sol de Tom Ford como estás. —Agacho la cabeza para que las vea sobre mi pelo—. Van a ser lo más este verano. ¿Y bien? —Sigo esperando la dirección.*

*—Pero eso tiene pinta de ser caro... —Frunce el ceño en señal de disgusto. Se está tomando tanta confianza que apoya los brazos en la puerta y cuelea un poco la cabeza para ver a Marcus.*

*—Son para tu novia, ¿no? ¿Acaso ella no lo merece?*

*—No sabría qué decirte —reconoce con una divertida media sonrisa.*

*—Venga, va. ¿Sabes dónde está o no? —Comienzo a desesperarme.*

*—Ese es el que está en las afueras, ¿no? —Se gira a preguntar a sus acompañantes, abandonando su cómoda posición.*

*—Sí, en la salida de la interestatal —indica uno de ellos en la distancia.*

*—De acuerdo. Gracias —me despido, cerrando el cristal de la ventana. Los chicos, alucinados, siguen con la mirada el coche de Marcus.*

*Encontramos un edificio muy alejado de la sobriedad que yo imaginaba para un sitio como ese. Una entrada parecida a la fachada de la Casa*

*Blanca nos da la bienvenida adornada por tiras de luces en las columnas.*

*Me aferro a la mano de Marcus para entrar, lo que hace que el recepcionista me confunda con una morbosa que va a calentarse con su pareja. Por la forma en que me escanea, creo que está a punto de pedirnos un trío.*

*El local tiene varios escenarios rodeados de mesas bajas. La iluminación es bastante tenue, lo que le da aire de discreción. Vagamos por ellos intentando encontrar a la chica, pero no es ninguna de las que actúa en ese momento. Decidimos acercarnos a la barra, allí trataré de sacar información sobre ella. Pedimos dos Sex on the Beach.*

*—¿Está hoy por aquí Tracy? —le consulto al camarero mientras prepara nuestros cócteles. Es posible que un año después no siga trabajando aquí.*

*—Si no me equivoco acaba de salir. —El barman no pierde la concentración mientras agita la coctelera. Mi corazón late deprisa por los nervios al oír que está en el local—. Pero tiene otro pase en una hora.*

*—¿Podríamos verla? Soy una amiga y he venido de fuera. —Me inclino un poco sobre la barra, intentando controlarme—. Me gustaría darle una sorpresa —insinúo con mi mejor sonrisa, enrollándome un mechón de pelo en el dedo.*

*—Espera aquí.*

*El tipo desliza las copas hasta nosotros y se aleja un momento. Vuelvo a*

*centrarme en Marcus, que contempla embobado a una morena desnudarse al ritmo de «Beautiful Liar». Ladea un poco la cabeza con la copa en la mano siguiendo los movimientos de sus hombros y caderas con gesto muy serio intentando averiguar algo. Me divierte su imagen.*

*—¿Tú crees que ese culo es de verdad? —me consulta sin apartar los ojos de ella, con los codos apoyados sobre la barra.*

*—Salta a la vista que no. Ni el culo, ni nada.*

*—Hola, Olivia. —Una sensual voz femenina llama mi atención a mi espalda.*

*Me giro y, para mi sorpresa, no es Tracy quien ha aparecido, sino la amiga de Jack. Estas chicas son muy listas.*

*—Tom le ha dicho a Tracy que una amiga pelirroja había venido a verla. Ha imaginado que eras tú. Supongo que quieres hablar conmigo.*

*Tiene la melena recogida en una coleta alta desecha y cubre su cuerpo con una bata de raso negro algo abierta, muestra el nacimiento de su pecho. No deja de tocarse el extremo del cinturón evidenciando su nerviosismo, aunque se muestra segura, lo que me hace suponer que no es la primera vez que está ante una situación así.*

*—Tú dirás —me invita a hablar—. ¿Te parece que nos sentemos? — Señala un par de taburetes libres en la esquina.*

*—No te molestes. No hace falta. Voy a ser breve.*

*Marcus sigue apoyado en la barra con su cóctel, a cierta distancia, para darnos un poco de intimidad, sin apartar la vista del baile.*

*—Solo necesito saber cómo os conocisteis y desde cuándo estáis juntos — le suelto con un nudo en la garganta, a punto de desmoronarme.*

*—Ya se terminó —responde con voz pausada, echando mano a uno de los asientos—. Yo desconocía que Jack tenía novia y, mucho menos, que pensaba casarse.*

*Sus ojos se dirigen al suelo y los míos se abren como platos con lo que acaba de confesarme. En ese instante deja de ser una «buscona roba maridos» a una víctima como yo.*

*—Coincidimos hace casi dos años y medio aquí mismo. Una noche que Jack y algunos compañeros vinieron tras una cena. —La escucho con atención, alargando la mano para coger uno de los taburetes y sentarme—. Aquel día no pasó nada entre nosotros, pero al siguiente vino a buscarme.*

*—Yo creí que tú sabías que estábamos prometidos y te daba igual.*

*—Si soy sincera, debí intuir que había algo raro, pero estaba tan enamorada que no quise darme cuenta. —Una mueca melancólica aparece dibujada en rojo intenso en su rostro—. Jamás me llevó a su casa o me presentó a sus amigos. Él si venía a mi apartamento y conocía a los míos. Apenas salíamos a sitios donde pudieran vernos, pero me hacía feliz pensar que yo podía aspirar a alguien como él. Era un sueño que un hombre como*

*Jack se hubiese fijado en mí para algo más que pasar el rato. —Guarda silencio durante unos segundos y me mira—. Aquella tarde en el Beberly, comprendí que era el último hombre que quería tener a mi lado —añade.*

*—Yo también. Al final, nos hemos hecho un favor la una a la otra. — Ambas sonreímos con tristeza.*

*—Lo siento —se disculpa con sinceridad.*

*—Y yo.*

*La chica, a la que olvido preguntar el nombre, da media vuelta y, antes de perderse tras la puerta trasera del escenario, se gira.*

*—Gracias por darme la oportunidad de poder darte mi versión. La gente no lo cree, pero las chicas como yo también tenemos sentimientos.*

*Abatida con esta última frase, me siento en la barra con Marcus que me observa con cara de circunstancias esperando que le cuente qué tal ha ido.*

*—Breve pero intenso —digo antes de darle un sorbo a su copa—. Ella tampoco estaba al tanto de que yo existía. —Marcus resopla, puesto que todo le parece demasiado complejo.*

*—¿Cerramos capítulo? —me sugiere, jugando con la sombrilla de papel que decora el vaso.*

*—Fin. —Rodeo su hombro con mi brazo y lo beso en la mejilla en señal de agradecimiento.*

*—De nada —contesta.*

Del club nos marchamos a mi casa. Era viernes noche y no encontramos mejor plan que seguir bebiendo hasta emborracharnos con la única compañía de la televisión. *Zappeando*, de repente, en las noticias deportivas anuncian la renovación de Owen por los Yankees. Siempre ha sido el ex que peor he llevado porque, hasta que conocí a Ben, seguía enamorada de él, y ver su imagen en cualquier sitio no me ayudaba mucho a olvidarlo.

*—Menos mal. Yo veo los partidos de los Yankees solo por el culo que le hacen esos pantalones ajustados. —La confesión de Marcus me provoca una tremenda carcajada. Con las copas que llevamos encima es buen momento para relatarle mi historia con él.*

*—Me encantaba ese tío. —Hago un gran esfuerzo para que mi lengua no se trabe.*

*—Eres una celosa. Digo que está bueno y tienes que restregarme por la cara que saliste con él —se queja Marcus, recostado en el sofá.*

*—Me lo presentó Susan. Era amigo de su hermano Jeff —le cuento, copiando su postura—. De hecho, ella conoció a Mike en una fiesta de los Dodgers cuando no era más que un becario. Siguen siendo muy amigos.*

*—¿Tienes al menos una prueba de los hechos? —me reta levantando el dedo índice.*

*—Claro que sí. —Con falsa indignación, me levanto del sofá y voy a mi habitación en busca de mi caja de fotos. Me acomodo de nuevo, sentada*

*como los indios con ella entre las piernas, y empiezo a revolverlas buscando la confirmación. Marcus también mete la mano en ella y saca fotos al azar. Nos da la risa floja con algunas en las que Jack no tiene cabeza.*

*—¿Por qué guardas esto? —cuestiona, mostrándome una.*

*—Salgo muy bien y me gusta mucho el vestido. Le he cortado la cabeza a Jack para no tener que volver a verlo.*

*Seguimos rebuscando entre las imágenes de mi pasado riendo como locos.*

*—Aquí está, mira. —Le muestro una en la piscina de la que fue nuestra casa. Estoy en bikini, de rodillas, sentada sobre mis piernas para ponerme a la altura de Owen con mi brazo sobre sus hombros. Somos dos niños.*

*—¡Qué fuerte! —grita Marcus, arrebatándomela de las manos. La examina de cerca con asombro—. Pero no cuenta, es un amor de veinteañeros.*

*—Estuvimos a punto de casarnos —le confieso, estudiando la instantánea con añoranza, con la barbilla apoyada sobre su hombro.*

*—¿Y qué pasó? —Coge dos más que le paso y da un trago a su copa.*

*—Su padre me exigió que dejara de mamársela porque lo descentraba.*

*Marcus espurrea sobre la mesa el líquido que tiene en la boca y da una carcajada. En esas circunstancias alcohólicas yo también me río; sobria, no tanto.*

—Pero ¿cómo fue?

*Le narro con detalle mi viaje a Nueva York y la conversación que mantuvimos el señor Miller y yo en la casa esa noche. Un atisbo de tristeza asoma cuando narro el episodio del anillo de compromiso. Tengo que beber para deshacer el nudo que me oprime la garganta. Lo estamos pasando muy bien, y no quiero ponerme a llorar.*

—Por lo que veo, lo tuyo no son las bodas... —ironiza, llevándose como premio un codazo en el pecho—. ¿Te hace mucha ilusión vestirse de novia? Porque presiento que lo vas a tener complicado —continúa bromeando, con la mano en la zona en la que le he golpeado.

*Durante unos minutos sopeso si contarle, o no, el episodio del traje de boda. Siempre supe que aquello estuvo orquestado por Susan como último intento de salvarnos tanto a Owen como a mí, aunque, por supuesto, ella todavía lo niega. Aquella noche las chicas hicimos un pacto de no desvelar nada de lo que pasara y, a día de hoy, seguimos manteniéndolo.*

—Ya lo he hecho. No se lo cuentes a nadie —le pido con una risita que le hace aplaudir, porque sabe que la historia le va a encantar.

—Soy todo oídos. —Se acomoda en el sofá con las piernas cruzadas por los tobillos sobre la mesa que hay delante. Yo me recuesto apoyando la cabeza en un cojín con las mías sobre las suyas.

—Dos semanas después de sacar de casa las cosas de Jack en tres

*maletas, Susan decidió que era momento de dejar de autocompadecerme y organizó una celebración de no boda. Salimos todas a cenar y luego a tomar unas copas a Viper Room. Cuando llegamos al local, yo ya estaba lo bastante borracha como para no importarme que todos me mirasen extrañados.*

*—¿Qué dices? —Se carcajea Marcus llevándose las manos a la cara. Yo asiento.*

*—Susan me dio una charla tan motivadora que llegué a la conclusión de que el vestido era demasiado bonito y yo estaba espectacular con él como para desaprovecharlo, así que decidí ponérmelo esa día. —Hago una pausa para beber—. Esa misma tarde los Yankees jugaron aquí y al entrar, al fondo y con esa arrebatadora sonrisa, estaba Owen. Todavía recuerdo como me sobresalté cuando sus ojos me acariciaron en la distancia. —Buena cuenta de ello dan mis vellos erizados—. Hacía tres años que no nos veíamos en persona y superó con creces las sensaciones que había imaginado tantas veces.*

*—¿Y qué paso? —Marcus, curioso, ha adoptado mi tono melancólico.*

*—Me lo tiré. En los baños. Con el traje puesto.*

*Marcus grita y me mira alucinado.*

*—No... No te pega. —Muevo la cabeza diciendo que sí, mordiéndome el labio—. ¿Y después?*

*—Pasamos la noche juntos en mi casa. Fue como una especie de despedida. Él insistió en darnos otra oportunidad quejándose de que aún no sabía mis motivos para dejarlo, pero yo le dije que no podía ser. Se casaba en unas semanas con Chelsea Davis. ¿Sabes quién es?*

*—La súper modelo. Es verdad, la dejó dos días antes de la boda. — Marcus entrecierra los ojos al ir recordando—. Para ella fue una humillación absoluta.*

*—Me lo imagino. —Y por primera vez me pongo en su lugar y me siento muy mal por lo que hice. Esa noche me dejé llevar por mil cosas y nunca pensé en ella, pero ahora me doy cuenta de la conclusión que saqué en la terapia: da igual que fuese una estríper o una chica de Harvard, lo que duele es la traición.*

A la semana siguiente volví pletórica a la consulta con unas ganas tremendas de relatarle mi conversación con la bailarina a Nicholas. Aunque siendo sincera, lo que más deseaba era que fijase esos ojos turquesa en mí mientras le hablaba e imaginaba cómo me iba desnudando.

Según Marcus y Susan, esos pensamientos lascivos con mi psiquiatra hacían que tuviese totalmente superada mi fobia al sexo opuesto. Incluso apostaron entre ellos cuánto tiempo tardaría en acostarme con él.

A mi llegada lo encontré más atractivo que nunca. Por primera vez reparaba en la calidez de su piel al darme la mano y noté, aunque tal vez eran

cosas más, que la apretó con algo más de intensidad que en las visitas anteriores.

—¿Qué tal fue la semana? —Toma asiento y yo lo imito—. ¿Y el viaje a Nueva York?

—Maravillosamente bien. —No quiero ocultar mi estado de ánimo. Veo la aceptación en su gesto.

—Esas son muy buenas noticias —se alegra, adoptando su habitual postura con la pierna doblada enseñándome, hoy, un calcetín gris con dibujos de bicicletas azules antiguas—. ¿Hay algo en particular que te haga estar así?

—La semana pasada, cuando salí de aquí, me sentía mal por cómo hablé de la novia de Jack. —Nicholas asiente a cada una de mis palabras—. Así que fui con mi amigo Marcus al club en el que trabaja para verla.

—Eso estuvo genial. ¿Qué tal te fue?

—Ya no están juntos, porque ella no sabía que Jack estaba comprometido. —No puede evitar la sorpresa en su rostro—. Vamos, que la chica creía que ella era la única.

—¿Has visto que lo has superado? A él le has llamado simplemente «Jack»; y a ella, «la chica». —Sonríe, orgullosa de mi logro—. Vamos a celebrarlo, ¿te parece?

—Sí, ¿por qué no?

*Me siento en el diván mientras Nicholas se acerca a una pequeña nevera, parecida a los minibares de los hoteles, que tiene al fondo del despacho. Vuelve tarareando, deja una lata de Coca Cola y dos vasos sobre una mesita pequeña y la arrima hasta donde estamos sentados. Me mira, sonríe, la abre y sirve un poco de bebida en ellos. Me ofrece uno y lo cojo con cara de pocos amigos.*

—Por ti —brinda, levantándolo a la vez que alza las cejas.

—No voy a bebérmelo —lo rechazo con voz firme, dejándolo donde estaba. Nicholas hace caso omiso. Bebe el suyo y cierra los ojos como si fuese lo más delicioso que ha probado en su vida.

—¿Qué problema tienes? Acabas de decirme que has pasado página. ¿Qué te ha pasado con Coca-Cola?

—No voy a bebérmelo —repito cortante, alejando con la mano abierta el vaso que Nicholas me acerca por segunda vez.

—Está bien. Es tu decisión, ni lo has superado ni quieres hacerlo. Estás en tu derecho de seguir regodeándote en tu propia miseria. —Guarda silencio durante unos minutos—. Owen Miller renueva por los Yankees. ¿Qué te parece?

—Pues muy bien. ¿Qué me va a parecer? —El enfado se hace latente en mi voz. «¿A qué viene eso ahora?», me pregunto.

—¿Estás resentida o es cosa mía? —Nicholas sigue disfrutando del fresco como si estuviésemos sentados en la terraza de un bar. Su actitud comienza a sacarme de quicio.

—¿Te gustaría explicarme cómo te sentiste tras la ruptura? O tal vez, ¿ahora?

—Cuando le dejé, me encontraba hecha una mierda —comienzo, respirando hondo—. Le hice daño, mucho. Él me quería, yo le quería, y lo único que hacía era no cogerle el teléfono cada vez que me llamaba para pedirme una explicación.

—¿Por qué?

—No deseaba enfrentarle con su padre. Me llamó cosas muy desagradables. —Pierdo la vista en el infinito buceando entre mis recuerdos y, de pronto, me doy cuenta de que no puedo seguir luchando contra ellos, sino cerrar página y empezar una historia nueva—. Me tomaré esa Coca-Cola, si tú lo haces conmigo. En la calle.

—De acuerdo. ¿Ahora? —pregunta, poniéndose en pie.

—Antes de que me arrepienta.

Vamos en su coche hasta New Port Beach. Le hago aparcar en el primer hueco que encontramos, y caminamos al atardecer oliendo el salitre hasta The Crab Cooken, cuyo letrero luminoso nos da la bienvenida. El reloj que hay en la acera, ante la puerta, marca las ocho y media de la tarde. Algunos

*turistas merodean atraídos por la pizarra de su característica fachada roja donde pone: Eat a lot of fish. Nicholas esboza una media sonrisa cuando me detengo ante la puerta con la intención de entrar. Este es el primer restaurante en el que comí cuando llegué a Los Ángeles, fue mi punto de partida en esta ciudad y va a serlo de nuevo. Esta noche, dejaré atrás todo el lastre que arrastro.*

*Nicholas mira para todos lados mientras esperamos a que nos den una mesa. Guarda la misma pose, con las manos en los bolsillos del pantalón, desde que dejamos el coche. Supongo que él lo ignora, pero me resulta muy arrebatadora y estoy haciendo un gran esfuerzo por no decírselo. Elijo una junto a la cristalera, y una joven viene a tomarnos nota.*

*—Vamos a querer unos cangrejos. —Señalo la vitrina donde los veo.*

*—Y dos Coca-Colas —pide Nicholas.*

*—¿La mía puede ser light? —me dirijo a él, cosa que extraña a la camarera.*

*—Por mi parte no hay problema —responde divertido, apoyando los codos sobre la madera y echándose hacia delante.*

*—Una normal y una light —le aclaro a la chica, que se marchan pensando que somos bastante raros.*

*—Me has sorprendido con la elección del sitio —reconoce, mirando fijamente al tiburón que cuelga del techo.*

—¿No te gusta? —Le he dejado fuera de juego, ¡bien! ¡Punto para mí!

—Sí, me gusta. Pero no lo veo de tu estilo.

—Vengo aquí desde que era una estudiante. Me encanta —admito, jugando con los cubiertos de plástico que hay sobre un mantel individual de papel—. Ahora has sido tú el que me ha juzgado por el aspecto.

—Cierto. —Asiente con una preciosa sonrisa—. Y me he equivocado.

Rápido nos traen la bebida, la cual yo dejo un rato burbujeando en mi vaso, porque aún no me atrevo a tocar. Ambos guardamos silencio y nos observamos con timidez como si hasta ahora no nos hubiésemos dado cuenta de que estamos a solas fuera de su consulta. Nada tendría que cambiar, pero resulta extraño, después de pasar tantas horas contándole mi vida, que ahora lo hagamos como dos desconocidos en su primera cita. En teoría es parte de la terapia, pero creo que ninguno de los dos lo percibe así.

Para romper el hielo, decido que es hora de saber más sobre él.

—¿Qué hay de ti? ¿Estás casado?

De las miles de preguntas que podría hacerle, esa es la que más me interesa. Antes de que responda, el camarero nos deja los platos con los cangrejos delante. Nicholas se lo agradece.

—Sí. —Con esa afirmación mi corazón se encoge—. Lo estuve —prosigue, y yo me alegro—. Se terminó hace dos años.

—Vaya, lo siento —le miento, aunque no del todo. Por experiencia sé que

*las rupturas son dolorosas.*

*—Éramos muy jóvenes cuando nos conocimos. Con el tiempo entendimos que teníamos más diferencias que cosas en común, así que decidimos acabar con nuestro matrimonio de mutuo acuerdo. —Me gusta la naturalidad con la que habla sobre ello—. Perdí a mi mujer, pero gané una amiga con la que ahora tengo muy buena relación.*

*—Ojalá algún día yo pudiese decir eso. —Sin percatarme, doy un sorbo a mi refresco, y continúo hablando—: Bueno, mejor no. Eso significaría que por una vez ha salido bien. —Vuelvo a beber, y entonces, soy consciente de lo que ha sucedido.*

*Miro asombrada a Nicholas mientras siento ese sabor tan característico palpitando en mi lengua. Me muerdo el labio inferior para no desaprovechar nada de ese líquido que tanto me gustaba y que volver a probar era todo un reto que nadie, salvo Nicholas, creía que era capaz de lograr.*

*—¿Has visto? —Mis ojos se empañan—. Lo he conseguido.*

*Nicholas alza su vaso de plástico para brindar conmigo.*

*—Por ti. —Su mirada no es la de tu médico, sino la de un hombre que te desea—. Para que sigas descubriendo lo maravillosa que eres.*

*Se nos ha ido el santo al cielo y hemos estado más de tres horas charlando. Estábamos a gusto con la conversación y la compañía. Nicholas insiste en llevarme a casa.*

—¿No querrás acompañarme para saber dónde vivo? —bromeo, mientras él conduce y las luces de la ciudad se reflejan en su atractivo rostro.

*Me gusta el Nicholas de fuera de la consulta y espero que me deje seguir conociéndolo ahora que parece que mi terapia va llegando a su fin.*

—Me bastaría con buscar tu ficha en el archivo cuando llegue por la mañana.

*Deja el coche al principio de la calle, y caminamos hasta mi edificio. Él lo hace con las manos en los bolsillos en una postura seductora a más no poder, a la que se suma el cuello alzado de su americana dándole un toque de estilo.*

*No voy a resistirme más a mis pensamientos. Me encanta este hombre y, por lo tanto, al detenernos en la entrada de mi edificio, sin pensarlo, me acerco y lo beso en los labios volviendo a sentir miles de mariposas revolotear en mi estómago, felices de estar de vuelta.*

*Tras eso, sin palabras y sin perder un segundo, Nicholas toma mi rostro entre sus manos y lo repite con más intensidad, con más pasión, haciendo que todo a mi alrededor dé vueltas y mis piernas flaqueen. Hace mucho que necesitaba que me besaran así.*

—¿Te apetece subir? —Apenas puedo controlar las palabras mientras escapan de mi boca. Aunque realmente es lo que quiero.

—Me encantaría —susurra sobre ella sin soltar mi cara.

*A solas en el ascensor, vuelve a la carga acariciándome contra la pared como si no existiera un mañana. Me sorprende de forma grata su fogosidad. Desliza los labios saboreando la piel de mi cuello, y yo creo que voy a tener un orgasmo solo con la imagen reflejada en el espejo. Un gemido, sin pudor alguno a que alguien me escuche, escapa de mi garganta. Ese sonido le advierte de que está llegando demasiado lejos, por lo que se aparta de mí y me pilla observándonos en el cristal.*

—Te gusta verte —indaga con voz morbosa.

*Las puertas se abren, y yo enlazo mis dedos con los suyos para que me siga.*

—¿Va a psicoanalizarme mientras tenemos sexo, doctor?

—Dios me libre de juzgar lo que te pone o no. —Rodea mi cintura con las manos, deslizándolas hacia abajo. Esa caricia acompañada de su lengua jugando en mi nuca me pone muy difícil lograr abrir la puerta para entrar en mi apartamento—. Yo solo quiero hacer realidad tus fantasías —añade, besando mi espalda.

*Todo en mí tiembla y, al fin, la puerta decide que es momento de ceder. Cierro tras de mí. Nicholas me gira apretando sus dedos sobre mis caderas con la intención de volver a besarme. Despacio, con su boca abierta, atrapando la mía, siento una caricia en ella con la punta de su lengua. Una*

*punzada me recorre desde la coronilla a los dedos de los pies provocando que necesite sentirlo mucho más cerca.*

*Sin abandonar el contacto, me obliga a caminar hacia atrás al ritmo que me va marcando. Sus manos se cuelan bajo mi camisa rozando demasiado lento la piel de mi espalda. Desabrocho uno por uno los botones de la suya. Veo que tiene la misma necesidad que yo por sentir mi piel desnuda sobre su cuerpo en el momento que opta por sacar la prenda por mi cabeza, ya que es más rápido.*

*—¿No tienes una cama dónde podamos terminar con esto? —Su voz ronca que hace que se disparen todos mis sentidos.*

*—La tengo. Claro que sí. —Agarro su mano y lo llevo a mi dormitorio.*

*Despierto en mitad de la madrugada, rodeada por sus brazos. Satisfecha, me remuevo entre ellos. Muchas veces me pregunté cómo sería esta sensación que ha superado mis expectativas. Nicholas es un cóctel perfecto entre madurez y pasión desbordante.*

*Con los primeros rayos de sol y un suave beso en la sien, despierto. Al entreabrir los ojos, lo veo acucillado frente a mí y sonrío feliz como una niña cuando su rostro es lo primero que descubro. Me acaricia el pelo para que despierte.*

*—Me voy —susurra en el arco de mi cuello.*

*—¿Tan pronto? —No puedo ocultar mi tono de decepción.*

—Te llamaré. ¿De acuerdo? —Yo asiento y me dejo llevar cuando cuele su lengua en mi boca.

—Para, o llegaré tarde a la consulta —me pide, rozando mis brazos que rodean su cuello sin querer dejarlo escapar.

Sale de la habitación e, instantes después, se oye un leve portazo. Remoloneo un rato más en la cama rememorando cada segundo de la noche. La almohada aún huele a él. De repente, las dudas sobre lo que ha pasado empiezan a asaltarme. ¿Me he acostado con Nicholas o con mi psiquiatra? Ese «te llamaré», ¿a qué se refiere?; ¿es una forma sutil de darme largas o realmente piensa hacerlo? Ya te llamaré algún día, te llamaré esta tarde, o, esto ha sido una noche puntual y volvemos a ser médico y paciente.

Para salir de dudas, cojo el teléfono para buscar ayuda de mi consejera sentimental: Susan.

—Hola, pibonazo. ¿Qué te ocurre? —Sabe que es algo fuera de lo normal, porque no suelo molestarla a primera hora de la mañana.

—Su, necesito hablar con alguien —le cuento, dándole cierto tono de ceremonia.

—¿Qué te ha pasado?

—Nicholas acaba de marcharse de mi casa. —Me muerdo el labio y cierro los ojos esperando su reacción, que puede ser cualquiera.

—Veintiún días. ¡Sí! —grita al otro lado del teléfono—. Yo gano.

*En cuanto empecé a contar maravillas de Nicholas, Marcus y ella apostaron el tiempo que tardaría irme con él a la cama. Mi amigo aventuró que un mes y medio; ella, que me conoce mucho mejor, supo que tres semanas serían suficientes.*

*—Susan, ¿te importaría dejar esa absurda apuesta y hacerme caso?*

*—Claro, disculpa. ¿Qué tal ha sido? —finge seriedad.*

*—Increíble. Mejor de lo que imaginaba. —Todavía estoy en una nube.*

*—Entonces, ¿a qué viene esa voz tristona?*

*—Porque se ha marchado de forma muy precipitada. Se ha excusado porque llegaba tarde a la consulta, que me llamaría.*

*—¿Y qué más quieres que te diga? Espera que lo haga.*

*—¿Y si no lo hace? Tengo mil dudas. ¿Para él habrá sido solo cosa de una noche?*

*—Desde luego, no esperes a que esta tarde lo haga para pedirte matrimonio. Cosa que, además, a ti te beneficia porque nunca te sale bien.*

*—Pero qué graciosa eres... —espeto con sorna—. Te importaría tomártelo en serio.*

*—A ver, Oli, ¿cuál es el problema? —Parece que la estoy viendo con el vaso de café en la mano y los ojos en blanco.*

*—No sé si me he acostado con Nicholas o con mi psiquiatra. —Susan suelta una fuerte carcajada al otro lado del auricular—. ¿Puedo saber qué te*

*hace tanta gracia?*

*—Me lo he imaginado psicoanalizándote mientras estabais en la cama. —*

*Cuando por fin deja de reírse, me da su consejo.*

*—Solo puedes saberlo preguntádoselo.*

*A media mañana me dirijo decidida a la consulta de Nicholas para aclarar las cosas con él. Pretendía grabar unos vídeos sobre los básicos que no deben faltar en el armario, pero mi vida sentimental es mucho más importante en este momento.*

*Paso un buen rato en el vestidor decidiendo qué ponerme, lo que me hace percatarme de que Nicholas me gusta bastante. Tras varias pruebas, opto por unos vaqueros claros, un jersey de rayas azul marino y blancas, un trench y unas Converse blancas.*

*La recepcionista se sorprende al verme y cree que me he confundido de día. Le explico que necesito hablar con el doctor, como lo llama ella. Esta con un paciente, pero me sugiere que, si le prometo ser breve, en cuanto salga me dejará que pase.*

*Espero con mi habitual repiqueteo de uñas sobre la pantalla del móvil ensayando mi discurso mental, bajo la atenta mirada del resto de pacientes a los que sonrío de forma forzada cuando me miran por murmurar sola.*

*—Señora McCain. —A pesar de que esperaba que me llamasen de un momento a otro, me sobresalto—. Ya puede pasar.*

*Nicholas me espera asomado tras la última puerta del pasillo. Me relaja que me reciba con un beso en los labios al cerrar. Con ese simple gesto ya están disipadas casi todas mis dudas sobre qué ha sido esa noche para él.*

*—¿Qué sorpresa? —Se alegra, invitándome por primera vez a sentarme en la silla frente a la suya en la mesa de despacho, y no en el diván—. ¿Sucede algo? —Su sonrisa y su forma de estudiarme hacen que no pueda concentrarme.*

*—Verás, yo... —titubeo. Ahora me resulto de lo más ridícula—, después de lo de anoche, creo que no debería seguir con la terapia.*

*Nicholas guarda silencio con una postura natural en su asiento. Tiene los dedos de sus manos cruzados y los índices sobre la boca. Me mira sin abrirla, y yo siento que me va desnudando poco a poco. El corazón me late deprisa. No recuerdo haber pasado tantos nervios nunca.*

*—Me parece bien —acepta tras pensarlo unos segundos—. Siempre que sigamos viéndonos fuera.*

*Sus palabras provocan una de mis mayores sonrisas.*

*—No sabes cuánto me gustas, Olivia —continúa diciéndome—. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría que siguiéramos conociéndonos lejos de estas cuatro paredes? —Toma mis manos para enfatizar su pregunta.*

*—Me encantaría.*

Matthew detiene la proyección.

—Me gusta Nicholas para ti —reconoce, sonriente.

—Cuando empezamos a salir, yo tenía treinta y un años; y él, cuarenta y cinco. A mi madre casi le da un síncope cuando se lo conté —recuerdo entre risas—. Luego, cuando mis padres lo conocieron en persona, les pareció un gran tipo. Llegaron a tenerle mucho cariño, porque vieron que compartir mi vida con él era muy beneficioso y gané en madurez. Creo que rezaban para que fuese el definitivo —bromeo—. Íbamos al teatro, a museos. Era muy aficionado a visitar los clubs de *jazz* que hay al sur de Los Ángeles.

»Nicholas era un tipo con una amplia curiosidad cultural, cosa que hasta entonces yo no tenía, puesto que tampoco había tropezado con alguien así —le cuento como si estuviese hablando con Susan o Marcus. Bueno, con Marcus no, porque él no me pone como lo hace Matthew y tengo que volver a recordarme que es muy joven—. Lo que sí es verdad es que, después del incalculable tiempo que llevamos aquí dentro, tenemos cierto grado de confianza que hace que todo sea un poco más fácil.

—Has conocido a hombres muy diferentes —afirma, mostrando una seriedad hasta ahora desconocida para mí.

—Tienes razón. No tengo un prototipo de novio ideal.

—¿Qué pasó después?

—A los dos meses ya vivíamos juntos en su preciosa casa de Malibú. Pasábamos largas horas paseando por la playa con su perro, para mí sigue

siendo una buena terapia cuando estoy estresada. Eso, y mirar estrellas — confieso con una sonrisa—. Puedo decir sin lugar a dudas que fueron los dos años más tranquilos y estables que he vivido. Y lo necesitaba, créeme.

—No fue todo tan tranquilo —me corrige Mathew, apuntando con su mano a la pantalla—. ¿Qué pasó en las primeras Navidades que fuiste a la cabaña de sus padres?

Me llevo la mano a la boca asombrada, ya no recordaba esas vacaciones y lo surrealistas que fueron.

—Esas personas estaban locas. ¿Vamos a verlo?

—¿A caso lo dudas? ¡Si es lo mejor! —Con un movimiento de mano, Nicholas y yo cobramos vida de nuevo.

Cruzamos medio país para llegar a Aspen, en Colorado, con la intención de pasar las Navidades con la familia de Nicholas. Francamente, estaba nerviosa. Vista mi experiencia con los padres de mis parejas, podía esperar cualquier cosa.

En el aeropuerto alquilamos un coche. Durante el vuelo él me contó que en esa casa sus padres solían pasar el invierno y les encantaba reunir en ella a sus tres hijos, así que tuve la suerte —dicho con ironía— de conocer a todos a la vez.

Era la primera vez que visitaba ese Estado, y por lo que estuve curioseando en internet supe que me iba a gustar. Nicholas conducía por una

carretera poco transitada, con pose relajada y con mi mano izquierda enlazada con su derecha apoyada sobre mi pierna. No podía evitar mirarlo de vez en cuando, a lo que él respondía con una sonrisa. Los rayos del sol aparecían tras las montañas cubiertas de nieve, proyectando sobre ellas una luz preciosa para regalarnos uno de los amaneceres más bonitos que había visto, muy diferente al del observatorio Griffith.

*Alza nuestras manos y besa la mía con mimo, me arrastra un poco a él y rodea mi cuerpo con su brazo. Yo he apoyado la cabeza sobre su pecho y pienso con sorpresa cómo puede saber qué es lo que necesito en cada momento. Es una especie de adivino que se adelanta a cualquiera de mis necesidades. Me hace estar bien. Con él siento una protección que jamás creí tener.*

*—Casi hemos llegado. ¿Nerviosa? —Salgo de mi cobijo, me recoloco el pelo sentándome derecha.*

*—Un poco —reconozco con timidez. No sé por qué, pero me da miedo no gustarles o decepcionarles.*

*—Tranquila, vas a encantarles, como a mí. —Parece que me hubiese leído la mente e intenta infringirme tranquilidad besando mis nudillos.*

*La casa está en la montaña, muy cerca de la estación de esquí de Aspen. Es una edificación típica de madera rodeada de naturaleza por todos lados. El lugar idóneo para perderse y alejarse del mundo. Los padres de Nicholas,*

*una pareja cercana a los setenta de aspecto muy jovial, nos esperan en la puerta de la vivienda. Agitando la mano para saludarnos, la mujer espera a que su hijo detenga el coche para acercarse a nosotros.*

*—¡Bienvenidos! —exclama con los brazos abiertos para abrazar a su hijo —. Nick, dale un beso a tu madre.*

*Mientras se deja achuchar por ella, Nicholas me mira con una cómica mueca que cambia rápidamente cuando ella lo suelta.*

*—Y esta belleza de aquí debe ser Olivia, ¿verdad? —Se acerca a mí con una amplia sonrisa y me proporciona un cálido abrazo que hace que me relaje totalmente.*

*—Esta es mi madre, Ann; y mi padre, el doctor Carter —los presenta protocolariamente.*

*—Encantada —me dirijo al padre.*

*—Puedes llamarme «Nicholas», a mi hijo le encanta regodearse en los formalismos. ¿Así que eres de Los Ángeles? —Con gran confianza rodea mi hombro y caminamos hacia el interior.*

*—No, soy de Wilmington, en Carolina del Norte, pero llevo muchos años viviendo en California.*

*—Mejor, ¿no? —Con la mano me cede el paso para que entre, fuera está todo nevado y hace mucho frío.*

*—Infinitamente mejor.*

*Observo atónita el interior de la vivienda. La casa con paredes de madera me resulta de lo más acogedora a pesar de las grandes cristalerías del salón desde las que se ve el bosque nevado. La chimenea encendida le da el toque hogareño.*

*—Bueno, bueno, bueno... ¿Pero mira quién tenemos aquí? —nos recibe un chico con gran parecido a Nicholas—. Tú debes de ser Olivia. Encantado. —Me tiende la mano.*

*—Cariño, este es Jason. Mi hermano pequeño —lo presenta Nicholas.*

*—¿Qué tal el vuelo? —se interesa con las manos en los bolsillos, en una pose muy parecida a la de su hermano mayor.*

*—Bien. Muy bien.*

*Nos sentamos en los sofás frente a la chimenea. Según nos cuenta Ann, tomaremos un aperitivo mientras esperamos a que lleguen Charlotte, la hermana de Nicholas y su marido, Paul. A la noche llegarán una tal Kessia y su prometido.*

*—¿Quién es Kessia? —le cuestiono a Nicholas con disimulo en voz baja. Jason, que nos oye, esboza una sonrisa que me desconcierta.*

*—Mi ex mujer —me explica con total tranquilidad, apoyando su mano sobre uno de mis muslos—. No tienes por qué preocuparte. Ella no tiene familia y para mis padres es como una hija más —continúa, subiendo la mano por mi pierna, sin importarle que su hermano esté delante.*

—Luego hablamos sobre lo que tiene que importarme o no. —De forma brusca la aparto.

—¡Uhh!, se avecinan problemas, hermanito.

—¿Me disculpáis? ¿El baño? —indago, queriendo matar con la mirada a Nicholas. ¿Cómo ha obviado esa parte de la visita?

—Al fondo —indica Jason. Nicholas se levanta y se marcha a la cocina.

Cuando salgo del baño, no hay nadie en el salón, así que me dirijo al comedor desde donde salen muchas risas. La enorme mesa de madera que preside la estancia está repleta de bandejas envueltas en papel film con cosas que tienen una pinta espectacular. Antes de que pueda acercarme a ellos, una mujer joven me asalta.

—¿Eres Olivia? —Sin más, me abraza con fuerza—. Vaya, sí que eres realmente joven. —Le sonrío a Nicholas.

—Soy Charlotte, la hermana de Nick.

—Encantada —respondo con timidez. Sabía que pensarían que nuestra diferencia de edad es demasiado grande.

Por su comportamiento y su parecido físico, empiezo a pensar que Nicholas es una versión joven de su padre. Ambos parecen tener un carácter más templado, porque el resto de la familia es como un huracán.

—Mira, este es Paul, mi marido. —Charlotte señala al tipo que entra en la casa llevando en sus manos varias bandejas más de comida.

*—Hola, Paul. Es un placer conocerte —saludo a la vez que cojo algunas de ellas que lleva en una mano, ya que nadie lo hace.*

*—Se agradece la ayuda. —Sonríe ampliamente.*

*Almorzamos una carne con salsa de arándanos y puré de manzana que ha preparado Charlotte. Durante la comida me explica que es propietaria de un catering en Los Ángeles. Nicholas le insinúa que tengo algunos buenos contactos haciendo referencia mi amistad con Mike Meyers, el jefe de deportes de la NBC. El ambiente es muy ameno, risas, recuerdos, y alguna que otra broma hacia Nicholas y el peligro para su salud de estar con una mujer de mi edad. Los catorce años de diferencia están dando mucho juego, y yo intento tomármelo de la mejor forma posible.*

*Nicholas me pide que subamos a la habitación para hablar después de la comida. Lo sigo por el pasillo de la planta de arriba arrastrando mi maleta conmigo. El dormitorio es precioso, abuhardillado, también con chimenea y con una cama enorme con dosel.*

*—Esto es maravilloso. —Miro a mi alrededor, dejando la maleta al lado de la cómoda.*

*—Pues vamos a disfrutarlo —ordena con voz seca, acercándose a la puerta para cerrarla y ganar intimidad—. Kessia salió de mi vida hace mucho. No tienes por qué estar celosa.*

*—Si salió de tu vida, ¿por qué vamos a pasar las vacaciones con ella? —*

*Cuanto más lo pienso, más descabellada me parece la idea y más me enfado.*

*—Mis padres le tienen mucho cariño y mantienen la relación con ella — me aclara, acercándose a mí. Luego, señala la cama con su mano para que me siente.*

*—¿Va a psicoanalizarme, doctor Carter?*

*—No, solo quiero que estés cómoda mientras discutimos esto. Preveo que esta conversación va a ser larga.*

*—Qué poco me conoces. Yo solo necesito una cosa de ti en este momento.*

*—¿El qué? —cuestiona con el deseo de vuelta en sus ojos. Mi tono calmado al dirigirme a él le relaja.*

*—Esto. —Me acerco a él, apoyo mi mejilla en su pecho y me aferro a su cuerpo rodeándolo con mis brazos—. Abrázame y hazme tuya.*

*Nicholas ríe sobre mi hombro, colando su mano bajo la tela de mi pantalón.*

*—¿Crees que podré después de todo lo que me han dicho ahí fuera? — bromea, besando mi garganta.*

*—Estoy más que segura.*

*Y colando el brazo bajo mis piernas, me alza del suelo y me tumba en la cama.*

*Un poco antes de la cena llega a casa Kessia en compañía de Charles, su prometido.*

*Al verla, me libero pero solo de forma momentánea. Es una mujer con mucho encanto que ya ha pasado los cuarenta. Se muestra muy cariñosa conmigo al saludarme y le pide a Nicholas que me cuide porque soy una joya en bruto según ella, que es seguidora de mi blog.*

*—De hecho, he seguido tus consejos para hacer la maleta para venir aquí. —Nicholas sonríe, consciente de que lo que quiere es congraciarse conmigo y ganarse mi confianza. Hasta nos ha invitado a su boda que será en abril.*

*—Me alegro de que sea útil. De eso se trata. —Nicholas rodea mi hombro con su brazo y besa mi pelo. Punto para él por ese gesto cariñoso en público.*

*La velada resulta tan amena como lo fue el almuerzo, y yo siento que todos intentan que me sienta cómoda. Durante la sobremesa, junto a la chimenea, Nicholas continúa dándome muestras de cariño delante de todos. Temprano nos marchamos a descansar, puesto que al día siguiente madrugamos para hacer una excursión.*

*No puedo dormir, así que decido bajar a la cocina a buscar un vaso de leche caliente. Me sobresalto al descubrir allí a Jason.*

*—¿Te he asustado? —se preocupa, ofreciéndome el que acaba de sacar del microondas.*

*—¿Tú tampoco puedes dormir? —le pregunto, cogiéndolo y retirando una silla de la mesa para sentarme. Jason me imita.*

—No tengas miedo de que Kessia esté cerca de Nicholas. Te aseguro que jamás he visto a mi hermano mirar a una mujer como a ti. —Sonrío, avergonzada por ser tan transparente—. ¿Y esas muestras de amor en público? ¿Qué has hecho con el frío Nick? —me dice entre risas.

—Juro que no he hecho nada. —Desvío la vista al contenido cuando Kessia entra en la cocina.

—¿Interrumpo? —Con suma confianza coge una taza para llenarla de agua.

—No, yo ya me marchaba a la cama, que mañana mi padre no espera —alega Jason, cediéndole al sitio a Kessia—. Buenas noches.

—Buenas noches, Jason —le despido, incómoda por la situación.

Kessia me mira con una sonrisa en los labios dejándola sobre la madera tras beber de ella.

—Quiero que sepas que... —Hago el intento de levantarme de la silla, pero, poniendo su mano sobre la mía, me pide que la escuche—. Seré breve.

—No tienes que explicarme nada.

—Quiero que sepas que ya solo nos une una buena amistad —hace una pausa—, y estoy más segura que nunca tras veros juntos. Ese Nicholas no es el mismo con el que yo estuve casada. Está relajado, feliz...

—Perdona, pero me ha chocado que estés aquí. —En el ambiente empieza a respirarse algo menos de tensión.

*—Lo imagino. Para él también ha debido ser complicado. Eres la primera mujer que trae a casa desde que nos divorciamos. —Abro los ojos sorprendida—. Eso tiene que significar algo. No tengas miedo. Nicholas te quiere.*

*Sin más, se levanta de la mesa y acaricia mi pelo en un gesto que me resulta muy maternal.*

*—Cuidaos el uno al otro, porque podéis ser muy felices juntos.*

*Kessia sale de la cocina y me deja más confusa de lo que ya estaba.*

Cuatro meses después, mi relación con Nicholas seguía su curso y fuimos a la boda de Kessia y Charles. Fue una celebración preciosa e íntima en la que solo estuvimos presentes algunos familiares y muchos amigos. Yo aparezco en la escena bailando con Jason; Nicholas, durante ese tiempo, desapareció.

Cambiamos de escenario y ahora también de protagonistas, siendo estos Nicholas y Kessia que están a solas en la parte trasera del jardín.

Se acerca a ella, le da un beso en la mejilla y le susurra lo guapa que está.

Yo me tenso. Si ahora descubriese una infidelidad por su parte se me caería abajo el mito.

*—¿Soy una novia más guapa que en nuestra boda? —pregunta ella, acariciando su mejilla tras separarse de él.*

*—Siempre eres una novia guapa. —La coge de la mano para que le siga y se siente en el suelo junto a él.*

Yo me remuevo incómoda en el asiento y carraspeo. Matthew se fija en mí de soslayo.

*—¿Y Olivia? —cuestiona Kessia.*

*—Baila con Jason —le aclara Nicholas, mirando sobre su hombro, como si desde allí pudiera verme.*

*—¿Qué ha hecho contigo, Nick? —le formula la pregunta entre risas—. Te has relajado... —Él sonríe—. Se te ve muy feliz con ella.*

*—Lo soy. —Desvía la vista al suelo, como si le diese vergüenza reconocerlo.*

*—¿Y a qué esperas para decírselo?*

*—Tengo miedo de hacerlo y estropearlo. Es muy joven, hacía mucho que no me sentía así, y tal vez ella...*

*—Ella, ¿qué? —Kessia la agarra del mentón para que le preste atención.*

*—Que a ella le dé miedo ir tan en serio. Ha tenido malas experiencias con otros hombres con los que iba a casarse —le explica, pasándose las manos por el pelo.*

*—Regálale tú ese buen recuerdo. Te conozco y sé que estás loco por dar el paso.*

*—¿Tanto se nota? —Al sonreír parece un niño. Se pone en pie y tira de*

*las manos de Kessia para que ella también lo haga. Luego la abraza con fuerza—. Espero que seas muy feliz —susurra Nicholas en su oído.*

*—Igual que vas a serlo tú.*

*—Le animó Kessia —le revelo a Matthew, como si él no estuviese viendo la misma película que yo.*

*—Llevaba tiempo queriendo hacerlo, pero tenía miedo de que dijese que no por tus experiencias anteriores.*

*—Cuando me piden matrimonio, nunca sale bien. —La idea me angustia.*

*—A lo mejor, no lo ha hecho la persona definitiva. —Tuerzo el gesto. Con siete hombres en mi vida no estoy dispuesta a conocer a ninguno más—. Sigamos.*

*Al día siguiente de la boda, paseamos por la playa al atardecer. Apenas hay gente, por lo que podemos disfrutarla para nosotros solos. Desde nuestra vuelta, noto a Nicholas algo diferente, más callado, más pensativo.*

*—¿Sucede algo? —rompo el hielo, porque me desconcierta esa actitud.*

*—No me pasa nada —titubea, y sonrío—. Bueno, sí —rectifica al momento—. Estaba preguntándome si... si tú querrías casarte conmigo.*

*Me quedo petrificada ante la pregunta, y él sigue caminando solo.*

*—¿Olivia? —Se da la vuelta al ver que me he detenido y no le acompaño en el paseo.*

*Lo miro con los ojos empañados. Nicholas toma mi mandíbula con una mano y la alza.*

*—Si no quieres, no pasa nada. Seguiremos como hasta ahora —dice con mucho cariño—. Yo no necesito ningún documento que lo reconozca. Solo que estés a mi lado.*

*—Tengo miedo de que se estropee —confieso, llorando con una mezcla de alegría y susto—. Siempre sale mal.*

*—Antes ha salido mal. Pero antes no es ahora, ¿verdad? —Espacio dibuja mis labios con su pulgar—. Hemos dejado atrás el pasado, ¿recuerdas? —Yo asiento, mientras continúa deslizado el dedo por mi boca—. Ahora somos tú y yo en esta playa y haremos lo que tú quieras.*

*Sus pupilas azules titilan sobre las mías, parpadeo un par de veces y siempre las encuentro con la misma expresión de deseo y amor. Cierro los ojos por un momento y me dejo llevar por el cosquilleo que me produce su caricia.*

*—Sí, quiero.*

*Nicholas me alza en sus brazos y, al abrirlos, la playa gira a mi alrededor. Luego me deja en el suelo y me besa con ternura y mimo. Soy feliz y nada puede estropear esta felicidad.*

Me tenso en la butaca. Llega el momento más duro de la historia y, sin lugar a dudas, el peor que he vivido. Me costó mucho salir adelante, pero

Sam, un amigo de Nicholas, me ayudó a conseguirlo a base de risoterapia.

—Vamos a por el final —Matthew expresa con gran ternura. Cubre mi mano con la suya con la intención de transmitirme fuerza—. Te habrás dado cuenta de que este lugar no es para tanto. ¿Te quedas más tranquila?

—Ya. Aquí no se está tan mal —afirmo, mirando a mi alrededor—. Sorprendentemente, no me importa ver el trágico final de este capítulo. — Mis ojos no dicen lo mismo, porque empiezan a empañarse—. Los años que pasé con él fueron muy buenos y sentí que me quiso con toda su alma. Ese hombre me adoraba, ¿sabes? —le expreso, orgullosa de sentirlo—. Y yo me quedé con eso.

Sin soltar mi mano, Matthew acciona la filmación.

*—Solo va a ser una semana, cielo. —Nicholas está sentado al borde de la cama, hablándome como si yo fuese una niña. Estoy enfadada por no poder acompañarlo a sus dos congresos. Lo tenía todo preparado para ir con él, pero una fisura en una costilla tras una caída me lo impide.*

*—Pero es que yo me moría por ir a París —lloriqueo con un puchero.*

*—Y yo voy a llevarte en cuanto te cures esa costilla —me explica con mi cara entre sus manos—. Pórtate bien y haz caso a tu madre para que a mi vuelta estés recuperada. ¿De acuerdo?*

*—Vale —acepto con gesto de fastidio antes de que me bese. Luego, con mi rostro aún sujeto, el brillo de sus ojos se vuelve más azul en ese instante.*

*Yo sonrío porque tengo claro que es la mirada con la que quiero tropezar cada mañana.*

*—No te quejes, que te voy a cuidar muy bien —anuncia ella apoyada en el marco de la puerta, observándonos—. ¿No estás contenta con tener tiempo para nosotras solas?*

*Nicholas esboza una mueca divertida ante la pregunta de mi progenitora. Me da un casto beso en la frente y me susurra al oído que me quiere y que se tiene que ir, pero lo que en realidad desea es meterse conmigo en la cama y hacerme el amor. Yo no puedo evitar una carcajada y deslizo las yemas de mis dedos por su rostro antes de que se despida de mi madre con un abrazo.*

*—Si necesitáis cualquier cosa, llamadme —le aconseja en el salón.*

*—Vete tranquilo. Todo está bien. —La oigo responder desde la puerta de entrada a la casa.*

Aproveché mi reposo para adelantar trabajo con el portátil y leer. Por la noche veíamos películas juntas en la cama. Cuando por fin pude levantarme, dábamos pequeños paseos por la playa al atardecer. Gracias a nuestras confesiones, logramos conocernos un poco más la una a la otra como mujeres, no como madre e hija.

El 1 de junio era el quinto día de viaje de Nicholas. Faltaban dos para su regreso y lo echaba de menos demasiado. Cada día me había quedado

dormida con su voz al otro lado de la línea de teléfono. Era el único modo de sentirlo más cerca. Esa noche me dejó antes, porque salía al aeropuerto para coger el vuelo que lo llevaría a París y, desde que colgó, yo sentí un extraño nudo en el estómago.

La escena me muestra dormida en la penumbra de mi habitación. El teléfono vibra en la mesilla. A tientas lo busco. Deja de sonar y en cuestión de segundos vuelve a hacerlo otra vez. Me giro rápido en la cama, tanto que me hago daño por el mal movimiento. Por fin, logro encender la luz de la mesilla y responder a ese número desconocido y de fuera de Estados Unidos.

*—Sí —carraspeo para aclarar mi garganta.*

*—¿Hablo con la señora McCain? —pregunta con tono ceremonioso una voz femenina al otro lado. Su acento es bueno, pero no nativo.*

*—Sí, soy yo. ¿Qué pasa? —Una llamada a esa hora no puede ser para nada bueno. Despacio, con gesto de dolor, intento sentarme.*

*—¿Conoce usted a Nicholas Carter? Su teléfono aparece en la lista.*

*Noto perfectamente como el corazón da un vuelco en mi pecho, que hasta duele, al oír su nombre.*

*—Sí, es mi marido. —No es momento de dar explicaciones sobre nuestra futura boda. Qué más da un par de meses antes que después. Necesito saber el porqué de esa llamada.*

*—Verá, señora, su marido volaba en nuestro vuelo que cubría la ruta de Río de Janeiro a París. —Un frío helador agita mi cuerpo. Esa conversación me parece eterna—. Ese avión ha desaparecido.*

*No escucho nada más. Solo un murmullo ensordecedor y la sensación de que mi cabeza pesa una tonelada. Me lamento y no dejo a la chica explicarme nada más. Tampoco puede darme mucha más información. El avión se ha perdido del radar, ha cortado el contacto con la torre de control, y creen que ha caído en el océano. El teléfono resbala de mi mano temblorosa, y yo no caigo al suelo tras él, porque tengo el colchón detrás que amortigua mi caída. Alertada por los gritos, mi madre entra en la habitación y me encuentra temblorosa y con la mirada perdida al frente.*

Qué pena me da al verla ahora. Qué valiente es. Me asombra lo rápido que tomó el control de la situación cuando yo todavía no podía levantar el culo de la cama y dejar de mirar a la pared compadeciéndome a mí misma, preguntándome por qué.

Intenta tranquilizarme para averiguar qué ha sucedido, colocando mi pelo tras la oreja y acariciando mi rostro.

—Tranquila, mi vida —me calma, sentada junto a mí, frotando mi espalda.

Todo lo demás pasa muy rápido en la cinta, igual que aquel fatídico día.

*Ella me obliga a quitarme el pijama y ponerme unos vaqueros y una camiseta, previendo la que se nos viene encima, mientras telefonea a la compañía para saber más información. Luego, le pide a mi padre que hable con la familia de Nicholas para ver qué saben. Desconozco cuánto tiempo después ni cómo la casa se ha llenado de gente. Sostengo una taza de té entre las manos, sentada en la mesa de la cocina junto a Marcus, Susan y Mike, mientras tanto mi madre, mucho más resolutiva que yo, continúa averiguando datos. El murmullo de la tele en el salón nos va revelando qué ha podido pasar lanzando mil teorías que a mí me resultan absurdas y anuncian lo que yo ya sabía desde que me comunicaron lo sucedido: no volveré a sentirme segura entre sus brazos jamás, porque lo más probable es que no haya supervivientes.*

*Ninguno de los cuatro hablamos. Solo nos miramos unos a otros sin nada que decir. Es difícil encontrar las palabras adecuadas, sobre todo, si no eres el consolado. Sin embargo, en ese momento en que lágrimas silenciosas no dejan de caer por mi rostro, no las necesito, solo su compañía.*

*Horas después, llegan los padres y los hermanos de Nicholas. El mío es el último en hacerlo, con Karen y Brad. Kessia contacta con nosotros cada dos horas para preguntar si hay alguna novedad; y yo, dentro de ese descontrol y desolación que siento, me encuentro feliz de estar tan arropada por los que me quieren.*

*Decidimos que lo mejor es volar hasta París, donde está la sede de la compañía, para realizar los trámites pertinentes. En consenso, me lo prohíben por mi convalecencia y, tras una gran discusión, se decide que mi padre acompañará a los de Nicholas y a Jason.*

Tiempo después pensé que lo había soñado por el momento de confusión, pero ahora veo que era real. Mike, apartado de nosotros en la terraza, habla con alguien por teléfono. Esa conversación es otro de mis descubrimientos gracias a mi película.

*—Ella está bien, no te preocupes. Ya sabes que es fuerte —le asegura mientras camina de un lado a otro fuera, pasándose la mano por el pelo—. Sí, sí, un par de horas es perfecto. Gracias, tío. —La frase que viene después es demoledora para mí—. Sé que harías cualquier cosa por ella. Te mantengo informado.*

*Mike entra al salón feliz de poder ayudar en todo ese desastre, puesto que hasta pasado dos días no hay vuelos comerciales.*

*—No hace falta que busquéis más. Un buen amigo os pone un avión. Saldréis en dos horas.*

*Susan mira a Mike que con un gesto, asintiendo y llevándose el índice a la boca, le pide que se calle. Ya hablarán. Y yo, sin que él me diga nada, sé que se trata de Owen.*

La siguiente escena sucedió días después. Por suerte, el cuerpo de Nicholas está entre los que encuentran junto a los restos del avión. Según me contó luego su amigo Sam en la terapia, tener los restos y poder darle sepultura es algo fundamental en estos casos para iniciar el duelo.

*Me miro al espejo vistiendo un discreto vestido negro de manga francesa por encima de la rodilla. He recogido el pelo en una coleta baja y he ocultado mis ojeras bajo las gafas de sol, que no pienso quitarme en todo el día.*

*Marcus nos espera a mi madre y a mí para llevarnos en su coche al cementerio. Ella sostiene mi mano entre las suyas todo el trayecto.*

*—¿Qué voy a hacer ahora, mamá? —le pregunto, perdiéndome a través la ventanilla.*

*—¿Qué quieres decir? —Dirige su mirada a mí—. Seguir luchando como hasta ahora. Es lo que Nicholas quiere de ti.*

*—¿Tú crees?*

*—Desde luego. Mírate. Eres preciosa, y muy inteligente. Has conseguido muchas cosas tú sola. Saldrás adelante, cariño, porque todos vamos a estar ahí para apoyarte.*

*Debo ser rara, pero los cementerios me transmiten paz. Ando por uno de los senderos de Holly Cross de la mano de Marcus. Es un sitio espectacular con grandes y cuidadas praderas verdes e impolutas, donde estatuas de*

*mármol y bronce custodian las tumbas. La mañana de junio acompaña con el sol californiano.*

*Un montón de sillas blancas frente al ataúd se van llenando poco a poco. Yo ocupo mi lugar en primera fila junto a la madre de Nicholas y a su hermana Charlotte. Junto a esta, Kessia.*

*—Las cuatro mujeres de su vida juntas —menciona su padre con una triste sonrisa al vernos allí sentadas. Y realmente es así.*

*No me molesta la presencia de Kessia, porque sé que fue tan importante como yo para él. Cada una tuvimos nuestro momento y con eso debemos quedarnos a partir de ahora. Junto a Ann, su padre, su hermano Jason, Paul y Charles. En la fila de atrás mis padres, Karen y Brad, Mike y Susan, y Marcus. En el resto de asientos, muchos amigos que quisieron acompañarnos.*

Las imágenes del sepelio llevan la canción *Spending my time* de Roxette; y yo, después de muchos años, vuelvo a llorar la muerte de Nicholas.

—Lo pasamos muy mal. No quiero pensar que mi familia y mis amigos vuelvan a revivir algo así.

—Todavía no. Recuerda que para ellos estás en el hospital.

—¿Podría ver a Nicholas?

—Me temo que hasta que no mueras del todo, eso no es posible. —  
Matthew se muestra un tanto apenado.

—De acuerdo. —Me seco las lágrimas con el pañuelo que me dio hace rato.

—¿Sigues manteniendo buena relación con ellos?

—Muy buena. De hecho, conocen a Ben.

—Sin duda, son una familia muy peculiar.

—Yo diría más bien que son muy civilizados. Demasiado quizá. —Me tomo un tiempo de reflexión antes de seguir hablando—. Su reacción fue ejemplar. Me dieron mi sitio y consultaron todas las decisiones conmigo. Jamás me pidieron nada. Incluso querían que siguiera viviendo en la casa de Malibú, pero yo no podía, se me caía encima porque estaba llena de recuerdos.

—¿Qué pasó después?

—Me marché unas semanas a Wilmington. Hasta que Susan y Marcus vinieron a rescatarme para devolverme a la civilización, como dicen ellos. —Sonríó al recordarlos. Si tengo que quedarme aquí, voy a echarlos mucho de menos—. Un nudo se me puso aquí —le informo, señalándome la garganta— cuando cerré la puerta tras el funeral. Me creí valiente y pretendí enfrentarme a solas.

—Eso no está bien.

—Pasé la noche llorando sentada en el suelo de la habitación. Apenas lo hice los días anteriores y lo necesitaba. Tras volver de Wilmington, Susan

me ayudó a buscar otro apartamento y con la mudanza; y Jason se encargó de vender la casa de Nicholas. Esos días que estuve con ellos fueron vitales para mí. Mi abuela sufrió lo mismo cuando era joven y las largas horas de charla con ella me sirvieron de mucho. Tengo con ella una conexión especial, porque sé que es la única persona que puede entenderme. —Matthew se entristece, se muestra demasiado afectado.

—Volviste a terapia, ¿verdad?

—Pero no por mucho tiempo. Sam me expuso la situación tan clara que no tardé en darme cuenta de que debía seguir adelante. ¿Sabes otra cosa que me ayudó mucho? —Matthew niega—. Los comentarios de las seguidoras del blog. Al final, algunas se convierten en amigas, aunque nunca las haya visto en persona. Todos los días tenía algunos dándome ánimos y preguntándome por mi vuelta, y así fue. Es lo que Nicholas esperaba de mí, ¿verdad?

—Por supuesto.

## Capítulo 10

Acabo de ser consciente de que he perdido la noción del tiempo. Supongo que será algo normal aquí, donde no existen las horas ni los días. No amanece, no anochece.

Tras ver la parte de Nicholas, el que sigue es Ben y, a pesar del momento tan duro que supuso la muerte del primero, no estoy preparada para recordar al segundo. En absoluto. Todavía duele mucho. No es por el hecho de ser él quien puso sobre la mesa algo de lo que ambos éramos conscientes, sino por ese «no puede ser, tienes que asumirlo» que me soltó cuando nos encontramos en el supermercado días después de marcharme de casa. Aunque todavía me apena más que, tras cinco años juntos, me reprochase todas esas cosas sobre mi falta de madurez y escasa percepción de la realidad.

—Turno de Ben —anuncia Matthew con voz cansada. No me extraña, después del maratón amoroso que nos estamos metiendo entre pecho y espalda—. ¿Lista?

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza antes de responder un tímido «sí». En esta ocasión no hay preguntas, está todo tan reciente que no hace falta recordar nada.

La primera escena de esta parte de la historia es la sede de YouTube en

San Bruno, California. Allí es donde nos conocimos. Hace algo menos de seis años nos reunieron para dar una conferencia sobre el uso como herramienta de trabajo. Fuimos invitadas cinco personas: un chico que en su canal de cocina para torpes hacía vídeos de unas recetas increíbles; una chica con uno en el que daba consejos sobre de decoración y confección de tu propia ropa; dos jugadores de videojuegos, entre los que estaba Ben; y yo, con mi canal de moda y estilo de vida.

Aparezco en pantalla entrando en el edificio vestida con unos vaqueros ajustados, unos *stiletos* y una camiseta blanca bajo un *blazer* azul marino. Desde el minuto uno, llama mi atención Ben que está sentado en el sofá de recepción con un iPad entre las manos y, aunque solo conozco su *nick* —*Silent Spy*—, me muero por preguntarle si es cierto eso que se rumoreaba de que había sido capaz de *hackear* los ordenadores del Pentágono.

*Soy la última en llegar. Una chica joven, algo hiperactiva por cómo se mueve de un lado a otro del recibidor, nos saluda con entusiasmo y acompaña a otra habitación más pequeña mientras la gente va entrando al salón de actos. Para que pasemos el tiempo y sea más dulce la espera, nos han dejado un catering increíble del que el chico del canal de cocina está dando buena cuenta.*

*Ben se acerca a mí con un par de cafés en la mano. Me ofrece uno y se presenta.*

—¿Qué tal? —rompe el hielo, ofreciéndome el vaso. Me gusta el aire de naturalidad de su tono—. Soy Ben.

—Yo soy... —No me deja terminar la frase.

—Olivia McCain. Te sigo, veo todos tus vídeos —reconoce antes de darle un sorbo a su bebida.

—Vaya... Disculpa, ahora me siento fatal. En realidad, no soy mucho de videojuegos. —Sonríe, siendo consciente de que estoy coqueteando con él con cada uno de mis movimientos.

—A mí tampoco me gusta la moda, pero lo hago porque creo que tienes una sonrisa preciosa. —Y ella, vanidosa, al oír que Ben la reclama, se deja ver en mi rostro de nuevo. Mucho más amplia y segura.

No sé qué decir. Me ha dejado sin palabras, así que me llevo el vaso a los labios para beber algo, pero antes de hacerlo le susurro «gracias».

Desde que lo vi me pareció súper atractivo. Tenía ese toque despreocupado tan opuesto a mí y que tanto me llama la atención. Nunca lo había pensado, porque tampoco había vuelto a acordarme de él, pero tiene cierto aire con Colton. Haberlo recordado recientemente ha hecho que, de forma inevitable, los compare. Puedo estar contenta, el primer y último hombre de mi vida han sido «cerebritos». Entre tanto egocéntrico y narcisista, de donde saco a Owen, puedo decir que he compartido parte de mi existencia con tres tíos increíbles, que me han hecho sentir la mejor mujer sobre la

tierra. ¿Qué dirían ellos de mí?

*La misma chica de la entrada interrumpe nuestra conversación buscándonos para la charla. Al entrar al auditorio me impresiona ver que hay más de trescientas personas, no cabe ni un alfiler. No me extraña, han conseguido reunir aquí dentro a cinco de los youtubers con más seguidores. Viéndolo desde fuera, estoy muy orgullosa de encontrarme entre ellos.*

*Uno de los directores nos presenta a cada uno de nosotros y da paso a la proyección de un montaje con nuestros vídeos que da comienzo al acto. Hay que felicitar a quien lo haya hecho, porque ha quedado muy divertido y ha arrancado más de una risa entre los asistentes.*

*Tom, el chico del canal de cocina, es el primero en intervenir. Me resulta muy interesante, pero estoy tan nerviosa viendo que soy la siguiente que apenas presto atención a lo que cuenta.*

*Cuando llega mi turno, empiezo reconociendo lo asombrada que estoy por la asistencia de público y bromeo con que grabar a solas en tu casa es mucho más fácil que hablar ante tanta gente. Ben, que ha hecho todo lo posible por sentarse a mi lado, no deja de observarme, lo que no me está facilitando las cosas.*

*Inicio mi charla contando que soy odontóloga, hecho que sorprende a los presentes, y que comencé el canal hace unos años animada por mi amiga Susan. Relato cómo empecé compartiendo vídeos rápidos con consejos de*

*estilismo y meses después abrí un blog en el que subo fotos de lo que me pongo y destaco chollos para comprarse.*

*—Las visitas empezaron a aumentar como la espuma y las seguidoras tenían una curiosidad tremenda por cualquier aspecto de mi vida: qué como, cómo tengo decorada mi habitación o qué me gusta hacer en mi tiempo libre —sigo narrando al público—. Se convirtió en una locura. Llegó a tal extremo que tuve que visitar a un psiquiatra, el cual se convirtió en mi pareja. Los comentarios de las lectoras me ayudaron a seguir adelante con mi trabajo y a superar su muerte.*

*La gente susurra un «¡oh!» y Ben me mira con ternura, como si quisiera protegerme de todo lo malo que pueda pasarme a partir de ahora. Sigue atento a cada uno de mis movimientos en una pose relajada, con la espalda en el respaldo de la silla y los brazos cruzados sobre el pecho.*

*Termino diciendo que asumí lo que estaba pasando y que, gracias a eso, mi blog ha crecido y está abierto a ciertas parcelas de mi intimidad.*

El siguiente en hablar fue Ben, que lo hizo quejándose entre risas de que en el vídeo de inicio yo salía mucho más favorecida que él porque cuando jugaba la partida se tensaba, ponía cara de loco y no paraba de gritar tacos. El público le aplaudió con ganas; sin duda, era el que mayor expectación causaba y muchos de los asistentes —sobre todo chicos jóvenes— estaban allí por él.

Durante su exposición reconoció que su vida despertaba mucho interés, pero alegó estar cumpliendo su parte del trato —entrecomilló esa palabra al pronunciarla— por lo que se limitaría a hablar de videojuegos. Al igual que Tom y yo, descubrió sus inicios y el desarrollo que fue teniendo su espacio.

*Una hora y media después hemos terminado, y nos llevan a almorzar junto con los organizadores del acto. Luego, pasamos la tarde visitando las instalaciones de YouTube.*

*Tras ese intenso día, lo que me apetece es irme al hotel y descansar. Ben, que charla con dos personas, no me quita ojo de encima y corre a mi lado cuando se da cuenta de que tengo mis cosas en la mano y le agradezco su amabilidad a la chica que nos ha acompañado durante toda la jornada.*

*—Espera —me pide, sujetándome del codo cuando me dispongo a salir—. ¿No pensabas despedirte de mí? —Me resulta gracioso su gesto de tristeza como si fuese un niño.*

*—Perdona, te vi hablando y no quise interrumpirte. —Es la primera mentira que se me ha ocurrido. La realidad es que no quería parecer una creída, pero he quedado como una mal educada. En fin.*

*—Estaba diciendo «adiós». ¿Qué haces ahora? —curioseas, poniéndose la chaqueta. No puedo evitar recolocarle la parte trasera del cuello.*

*—Había decidido irme al hotel. Estoy muerta.*

Al decir esa frase, Matthew, que presta atención a lo que ve, sonrío

cuando sabe que lo estoy mirando. «A veces hablamos sin saber», pienso.

—Tendrás que cenar algo antes, ¿no crees?

—Lo que creo es que tú me estás invitando a hacerlo.

—¿Aceptas o no?

*En un acto de confianza como respuesta, me agarro de su brazo, y de esta forma salimos del edificio. La noche es muy agradable, por lo que optamos por ir dando un paseo hasta encontrar algún sitio.*

—Yo no tengo ni idea de a dónde podemos ir —le confieso, caminando a su lado.

—Si no recuerdo mal, por aquí cerca había un restaurante Tailandés. ¿Te gusta ese tipo de comida? —Me mira a los ojos. Al hacerlo siento una punzada en el estómago. Sonríe con mi reacción.

—Sí, por mí, perfecto.

*Dos calles más abajo, entramos en un pequeño y coqueto local con decoración típica. No hay mucha gente, por lo que el camarero nos sugiere que podemos sentarnos donde queramos. Ben deja que sea yo la que pida.*

*Durante la cena me demuestra que tiene una de las conversaciones más inteligentes que recuerdo en años. Me cuenta cosas de su trabajo sin ser prepotente o repetirme mil veces que es el mejor en lo que hace. No hace falta, porque se ve con los resultados obtenidos.*

—Explicame cómo es eso de que salías con tu psiquiatra.

—Nos liamos fuera de la consulta. No vayas a creer que era tan poco profesional —le explico, aclarando lo que seguramente piensa—. De todos modos, viene a confirmar lo que me pasa siempre cuando soy yo la que me fijo en los hombres, no sale bien.

—Bueno, esta vez soy yo quien lo ha hecho primero. —Alza su copa para brindar.

Después de beber, necesito cambiar de forma radical de tema, así que soy más rápida que él y le pregunto si es verdad lo del Pentágono.

—Trabajo para el FBI. —Mi cuerpo se tensa al escuchar las siglas. Me imponen tanto—. El trato del que hablaba esta mañana es la convalidación de una pena de cárcel a cambio de ayudarles. Vieron que les era mucho más valioso de esta forma que encerrado.

No doy crédito a lo que oigo.

—Me quedan un par de años —sigue relatándome con absoluta tranquilidad, como si fuese lo más normal del mundo.

—¿Y cómo llegaste a ser hacker?

—Empecé trucando la línea de teléfono de mi casa para que mi hermana pudiese llamar a sus amigas. Se pasaba horas enganchada y mis padres compraron un aparato con un código que había que teclear para poder usarlo —hace una pausa en su narración—, cuando me di cuenta de que con doce años era capaz de descifrar algo que había creado un adulto que había

*pasado años de universidad para aprender a hacerlo, supe que tenía mucho potencial y quise explorar mis límites.*

*—¿Qué pasó después? —Le observo con fijeza mientras mastico un trozo de pan.*

*—Entraba en el ordenador del instituto para modificar notas, después logré quitar multas de tráfico y cosas así, hasta que se me ocurrió comprobar la vulnerabilidad de las instituciones. Y me pillaron. Fui a juicio y me condenaron a pena de cárcel. Mi abogado llegó a un acuerdo con ellos y la cambiaron por la ayuda que les presto.*

*—¿Qué edad tenías?*

*—Veinticinco años. Llevo diez cumpliendo a rajatabla con ellos —finge con tono serio, pero se ve de lejos que todo ese tema le divierte.*

*—Me asustas —bromeo, riendo.*

*—Eso suelen decirme las chicas, por eso me cuesta tanto encontrar pareja. —Frunzo el ceño ante su explicación, no la entiendo—. La última se justificó con que tenía miedo de verse implicada en algo. Y la entiendo. Ahora soy un tío reformado —me aclara entre risas y, tras una pausa, añade —: Puedes fiarte de mí. ¿Te fías de mí?*

*Lo miro embelesada con el codo apoyado en la mesa y la barbilla sobre la mano. Asiento, y él sonrío, entonces, ya sé que me tiene atrapada en todos los sentidos.*

Tras la cena, Ben me acompañó al hotel, y nos despedimos con un casto beso en la comisura.

Unos días después, el timbre de mi casa sonó mientras peleaba con mi programa de edición. Corrí a abrirla, extrañada. Debí parecer idiota al quedarme boquiabierta al descubrirlo tras la puerta. No lo esperaba. ¡Y tanto que no!; si no, no lo hubiese hecho con ese aspecto: un moño desecho, unos *jeans* viejos y una sudadera ancha de estar por casa.

*—Menuda sorpresa —reacciono, intentando esconderme tras la madera.*

*Está increíble vestido en lo que él definió la otra noche como su estilo: vaqueros, zapatillas de deporte, una camiseta gris y una chaqueta de cuero. A toda esa indumentaria le acompaña una barba de algo más de dos días y el pelo revuelto. Trae en la mano una bolsa de una conocida pastelería cercana, lo que me demuestra que no es tan desastre como aparenta su exterior.*

*—Pasaba por aquí y he pensado en hacerte una visita. ¿Me invitas a pasar? —Me he quedado embobada contemplándolo, agito mi cabeza para salir de mi estado de perturbación.*

*—Perdona, claro, pasa. —Le cedo el paso. Me sigue y puedo ver en el espejo del pasillo que me mira el trasero mientras camina tras de mí.*

*—Tienes un apartamento muy bonito —comenta al entrar en el salón y dejar sus cosas sobre la mesa—. Muy de tía.*

*Me hace gracia su definición. Ríe nerviosa, y, entretanto, intento poner un poco de orden.*

*—Disculpa, estaba editando vídeos y lo tengo todo hecho un lío. El programa no funciona y estoy de los nervios.*

*Mientras recoloco los cojines del sofá, me pide permiso para echarle un vistazo. Desde mi habitación oigo mi voz proveniente del salón, lo que quiere decir que ha logrado solucionarlo. Al salir lo veo sentado frente al ordenador.*

*—Espero que no te importe. Ya lo estoy subiendo —anuncia, levantándose de mi silla de trabajo.*

*—En absoluto. Gracias. —Me llevo las manos a los bolsillos traseros del vaquero, porque no sé qué hacer—. ¿Quieres tomar algo?*

*—Claro. —Sus ojos me recorren haciendo que tenga que tragar saliva para poder hablar de nuevo.*

*—Hace muy buena temperatura, vamos ahí fuera —propongo, señalando la cristalera.*

*Ben me sigue hasta la terraza de mi apartamento. En ella tengo una mesa blanca de madera con un par de sillas adornadas con cojines de color fucsia.*

*—No sé por qué me lo temía —bromea, alzando uno de ellos para enseñármelo antes de sentarse.*

*—A mí me parece un color precioso que, además, hace juego con las*

*plantas de plástico. —Le sigo el rollo señalando las flores que hay en unos maceteros al pie de la barandilla.*

*Lo dejo apoyado en ella mirando la ciudad mientras preparo algo de cenar en la cocina. Había pensado en él varias veces, por lo que me encanta que haya sido tan lanzado y eso suponga tenerlo en mi casa esta noche, aunque sea de improviso. Menos mal que, como me gusta ir picoteando mientras trabajo, tengo un montón de cosas para ofrecerle.*

*Salgo a la terraza llevando una bandeja con un aperitivo. La dejo sobre la mesa, y Ben, rápido, se lanza a por una aceituna, guiñándome un ojo cuando lo observo divertida.*

*—Voy a por el vino. —Y desaparezco de nuevo tras la cristalera.*

*Saco un par de copas del armario y las llevo fuera junto a la botella y los hojaldres que él trajo.*

*Me siento enfrente. De nuevo, toma la iniciativa y lo sirve.*

*—Por nosotros —brindo, mirándolo a sus preciosos ojos verdes. Los dos somos lo suficientemente adultos para saber que esa no es una visita solo de cortesía—. Una cosa —curioseo antes de morder un trozo de hojaldre y le interrogo—: ¿Cómo has sabido dónde vivo?*

*—Accedí a tus cuentas bancarias —confiesa con absoluta seriedad, como si fuese lo más normal del mundo—. ¿De veras ganas todo ese dinero?*

*—¿En serio? —Me doy cuenta de lo ridícula que debo parecer cuando él*

*se carcajea con ganas—. Perdona, ¿de qué te ríes? Has hecho cosas peores.*

*—Lo siento —se disculpa, dejando la bebida sobre la mesa para limpiarse con la servilleta—. Accedí a tus datos en tráfico. Y esto es totalmente en serio.*

*—¿Puedes hacer eso? Me refiero ahora, con tu condena.*

*—No debería, pero esto era causa de vida o muerte.*

*—Ya veo. —Bajo la vista, sintiendo mis mejillas sonrojarse.*

*Charlamos de forma animada mientras cenamos a la luz de las velas. No las he puesto por hacer el clima más romántico, solo es que me gusta usarlas cuando estoy en el exterior. Continuamos hablando sobre nosotros. Yo más que él, porque no cesa de preguntarme cosas sobre mí. La botella se termina antes de lo que esperábamos, por lo que voy a la cocina a buscar otra. A mitad de la segunda, que seguimos bebiendo a pesar de que ya no nos queda comida, Ben da el primer paso.*

*Me recuesto en mi silla con la copa. Él, en cambio, se echa sobre la mesa para alcanzar mi mano con la suya. Lo consigue de forma fácil. Primero, con timidez, acariciándola por el dorso; luego, enlazando sus dedos con los míos.*

*—¿Sabes una cosa?*

*—Sé más de una. —No puedo evitar la broma. Me lo ha puesto muy fácil.*

*—Esta seguro que no. —Se humedece los labios y sonríe.*

*—Prueba —le reto, cargando mis palabras de sensualidad.*

—Que en persona, esa sonrisa de la que te hablaba el otro día es mucho más bonita.

—Creo que dijiste que era preciosa —le corrijo, divertida. Ben frunce el ceño intentado recordar sus palabras.

—¿Sí? Pues rectifico. En persona es espectacular.

Con solo recordarlo él, se vuelve más amplia. Ben coge su silla y se sienta frente a mí abriendo sus piernas para que yo quede entre ellas. Me sostiene la mirada, y yo, divertida por el vino y encantada con su juego, lo sigo, mostrándome segura.

—Me gustan tus ojos —susurra, clavando los suyos en ellos—, estas pecas de aquí —continúa mientras roza con sus pulgares mis mejillas—, y sobre todo tu boca. —La mira, baja hasta ella los dedos y la acaricia.

Yo cierro los párpados dejándome llevar por el momento, sintiendo cada una de las caricias de Ben en mi rostro. Las intensifica en el cuello, colando las manos en mi pelo, haciendo que pierda la noción de la realidad.

—Me muero por besarte —susurra, ya con sus labios sobre los míos. Un placentero escalofrío me recorre la columna—. Y voy a hacerlo.

Atrapa los míos con decisión y, tan rápido como le dejo, su lengua se cuela en mi boca buscando la mía con ansia.

Casi sin hablar y sin dejar ese contacto, conduzco a Ben hasta mi habitación. Una vez allí, veloz como si tuviese mucha prisa, me quita la

*camiseta y hace lo mismo con la suya. Las lanza a un rincón provocando que vuelen sobre nuestras cabezas.*

*Por unos segundos dejamos los besos, pero nos miramos a los ojos con nuestras frentes apoyadas una sobre la otra, concentrados en el ritmo acelerado de nuestras respiraciones.*

*—No solo veía tus vídeos por tu sonrisa —me confiesa, pasando la lengua por mi boca.*

*—Ah, ¿no? —curioso, casi jadeante, por el placer que me provoca ese roce.*

*—No, también lo hacía porque me encanta tu culo. —Posa sus manos sobre él por encima de la tela del pantalón. Lo aprieta con fuerza y me arrastra haciendo que nuestras pelvis choquen—. También por cómo te sientan los vaqueros. Más de una vez he fantaseado con quitártelos.*

*—Ya tienes la oportunidad. Hazlo —le apremio. Y mis palabras suenan más a súplica que a una petición.*

*Sin pensarlo, Ben se arrodilla ante mí y, con una lentitud que me mata, desabrocha el botón. Luego, los baja tirando de las perneras con fuerza, aunque son muy ajustados no le cuesta trabajo apartarlos. Se pone en pie y, a su vez, desliza las yemas de sus dedos por mis muslos. En ese instante creo que me voy a morir. Una vez frente a mí, se deshace del suyo sin apartar sus pupilas de las mías, yo no puedo evitarlo cuando lo tengo delante en bóxers.*

*—Me gusta estar en igualdad de condiciones —me explica.*

*Cuelo un dedo dentro del elástico de su ropa interior y lo uso para atraerlo a mí, me urge sentir piel con piel. Volvemos a besarnos, y, entre besos, Ben sigue confesándome cosas que en breve me harán perder el control.*

*Busca el broche de mi sujetador y logra quitarlo con más habilidad de la que yo esperaba. Luego desliza las manos por mi pecho haciendo que tenga que cerrar los ojos por el morbo que me provoca el momento.*

*—Eres preciosa —me susurra al oído, a la vez que me alza entre sus brazos del suelo y me tumba en la cama dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre mí.*

*A la mañana siguiente, despierto sola pero con el olor a Ben en mi almohada. Sé que no se ha ido, porque su camiseta y sus zapatillas aún están en el suelo de la habitación. Salgo al salón y lo escucho trastear en la cocina. Lo observo unos instantes, apoyada en el marco de la puerta, como cocina llevando solo unos vaqueros.*

*—Eso huele muy bien —reconozco, rodeándole con mis brazos mientras beso su espalda.*

*—Gracias. —Ahora es él quien me estrecha a mí con sus fuertes brazos—. Siento no poder deleitarte con la típica escena en la que la chica lleva puesta una camisa de él. Creo que ninguna de tus camisetas me sentaría muy*

bien. —*Frunce el ceño de forma divertida.*

*Solo imaginármelo, me hace reír. Me siento en la encimera, junto a los cacharros que tiene fuera, y miro lo que está haciendo.*

—*¿Qué preparas?*

—*Tortitas —anuncia, vertiendo un poco de masa en la sartén—. Sé que tú no comes estas cosas, pero por un día no pasa nada. —Da un toque con el índice en mi nariz—. Tienes que reponer energía después de una noche tan intensa.*

*Creo que me sonrojo solo con pensarlo. Desde que salía con Owen no había pasado una así, que, por cierto, estoy desando que se repita.*

—*¿Tengo que coger fuerzas por si en algún otro momento hay otro asalto?*

*Abrazo con mis piernas la cintura de Ben, que me aparta el pelo de la cara antes de besarme.*

—*Vas a tener que suplicarme que pare —susurra, pasando la lengua por el hueco de mi cuello. Ese simple gesto me eriza la piel.*

*Desayunamos en la terraza. Después de comerme tres tortillas con sirope de chocolate, me recuesto en la silla con la taza de café entre las manos. Cierro los ojos y me dejo llevar por la agradable sensación del sol acariciando mi rostro. La voz de Ben me saca del ensueño, pero es lo que me pide lo que hace que me muestre absolutamente incrédula.*

—*Esta noche me voy a Las Vegas y me gustaría que me acompañases.* —

*Deja su taza sobre la mesa y me mira con fijeza y gesto serio.*

—*¿Perdona?* —*Me ha dejado absolutamente desconcertada.*

—*Voy a pasar tres días allí. Me han invitado los de Active para probar el juego que lanzan el próximo mes, y me apetece pasar esos días contigo.*

—*¿En Las Vegas?* —*pregunto, como si no le hubiese oído antes.*

—*En Las Vegas o donde sea.* —*Se acerca y coge mis manos—.* *Yo no quiero separarme de ti, pero las circunstancias hacen que tengan que ser allí. ¿Qué dices?*

—*No sé, me has pillado de improviso.*

—*Olivia, tú me gustas, y creo que yo a ti también. Hemos compartido la noche más increíble de nuestras vidas y con treinta y cuatro años somos demasiado mayores para empezar a ir al cine o a cenar y decidir en el coche en qué casa vamos a pasar la noche, ¿no crees?*

—*¿Me estás pidiendo empezar una relación?* —*Estoy muy sorprendida, porque no creía que Ben fuese así.*

—*Sí, conozcámonos y veamos si funciona. Disfrutemos de Las Vegas y a la vuelta decidimos qué hacemos. ¿Te parece?*

Seis horas después estaba en un avión con él rumbo a Las Vegas. Casi no tuve tiempo de pensarlo y tomé la decisión mientras hacía la maleta. Fui realmente consciente de la locura que suponía al abrocharme el cinturón,

como si se tratase de una metáfora de que acababa de atraparme.

—¡Wow, cómo ha cambiado! —Matthew se sorprende mucho al ver la ciudad en la pantalla. Las luces de los casinos brillan con intensidad y se reflejan en sus ojos abiertos de par en par. Me enternece que se muestre como un niño ante su primera Navidad.

—No iba a Las Vegas desde que perdí la apuesta con Susan y tuve que invitarla a pasar el fin de semana —le explico. Parpadea un par de veces antes de apartar la vista de la pantalla.

—No te diré desde cuando no voy yo... —Sonrío—. Pero todos esos hoteles de ahí no estaban.

A nuestra llegada al aeropuerto un coche nos esperaba para llevarnos al hotel. La relaciones públicas que nos recibió, por mucho que lo intentó, no pudo evitar la cara de sorpresa cuando entramos cogidos de la mano en el *hall*. Su decepción era latente.

Ben le explicó que a última hora me había pedido que lo acompañase. Pude descubrir que referirse a mí como su chica fue demoledor para ella. Intentó fingir que aquello no le importaba nada y, que tal y como dijo, lo único que le sorprendía era el no saber hasta entonces que estábamos saliendo.

Después de registrarnos en el hotel, la relaciones públicas nos acompañó hasta el ascensor y se despidió de nosotros hasta la mañana siguiente, en la

que Ben y los otros chicos probarían por primera vez el juego. Yo la aprovecharía para dormir.

Apenas tuve tiempo de entrar en la habitación y soltar mi maleta cuando me alzó del suelo, apoyándome contra la pared, y me puso a mil con palabras y comentarios subidos de tono. Tardamos muy poco en estrenar la cama. Dispuestos a no salir de allí, el servicio de habitaciones nos subió la cena.

Él bajó temprano a la sala donde pasaron la mañana jugando. Por suerte, estaba en el mismo hotel, así que pudo apurar conmigo hasta última hora. Lo necesitábamos, después de la noche de maratón sexual que nos habíamos regalado. Yo remoloneé entre las sábanas un poco más, casi hasta la once, y aproveché la jornada para localizar escenarios a los que llevarlo por la tarde para que me sacara fotos para el blog.

Un buen rato después estaba de vuelta en el hotel. Vi movimiento por la zona en la que se desarrollaba el evento, pero me daba reparo acercarme por si interrumpía. Era la primera vez que iba a algo así y desconocía por completo su funcionamiento. Ignoraba las horas seguidas que podían pasar encerrados. Pero la curiosidad me pudo, y terminé por acercarme a la puerta y espiar por una raja entornada.

En el centro de la sala había una gran mesa con forma de U con varias pantallas de ordenador. Frente a cada una de ellas, un jugador. Descubrí a Ben sentado en la parte central, absolutamente abstraído por el juego con

unos auriculares. El sonido ambiente de disparos y helicópteros sobrevolando nuestras cabezas le daban un aspecto más que logrado. Aquello era la guerra.

*Al verme allí de pie, Ben me invita a pasar con un gesto de su mano. Yo accedo, sin querer llamar la atención, y me coloco detrás de su asiento con los brazos cruzados sobre la parte alta del respaldo apoyando la barbilla sobre ellos para ver cómo juega.*

*—¿Qué haces ahí? Ven aquí. —Suelta una mano del mando y coge la mía, sin apartar los ojos de la pantalla.*

*—Estoy bien aquí —le digo, un tanto avergonzada por ser el centro de atención.*

*—Siéntate —me propone, señalando sus piernas.*

*Lo hago al filo de sus rodillas, pero él, rodea mi cintura con su brazo para empujarme más adentro. Conmigo sentada encima sigue con la partida como si nada.*

*—¡Eh, tú eres Cool City! —afirma el chico de al lado, señalándome. Un tipo con gafas de pasta de color flúor, pelo despeinado y dilatadores en las orejas—. Mi novia te sigue. Es muy fan tuyo.*

*—Vaya... Muchas gracias. —Ben no puede ocultar el orgullo en su cara.*

Continuamos con la mudanza. Como mi apartamento era demasiado pequeño, al igual que el de Ben, decidimos mudarnos a uno nuevo a la

semana de volver de Las Vegas. Esas escenas dejan patente lo diferentes que éramos. Él no precisó de nadie para trasladar sus cosas; a mí, tuvieron que ayudarme Mike y Susan. En apenas unas horas Ben tenía colocadas todas sus pertenencias; yo, en cambio, necesité varios días.

—¿En serio todos esos zapatos son tuyos? —Matthew no da crédito. Es lógico viendo la cantidad de pares que se extienden por el suelo del salón.

—La mayoría me los han regalado —me excuso, para intentar aliviarme.

Hasta ahora, que las he visto juntas, no me había dado cuenta de la cantidad de cosas que tengo. Y ¿para qué?, si voy a pasarme la eternidad con unos simples vaqueros y una camiseta. Y lo más paradójico, descalza.

Mi amigo sigue mirando la secuencia con el ceño fruncido, sopesando algo que no tarda en decirme.

—¿De veras estás aquí por intentar salvar unos zapatos con los que tienes ahí? —me cuestiona, señalando al frente con el índice. No puedo sentirme peor.

—Eran unos Louboutin —me quejo, cual niña.

—Apuesto a que tienes en ese barullo, al menos, tres pares de la misma marca. —Tuerzo el gesto con fastidio, sabiéndome descubierta—. ¿Me equivoco?

—Juro que he aprendido la lección.

—Eso espero. —Matthew se muestra serio por primera vez.

No había pasado ni un mes de nuestro viaje cuando subí a YouTube el vídeo resumen de mis días en la ciudad, sin hacer referencia a nada sobre Active o la prueba de juegos, y, de repente, encontré un comentario en el blog queriendo saber si era cierto que Ben y yo salíamos juntos. No daba crédito. Al principio, para mantener la intriga, ni confirmé ni desmentí. Jugaba al despiste. Dejaba pistas en mis redes sociales con cosas relacionadas con él hasta que un domingo por la tarde subí una foto, el momento que justo aparece ahora. Ben y yo, en el sofá, conmigo acurrucada entre sus brazos mientras él juega a videojuegos. Ese fue el detonante.

—Daría cualquier cosa por volver a estar así —confieso con un suspiro. Mi mirada se empaña por momentos—. En el fondo, yo solo necesitaba eso. —Termino sonriendo con tristeza por darme cuenta tan tarde.

Continuamos viendo imágenes de cómo nuestra relación se iba afianzando paso a paso. Los dos años de condena de Ben pasaron rápidos y, en un abrir y cerrar de ojos, el FBI estaba dándole las gracias por su ayuda y ofreciéndole un puesto de trabajo que él rechazó sin pensarlo para poner en marcha el proyecto de sus sueños: Rock Games.

La decoración de la oficina de la empresa llama especialmente la atención de Matthew. Esto sí que es algo nuevo para él. Lo que más le sorprende es la sala de desarrollo de juegos, en la que unas veinte personas están sentadas frente a una pantalla de ordenador.

—¿Qué hacen? —me pregunta sin creer que lo que ve sea cierto.

—Trabajan —le explico con una sonrisa.

—¿Quieres decir que les pagan por jugar a eso?

—Sí. —Asiente con gesto pensativo y al cabo del rato vuelve a insistir.

—¿Todo eso es de Ben?

—Suyo y de dos compañeros de universidad. Pero en esa etapa el juego ya era muy famoso. Tiene el récord de ser el más vendido en veinticuatro horas. —Matthew me mira con la boca abierta.

—Háblame de las *couple tags*. —El tono de Matthew es más relajado. Ha vuelto a ser el del principio.

Me retiro el pelo de la cara y me preparo para contárselo.

—Surgieron de improviso. En un vídeo sobre el orden del armario comenté que Ben era muy desordenado, y él se puso detrás de mí y lo negó. Al montarlo vi que quedaba divertido y lo subí tal cual. Entonces, empezaron a interesarse por cosas sobre él y qué opinaba en algunos temas. De ahí salieron.

—Pues vamos a verlo.

*Estoy sentada frente a la cámara, explicando cómo tengo ordenadas las camisetas en mi armario. Es el último vídeo que me queda por grabar antes de recoger a mi hermana Karen y a Brad en el aeropuerto, que viene a pasar unos días.*

—Me gusta tenerlas colocadas por colores —explico—, y nunca hago como Ben, que las va dejando desperdigadas por la habitación —continúo con retintín, porque lo oigo trasteando al otro lado del salón.

De repente, se acerca a mí, se coloca detrás y, mirando al frente, niega lo que acabo de decir enfatizando la respuesta con un movimiento del dedo índice.

—¡Qué idiota! —me quejo, dándole un golpe en la pierna. Ambos reímos—. Voy a tener que repetirlo otra vez, con la prisa que tengo.

Ben me coge de las manos para que me ponga en pie y pueda abrazarme, lo hace deslizando las suyas por mi cintura con una caricia insinuante hasta llegar al trasero.

—No he podido evitarlo. Me pone cuando oigo eso de ordenar las camisetas por colores —bromea, haciendo la confesión sobre mis labios.

—Suéltame, anda —le pido cuando busca mi boca—, que tengo que irme.

—Yo creo que a tus seguidoras les interesaría mucho más lo que se está grabando ahora —se mofa, besando el inicio de mi pecho y rozándome el culo bajo el pantalón.

—Ben... —me quejo, y él me deja en el suelo.

—Tengo una reunión esta tarde, pero volveré para cenar con vosotros.  
De acuerdo.

Vuelvo a pensar que, pese a su aspecto completamente contrario al de

cualquier director de una gran empresa, Ben trabajaba tanto o más que ellos. Y yo, muchas noches, lo echaba de menos.

Las *couple tags* fueron un éxito, y una vez al mes hacíamos un vídeo con ellas. A la gente le divertía mucho, sobre todo por el humor con que Ben se lo tomaba todo. Fue en uno de ellos, tratando el tema de los ex, donde fuimos conscientes que lo nuestro había cambiado.

—Te advierto que ahora vamos a ver tu reencuentro con Owen —me explica Matthew con una sonrisa forzada por la tensión, que imagina me supuso el momento.

—No sé por qué lo imaginaba —ironizo—. No pasa nada. Estoy preparada.

Una vez más, nos centramos en la cinta.

*Hace menos de una semana, Ben se despertó en mitad de la noche sudando y con palpitaciones. Había tenido una idea para un juego. Uno en el que pudieses practicar varios deportes de mano de las estrellas que más destacaban en ellos.*

*Según él, era algo innovador porque, en lugar de tener que adquirir uno para cada deporte, con este podrías tenerlos todos.*

*A sus socios les pareció brillante y en pocos días ya habían contactado con los principales nombres de las grandes ligas nacionales para pedirles colaboración y su imagen para el proyecto.*

*No suelo ir a las oficinas porque no es un sitio en el que me sienta cómoda, el mundo de los videojuegos no está hecho para mí. Me aburre tremendamente, como le ocurre a Ben con la moda, así que hace tiempo acordamos darnos, el uno al otro, espacio en nuestras profesiones. Pero, hoy, he acudido a su llamada emplazándome a un almuerzo para celebrar la firma del primer acuerdo y el inicio del desarrollo del juego.*

*—Hola, Olivia —me saluda, alegre, la chica de recepción—. Ben te espera en la sala de reuniones.*

*—Gracias, voy para allá.*

*Golpeo la madera con los nudillos y entro cuando Ben me pide que pase. Me quedo bloqueada con lo que veo. Y mi sorpresa no pasa desapercibida para él.*

*—Olivia, te presento a Owen Miller, jugador de los Yankees —anuncia, poniéndose en pie para acercarse a mí y darme un pequeño beso.*

*—¿Qué tal estás? —saludo, aceptando la mano que me ofrece—. Cuánto tiempo —prosigo.*

*—¿Os conocéis? —indaga Ben con curiosidad.*

*—Sí, nos presentó hace años Mike Meyers —sale al paso Owen. Yo agradezco que no dé más detalles.*

*—Claro. —Ríe Ben ante la coincidencia—. Como no he caído antes. Owen va a ser el primer deportista en colaborar con nosotros.*

—Qué bien. —Necesito salir de allí cuando antes y alego tener que hacer una llamada—. Ben, te espero fuera. ¿De acuerdo?

—Bien. No tardaremos mucho.

—Me alegro de volver a verte, Owen —me despido casi sin mirarlo. No puedo.

—Igualmente, Olivia. —No sabe cuánto me duele que me llame así. Él jamás se refirió a mí por mi nombre propio.

Tras unos minutos refrescándome la cara y la nuca, salgo del baño, aún temblorosa, y me dirijo al comedor para buscar algo de beber y así calmar mi sofoco. No puedo creer que haya estado a centímetros de Owen otra vez. Verlo ahí sentado ha sido darme de bruces con la realidad. No lo he olvidado. Ha sido rascar en lo más profundo de mi alma y sacar a flote de forma brutal lo que llevo años escondiendo.

Abro la puerta de la habitación y lo primero que veo es a Owen de espaldas mirando con interés las imágenes que la decoran. Básicamente, personalidades que han visitado la oficina y las portadas de los juegos.

—Perdona, no sabía que estabas aquí —me excuso, bajando la mirada al suelo completamente intimidada por su presencia.

—Estás guapa —me dice, alargándome la botella de agua de la que él ha estado bebiendo hace un segundo. Su forma de mirarme me desconcierta, porque parece que no hubiese pasado el tiempo.

—¿Cómo? —La cojo y me quedo sin respiración cuando sus dedos tocan los míos.

—En la carátula —me explica, señalándola, mientras yo dudo si beber o no por eso de volver a compartir fluidos y revivir demasiados recuerdos—. Cualquiera que te conozca sabe que la chica del bikini eres tú.

—Ah, eso —respondo sonrojada. Finalmente, me la llevo a la boca, la rozo despacio con mis labios y doy un trago largo—. Gracias —susurro al devolvérsela.

—De nada. —Sin más, vuelve a beber sin desviar la vista de mí.

—En realidad ni lo sabía —reconozco, restándole importancia—. Paso de videojuegos. —Owen sonríe con amplitud, apoyándose en una de las mesas con las piernas cruzadas por los tobillos.

—Solo te gustan los zapatos, las cookies de chocolate, el café con vainilla de The Coffee Beanery y que te arrojen en la cama después del sexo.

—Owen... —le reprimo—. Estás entrando en terrenos prohibidos.

—¿Por qué? ¿Acaso no es cierto? —Me sostiene la mirada y me gusta su juego.

—Me da miedo que, después de tanto tiempo, me conozcas tan bien.

—Has sido imposible de olvidar —asegura, tragando saliva—. Te veo bien. ¿Lo estás? —cambia de tema rápido, y yo lo agradezco.

—Sí, lo estoy. —Le observo en silencio, analizando las mil sensaciones

*que me invaden en ese momento.*

*—¿Qué tal tu padre? ¿Sigue entrenando a niños?*

*—Sabes que no lo dejaría por nada. Desde que se jubiló es su vida. —  
Hablar de él siempre me saca una sonrisa.*

*—Me gustaría volver algún día. Era una buena experiencia jugar con  
ellos —recuerda con nostalgia—. Menos dinero en juego, menos  
competitividad.*

*En su tono noto lo cansado que está del mundo que le rodea.*

*—Puedes ir cuando quieras. Le encantará volver a verte.*

*—Me muero por un trozo de pastel de manzana de tu madre. —Con cada  
palabra se parece más al Owen que yo conocí.*

*—Y yo. Hace demasiado tiempo que no los visito...*

*Guardamos silencio durante unos minutos. Ambos nos miramos,  
resistiéndonos a una despedida. Al fin, Owen se levanta de la mesa, se  
acerca a mí y, sin decir nada, me arrastra a sus brazos y me rodea con  
fuerza.*

*—Me ha encantado volver a verte, pecosa —susurra en el arco de mi  
cuello. Me cuesta mucho no flaquear, aunque se me han saltado las lágrimas  
—. Dile a ese tipo de ahí fuera que te cuide, ¿de acuerdo?*

*—Claro —respondo muy bajito.*

*Sin más, se da la vuelta y sale de la habitación. Yo respiro hondo un par*

*de veces antes de salir y reunirme con Ben. Después de aquello, nada fue igual.*

Alzo la mano de Matthew para que detenga la película. Sonrío de forma forzada, cierro los ojos y respiro con fuerza mientras aprieto la muñeca de mi amigo hasta el punto de que se queja de que voy a cortarle la circulación. Puede que esa escena sea la que más me afecte, y se da cuenta.

—¿Todo bien? —se preocupa. Yo mantengo los párpados cerrados procurando contener las lágrimas.

—No —confieso, negando con la cabeza—. Me engañé durante mucho tiempo. Traté de hacer lo imposible para que entre Ben y yo todo fuese como al principio. —Hago una pausa para calmarme—. Dios sabe que lo intenté de verdad, pero fue imposible. Tras ese encuentro con Owen, todo cambió para mí y no he dejado de culparme. Ni siquiera fui a la presentación del juego para no volver a encontrármelo.

—¿Por qué?

—Tras romper con Ben, cuando estaba sola en la cama, me reprochaba a mí misma cada noche el haber sido la culpable. Yo me sentía mal por pensar en Owen y llegué a creer que Ben no encontró otra salida a nuestra situación que apoyarse en Sammy.

—Ven aquí. —Matthew me arrastra a él y rodea mis hombros con sus brazos.

—En esa época echaste mucho de menos a Nicholas, ¿verdad? —Sonrío.

—No sabes cuánto.

—Sí, lo sé. Es más, vamos a verlo. —Con un chasquido de dedos, de nuevo cobro vida en la pantalla.

*Salgo del restaurante seguida de Ben, que está entusiasmado con la idea del juego, del que no ha parado de hablar en todo el almuerzo. Yo apenas he probado bocado, he alegado que me duele el estómago, pero la realidad es que el encuentro con Owen me ha dejado sin hambre y sin aliento.*

—Tengo una reunión en media hora —anuncia Ben, que consulta su reloj y después se lleva la mano al pelo, revolviéndolo más de lo que ya está—. ¿Te marchas a casa?

—No —dudo segundos en la respuesta—. Tengo que hacer antes unos recados —añado con la vista perdida en mi móvil, fingiendo que consulto mi agenda.

—Bien. ¿Quieres que te recoja cuando termine? —Ben se acerca, toma las solapas de mi chaqueta y las junta en un gesto cariñoso para evitarme el frío.

—No hace falta. Cogeré un taxi. —Me elevo sobre las puntas de mis pies para alcanzar su altura y besarlo.

—Hasta luego, preciosa —me despide.

Me suelta y se queda de pie viendo como me pierdo entre la gente.

Camino un par de manzanas sin rumbo fijo, me giro para comprobar que no me ha seguido y es entonces cuando paro un taxi y me subo a toda velocidad, como si estuviese haciendo algo malo.

—¿A dónde le llevo? —me pregunta el taxista a través del retrovisor.

—A Holly Cross, por favor. —Cubro mis ojos con las gafas de sol que llevo sobre el pelo y contemplo la vida a mi alrededor a través de la ventanilla.

Encontrarme de nuevo ante la puerta del cementerio me impresiona. Hacía tiempo que no venía, exactamente, desde el día que le pedí a Ben que me acompañase. Allí le prometí que no volvería a visitar la tumba de Nicholas porque era un capítulo cerrado de mi vida, pero sentía la necesidad de «presentárselo» y tener su «aprobación». Ben entendió la situación mejor de lo que esperaba.

He decidido venir hoy porque, tras el encuentro con Owen, necesito hablar con alguien. Alguien que me escuche de verdad y me conceda todo el tiempo que necesito sin réplica, cosa que con Susan o Marcus sería impensable. Por desgracia, Nicholas puede hacerlo. Siempre fue bueno en eso. Me escuchaba pacientemente, me ayudaba a analizar la situación y me daba buenos consejos.

Me acerco a su tumba. Sobre ella hay un bonito ramo de flores frescas. Puede que Kessia haya pasado por aquí hace poco. Una pena tremenda me invade al pensar que está ahí debajo y yo no puedo abrazarlo, que es lo que más necesito.

—Hola, Nicholas. ¿Cuánto tiempo, verdad? —Paso el dorso de mi mano bajo mis ojos porque una lágrima resbala por mi mejilla—. Supongo que pensarás que soy una egoísta porque, después de meses sin pasar por aquí, vengo a hablar contigo, pero lo necesito mucho, Nick.

Aprieto los párpados para que mi llanto no se descontrole, pero es inútil. Así que dejo las

*lágrimas salir libres. Mi abuela siempre dice que llorar es una buena terapia.*

*—En muchas ocasiones me pregunto qué habría pasado si no te hubieses marchado. Fuiste muy egoísta, Nick. Me diste estabilidad, me hiciste salir del bache y te fuiste. Cuando mejor estábamos. Me dejaste sola —le reprocho con rabia—. ¡Sola! —grito expulsando todo el aire de mis pulmones.*

*»He hablado mucho con mi abuela del tema. Muy a su pesar, ella me entiende bien y, cuando te culpo, me regaña. Me dice que tu misión en mi vida era darme las herramientas que me diste y que ahora debo continuar yo. Que me conforme con el montón de recuerdos bonitos que me dejaste. ¿No te parece de locos? —Me siento tonta esperando una respuesta, que no va a llegar, así que prosigo.*

*»¿Sabes? Hoy en visto a Owen —pronuncio su nombre en voz baja—. Y... y siento que nada ha cambiado. Me ha abrazado y todo ha cobrado sentido de nuevo. —Me tomo unos minutos antes de continuar—. Me siento fatal. Por Ben, por ti..., pero, creo que, a veces, nuestros sentimientos son incontrolables y, por eso, no he podido olvidarlo. Ojalá estuvieses aquí para darme una respuesta.*

*—La respuesta la tienes tú. Díselo y dejad de martirizaros. —La voz de Mike suena tras de mí. Sonríe con la vista al frente.*

*—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —indago, sin atreverme a enfrentarlo. Mike respeta mi espacio y mantiene la distancia.*

*—Owen. —Aunque no lo veo, sé que tiene esa sonrisa ladeada que aparece cuando algo es evidente. Esa que tiene a Susan locamente enamorada de él—. Acabo de dejarlo en el aeropuerto. Ha adelantado su vuelta a Nueva York. Estaba... —No encuentra la palabra—. Impresionado con nuestro encuentro. He supuesto que estarías tan afectada como él, Susan no es muy buena escuchando a nadie... así que he atado cabos y he imaginado que estarías aquí.*

*Me vuelvo y lo enfrento. Debo tener una pinta horrible por todo lo que he llorado, aun así Mike pronuncia las palabras que necesito escuchar*

*—Dice que estabas preciosa. No sé si pensaría lo mismo al verte ahora —bromea.*

*Abatida, abro un poco los brazos pidiéndole que me abrace. No lo duda. Recorre la escasa distancia que hay entre nosotros y me aprieta contra su pecho, donde vuelo a romper a llorar.*

**Justo a los cuatro años de relación, todo empezó a tambalearse en nuestro**

mundo. Ben estaba convencido de que yo exponía bastante nuestra intimidad en público, yo creía que él trabajaba demasiadas horas al día y, además, llegó a la oficina Sammy, que no hizo más que empeorarlo todo. Ben pasaba mucho tiempo al teléfono con ella. Era la primera chica que habían contratado como *tester* para sus juegos y, en palabras del propio Ben, flipaba con ella. Y lo entiendo, una niña de veinticinco con la que además compartes tu principal afición es una tentación muy grande. Empezamos a distanciarnos, y yo me daba cuenta de que aquello se iba al traste porque lo veía más a gusto hablando con ella por WhatsApp que conmigo sobre mi trabajo. Pienso que lo mantuvimos tanto tiempo, puesto que entre las sábanas aún funcionaba.

En la escena que viene a continuación, lo nuestro se rompió definitivamente, Ben intentó salvarlo en un último momento infructuoso. Aunque no fue hasta unas semanas después cuando lo asumimos.

*Cenamos frente a la televisión. Escuetamente me ha contado qué tal ha ido el día y que, por fin, han conseguido eliminar los fallos que estaba dando la versión online del juego.*

*—Mañana he quedado para almorzar con Susan —le refiero antes de llevarme un trozo de lechuga a la boca.*

*—Muy bien. Yo tengo mucho trabajo, así que nos veremos a la hora de la cena.*

*El ambiente está un poco enrarecido, porque he puesto mala cara cuando*

*el teléfono de Ben ha sonado y he visto el nombre de Sammy en la pantalla. Él ha colgado y ha tratado de hacerme la pelota intentando besarme; pero estoy tan molesta que me he apartado de forma brusca y le he dicho que tenía hambre.*

*Ben me ha seguido a la cocina y me ha ayudado a poner la mesa en el salón en completo silencio.*

*«El jugador de los Yankees, Owen Miller, anuncia su retirada tras más de veinte años de carrera deportiva», informa la voz grave de Mike en las noticias. Yo me quedo paralizada unos segundos, pocos, pero los suficientes para que se me caiga el tenedor y Ben se percate de mi reacción.*

*Lo cojo tan rápido como puedo con el corazón bombeándome a mil entre las costillas e intento disimular mi nerviosismo mientras mastico con las imágenes de Owen de fondo. Creo que me falta hasta la respiración.*

*—¿Estás bien? —pregunta Ben, sirviéndome un poco de agua.*

*—Perfectamente. —Le muestro una mueca forzada. Bebo. Y él me estudia con fijeza.*

*—¿Qué? —le suelto, iracunda. Que me mire de esa forma, me pone aún más nerviosa.*

*—Nunca te lo he vuelto a decir, pero no me canso de mirarte, porque creo que tienes una sonrisa preciosa.*

*—¿A qué viene eso? —Estoy un tanto desconcertada.*

—No sé si ese tío te lo habrá dicho alguna vez. —Señala la televisión, haciendo que me sorprenda, más si cabe, porque nunca hemos hablado sobre Owen. Ni siquiera tras coincidir en las oficinas—. Pero a mí me sigues encantando, aunque últimamente no te lo demuestre.

—Aquello fue hace mucho —me justifico, algo más calmada—. También fue largo, pero no tan intenso —le miento, y sé que Ben lo ve por la forma en que me rasco el cuello.

En su rostro se dibuja una sonrisa vacía, y vuelve la vista a las noticias. Pasamos unos minutos en silencio, lo único que se oye son los cubiertos chocar contra la vajilla.

—¿Eras feliz con él? —indaga, apartando su plato, en el que ha abandonado el tenedor, a un lado de la mesa.

—No sé a qué te refieres. —Yo continúo comiendo como si nada a pesar de que cada bocado que doy se me atraganta.

—Es una pregunta muy fácil, Olivia. Solo tienes que responder la verdad. ¿Sí o no?

Sin darle una respuesta, arrastro la silla hacia atrás y me levanto con la intención de dirigirme a la habitación. Ben me retiene, cogiéndome del codo antes de que logre alcanzar la puerta.

Clava sus ojos con dureza. Con sus pupilas titilantes me deja claro que se muere de celos, algo que por un momento, me excita. Sentirme deseada de

*esa forma por él me da fuerza para enfrentarme a lo que venga.*

*—¿Cómo lo has sabido?*

*—Te recuerdo que hackeo ordenadores desde los catorce. Ha sido muy fácil encontrarlo en internet. —La chulería con la que lo afirma me deja sin argumentos—. ¿Pensabas contármelo en algún momento?*

*—No creía que una relación de hace quince años fuese relevante a estas alturas. —Pretendo ponerme a su nivel en la discusión.*

*—Si aún te afecta como lo hace esta, sí lo es.*

*Ben cuela la mano bajo mi pelo en un movimiento rápido, me acerca a él y toma mi boca sin permiso, demostrándome en cada mordisco sobre mis labios, con susurros, que no piensa dejar que nadie más los pruebe. Al principio, quiero resistirme, vienen a mi cabeza las imágenes de Ben babeando por la tal Sammy y me dan ganas de apártalo de mí y mandarlo todo a la mierda, pero, cuando sus dedos se pierden bajo mi camiseta acariciando mi espalda de esa forma que sabe que me gusta, me rindo a él.*

*—¿Por qué me haces esto? —cuestiono, ahogando en mi garganta una mezcla de gemido y sollozo. Los dos sabemos a qué me refiero con esa pregunta.*

*—Porque necesito saber que eres solo para mí y sacarlo de mi cabeza.*

*Aquella noche fue la última que nos acostamos y ambos lo supimos cuando apartó su cuerpo del mío.*

—¿Seguías enamorada de Owen? —Matthew no puede creerse lo que acaba de ver.

—En el futuro juraré no reconocer haber dicho esto —bromeo, intentando calmarme—. Siempre he estado enamorada de Owen. —Noto cómo me sonrojo. Para resultar menos vulnerable, me enrosco el pelo tras la oreja y bajo la mirada—. Me he pasado la vida negándolo y con Ben hasta creí haberlo superado. Éramos tan cómplices, tan compatibles, estábamos tan a gusto juntos... Pero el encuentro en el comedor y aquellas imágenes me pusieron la verdad delante. Nunca dejé de quererlo.

—Y al final, lo vuestro se rompió —afirma Matthew, consciente de que de la película está a punto de terminar.

—¿Te importa que lo veamos? —Enarco la ceja ante la pregunta.

—¿Me has obligado recordar rupturas mucho más dolorosas y ahora me vas a preguntar si me importa ver como Ben y yo rompemos? —Mi amigo asiente con una sonrisa.

—Lo digo porque está tan reciente.

—Lo tengo superado —me sincero—. No sabes lo vergonzoso que es pedir una segunda oportunidad y que te rechacen entre yogures —ironizo.

—No te cerró la puerta del todo. Tenéis una conversación pendiente si no me equivoco.

—Teníamos —le corrijo—. Como no le hable en sueños...

—No adelantes acontecimientos.

*Las ventas de la quinta versión del juego han sido tan buenas que Ben y sus compañeros han decidido dar una fiesta para celebrar el éxito. Durante estos días casi no hemos pasado tiempo juntos porque ha estado ocupado preparándolo todo.*

*Al venir a casa para recogerme, me ha halagado lo preciosa que estaba y que no me hacían falta lentejuelas para brillar, me ha prometido que se tomará la próxima semana de descanso para que nos vayamos lejos los dos solos y me ha sugerido que por favor olvidemos los problemas en casa por esta noche.*

*Apenas llevo quince minutos allí dentro, cuando tengo el enorme placer de conocer a la famosa Sammy: pelo moreno recogido en un moño con tupé que adorna con un pañuelo como las «pin-up»; los labios, carnosos y maquillados en rojo; vestido tipo años 50, que resalta su pequeña cintura y un generoso escote; y tiene el brazo derecho tatuado del hombro hasta la muñeca con flores.*

*Un camarero pasa por mi lado portando una bandeja llena de bebidas, y yo echo mano a la primera que pillo, porque necesito alcohol para enfrentarme a este encuentro.*

*—Hola, Olivia —me saluda en tono cordial—. Te preguntarás cómo he sabido que eras tú. —Le muestro mi mejor sonrisa—. Tu personaje está*

*súper logrado.*

*—¿Qué personaje?*

*—El del inicio —me explica, mientras yo bebo—. Mientras la sesión carga, salen una serie de protagonistas. Izan me contó que Ben le pidió que uno de ellos estuviese inspirado en ti. Eres la tía buena que se hace un selfie en bikini.*

*Trago saliva e intento mantener la calma. Ella continúa con su monólogo.*

*—Tal vez pensabas que te conocería del YouTube, pero, que va, ni te pondría cara si no fuese por el juego. No lo sigo. Jamás he visto uno de tus vídeos.*

*—Tranquila, es normal. Es evidente que no compartimos estilo —le espeto con calma—. Jamás me dejaría guiar por alguien que vistiese como tú. Si tú tuvieses uno, yo tampoco lo seguiría, está claro que somos muy distintas. —Me acerco a ella y le susurro al oído—: ¿Y sabes por qué? Porque odio los videojuegos.*

*Sin más, la dejo allí pensativa.*

*Ben pasa el resto de la noche muy pendiente de mí. No me suelta de la mano y parece encantado de presentarme a todo el mundo. Tanto saludo y protocolo me abruma, no sé en qué momento él dejó de ser ese chico*

*divertido para ser el que es hoy.*

*Sammy se une al grupo en el que charlamos, y me fijo en cómo la observa Ben. Me disculpo en mitad de la conversación y me excuso con necesitar un poco de aire. Salgo a la calle y respiro hondo hasta que siento que mis pulmones van a explotar. A esa hora de la madrugada el tráfico es menos intenso, pero, aun así, varias bocinas logran sacarme de mis pensamientos.*

*Me siento en la escalera de la entrada. No sé cuánto tiempo llevo en la misma postura cuando noto la cálida mano de Ben acariciar mi cuello desnudo.*

*—¿Puedo? —pregunta antes de acomodarse a mi lado.*

*Apoya los codos en las rodillas y esconde la cara entre sus manos. Yo no me atrevo a mirarlo.*

*—¿Qué nos está pasando? —cuestiono, perdida en el infinito.*

*—No lo sé. Dímelo tú —añade.*

*—He visto cómo la miras —le confieso.*

*—¿Era la misma forma en la que tú lo hacías el otro día a Owen Miller?*

*—Ese comentario me ha dolido. Cierro los ojos unos segundos para poder asimilar que lo haya hecho.*

*—Es la misma manera con la que me mirabas a mí aquel día en la sede de YouTube. —Estoy completamente desolada—. ¿Estás enamorado de ella?*

*—Espero su respuesta con el corazón en un puño.*

*—No sabría qué decirte. Entre nosotros hace tiempo que todo es diferente, y es complicado luchar contra mí mismo. Más después de lo que vi el otro día.*

*—Ya veo. —Bajo la vista a mis manos. Mis dedos se enlazan de forma nerviosa entre sí—. Tal vez deberíamos tomarnos esas vacaciones por separado y ver así qué queremos.*

*Leo en sus ojos que acabo de decir las palabras que él no se atrevía a pronunciar: «darnos un tiempo para pensar».*

*Me pongo en pie, Ben me imita. Lo arrastro hasta mí por la solapa del traje y lo beso con lentitud recreándome en cada recoveco de su boca porque, aunque no quiero, tengo la certeza de que jamás volveré a hacerlo.*

*—Dormiré en casa de Susan. ¿De acuerdo?*

*Echo a andar en busca de un taxi que me aleje de allí, pero Ben me retiene cogiendo mi mano. Me acerca a su cuerpo, me aprieta contra él y me besa de nuevo.*

*—Prométeme que es un hasta pronto —susurra en mi boca.*

*—Sabes que depende de ti.*

Unas lágrimas se escapan de mis ojos al verme caminar bajo la mirada triste y perdida de Ben.

*—No pudo ser —se compadece Matthew. Yo niego limpiándome las mejillas con los dedos.*



## Capítulo 11

La pantalla vuelve a fundirse en negro y en letras blancas puede leerse *The end.*

Respiro hondo al saber que ha terminado y siento que un tremendo nudo se instala en mi garganta, mezcla de las inexplicables sensaciones que me invaden. Esa palabra tiene ahora muchos significados, fin de mi historia y, con ella seguramente, de mi existencia. Aquí se acaba todo y ahora, tras ver desde fuera la forma en que he vivido, me entristece comprobar los cabos sueltos que he dejado con Owen y lo superficial que he sido, sobre todo, en mis últimos años.

—¿Sabes una cosa? —me sincero con Matthew mientras me seco las lágrimas—, creo que ha sido muy útil ver esta película. Ahora sé lo que es realmente importante.

Mathew me mira con orgullo y me toma por los hombros arrastrándome a él para abrazarme, mientras yo continúo llorando. Me refugio en su pecho. Mi cuerpo se agita por el llanto, y él intenta calmarlo apretándolo más fuerte.

—Vamos, veámoslo en positivo. Ya has sacado algo bueno de esta tortura —intenta bromear para que me relaje.

Al separarme compruebo avergonzada que su camiseta está algo mojada,

paso despacio los dedos por las manchas y siento su cuerpo contraerse.

—Lo siento —me disculpo, sin saber si me preocupa más el incidente de la ropa o provocar esa reacción con una inocente caricia.

En ese instante me doy cuenta de que debe sentirse muy solo después de tanto tiempo aquí. Ha compartido mi biografía sin rechistar, y yo ni siquiera le he preguntado qué era de su vida antes de llegar.

—¿Tenías novia? —me intereso, quitándome las últimas gotas con un pañuelo.

—Estaba a punto de casarme —confiesa sin poder ocultar su tristeza.

—¡Oh, Dios mío! —Me llevo las manos a la boca, horrorizada. Entiendo perfectamente lo mal que lo pasó la chica—. ¿Sabes qué fue de ella? —Temo preguntar más de la cuenta, pero no puedo evitarlo.

Salimos del cine sin que responda. Señala el coche y comienza a andar hacia él.

—Sube y de camino te lo cuento —me ordena, cruzando la calle.

Le sigo unos pasos más atrás. Subimos y, entonces, él empieza a hablar.

—Se llamaba «Mary», fue la única novia que tuve. —Mantiene la vista fija al frente buscando algo que no le haga llorar—. Se quedó destrozada, pero era una mujer muy fuerte y lo superó pronto. Dos años después se casó con un compañero de trabajo llamado «Thomas. Se marcharon a vivir a Wilmington poco antes de nacer su primer hijo: Matthew».

—Un momento —le interrumpo, completamente paralizada una vez que ato cabos—. Tú..., tú eres el chico del que siempre habla mi abuela.

Su sonrisa se hace enorme al sentirse descubierto, como si fuese lo que deseaba desde que llegué aquí.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Me aferro con fuerza a su brazo, tenso.

—No puedo hacerlo. Solo darte unas pautas para que seas tú la que lo hagas, y así descubras por ti misma tu pasado.

—Siempre te amó —le cuento con voz pesarosa. Pienso que el saberlo puede aliviar un poco su dolor—. A pesar de que mi abuelo ha sido un buen marido para ella, a ti siempre te tiene presente.

—Lo sé. —Cierra los ojos como si todavía le doliese—. Mary me quiso de verdad y no pudo estar conmigo, porque me fui de su lado. No le quedó otra opción que rehacer su vida con Thomas, pero tú...

Eso me hace recordar que me gustaría saber qué va a suceder conmigo a partir de ahora.

—Después de esto, ¿qué pasa conmigo? —indago, timorata, girándome sobre el asiento para encararlo.

—Ya has pasado de nivel —me dice entre risas, para que ambos nos relajemos.

—Eso ha sonado muy a Ben.

—Por eso lo he dicho —reconoce. Detiene el coche, y bajamos.

Nos sentamos en lo alto de una montaña que imita ser la colina en la que está el cartel de Hollywood, Matthew vuelve a abrir un hueco en el suelo. Mi corazón se sobresalta al ver a Ben en una cocina que desconozco comiendo con Sammy. Se adivina mucha complicidad entre ellos.

—Vaya... eso duele —admito sin apartar los ojos de ellos—, y yo esperando que me llamase para felicitarme.

Matthew cambia la escena, con un movimiento como si lo hiciese por la pantalla de una *tablet*. Un atractivo hombre se pellizca el puente de la nariz en una sala llena de ordenadores. Parece cansado. Al salir de la habitación puedo ver el emblema de la NASA en la puerta. Se me contrae el estómago. Después, al llegar a una bonita casa con jardín, dos niños corren a tirarse a sus brazos.

—¡Es Colton! —Me llevo las manos a la boca con emoción al verlo—. ¡Se ha convertido en un tipo muy guapo!

Camina con uno aferrado a cada pierna y entra en un amplio salón, donde una mujer rubia lo espera para darle un beso. Miro a Matthew, enternecida.

Vuelve a pasar y ahora el que se presenta ante mis ojos es Carter, sin ninguna duda. No ha cambiado mucho, salvo que ha engordado un poco en estos años. Viaja en coche acompañado por su esposa. Una chica algo más joven que está embarazada.

—Ahora vive en Virginia y trabaja en un banco. —Asiento a lo que me cuenta.

Con otro movimiento de su mano, aparece Jack tirándose a una rubia sobre su mesa de despacho. No sé por qué la imagen no me sorprende.

—Está casado, pero no con ella —explica Matthew, con las manos en los bolsillos traseros.

—Continúa siendo el mismo.

—Turno de Cameron —anuncia, deslizando el dedo por una pantalla imaginaria.

Aparece rodeado de delfines y lleva puesto un neopreno. Un cartel indica que se trata de un centro de adiestramiento y estudios marinos. Una muchacha de rasgos caribeños se acerca con un cubo lleno de pescado, se lo da, y él se lo agradece besando sus labios.

—Parece que todos han encontrado el amor. —Mi tono está lleno de tristeza.

—No están todos. —La sonrisa de Matthew delata que guarda un as en la manga.

Cambiamos de escenario a un lugar que me trae muy buenos recuerdos. El jardín de una casa en la que fui muy feliz. Aquella que llamó mi atención en mi primer paseo por Beberly Hills con Susan. Owen camina alrededor de la piscina hablando por teléfono. Esperaba su aspecto algo más maduro,

puesto que hasta hace poco lo seguía viendo en televisión. Si ahora apareciera una mujer, la rodease por la cintura y la besase, me dolería mucho más que con Ben. Si al principio de la película creía que volver a ver mi historia con él no era buena idea tras comprobar que Owen ha estado en muchos de los momentos, me va a herir profundamente. No estoy preparada para verlo bien al lado de nadie.

*—¿Cuándo ha sido? —pregunta con cara de horror.*

*—Vale, voy para allá.*

No oigo lo que le dice su interlocutor, pero él responde que tiene razón y que por favor le mantenga informado.

*Al colgar, se muerde la lengua con rabia, se pasa las manos por el pelo y aprieta la sien con los dedos, como solía hacer cuando algo le sobrepasaba.*

*—¡Mierda, mierda! —grita enfurecido, lanzando el teléfono al suelo.*

Entra en la casa, va a la habitación, y sonrió al comprobar que sigue guardando un palo de béisbol en ella.

*Coge varias pelotas y, antes de volver al jardín, se entretiene tocando un marco de fotos en el que hay una de los dos frente a la Estatua de la Libertad, es la última que nos hicimos juntos.*

*—Tienes que salir de esta, pecosa —susurra en tono triste mientras acaricia con el pulgar mi imagen—. No me puedes dejar ahora.*

Lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas. Matthew rodea mis

hombros para consolarme mientras vemos como se pasa un buen rato golpeando bolas con el bate entretanto espera que alguien, seguramente Mike, le llame para darle noticias sobre mí.

—¿Sabes? —Mi amigo me mira. Hago una pausa para reflexionar lo que voy a decir—. Me gustaría explicarle tantas cosas después de todo lo que he aprendido aquí.

—Estar en este punto tiene algo bueno —anuncia. Lo observo con los ojos abiertos de par en par.

—¿Puedo contactar con él?

—Mejor. Estás en el nivel de las segundas oportunidades. Si quieres puedes volver.

—¡Oh, eso es maravilloso! —lo celebro, abalanzándome sobre él, con tanta euforia que estamos a punto de caer al suelo—. De acuerdo. Una cosa más, ¿podría hablar con Nicholas?

—Me temo que no. Si lo haces, te quedas aquí para siempre.

—No es posible. ¿Solo verlo? —El gesto de Matthew cambia, creo que estoy persuadiéndolo.

—Lo siento, yo no pongo las reglas. Lo tomas y regresas a casa, o lo dejas y pasas a la eternidad. Tú elijas.

—De lejos. No diré una sola palabra. Lo juro. —No quiero irme sin comprobar que está bien.

—De acuerdo... —No parece estar muy convencido, pero accede.

Con un movimiento de su mentón Matthew me indica que dé la vuelta. Me giro sobre mí misma y descubro a lo lejos a Nicholas. Al igual que nosotros, viste vaqueros con una camiseta blanca y tiene los pies descalzos. Se le ve contento, irradia felicidad con su preciosa sonrisa. Me tranquiliza verlo así.

Alzo la mano para saludarlo, y él hace lo mismo. Sonríe, y, poco después, se marcha.

Cierro los ojos. Lo tengo claro, haría cualquier cosa por volver a ver a sentir un achuchón de mi madre. La vida no suele dar segunda oportunidades; y conmigo, va a hacerlo.

—Gracias —susurro.

Me invade una tremenda tristeza por tener que separarme de Matthew. Ha sido maravilloso conmigo, y me he encariñado. Me acerco despacio a darle un abrazo de despedida y vuelvo a notar su cuerpo tensarse bajo el mío. Su respiración es algo más acelerada. Separa las manos de mi cintura y las apoya en mi rostro. Primero, aparta el pelo y luego acaricia mis labios con los pulgares.

—Voy a echarte de menos —murmuro cerca de su boca.

Me rodea con sus brazos, muy fuerte, y, de pronto, una potente luz nos envuelve y caemos a un abismo. Mi cuerpo flota. Todo vuelve a ser negro a

mi alrededor.

Me duele la cabeza. Abro los ojos poco a poco tras varios intentos infructuosos, porque me molesta la luz. Me cuesta fijar la vista. Cuando lo consigo, veo a mi madre y a mi hermana sentadas en un lateral de la cama. Mi padre, en un sillón junto a la ventana; y Zack, de pie, apoyado contra la pared.

—¡Olivia! —exclama mi madre, acunando mi rostro—. ¡Gracias a Dios!  
¿Estás bien?

## Epílogo

Es una sensación maravillosa sentir el sol en mi rostro. Por segundos vuelvo a ser niña. Su calor es muy diferente al de Los Ángeles, menos intenso, como la vida aquí. Llevo días reflexionando qué va a pasar a partir de ahora. Seguir o no con mi trabajo de bloguera, o retomarlo con más calma. Mi madre insiste en que, decida lo que decida, me quede en Wilmington, puesto que me vendrá muy bien un tiempo cerca, y ella siempre sabe lo mejor para mí en cada instante. Aunque yo no me dé cuenta.

Ahora mismo, lo único que tengo claro es que necesitaba este parón en mi vida y supongo que el destino no encontró mejor forma de alertarme que poniéndome delante mi evolución en estos últimos años. Dos meses y medio fuera del mundo, que para la mayoría habría sido tiempo perdido, a mí me han hecho crecer.

A pesar de que al principio creí que no, venir a casa de mis padres unos días a descansar ha sido un acierto. Mi progenitora siempre tiene la solución correcta al problema y una vez más lo ha demostrado. Me merezco que cuiden de mí un poco, que me mimen, desconectar... Con solo dos días ya he recargado buena parte de mi energía habitual.

Anoche hablé por Skype con Ben. Había llamado varias veces desde que

me dieron el alta, pero todas le pedí a mi madre que fuese ella la que respondiese. Pero ayer Karen me dijo que en algún momento tenía que enfrentarlo. Tenía razón, y así lo hice.

Fue una charla larga y relajada en la que ambos lloramos. Una conversación que teníamos pendiente desde el día que me reencontré con Owen en las oficinas de Rock Games. Ahí nos dimos cuenta de que lo nuestro no funcionaba, aunque yo creí que podríamos salvarlo. Espero que con el tiempo, al menos, podamos ser amigos.

Tras cerrar ese capítulo y aceptar que Ben no va a volver a formar parte de mi vida, me encuentro un poco más tranquila. Ahora solo queda aclarar el tema de Owen, el más complicado, para *resetear* y empezar de cero.

Continúo sentada de espaldas a la casa mirando como Karen y mi padre están colgando banderitas de la madera que separa nuestro jardín trasero del vecino, al que oigo hacer lo mismo que ellos. Mi cuñado Brad, ejerciendo de yerno perfecto, se ha ofrecido a llevar a su suegra a hacer unas compras, la cual ha prohibido terminantemente que yo participe en la decoración por miedo a que sufra una caída. Piensa que todavía estoy un poco débil. Mañana es 4 de julio y hay que celebrarlo. De repente, un soniquete que adoro grita a mi espalda.

—¿De verdad, no había un pueblo más recóndito en todo el país? —Es la inconfundible voz de Marcus que me saca una enorme sonrisa y me acelera el

corazón de felicidad.

—¿Siempre que vienes tienes que decir lo mismo? —protesta Susan. No me creo que ella también esté aquí.

Me giro en la silla para asegurarme de que no estoy delirando, y allí están de pie en la entrada del porche trasero. Ambos con sus gafas de sol de la última colección de Tom Ford y vestidos de modo informal sin perder su toque *cool*. Tras ellos, aparece Mike, con su estilo descuidado tan diferente al de su chica, que sonrío ampliamente al encontrarme tan recuperada.

—Pero... ¿qué hacéis aquí? —me sorprende, levantándome de la silla de un salto.

—La puerta estaba abierta, por eso hemos entrado sin llamar —nos revela Susan, colocándose las gafas sobre el pelo.

Karen y mi padre bajan de la escalera y se acercan a saludarlos. Mike me da un beso en la mejilla y me abraza con fuerza; Marcus hace lo mismo, pero reteniéndome entre sus brazos algo más de tiempo; y con Susan, ambas nos dejamos llevar por los sentimientos y hasta se nos escapa alguna lágrima.

—Tu querida Susan nos ha liado a todos —explica Marcus, fingiendo molestia.

—Os quedaréis unos días, ¿no? —Deseo encantada con la idea. Necesito algo de diversión, aunque en Wilmington no haya gran cosa que hacer.

—Sí, tranquila. —Mike se apoya en una de las columnas con los brazos

cruzados sobre el pecho—. Estas son nuestras vacaciones —dice con sorna, mirando a Susan de reojo y escondiendo una sonrisa. La felicidad de Susan es la suya.

—Verás qué bien lo vamos a pasar, cariño. —Ella se apoya en su pecho para que la rodee con el brazo por los hombros.

—¡Menuda sorpresa! Me encantan las ideas de Susan —reconozco, rodeando la cintura de Marcus en un abrazo al que él corresponde.

—Pues a ver si esta también te gusta —anuncia Mike—. ¡Entra! —vocifera, mirando hacia dentro de la casa.

Se asoma con timidez como la primera que vez me sorprendió con su visita. Cuando lo veo salir y detenerse en el porche, mi corazón empieza a latir tan desenfrenado que hasta duele. Como si no hubiese nadie a nuestro alrededor, nos sostenemos la mirada unos segundos en los que ambos nos hemos quedado de piedra. Su rostro es más maduro, pero no ha perdido su buena forma física, y sus pupilas azules siguen brillando con la misma intensidad al mirarme.

—Hola, pecosa. —Al oír esas palabras siento que todo tiene sentido. Cierro los ojos para recrearme en ellas mientras se repiten una y otra vez en mi mente con su tono de voz tal y como lo recordaba. Despacio, mis labios se curvan hacia arriba hasta dejar ver una sonrisa.

—Hola. —Al abrirlos, veo que él también sonrío en la distancia. Aún no

se ha atrevido a acercarse a mí, y yo me muero de ganas porque lo haga.

—Puedes darme un abrazo. No voy a romperme —le insinúa, abriendo un poco los brazos. Owen baja los escalones que lo separan del césped, recorre despacio la corta distancia que nos aleja y acopla su cuerpo al mío rodeándome por los hombros.

Justo lo que siento es lo que necesitaba para saber que a partir de ahora todo saldrá bien.

—Un poco más fuerte, por favor —susurro para que solo él pueda oírlo. Owen obedece bajando su agarre a mi cintura.

—Pero bueno... ¿Ya estáis aquí? —pregunta mi madre, sonriendo cómplice. Abraza y besa en la mejilla a cada uno de nuestros visitantes, y rápido nos pone a todos a trabajar—: Marcus y Brad, terminad con la decoración; papá y Mike, poneos con la barbacoa; las chicas me van a ayudar en la cocina; y vosotros —dice, mirándonos a Owen y a mí— sentaos tranquilamente, que tenéis muchas cosas de las que hablar.

Disfrutamos de un divertido almuerzo alrededor de la mesa de madera en la que tan buenos momentos hemos vivido. Miro a mis padres, y, una vez más, se vuelcan con Owen como ya hicieron años atrás. Primero fue Colton, luego Cameron, Owen, Jack, Nicholas y Ben; fuese quien fuese con quien compartía mi vida en ese momento, mi familia siempre lo ha recibido de la mejor forma. Les gustase más o menos para mí, les pareciese más o menos

acertada mi decisión, siempre me han apoyado.

Tras el almuerzo, Owen y yo salimos a dar un paseo a solas. Como la primera vez que me visitó, terminamos en la heladería de la avenida principal, sentados en la mesa más escondida que encontramos. Saboreo mi helado de vainilla con *cookies* bajo su atenta mirada. Mediante sonrisas nos lo decimos todo.

—Se terminó el deporte... —le insinúo, moviendo con desgana la cuchara dentro de la copa de helado—. Me dio pena cuando escuché la noticia en televisión. Imaginé que para ti sería duro cerrar esa etapa, te gustaba tanto.

—Lo que se terminó fue jugar al béisbol, porque hace mucho tiempo dejé de disfrutarlo. —Lo miro alzando las cejas. Creía que era todo para él—. Exactamente, cuándo te fuiste de casa. Mi padre no hacía más que exigirme, pero para mí, sin ti, aquello no tenía mucho sentido. No era más que un muy buen medio de vida. No te lo voy a negar —reconoce con una sonrisa triste.

—¿Por qué?

—Me costaba mucho mirar a la grada y encontrarla vacía. Cuando estabas, terminar el partido y que estuvieses ahí saludándome era el mejor momento. Sabía que todo iría bien. Daban igual los bateos y las carreras que hubiese conseguido. Pasara lo que pasara, tú estabas conmigo. Le dabas a mi vida calma, normalidad, y no he vuelto a encontrar eso con nadie.

—Cuando ibas a batear y te fijabas en el público buscándome, me sentía

la chica más afortunada del mundo —confieso, sonrojada—. Sabías perfectamente dónde estaba sentada.

—Siempre he estado al tanto de todo sobre ti, aunque no estuviésemos juntos. —En su sonrisa encuentro por primera vez al Owen de siempre, el que me amó con locura, y yo destrocé.

—Gracias por lo del avión. Fue un detalle muy bonito —susurro, bajando la vista al helado.

—Si hubiese podido evitar tu sufrimiento, créeme que lo hubiera hecho. —Desliza su mano sobre la mesa y atrapa la mía—. ¿Por qué te fuiste, pecosa? —Trago saliva mientras sus ojos me cuestionan—. Susan jamás quiso contármelo. Siempre alegaba que debías ser tú quién lo hiciese. ¿Tan mal lo hice para que huyeras de pronto y no quisieras volver a saber nada de mí?

Creo que ha llegado el momento, así que respiro hondo e intento ordenar mis ideas. Va a ser difícil, todavía no he abierto la boca y ya estoy a punto de llorar.

—Cuando volvimos de Nueva York, tu padre se presentó en casa mientras tú ibas a recoger el anillo. —Owen me escucha con atención—. Subió a la habitación y me ofreció un cheque en blanco para te dejase. —Palidece con cada palabra que digo—. Le expuse que te quería y que no pensaba ir a ningún sitio. Me amenazó con que ya se encargaría él.

—Mira que siempre fui consciente de que era un hijo de puta... pero tanto. —Noto la rabia que le provoca mi relato por la forma de apretar mi mano.

—Él estaba al corriente de que ibas a dármelo. Me llamó cosas muy feas, me insinuó que estaba contigo por tu dinero y me reprochó que al meterme la primera vez en tu cama me puse precio, y yo... yo tenía veintiséis años, me asusté. —Las lágrimas caen por mis mejillas—. Lo siento, Owen. Siento haberte hecho tanto daño.

Owen abandona su silla y se sienta en el banco junto a mí.

—Ya está, nena. Él no está, pero tú y yo sí. ¿De acuerdo? —me consuela, alzando mi rostro con sus manos para que lo mire—. Y tenemos por delante una nueva oportunidad que no vamos a desaprovechar. Yo asiento perdiéndome en su mirada.

—Tal vez debí contarte todo esto cuando supe que había muerto, pero no fui capaz —confieso con tristeza.

—Nunca he hablado con nadie de su muerte, salvo con Mike. —Su tono de voz es pausado. Todavía le cuesta tratar el tema—. Esta mal que sea tan sincero, pero fue como quitarme un gran peso de encima. La presión descendió y, milagrosamente, mi juego mejoró. —Bebe un poco de agua para pasar el trago que le provoca ese recuerdo—. Cualquiera que me escuchase no me creería. Yo era una estrella, y tenía más presión por parte de mi padre

que por el público que me abucheaba para ponerme nervioso en el bateo.

—Lo sé —afirmo, acariciando su rostro.

—Desde niño fue así. En cuanto descubrió que tenía cualidades, me exprimió al máximo.

—Tal vez él también sentía esa tensión en sí mismo. Murió de un infarto, ¿verdad?

—Sí y no. —Me regala una media sonrisa, llena de nostalgia.

—Al menos eso aseguraban en las noticias.

—Mike es muy bueno en su trabajo. —Enlaza sus dedos con los míos, antes de explicarme qué pasó—: Murió en la habitación de un hotel en Las Vegas mientras se follaba a una chica veinte años más joven. La mezcla de coca y Viagra fueron fatales para él.

—Jamás lo hubiese imaginado. —No puedo ocultar mi sorpresa después de todo.

—No sería porque no lo conocías. Desde que tengo uso de razón le ponía los cuernos a mi madre. No sé por qué quise que saliese dignamente de todo esto. —Niega con la cabeza a la vez que habla.

—Porque es tu padre.

—Y me jodió la vida apartándome de ti.

—Tú mismo has dicho que ya no está. Olvidémoslo. ¿Te parece?

De repente, viene a mi cabeza la famosa frase y empiezo a reír

mezclando la risa con el llanto. Lo que hace que Owen también sonría.

—¿Qué pasa? —pregunta, extrañado por mi cambio de humor.

—Me advirtió que dejara de mamártela, porque te desconcentraba. —  
Rompo a reír con más ganas.

—Bueno, eso lo hacías muy bien... —comenta Owen en tono divertido.  
Ambos necesitamos relajarnos.

—¡Owen! —le regaño, golpeándole el pecho con el puño y mirándolo con los ojos abiertos de par en par. Él nunca ha tenido tapujos a la hora de tratar esos temas, pero yo me muero de vergüenza solo de pensar que alguien pueda oírnos.

—Todavía me enciendo cuando pienso en la noche del baño en Viper Room —me recuerda, acercándose de forma peligrosa a mí—, vestida de novia y...

—¡Owen, por favor! —le pido, tapándome la cara con las manos. Mis mejillas arden mientras él ríe a mandíbula abierta.

—Me gustaría volver a verte con un vestido así —repite, sacando del bolsillo del pantalón una pequeña caja que reconozco al instante—. Por supuesto, si quieres casarte con el entrenador del equipo infantil de béisbol de Wilmington.

—¿Cómo? —expreso alucinada, sin entender nada.

—Tu padre me lo ha ofrecido, y no he podido negarme. Pecosa, los dos

necesitamos la tranquilidad de este sitio, aunque sea un año. Después, ya veremos.

—Lo importante es que estemos juntos —acepto sin ninguna duda.

De pronto, su risa cesa, yo aparto las manos de mi cara y descubro en sus ojos la misma mirada de Maldivas de la noche que por primera vez, como decía él, hicimos el amor. Un leve escalofrío hace que mi cuerpo se agite.

—Voy a besarte, Olivia. Necesito hacerlo —anuncia mientras cuela su mano bajo mi pelo acariciando mi nuca—. ¿Quieres que lo haga? —me pide permiso con la vista fija en mis labios.

Yo me muerdo el labio y asiento a su pregunta como una niña emocionada ante algo que lleva esperando toda la vida.

—Pídemelo.

—Owen Miller, bésame y no dejes de hacerlo nunca.

*Dos años después...*

—¡Vamos, Matthew! Corre, corre. ¡Esta carrera es tuya! —grita Owen, entusiasmado.

Debo decir que en su faceta de padre me ha sorprendido gratamente. También como marido. Ha merecido la pena esperar tanto para encontrar el hombre adecuado. Aunque ya compartimos camino hace muchos años, debíamos separarnos para vivir nuestras experiencias y ser los que somos hoy.

Yo, a su lado en la grada, salto al igual que hace mi padre en el campo. Mi pequeño Matthew llegó a casa hace un año para completar nuestra dicha. Recuerdo sus ojitos mirándonos con asombro cuando fuimos a recogerlo. Tenía cinco años y ya era un niño muy despierto. Me quedé helada cuando nos dijo su nombre. Para mí fue algo mágico orquestado por el destino. Y puede parecer una locura, pero siento que con mi abuela tiene una conexión especial.

Se acercó a nosotros acompañado por la asistente social. Se puso ante Owen y le mostró un cromó suyo con una imagen en pose de bateo.

*—¿Me enseñarás a hacer esto? —cuestionó muy serio.*

*Owen se subió un poco el pantalón para estar más cómodo y se agachó para ponerse a su altura.*

*—Por supuesto. Vas a darle tan fuerte que la mandarás a la luna.*

*Matthew abrió los ojos de par en par y dibujó una enorme sonrisa. Dio un par de pasos y rodeó el cuello de Owen con su pequeño brazo, como si fuesen amigos.*

*—Me gusta tu pelo —confesó, pasando sus manitas por todo el largo de mi coleta cuando me arrodillé para abrazarlo—. Tú también me gustas —añadió antes de besar mi mejilla y apoyar la cara en mi hombro.*

Y yo, en ese momento, supe lo que era la felicidad completa.

# Todos

Bárbara  
Lorenzo

La autora de 'El primero  
de un millón de besos',  
'Kiss me before flight' y de  
la serie 'Algún día volveré'.

## mis EX



D.J.57



